

SALMOS

Introducción

Los salmos son la oración de Israel. Son la expresión de la experiencia humana vuelta hacia Dios. Son expresión de la vida de un pueblo seducido por Dios. La tradición atribuye muchos de ellos al rey David, y algunos a Córaj y a Asaf; pero esto es sólo una cuestión convencional. Una cadena anónima de poetas, a lo largo de siglos, es la imagen más realista sobre los autores de estas piezas.

Como son variadas las circunstancias de la vida y lo fueron las de la historia, así surgieron, se repitieron y se afianzaron algunos tipos de salmos. Por eso resulta preferible una clasificación tipológica atendiendo al tema, los motivos, la composición y el estilo.

Los himnos cantan la alabanza y suelen ser comunitarios: su tema son las acciones de Dios en la creación y la historia. Muy cerca están las acciones de gracias por beneficios personales o colectivos: la salud recobrada, la inocencia reivindicada, una victoria conseguida, las cosechas del campo. De la necesidad brota la súplica, que es tan variada de temas como lo son las necesidades del individuo o la sociedad; el orante motiva su petición, como para convencer o mover a Dios. De la súplica se desprende a veces el acto de confianza, basado en experiencias pasadas o en la simple promesa de Dios.

Los salmos reales se ocupan de diversos aspectos, que llegan a componer una imagen diferenciada del rey: batallas, administración de la justicia, boda, coronación, elección de la dinastía, y hay un momento en que estos salmos empiezan a cargarse de expectación mesiánica. Otro grupo canta y aclama el reinado del Señor, para una justicia universal.

El pecador confiesa su pecado y pide perdón en salmos penitenciales, o bien el grupo celebra una liturgia penitencial. Hay salmos para diversas ocasiones litúrgicas, peregrinaciones y otras fiestas. Otros se pueden llamar meditaciones, que versan sobre la vida humana o sobre la historia de Israel. Y los hay que no se dejan clasificar o que rompen el molde riguroso de la convención.

Los salmos se compusieron para su uso repetido: no los agota el primer individuo que los compone o encarga, ni la primera experiencia histórica del pueblo. Como realidades literarias, quedan disponibles para nuevas significaciones, con los símbolos capaces de desplegarse en nuevas circunstancias. A veces un retoque, una adición los adapta al nuevo momento; en otros casos basta cambiar la clave.

Por esta razón los salmos se conservaron y coleccionaron. Sabemos que surgieron agrupaciones menores y que después se coleccionaron en cinco partes (como un pentateuco de oración): 2–41; 42–72; 73–89; 90–106; 107–150. En el proceso de coleccionar, la división y numeración sufrió menoscabo: algunos salmos están arbitrariamente cortados en dos (9–10; 42–43); otros aparecen duplicados, al menos en parte (70 y 40; 53 y 14). Se explica que en la tradición griega se haya impuesto otra numeración. Aquí daremos la numeración Hebrea, añadiendo entre paréntesis la grecolatina.

En general, el estilo de los salmos se distingue por su realismo e inmediatez, no disminuido por la riqueza de imágenes y símbolos elementales; sólo algunos fragmentos con símbolos de ascendencia mítica se salen del cuadro general. Es intensa la expresión sin caer jamás en sentimentalismo. El lirismo es más compartido que personal; en muchos casos podríamos hablar de planteamientos y desarrollos dramáticos. La sonoridad y el ritmo son factores importantes del estilo. No sabemos cómo se ejecutaban: muchos se cantaban, probablemente con solistas y coro unísono; algunos quizá se danzaban, otros se recitaban en marchas o procesiones; otros acompañarían ritos específicos. Algunas de las notas añadidas por los transmisores parecen referirse a la ejecución. Estas notas, que asignan una situación histórica o dan una instrucción litúrgica, no son originales, por eso han sido omitidas en el texto, aunque entren en la numeración admitida.

Los salmos son también oración privilegiada de la comunidad cristiana y del individuo aislado. Muchos fueron rezados por nuestro Señor Jesucristo, quien les dio la plenitud de sentido que podían transportar. La experiencia de Israel y del hombre pasan por Cristo y debe encontrar de nuevo expresión en estas oraciones; su lenguaje puede llegar a ser lenguaje del rezo cristiano. El libro de los salmos es un repertorio que suministra textos para diversas ocasiones y a diversos niveles; su lectura puede interesar, pero sólo rezados serán realmente comprendidos.

Los dos caminos

(Jr 17,5-8; Prov 4,10-19)

- 1** ¹Dichoso quien no acude
a la reunión de los malvados
ni se detiene en el camino de los pecadores
ni se sienta en la sesión de los arrogantes;
²sino que su tarea es la ley del Señor
y susurra esa ley día y noche.
³Será como un árbol plantado junto al río,
que da fruto a su tiempo,
su fronda no se marchita;
en todo lo que hace, prospera.
⁴No sucede así con los malvados,
serán como paja que lleva el viento.
⁵Por eso los malvados
no se levantarán en el tribunal,
ni los pecadores en la asamblea de los justos.
⁶Porque el Señor
se ocupa del camino de los justos,
pero el camino de los malvados se disolverá.

Este salmo, pódico al salterio, contrapone dos modos de ser y de proceder. El justo es dichoso porque hace de la instrucción divina, convertida ya en Ley, su tarea. La Ley es como un caudal de agua perenne, vivifica todo y confiere al hombre justo una vitalidad como la de un vegetal que no se marchita (cfr. Sal 92,13-15). Así como todo lo que produce el árbol llega a su sazón, la vida del justo tendrá éxito, porque Dios custodia o se ocupa del camino de los justos (cfr. Jos 1,8; Sal 37,31). Los malvados son «pecadores» y «arrogantes». Se mofan del Nombre divino y desprecian su instrucción y su Ley. Por muy organizados que parezcan —en «reunión», «camino» y «sesión»—, Dios disolverá sus organizaciones cuando ejerza como juez, y los malvados se convertirán en paja a merced del viento. Quien ora con este salmo, buscando la auténtica felicidad, sabe que unidos al Señor daremos mucho fruto (Jn 15,16).

El Señor y su Mesías

(110; Heb 1,2.5)

- 2** ¹¿Por qué se amotinan las naciones
y los pueblos planean en vano?
²Se rebelan los reyes del mundo
y los príncipes conspiran juntos
contra el Señor y contra su Ungido:
³¡Rompamos sus ataduras,
sacudámonos sus riendas!
⁴El Soberano se ríe desde el cielo,
el Señor se burla de ellos.
⁵Después les habla con ira
y con su furor los espanta:
⁶Yo mismo he ungido a mi rey en Sión,
mi monte santo.
⁷—Voy a proclamar el decreto del Señor:
Él me ha dicho: Tú eres mi hijo,
yo te he engendrado hoy.
⁸Pídemelo y te daré las naciones en herencia,
en propiedad los confines del mundo.
⁹Los triturarás con cetro de hierro,
los desmenuzarán como piezas de loza.
¹⁰Y ahora, reyes, sean prudentes;
aprendan, gobernantes de la tierra:
¹¹Sirvan al Señor con temor,
temblando ríndanle homenaje,
¹²no sea que pierdan el camino,
si llega a encenderse su ira.
¡Felices los que se refugian en él!

El pódico al salterio se completa con este salmo real. El Ungido ocupa el puesto de la Ley. Los malvados son los reyes rebeldes. El justo denuncia. Dios no juzga, sino que se ríe y se enfurece. El soberano ha elegido a un rey vasallo para que lo represente. Rebelarse contra el vasallo es una rebeldía contra el soberano: en este caso Dios mismo; es una intentona llamada al fracaso. El soberano reacciona ante la consigna de los rebeldes —«rompamos sus ataduras»— con la risa, con la ira y con la palabra. El Ungido proclama

personalmente el protocolo del nombramiento: como «hijo» se le ha entregado el poder. Las medidas represivas afianzan el poder de la autoridad. Si los rebeldes no se atienen al ultimátum, serán destruidos sin remedio. Quien se refugie en Dios, por el contrario, será dichoso. Este salmo es muy citado en el Nuevo Testamento (cfr. Hch 4,25s; 13,3; Heb 1,5; 5,5; etc.). Depuesta toda rebeldía, aceptamos la invitación a adorar al Señor: «temblando ríndanle homenaje», porque el Mesías es el Señor.

Señor, tú eres mi escudo y mi gloria

- 3** ²Señor, ¡cuántos son mis enemigos,
cuántos los que se levantan contra mí!
³cuántos dicen de mí:
¡Ni siquiera Dios le ayuda!
⁴Pero tú, Señor, eres un escudo en torno a mí,
mi gloria, tú me haces levantar cabeza.
⁵Si a voz en grito clamo al Señor,
El me escucha desde su monte santo.
⁶Me acuesto, enseguida me duermo,
y me despierto, porque el Señor me sostiene.
⁷No temeré las saetas de un ejército
desplegado alrededor contra mí.
⁸¡Levántate, Señor, sálvame, Dios mío!
Abofetea a todos mis enemigos,
rompe los dientes de los malvados.
⁹¡De ti, Señor, viene la salvación,
y la bendición para tu pueblo!

Encontramos en este salmo el triángulo clásico en los salmos de súplica y de confianza: los enemigos (2s), Dios (4s) y el orante (6s). La súplica se recoge en los versículos 8s. Los enemigos someten al salmista a un triple y angosto cerco, cuya cima es la afirmación: «¡Ni siquiera Dios le ayuda!» (3b). Dios, sin embargo, protege al orante por todos los lados; es su «gloria», que le permite caminar erguido –con la cabeza alta– y no doblegado. Porque de un Dios de esta índole procede la salvación y la bendición (9), se le pide que humille a los asediados (8). El orante confía absolutamente en Dios; por eso continúa sin alteración alguna el ciclo de la vida (6). El salmo tiene su proyección cristiana en la exhortación de Jesús: «tengan valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). Así el creyente podrá afrontar las adversidades del momento presente.

Señor, tú me haces vivir tranquilo

- 4** ²Cuando te llamo, respóndeme Dios, defensor mío;
tú que en la estrechez me diste anchura,
ten piedad de mí, oye mi oración.
³Señores, ¿hasta cuándo ultrajarán a mi gloria,
amarán la falsedad y buscarán la mentira?
⁴Sépanlo: el Señor ha distinguido a su amigo,
el Señor me oye cuando lo llamo.
⁵Tiemblen y dejen de pecar,
reflexionen en el lecho y guarden silencio;
⁶ofrezcan sacrificios justos y confíen en el Señor.
⁷Muchos dicen:
¿Quién nos mostrará la felicidad
si la luz de tu rostro, Señor,
se ha alejado de nosotros?
⁸Pero tú has puesto en mi corazón más alegría
que cuando abundan el trigo y el vino.
⁹Me acuesto en paz y en seguida me duermo,
porque sólo tú, Señor, me haces vivir confiado.

La confianza es el tema que predomina en este salmo (6.9). El orante (2) habla de Dios a otros: a los «señores», acaso enemigos (3-6), y a «muchos», tal vez amigos (7-9). Recoge las preguntas de ambos grupos y las responde. Los «señores» han abandonado la «Gloria» y se han ido tras la mentira: son idólatras. Los amigos de antaño dudan de la eficacia divina, y el orante se ve reducido a la aflicción. Pues bien, Dios le ha sacado del aprieto, como hizo en otro tiempo con su pueblo oprimido en Egipto (cfr. Éx 9,4; 11,7). Por otra parte, la alegría interna es más profunda que la que puede proporcionar una buena cosecha (8). De ambas experiencias surge la confianza, y el orante invita a los «señores» a llorar sus desvarios (5) y a los amigos a confiar en Dios (9). Es posible la confianza y aun el gozo en la tribulación (cfr. 2 Cor 7,4; Gál 5,22; 1 Tes 1,6).

Señor, por la mañana escucha mi voz

- 5** ²Escucha mis palabras, Señor,
percibe mi susurro;
³atiende mi grito de socorro,
¡Rey mío y Dios mío!
A ti te suplico, ⁴Señor:
por la mañana oye mi voz;
por la mañana te expongo mi causa,
¡estaré pendiente de ti!
- ⁵Tú no eres un Dios que desee el mal,
el malvado no es tu huésped,
⁶ni el impío resiste tu mirada.
Detestas a los malhechores,
⁷destruyes a los mentirosos;
a sanguinarios y traicioneros
los aborrece el Señor.
- ⁸Yo en cambio, por tu gran bondad,
puedo entrar en tu casa
y postrarme en tu santuario
con toda reverencia.
- ⁹Guíame, Señor, con tu rectitud
en respuesta a mis detractores;
allana tu camino ante mí.
- ¹⁰En su boca no hay sinceridad,
sus entrañas son pura maldad,
su garganta, un sepulcro abierto
y su lengua portadora de muerte.
- ¹¹Castígalos, oh Dios, que fracasen sus planes:
por sus muchos crímenes, expúlsalos,
porque se han rebelado contra ti.
- ¹²Que se alegren los que se refugian en ti
canten con júbilo eterno.
Protégelos y se regocijarán contigo
los que aman tu Nombre,
- ¹³porque tú, Señor, bendices al justo,
y como un escudo lo rodea tu favor.

Un inocente, injustamente perseguido o acusado, apela al tribunal divino (8a), expone su causa (4b) y se convierte en centinela: a ver si Dios le es propicio (4c). Los malhechores son la encarnación del mal: se fragua en su interior, y les rebosa por la lengua y por los labios (10). Su destino no puede ser otro que el castigo, porque, en definitiva, se han rebelado contra el Señor (11c). El Señor nada tiene que ver con el mal ni con los malvados: no desea, no hospeda, detesta, destruye, aborrece (5-7). La bondad o el amor del Señor (8.13) permiten al orante mirar hacia el futuro: se pone en su manos para ser juzgado, espera entrar y postrarse reverentemente en el Templo (8), y alegrarse con quienes se refugian en el Señor. Esto es así porque la bondad de Dios es un escudo para el orante (13b). La bondad es uno de los atributos clásicos de Dios (cfr. Ex 36,4). Pongamos nuestra causa en manos de Dios, que Cristo ha entrado de una vez por todas en el santuario (cfr. Heb 9,12).

Piedad de mí, Señor, que desfallezco

- 6** ²Señor, no me reprendas airado,
no me castigues encolerizado.
³Piedad de mí, Señor, que estoy acabado,
sana, Señor, mis huesos dislocados.
⁴Estoy profundamente abatido
y tú, Señor, ¿hasta cuándo?
- ⁵Vuélvete, Señor, salva mi vida,
ayúdame, por tu misericordia:
- ⁶En la muerte nadie te recuerda,
en el Abismo, ¿quién te dará gracias?
- ⁷Estoy agotado de gemir,

cada noche anego mi lecho,
y empapo la cama con mi llanto;
⁸mis ojos se nublan de pesar,
envejecen con tantas angustias.
⁹¡Apártense de mí, malhechores,
que el Señor ha escuchado mis sollozos,
¹⁰el Señor ha escuchado mi súplica,
el Señor ha acogido mi oración!
¹¹¡Que se avergüencen
y enloquezcan mis enemigos,
retrocedan súbitamente abochornados!

Ora en este salmo un enfermo. Los dolores físicos y las angustias interiores son mensajeros de la muerte. El cuerpo gime bajo el yugo del dolor y el espíritu está cerca de la locura: «¿hasta cuándo?» (4b). Es un dolor que no cesa ni aun de noche (7), mientras la luz de la vida huye de los ojos (8). Los enemigos añaden dolor al dolor (9a), y el orante sufre el máximo dolor, porque sospecha que Dios le es adverso, porque quien vive la muerte por adelantado se sabe pecador. Sólo Dios que impuso el castigo puede poner remedio, y evitar que el enfermo descienda al reino de la muerte (5s). Para la dolencia, sanación (3); para la culpa, gracia (10); y la derrota para los enemigos (11). La carta a los Hebreos menciona los gemidos y lágrimas de Jesús (Heb 5,7). Es éste un salmo apto para llorar los pecados.

Señor, sálvame de mis perseguidores

7 ²Señor, Dios mío, en ti me refugio:
sálvame de mis perseguidores y líbrame,
³para que no me desgarren como un león
sin que nadie me salve ni libere.
⁴Señor, Dios mío, si he actuado mal,
si hay crímenes en mis manos,
⁵si he sido desleal con mi amigo
y he perdonado al opresor injusto,
⁶que el enemigo me persiga y me alcance,
que me pisotee vivo contra el suelo,
y aplaste mi vientre contra el polvo.
⁷Levántate, Señor, indignado,
álzate contra la furia de mis adversarios,
despierta, Dios mío, y convoca un juicio.
⁸Que te rodee una asamblea de naciones,
presídela desde la altura.
⁹Juzga, Señor, a los pueblos,
júzgame según mi justicia,
según la inocencia que hay en mí.
¹⁰Castiga la maldad de los culpables;
y apoya al inocente,
tú que examinas el corazón y las entrañas,
tú, Dios justo.
¹¹Mi escudo es el Dios Altísimo,
que salva a los rectos de corazón.
¹²Dios es un juez justo,
un Dios que sentencia cada día.
¹³Si no se desdice, afilará la espada,
tensará el arco y lo sujetará,
¹⁴se preparará armas mortíferas,
lanzará sus flechas incendiarias.
¹⁵Miren al malvado: concibió un crimen,
está preñado de maldad
y da a luz una mentira.
¹⁶Cavó una zanja y la ahondó
y cayó en la fosa que excavó;
¹⁷recaiga sobre su cabeza su maldad,
que le caiga en la cerviz su crueldad.

¹⁸Yo confesaré la justicia del Señor,
y cantaré en honor del Señor Altísimo.

Tres son los actores de este salmo: el acusado que acude al Templo (2) y protesta su inocencia ante el tribunal (4-6.9); los malvados que son acusados y acusadores (2s.7.15-17) y el juez supremo (9), que pronuncia sentencia (7) de absolución (8) o de condenación (12); si ésta no es revocada, el juez desplegará todo su poder bélico (13s) y los malvados, gestantes de la perversidad (15), se hundirán en la fosa que habían preparado para el inocente (16). La vida del orante, en peligro desde el comienzo del poema (2s), será salvada por el juez justo –el Señor Altísimo (18b)–. El salmista confiesa en el versículo final que se ha impuesto la justicia divina; éste es el tema central del salmo (9s). El Señor juzga justamente (cfr. 1 Pe 2,15-23). Cuando soñamos con una sociedad más justa y nos hiere la violencia mortal, podemos orar con este salmo.

Gloria del creador – Dignidad humana

(Eclo 17,1-14; Heb 2,5-8)

8 ²Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu Nombre en toda la tierra!
Quiero adorar tu majestad sobre el cielo
³con los labios de un pequeño lactante:
Levantaste una fortaleza frente a tus adversarios
para reprimir al enemigo vengativo.
⁴Cuando contemplo tu cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que en él fijaste,
⁵¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el ser humano para que te ocupes de él?
⁶Lo hiciste apenas inferior a un dios,
lo coronaste de gloria y esplendor,
⁷le diste poder sobre las obras de tus manos;
todo lo pusiste bajo sus pies:
⁸manadas de ovejas y toros,
también las bestias salvajes,
⁹aves del aire, peces del mar
que trazan sendas por los mares.
¹⁰Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu Nombre en toda la tierra!

Una exclamación, entre admiración e interrogación, corre por el cauce del salmo y lo configura: «¡qué admirable...!» (2.10) y, «¿qué es el hombre...?» (5). La admiración se inspira en la contemplación y en el contraste: los espacios inmensos llevan al poeta hasta el baluarte en el que reside Dios; el Señor acepta la alabanza que procede del orante como la de un niño pequeño, pero el poder de los fuertes –enemigos vengativos– se desbarata a los pies del alcázar divino. El ser humano es casi un dios; como tal es coronado rey (6s); los límites de su reino son los confines de la tierra y el horizonte del mar infinito. Dios ha dejado las huellas de sus dedos en todo lo creado (4). Todo nos habla de Dios, cuyo Nombre es admirable, como sus obras. El júbilo infantil, que no pueril, es el lenguaje adecuado para alabar a tan gran Dueño (cfr. Mt 21,16). Dondequiera que se encuentre un ser humano, que es un recuerdo mimado por Dios (5), podrá cantarse este salmo, tutor de la dignidad humana y la grandeza divina.

9 Dios, refugio del oprimido

- A** ²Te doy gracias, Señor, de todo corazón
cantando todas tus maravillas;
³quiero festejarte y celebrarte
cantando en tu honor, Altísimo.
- B** ⁴Porque mis enemigos retrocedieron,
tropezaron y perecieron en tu presencia.
⁵Pronunciaste sentencia en mi favor,
sentado en el tribunal, juez justo.
- G** ⁶Reprendiste a los paganos,
destruiste al malvado
borrando su nombre para siempre.
⁸El Señor reina eternamente,
dispone el tribunal para juzgar.
- H** ⁷Ellos perecieron, se acabó su recuerdo;
redujiste sus ciudades a ruinas perpetuas.

⁹Él juzga el mundo con justicia,
sancionará a las naciones con rectitud.

W ¹⁰El Señor es un refugio para el oprimido,
un refugio en momentos de peligro;
¹¹los que reconocen tu Nombre confían en ti,
porque no abandonas
a los que te buscan, Señor.

Z ¹²Canten al Señor que reina en Sión,
cuenten sus hazañas a los pueblos,
¹³pues, el que ama a los que lloran,
recuerda su lamento,
no olvida el grito de los oprimidos.

H ¹⁴¡Ten piedad, Señor!
mira mi desgracia, causada por mis enemigos,
tú que me levantas del portal de la Muerte,
¹⁵para que pueda proclamar tus alabanzas
desde las puertas de Sión,
y alegrarme con tu victoria.

T ¹⁶Se han hundido los paganos
en la fosa que hicieron,
su pie quedó atrapado en la red que escondieron.
¹⁷Apareció el Señor para hacer justicia,
y el malvado se enredó en sus propias obras.

Y ¹⁸Vuelvan al Abismo los malvados,
los paganos que olvidan a Dios;

K ¹⁹que el indigente
no será olvidado para siempre,
y la esperanza de los pobres
nunca se frustrará.

²⁰Levántate, Señor, no prevalezca el hombre,
juzga a los paganos en tu presencia;
²¹Infúndeles, Señor, tu terror;
sepan los gentiles que sólo son hombres.

Este salmo alfabético de acción de gracias con elementos de súplica, forma una unidad con el Sal 10, en el que se continúa el artificio del acróstico. A partir de aquí y hasta el Sal 147, ofrecemos una doble numeración; la más alta corresponde al texto Hebreo; la más baja –puesta entre paréntesis– al texto litúrgico. Dios, rey y juez, dicta sentencia condenatoria para los impíos y favorable para los justos. Estos son llevados del portal de la muerte a las puertas de Sión, donde proclamarán las hazañas divinas. Los impíos, por el contrario, caerán en su propia trampa. Hch 17,31 menciona el juicio definitivo y universal. El salmo es apto para dar gracias a Dios por su presencia en las luchas y en las victorias de las personas o de los grupos a favor de la justicia.

10 ⁽⁹⁾ **No te quedes lejos, Señor**

L ¹¿Por qué, Señor, te quedas lejos
y te escondes en los momentos de peligro?
² El malvado,
que persigue con arrogancia al humilde,
será atrapado en las intrigas que urdió:

M ³Sí, el malvado se gloria de su ambición,
el codicioso blasfema y desprecia al Señor;

N ⁴el malvado dice con arrogancia:
Dios no pedirá cuentas,
no existe –así piensa–.
⁵Su opulencia dura por siempre;

S tus excelsos decretos le son ajenos,

los desprecia con total violencia.

⁶Piensa: No vacilaré jamás,
siempre seré feliz y afortunado.

- P** ⁷Su boca está llena de engaños y fraudes,
en su lengua encubre maldad y opresión;
⁸Se pone al acecho junto a los poblados
para matar a escondidas al inocente;
, sus ojos espían al desgraciado,
⁹acecha en su escondrijo
como león en su guarida,
acecha al humilde para secuestrarlo,
secuestra al humilde arrastrándolo en su red.
- S** ¹⁰Se agazapa, se acurruca,
y los indigentes caen en sus garras.
¹¹El malvado piensa: Dios se ha olvidado,
se ha tapado la cara y ya no ve.
- Q** ¹²¡Levántate, Señor, extiende la mano,
no te olvides de los humildes!
¹³¿Por qué el malvado desprecia a Dios
pensando que no le pedirá cuentas?
- R** ¹⁴Pero tú ves las penas y desgracias,
tú los miras y los tomas en tus manos:
El débil se encomienda a ti,
tú eres el protector del huérfano.
- S** ¹⁵¡Quiebra el brazo al malvado
y págale su maldad!
Sólo tú rastreas su iniquidad.
¹⁶El Señor es rey eterno, por siempre,
y los paganos desaparecerán de su tierra.
- T** ¹⁷Tú escuchas, Señor,
los deseos de los humildes,
los reconfortas y les prestas atención.
¹⁸Si defiendes al huérfano y al oprimido,
el hombre de barro jamás infundirá terror.

Continúa el salmo anterior. El salmista, audaz y confiado, se atreve a interrogar a Dios (1); que Dios abra los ojos y vea los pecados contra el prójimo, que son pecados de pensamiento, palabra y de obra (2s.6-10). Esta serie de pecados culmina en la blasfemia de la negación de Dios (3b-4), y el malvado se afirma en su seguridad personal (6.11). Ha de ser Dios quien intervenga en estos momentos: «¡Levántate... no te olvides!» (12). Si Dios puede rastrear la maldad, ¿no pagará al impío conforme a la maldad que cometió? (13). Dios es defensor del pobre (14); se impone que el ser humano, que es tierra y está hecho de tierra, no puede prevalecer contra Dios; ha de ser arrojado de la tierra de Dios (16). El versículo 7 es citado por Rom 3,14. Cuando constatemus que se impone el orgullo humano a costa de los inocentes, y Dios guarda silencio, será el momento de orar con este salmo.

El Señor es justo y ama la justicia

- 11** ⁽¹⁰⁾ ¹En el Señor me refugio, ¿por qué me dicen:
Escapa al monte como un pájaro,
²porque los malvados ya tensan el arco
y ajustan la flecha a la cuerda
para disparar en la sombra
contra los hombres rectos?
³Cuando se tambalean los cimientos,
¿qué puede hacer el justo?
⁴El Señor está en su templo santo,
el Señor tiene en el cielo su trono:
sus ojos están observando,
sus pupilas examinan a los hombres.
⁵El Señor examina a honrados y a malvados,
y aborrece al que ama la violencia.

- ⁶Enviaré sobre los malvados
ciclones, fuego y azufre,
un viento huracanado les tocará en suerte.
⁷Porque el Señor es justo y ama la justicia;
los rectos verán su rostro.

«¡Escapa!» es el consejo desesperado de quien ve que todo se viene abajo, incluso se tambalean los cimientos de la tierra, que parecían tan sólidos, y Dios –el Justo– nada puede hacer. La violencia generalizada y la destrucción aconsejan la huida. La fe tiene una solución distinta: refugiarse en el Señor, que está en su Templo santo. Allí ha instalado su tribunal supremo; desde allí escudriña a los hombres, distinguiendo entre inocentes y culpables. La ejecución de la sentencia, recurriendo a una tormenta pavorosa, es irremediable. Porque el Justo ama la justicia, el poeta espera ver el rostro divino; sucederá en el Templo, donde habita el Soberano celeste. Es propia del Señor la función judicial (cfr. Hch 10,42). Este salmo es apto para afianzar la fe y robustecer la esperanza.

Sálvanos, Señor, que se acaba la lealtad

- 12**⁽¹¹⁾ ²¡Sálvanos, Señor!, porque escasean los fieles,
han desaparecido
los leales entre los hombres.
³No hacen más que mentirse unos a otros,
hablan con labios mentirosos
y doblez de corazón.
⁴Que el Señor elimine los labios mentirosos
y la lengua fanfarrona ⁵de los que dicen:
La lengua es nuestra fuerza,
nuestros labios son nuestra arma,
¿quién será nuestro amo?
⁶El Señor responde: Por los sollozos del humilde,
por el lamento del pobre, ahora me levanto
y daré la salvación a quien la ansía.
⁷Las palabras del Señor son palabras limpias,
como plata purificada en el crisol,
siete veces de escoria depurada.
⁸Tú nos guardarás, Señor,
nos librarás siempre de esa gente.
⁹Los malvados del entorno deambularán,
ícolo de vileza entre los hombres!

El panorama social es desolador: «escasean los fieles» y «desaparecen los leales» (2). La palabra nace corrompida en un corazón escindido (3); es hipócrita, amarga y destructora, pero tiene tal fuerza, que se convierte en arma cortante. Es una palabra tan poderosa que induce al alarde: «¿Quién será nuestro amo?» (5). La palabra del humilde, por el contrario, apenas es un gemido o un sollozo (6). Pero Dios escucha esta humilde palabra y opone su Palabra, que es limpia como la plata más pura, a la palabra orgullosa (6s). Es una palabra que libera al humilde y convierte al orgulloso en un «ícolo de vileza», condenado a deambular eternamente (8s). El Señor tiene palabras de vida eterna (Jn 6, 68). Mientras las relaciones humanas no se construyan sobre la verdad, será tiempo de orar con este salmo.

¿Hasta cuando, Señor?

- 13**⁽¹²⁾ ²¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás?,
¿eternamente?
¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro?
³¿Hasta cuándo estaré angustiado,
con el corazón apenado todo el día?
¿Hasta cuándo triunfará mi enemigo?
⁴Mírame, respóndeme, Señor, Dios mío,
da luz a mis ojos, o me dormiré en la muerte.
⁵Que no diga mi enemigo: lo he vencido,
ni mi adversario se alegre de mi fracaso.
⁶Pero yo confío en tu benevolencia,
mi corazón se alegra por tu ayuda;
cantaré al Señor por el bien que me ha hecho.

No es comparable el «tiempo» de Dios con el tiempo humano. Aquél se mide por eternidades; éste por breves días que confinan con la muerte. Si Dios no mira y atiende (4a), desaparecerá la luz de la vida y los ojos se entenebrerán (4b). Sólo existe una disyuntiva: la mirada de Dios o el sueño de la muerte. Nace así el apremio y la urgencia con la que el salmista se dirige a Dios: la repetición de: «¿hasta cuando?» (2s). El ser humano dispone de un tiempo muy limitado. Es urgente que Dios responda para que el enemigo no cante victoria (5). Pese a todo, se impone la confianza en la benevolencia divina (6). La muerte, en efecto, ya no es el sueño definitivo según leemos en Ef 5,14. ¡El amor vence a la muerte! Convencidos de ello, podemos orar con el presente salmo.

Necedad de quien niega a Dios

(53)

- 14**⁽¹³⁾ ^{1a}Piensa el necio en su interior: Dios no existe.
²El Señor se asoma desde el cielo
hacia los hijos de Adán
para ver si hay alguno sensato, alguien que busque a Dios.
^{1b}Se han corrompido, odiosa es su conducta, no hay quien obre bien.
³Todos se han rebelado, a una se han obstinado,
no hay uno que haga el bien, ni uno solo.
⁴—¿Pero no aprenderán los malhechores,
que devoran a mi pueblo,
que devoran el grano del Señor
que no han cosechado?
⁵Véanlos aterrarse sobremanera,
pues Dios está en la asamblea de los justos.
⁶El grupo de los humildes los abochornará,
porque el Señor es su refugio.
⁷¡Ojalá venga desde Sión la salvación de Israel!
Cuando el Señor cambie la suerte de su pueblo,
se alegrará Jacob, hará fiesta Israel.

Existen dos formas teológicas de ver la vida. El necio niega la existencia de Dios (2). Si Dios no existe, todo me está permitido; incluso explotar al prójimo indefenso, aunque sea algo que es propiedad del Señor: su pueblo y su grano (4). El sensato busca a Dios (2); por ello hace el bien y se refugia en Dios (6). Dios no permanece pasivo, sino que inspecciona desde lo alto, y llega a la dolorosa conclusión de que el mal está generalizado (3). No obstante queda un pequeño grupo de justos y de humildes —el resto—, en cuya asamblea está Dios (5s). El desenlace es terror y bochorno frente a la protección y asistencia (5s). Esta forma de ver la vida es aplicable al destierro babilónico y al retorno de Israel tras el destierro (7). Los versículos 2s son citados en Rom 3,10-12, para exponer la corrupción universal. ¿Nos creemos de verdad que Dios está con el pobre? Este salmo es adecuado para creyentes y para ateos.

Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?

(24; Is 33,14-16)

- 15**⁽¹⁴⁾ ¹Señor, ¿quién se hospedará en tu tienda?,
¿quién habitará en tu monte santo?
²—El que procede honradamente
y practica la rectitud;
³el que dice de corazón la verdad
y no calumnia con su lengua;
no hace mal al prójimo
ni difama a su vecino;
⁴el que mira con desprecio al réprobo
y honra a los que respetan al Señor;
el que no se retracta
aun jurando en su perjuicio;
⁵no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
El que obra así nunca fallará.

Más allá de la imagen del Templo, el creyente anhela estar con Dios, ser con Dios. Quien abriga este vehemente deseo, formulado en pregunta (1), ha de ser honrado, recto y sincero (2s). Son tres actitudes generales. Las tres condiciones siguientes (3b) se relacionan con el comportamiento hacia el prójimo. El que desea estar con Dios ha de ser partidario de los amigos de Dios; estar en contra de los enemigos de Dios —han sido reprobados por Él—; y respetar el juramento, que consagra la acción prometida (4). Son tres acciones en las que se aúnan Dios y el prójimo. Dos acciones más, tienen un alcance económico-jurídico (5). Un conjunto de once o de diez mandamientos, según se relacionen el primero con el segundo, dan a quien los cumple una estabilidad semejante a la que tiene la creación: «nunca fallará» o, «no vacilará», porque se fundamenta en Dios. Nosotros nos hemos «acercado al monte Sión, ciudad del Dios vivo» (Heb 12,22). La observancia de los mandamientos sin el perfume del amor es mero cumplimiento.

¡Guárdame, Dios, que me acojo a ti!

16⁽¹⁵⁾ ¹¡Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti!
²Yo digo al Señor: Dueño mío, tú eres mi Bien,
nada es comparable a ti.

³A los dioses de la tierra,
y a los señores en quienes me deleitaba:

⁴¡Multiplíquense sus desgracias
que los sorprendan una tras otra!
yo jamás les derramaré
libaciones con mis manos,
ni mis labios proclamarán sus nombres.

⁵Señor, tú eres la parte de mi herencia
y de mi copa;
Tú mismo has echado mi suerte:

⁶Las cuerdas me asignaron una parcela deliciosa,
el Altísimo midió mi heredad.

⁷Bendigo al Señor que me aconseja,
aun de noche instruye mi conciencia.

⁸He elegido al Señor como mi guía perpetuo,
de su diestra jamás me apartaré.

⁹Dios fiel, se me alegra el corazón,
mis entrañas saltan de gozo,
y aun mi carne habita al cubierto,

¹⁰pues no entregarás mi vida al Abismo,
ni dejarás que tu amigo vea el sepulcro.

¹¹Me enseñarás un camino de vida,
me llenarás de alegría en tu presencia,
de gozo eterno a tu derecha.

Nadie está por encima del Señor, el único Bien (2), así confiesa quien en otro tiempo aceptaba a los dioses de la tierra, cuyos ritos practicaba (4b). Aunque los dioses se afanan por tener nuevos adeptos (4a), el fervoroso salmista ya ha tomado una resolución: ni una libación más (4b). Del único Bien procede todo bien: la tierra como herencia (5), que resulta deliciosa por ser la tierra del Altísimo (6); el Señor como consejero permanente (7) y como guía perpetuo, de cuya diestra jamás se apartará en lo sucesivo el que se ha convertido a El (8). La presencia del Señor para el salmista es tan plena que aun lo más frágil –la carne– «habita al cubierto» (9b). El Señor no dejará a su fiel ni siquiera al borde de la tumba (10), sino que la alegría que le infunde ya aquí (9a) continuará como gozo eterno (11). El salmo es releído por Hch 2,25-28 (8-11); 13,34-35 (10). Con este salmo confesamos nuestra fe y damos gracias a Dios por todos los bienes que recibimos de su bondad.

Señor, atiende a mi clamor

(7; 9s)

17⁽¹⁶⁾ ¹Escucha, Señor, mi demanda,
atiende a mi clamor,
presta oído a mi súplica:
destruye los labios mentirosos.

²Aparezca ante ti mi justicia,
tus ojos observen la rectitud.

³Sondea mi corazón, revísalo de noche
pruébame en el crisol,
no hallarás tacha en mí.
Mi boca no ha faltado

⁴las obras de tus manos,
he observado el mandato de tus labios.

⁵Mis piernas se mantuvieron firmes;
en los senderos abruptos,
en tu ruta mis pies no vacilaron.

⁶Yo te llamo porque me respondes,
inclina tu oído y escucha mi palabra.

⁷Salvador de los que se refugian en ti,

- muestra las maravillas de tu amor
ante quienes se rebelan contra tu diestra.
- ⁸Guárdame como a la niña de tus ojos,
a la sombra de tus alas escóndeme
- ⁹de los malvados que me asaltan,
del enemigo mortal que me acorrala.
- ¹⁰Han cerrado sus entrañas,
su boca habla con soberbia.
- ¹¹Mis piernas vacilan; ellos me asedian,
fijan en mí sus ojos para derribarme por tierra.
- ¹²Son como un león ávido de presa,
como cachorro agazapado en su escondrijo.
- ¹³Levántate, Señor, hazle frente,
doblégalo y con tu espada
sácame vivo del malvado.
- ¹⁴Mátalos con tu mano, Señor,
quítalos del mundo, erradícalos de la tierra.
- A tus protegidos llénales el vientre,
que sus hijos queden hartos
y dejen el resto para los más pequeños.
- ¹⁵Y yo, por mi inocencia, veré tu rostro,
al despertar me saciaré de tu presencia.

El patrón judicial puede explicar muchos elementos de este salmo. Alguien que ha sido acusado o perseguido injustamente acude con su demanda (1) ante el tribunal de Dios. Es inocente, como puede comprobar la mirada escrutadora de Dios (3); ha ceñido su conducta a los mandamientos divinos (4s). Ahora, al amparo del Templo (7s), expone su situación de cerco y de opresión (9). Los perseguidores o acusadores son crueles como leones (12); implacables, porque en sus entrañas no cabe ni un mínimo de bondad (10s). El juez divino ha de ver, escuchar y responder (1s.6). Más aún, se le pide que se levante como juez o como guerrero y que aplique la sentencia o libere con la espada al inocente (13). Si los acusados o perseguidores son fieras, que Dios termine con ellas (14). El orante, como justo, recibirá la recompensa, y también sus descendientes (14b). Esto sucederá al despertar (15b). Podemos percibir en este salmo los dolores de la Iglesia perseguida. Es un salmo para orar con él en tiempos de tribulación.

Señor, tú diste gran victoria a tu rey

(144; 2 Sm 22)

- 18** ²iYo te amo, Señor, mi fortaleza!
⁽¹⁷⁾ ³iSeñor, mi roca, mi defensa, mi libertador!,
iDios mío, mi roca de refugio!
iMi escudo, mi fuerza salvadora,
mi baluarte, digno de alabanza!
- ⁴Invoco al Señor y quedo libre del enemigo.
- ⁵Me cercaban lazos mortales,
torrentes destructores me aterraban,
- ⁶me envolvían lazos del Abismo,
me alcanzaban redes de muerte.
- ⁷En el peligro invoqué al Señor
pidiendo socorro a mi Dios;
desde su templo escuchó mi clamor,
mi grito de socorro llegó a él, a sus oídos.
- ⁸Tembló y retembló la tierra,
se tambalearon los cimientos de los montes
estremecidos por su furor.
- ⁹De su nariz se alzaba una humareda,
de su boca un fuego voraz
y arrojaba carbones encendidos.
- ¹⁰Inclinó los cielos y bajó,
con nubarrones bajo los pies;
- ¹¹volaba cabalgando en un querubín,
planeando sobre las alas del viento;

- ¹²se puso como velo un cerco de tinieblas,
como tienda un oscuro aguacero
y nubes espesas.
- ¹³Ante el resplandor de su presencia,
las nubes se deshicieron
en granizo y centellas;
- ¹⁴mientras el Señor tronaba en el cielo,
el Altísimo lanzaba su voz.
- ¹⁵Forjaba sus saetas y las dispersaba,
multiplicaba sus rayos y los esparcía.
- ¹⁶Apareció el cauce del mar
y afloraron los cimientos de la tierra,
ante tu bramido, Señor,
ante el resuello furioso de tu nariz.
- ¹⁷Desde arriba alargó la mano y me agarró
y me sacó de las aguas caudalosas;
- ¹⁸me libró de enemigos poderosos,
de adversarios más fuertes que yo.
- ¹⁹Me asaltaban el día de mi desgracia,
pero el Señor fue mi apoyo.
- ²⁰Me sacó a un lugar espacioso,
me libró porque me amaba.
- ²¹El Señor me pagó mi rectitud,
retribuyó la pureza de mis manos,
- ²²porque seguí los caminos del Señor
y no me alejé de mi Dios;
- ²³porque tuve presentes sus mandatos
y jamás rechacé sus preceptos,
- ²⁴mi conducta ante él ha sido irreproachable
guardándome de toda culpa.
- ²⁵El Señor recompensó mi rectitud,
la pureza de mis manos ante sus ojos.
- ²⁶Con el leal eres leal,
íntegro con el hombre íntegro,
- ²⁷con el sincero eres sincero,
y sagaz con el astuto.
- ²⁸Tú salvas al pueblo afligido
y humillas los ojos altaneros.
- ²⁹Tú, Señor, enciendes mi lámpara,
Dios mío, tú alumbras mis tinieblas.
- ³⁰Contigo corro con brío,
con mi Dios asalto la muralla.
- ³¹El camino de Dios es perfecto,
la palabra del Señor es acrisolada,
escudo para los que se refugian en él.
- ³²Porque, ¿quién es Dios fuera del Señor?
¿Quién es Roca fuera de nuestro Dios?
- ³³El Dios que me ciñe de valor
y hace irreprochables mis caminos;
- ³⁴me da pies ligeros como de cierva
y me asienta en sus alturas,
- ³⁵adiestra mis manos para la guerra
y mis brazos para tensar el arco de bronce.
- ³⁶Me prestaste tu escudo salvador,
tu derecha me sostuvo,
y tu triunfo me engrandeció.
- ³⁷Ensanchaste el camino a mis pasos
y no flaquearon mis tobillos.

- ³⁸Perseguí al enemigo hasta alcanzarlo
y no volví hasta haber acabado con él;
³⁹los aplasté y no pudieron rehacerse,
cayeron bajo mis pies.
- ⁴⁰Me ceñiste de valor para la guerra,
doblegaste a mis agresores;
⁴¹pusiste en fuga a mis enemigos,
reduje al silencio a mis adversarios.
- ⁴²Pedían auxilio, nadie los salvaba;
clamaban al Señor, no les respondía.
- ⁴³Los trituré como polvo de la plaza,
los pisé como barro de la calle.
- ⁴⁴Me libraste de las contiendas del pueblo,
me pusiste al frente de las naciones;
un pueblo extraño fue mi vasallo
- ⁴⁵por mi fama se me sometían.
Los extranjeros me adulaban,
- ⁴⁶los extranjeros se desmoralizaban
y abandonaban temblando sus refugios.
- ⁴⁷¡Viva el Señor, bendita sea mi Roca!
¡Glorificado sea mi Dios y Salvador!
- ⁴⁸El Dios que me dio el desquite
y me sometió los pueblos,
- ⁴⁹que me libró del enemigo,
me levantó sobre los que resistían
y me libró del hombre violento.
- ⁵⁰Por eso te daré gracias ante las naciones
y cantaré, Señor, en honor de tu Nombre:
- ⁵¹Tú diste gran victoria a tu rey,
fuiste fiel con tu Ungido,
con David y su descendencia para siempre.

La introducción himnica del salmo (2-4) tiene su paralelo en la conclusión doxológica (47-50 —el versículo 51 ha sido añadido posteriormente—). La lamentación (5-7) desemboca en la liberación (17-20). Ante la teofanía, que es simultáneamente epifanía (8-16), el salmista hace protesta de su inocencia (21-28). La acción marcial se inicia con una antifona introductoria (29) y se desarrolla en tres actos: Dios y las armas (30-37), los enemigos (38-43) y los extranjeros (44-46). El amor visceral con el que se inicia el salmo: «Yo te amo...» (2) se expande en los posesivos que vienen a continuación (2s): reflejan un amor enamorado. Dios responde a ese amor: se muestra teofánicamente (8-16) para librar a aquel a quien ama (20). Existe una complicidad y complementariedad entre ambos amores. Porque Dios ama a quien le ama apasionadamente, lo libra de las aguas mortales (5-7.10-17), le enseña el arte de la guerra (33-36), le somete los pueblos (44-46)... Y el salmista prorrumpie en una acción de gracias ante todos los pueblos (47-50). El versículo añadido (51) permite aplicar este salmo al Ungido, a Cristo, triunfador de la muerte y del abismo. Rom 15,9 cita el versículo 50 del salmo. Quien ama enamoradamente no se cansa de acuñar nuevos epítetos para proclamar su amor. El Dios, así amado, «condesciende» para estar con nosotros como Roca segura de nuestra existencia.

Gloria a Dios en la creación y en la ley

- 19** ⁽¹⁸⁾ Los cielos proclaman la gloria de Dios,
el firmamento pregon a la obra de sus manos.
- ³Un día le pasa el mensaje a otro día,
una noche le informa a otra noche.
- ⁴Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que se oiga su voz,
- ⁵a toda la tierra alcanza su discurso,
a los confines del mundo su lenguaje.
- Allí le ha preparado una tienda al sol:
- ⁶Se regocija cual esposo que sale de su alcoba,
como atleta que corre su carrera.
- ⁷Asoma por un extremo del cielo
y su órbita llega al otro extremo;
nada se escapa a su calor.
- ⁸La ley del Señor es perfecta:

- devuelve el aliento;
 el precepto del Señor es verdadero:
 da sabiduría al ignorante;
- ⁹los mandatos del Señor son rectos:
 alegran el corazón;
 la instrucción del Señor es clara:
 da luz a los ojos;
- ¹⁰el respeto del Señor es puro:
 dura para siempre;
 los mandamientos del Señor son verdaderos:
 justos sin excepción;
- ¹¹son más valiosos que el oro,
 que el metal más fino;
 son más dulces que la miel que destila un panal.
- ¹²Aunque tu servidor se alumbra con ellos
 y guardarlos trae gran recompensa,
- ¹³¿quién se da cuenta de sus propios errores?
 Purifícame de culpas ocultas;
- ¹⁴del orgullo protege a tu servidor,
 para que no me domine.
 Entonces seré irreprochable
 e inocente de grave pecado.
- ¹⁵Que te agraden las palabras de mi boca,
 que te plazca el susurro de mi corazón,
 ¡Señor, Roca mía, Redentor mío!

El cielo y el firmamento tienen un lenguaje propio, que es escuchado en la tierra. Aquellos hablan de orden como algo ontológico e invitan al hombre a la alabanza y a la obediencia como respuesta religiosa. El ser humano tiene la vocación de ser liturgo de la creación (2-7). Pero esta vocación no es seguida. En ese momento interviene la palabra de Dios, vehículo de la revelación y de la voluntad divina. Si el ser humano se adhiere a la voluntad divina y se comporta de acuerdo con la ley, su vida será refulgente como la norma y más valiosa que el oro (8-11). Pero el hombre es incapaz de servir incondicionalmente a Dios; de ahí que pida auxilio, y que la ley encamine al hombre hacia su liberación (12-14). Sólo quien es inocente e íntegro puede entonar la alabanza divina (15). Rom 10,18 aplica el versículo 5 del salmo a la predicación del Evangelio. Este salmo es indicado para confrontar la vida con la presencia de Dios en la creación y en la Ley.

Oración por el rey

- 20**⁽¹⁹⁾ ²Que el Señor te responda en el día del aprieto,
 que te proteja el Nombre del Dios de Jacob.
- ³Que te auxilie desde el santuario,
 que te apoye desde Sión.
- ⁴Que tenga en cuenta todas tus ofrendas
 y halle enjundioso tu holocausto.
- ⁵Que te conceda lo que deseas
 y cumpla todos tus proyectos.
- ⁶Y nosotros celebraremos tu victoria,
 alzaremos estandartes
 en Nombre de nuestro Dios.
- El Señor cumplirá todas tus peticiones.
- ⁷—Ahora sé que el Señor
 da la victoria a su Ungido,
 que le responde desde su santo cielo
 con los prodigios victoriosos de su diestra.
- ⁸Confían unos en los carros,
 otros en la caballería;
 nosotros confiamos en el Señor nuestro Dios;
- ⁹ellos se encorvaron y cayeron;
 nosotros nos erguimos
 y nos mantenemos de pie.

**¹⁰¡Señor, da la victoria al rey!
¡Respóndenos cuando te invocamos!**

Aunque este salmo sea una súplica por el rey, el protagonista del mismo es el Señor. Los hombres invocan, aclaman, alzan estandartes, se yerguen y se mantienen en pie. Dios responde, protege, ayuda, apoya, tiene en cuenta, concede, da éxito... Dios, en definitiva, es quien da la victoria. De eso precisamente se trata: el rey está a punto de emprender una acción bélica. Un grupo o una persona singular formulan una serie de peticiones a favor del rey (2-5). Una voz aislada anuncia que Dios acogerá las peticiones (6). Así lo acepta el grupo, que ahora indica dónde está su confianza: no en el poder, sino en Dios (8s). De ese poder se espera la escucha y la victoria (10). Cuando la victoria sea definitiva, diremos: «¡Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!» (1 Cor 15,57). Puede orar con este salmo quien esté dispuesto a creer que nuestro auxilio es el Nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

Señor, el rey celebra tu victoria

21 ⁽²⁰⁾ **²Señor, el rey festeja tu triunfo,
¡cuánto se alegra por tu victoria!**

- ³Le has concedido lo que desea su corazón,
no le has negado lo que pedían sus labios.
⁴Te adelantaste a bendecirlo con bienes,
le has puesto en la cabeza una corona de oro.
⁵Te pidió vida y se la concediste,
años que se prolongan sin término.
⁶Grande es su prestigio por tu victoria,
le has conferido honor y majestad.
⁷Le has concedido bendiciones incesantes,
lo colmas de gozo en tu presencia.
⁸Porque el rey confía en el Señor,
con la gracia del Altísimo, no fracasará.
⁹Que alcance tu izquierda a tus enemigos,
que tu derecha alcance a tus adversarios.
¹⁰Los convertirás en un horno encendido
cuando asome tu rostro, Señor.
—Su enojo los devora, los consume el fuego—.
¹¹Borrarás su estirpe de la tierra,
a sus descendientes de entre los humanos.
¹²Aunque tramen maldades contra ti
y urdan intrigas, nada conseguirán;
¹³porque tú los harás huir
tensando el arco contra ellos.
¹⁴Levántate, Señor, con tu fuerza:
¡Cantaremos y ensalzaremos tu poder!

Salmo real de acción de gracias. Se articula en torno a tres aclamaciones populares: inicial (2), central (8) y final (14). A la primera aclamación sigue un cántico de alabanza por las bendiciones sobre el rey (3-7). Entre la aclamación central y la final se inserta otro cántico de maldición para los enemigos (9-13). El salmo, por tanto, presenta un díptico: petición confiada (3-7) y acción de gracias por la concesión (9-13). Dios ha concedido al rey lo que deseaba. A Salomón se lo dio sin pedirselo, porque un vínculo de amor une a Dios y al rey. Éste, por su parte, confía en el Señor, y de su amor no se apartará (8). Todos, incluso Dios, celebran el triunfo regio, que es el triunfo de Dios. El Mesías es coronado de «gloria y dignidad» (Heb 2,9), y ha sido glorificado (Jn 13,31). Con este salmo damos gracias a Dios por los dones recibidos y estimulamos nuestra confianza en él.

¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?

(Is 53)

22 ⁽²¹⁾ **²¡Dios mío, Dios mío!,
¿por qué me has abandonado?,
¿por qué estás ajeno a mi grito,
al rugido de mis palabras?**

- ³Dios mío, te llamo de día y no respondes,
de noche y no hallo descanso;
⁴aunque tú habitas en el santuario,
gloria de Israel.
⁵En ti confiaban nuestros padres,
confiaban y los ponías a salvo;
⁶a ti clamaban y quedaban libres,

en ti confiaban y no los defraudaste.
⁷Pero yo soy un gusano, no un hombre:
vergüenza de la humanidad, asco del pueblo;
⁸al verme se burlan de mí,
hacen muecas, menean la cabeza:
⁹Acudió al Señor, que lo ponga a salvo,
que lo libre si tanto lo ama.
¹⁰Fuiste tú quien me sacó del vientre,
me confiaste a los pechos de mi madre;
¹¹desde el seno me encomendaron a ti
desde el vientre materno tú eres mi Dios.
¹²No te quedes lejos,
que el peligro se acerca y nadie me socorre.
¹³Me acorrala un tropel de novillos,
toros de Basán me cercan;
¹⁴abren contra mí sus fauces:
leones que descuartizan y rugen.
¹⁵Me derramo como agua,
se me descoyuntan los huesos;
mi corazón, como cera,
se derrite en mi interior;
¹⁶mi garganta está seca como una teja,
la lengua pegada al paladar.
¡Me hundes en el polvo de la muerte!
¹⁷Unos perros me acorralan,
me cerca una banda de malvados.
Me inmovilizan las manos y los pies,
¹⁸puedo contar todos mis huesos.
Ellos me miran triunfantes:
¹⁹se reparten mis vestidos, se sortean mi túnica.
²⁰Pero tú, Señor, no te quedes lejos,
Fuerza mía, ven pronto a socorrerme;
²¹libra mi vida de la espada,
mi única vida, de las garras del mastín;
²²sálvame de las fauces del león,
defiéndeme de los cuernos del búfalo.
²³Contaré tu fama a mis hermanos,
te alabaré en medio de la asamblea:
²⁴Fieles del Señor, alábenlo,
descendientes de Jacob, glorifíquelo,
témanlo, descendientes de Israel,
²⁵porque no ha desdeñado ni despreciado
la desgracia del desgraciado,
no le ha escondido su rostro;
cuando pidió auxilio, lo escuchó.
²⁶Te alabaré sin cesar en la gran asamblea:
cumpliré mis votos ante los fieles.
²⁷Comerán los pobres hasta saciarse
y alabarán al Señor los que lo buscan:
¡No pierdan nunca el ánimo!
²⁸Lo recordarán y se volverán al Señor
todos los confines de la tierra,
se postrarán en su presencia
todas las familias de los pueblos;
²⁹porque el Señor es Rey,
él gobierna a los pueblos.
³⁰Ante él se postrarán
los que duermen en la tierra,
en su presencia se encorvarán

los que bajan al polvo.

Mi vida la conservará.

- ³¹ Mi descendencia le servirá,
hablará de mi Dueño a la generación venidera
³² contará su justicia al pueblo por nacer:
Así actuó el Señor.

Lamentación individual, estructurada en tres partes: 1. Lamentación (2-22). 2. Agradecimiento (23-27). 3. Himno al Señor, rey universal (28-32). La lamentación se articula así: A. Dramática apertura (2-4). B. Primer movimiento: lejanía y cercanía (5-12). B'. Segundo movimiento: Desmoronamiento físico (13-19). A'. Final dramático (20-22). Es el poema de un mortal convertido súbitamente en moribundo. La muerte está cerca; Dios, pese a haber sido cercano al pueblo (5s) o al suplicante (11s), se mantiene lejano (12) y silencioso (2). El salmista gusta ya el polvo de la muerte (16). Los presentes lo dan por muerto al repartirse las pertenencias del moribundo (19). La segunda parte del salmo tiene otra musicalidad muy distinta. La intervención divina da paso al reconocimiento y a la alabanza, a la postración de todos ante el Rey, Dios y Señor (23-32). El paso de la muerte a la vida nos permite decir que este salmo es «cristiano»; es citado abundantemente en el Nuevo Testamento (cfr. versículo 2 en Mt 27,46; versículo 8 en Mt 27,39; versículo 9 en Mt 27,43; versículo 16ab en Mt 27,34.48; versículo 17c en Mt 27,35; versículo 19 en Mt 27,35; versículo 25c en Mt 27,50). Con este salmo podemos gritar nuestro miedo a la muerte, sabiendo –ahora sí– que «Así actuó el Señor» (32). Tras nuestra confesión, y llenos de luz, entonaremos la alabanza luminosa del «Aleluya» eterno.

El Señor es mi pastor

(Ez 34; Jn 10)

- 23** ⁽²²⁾ ¹ El Señor es mi pastor, nada me falta.
² En verdes praderas me hace reposar,
me conduce a fuentes tranquilas
³ y recrea mis fuerzas.
Me guía el sendero adecuado
haciendo gala su oficio.
⁴ Aunque camine por lúgubres cañadas,
ningún mal temeré, porque tú vas conmigo;
tu vara y tu bastón me defienden.
⁵ Preparas ante mí una mesa
en presencia de mis enemigos;
me unges con perfume la cabeza,
y mi copa rebosa.
⁶ ¡La bondad y el amor me escoltan
todos los días de mi vida!
Y habitaré en la casa del Señor
a lo largo de mis días.

Los símbolos elementales, las imágenes del pastor (1-4) y del anfitrión (5s), pueden haberse inspirado en la vida de un pueblo nómada o, acaso mejor, en la experiencia histórica de Israel liberado de Egipto y/o que retorna de Babilonia. En ambos casos Dios actuó como pastor, conocedor de su oficio. Abre camino al frente del rebaño. Cuando la arena borra las rutas del desierto, y sobre el rebaño planean males mortales, el pastor se pone al lado de cada oveja: «Tú vas conmigo» (4b). El cambio a la segunda persona facilita el tránsito a la imagen del anfitrión, en gran medida paralela a la anterior: pasto y mesa, lúgubres cañadas y enemigos, nada me falta y la copa que rebosa, vara/callado y Bondad/Lealtad –dos personificaciones divinas–, defensa y escolta, reposo y habitación. Dios es pastor y hospeder. Las dos imágenes están unidas en la tradición del éxodo (Sal 78,19s) y del retorno de Babilonia (Sal 77,21; Is 40,11). Alternado el camino con el reposo, se llega, al fin, a la tierra o a la casa del Señor, en la que el peregrino vivirá para siempre. El símbolo del pastor está muy presente en el Nuevo Testamento (cfr. Jn 10,1-18; 1 Pe 2,25; 5,2-4). Estaremos de camino hasta que lleguemos a la Tierra. Este salmo, mientras vamos de camino, nos infundirá luz y consuelo.

Himno de entrada en el Templo

(15; Is 33,14-16)

- 24** ⁽²³⁾ ¹ Del Señor es la tierra y cuanto la llena,
el mundo y todos sus habitantes,
² porque él la fundó sobre los mares,
él la asentó sobre los ríos.
³ –¿Quién puede subir al monte del Señor?,
¿quién puede estar en el recinto sagrado?
⁴ –El de manos inocentes y corazón puro,
que no suspira por los ídolos ni jura en falso.
⁵ Ése recibirá del Señor la bendición
y el favor de Dios su Salvador.
⁶ –Ésta es la generación que busca al Señor;

que viene a visitarte, Dios de Jacob.

⁷—¡Portones, alcen los dinteles!
levántense, puertas eternas,
y que entre el Rey de la Gloria.

⁸—¿Quién es ese Rey de la Gloria?
—El Señor, héroe valeroso,
el Señor, héroe de la guerra.

⁹—¡Portones, alcen los dinteles!
levántense puertas eternas,
y que entre el Rey de la Gloria.

¹⁰—¿Quién es el Rey de la Gloria?
—El Señor Todopoderoso,
él es el Rey de la Gloria.

Suele decirse que este salmo, como el Sal 15, es una liturgia de entrada en el Templo. Un grupo pregunta por las condiciones que ha de reunir quien pretende entrar en la casa de Dios (3). Alguien autorizado le responde (4). Nunca sabremos con qué motivo sucedía esto. Lo que es cierto es que dos planos se yuxtaponen y entrecruzan. El breve himno al Creador, que da solidez y consistencia a la creación (1b-2) cede el paso al Templo (3): de la escena universal se salta a la concentración muy particular del Templo. A este lugar santo acuden simultáneamente los fieles y el Señor (3-6). Existen correspondencias y también divergencias entre ambas escenas. La gran correspondencia es ésta: tierra/habitantes y Templo/visitantes. Las divergencias son manifiestas en las preguntas que valen para los visitantes y en los imperativos que sólo son válidos para el Señor. Los visitantes han de cumplir determinadas condiciones; el Señor, ninguna. Los fieles son identificados con los que buscan a Dios (6). Para el Señor, el Rey de la Gloria, es suficiente con su Nombre propio y con su título. 1 Cor 10,26 cita el versículo 1 para justificar la libertad cristiana. El «héroe valeroso» del versículo 8 remite a Lc 11,21. El corazón puro (4) es motivo de bienaventuranza en Mt 5,8. El espíritu religioso necesita experimentar la total alteridad divina. Así se situará adecuadamente ante el Dios creador, santo y excelso.

25⁽²⁴⁾

En ti, Señor, confío, no quede defraudado

- A** ¹A ti, Señor Dios mío, elevo mi alma:
B ²en ti confío, no quede defraudado,
ni se rían de mí mis enemigos.
G ³Los que esperan en ti no queden defraudados;
queden defraudados
los que traicionan por nada.
D ⁴Indícame, Señor, tus caminos,
enséñame tus sendas;
H ⁵encamíname fielmente, enséñame,
pues tú eres mi Dios salvador,
W y en ti espero todo el día.
Z ⁶Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas,
H ⁷no recuerdes mis pecados juveniles,
y mis culpas;
acuérdate de mí según tu
amor por tu bondad, Señor.
T ⁸El Señor es bueno y recto:
indica su camino a los pecadores;
Y ⁹encamina rectamente a los humildes,
enseña su camino a los humildes.
K ¹⁰Las sendas del Señor son amor y fidelidad
para los que guardan
los preceptos de su alianza.
L ¹¹Por tu Nombre, Señor,
perdona mi grande iniquidad.
M ¹²¿Hay alguien que respete al Señor?
Él le indicará el camino que ha de elegir:
N ¹³La felicidad será su morada

y su descendencia poseerá la tierra.
S ¹⁴El Señor se confía a sus fieles
y les revela lealmente su alianza.
¹⁵Mis ojos están fijos en el Señor,
que él sacará mis pies de la red.
P ¹⁶Vuélvete a mí y ten piedad,
que estoy solo y afligido.
S ¹⁷Alivia las angustias de mi corazón
y sácame de mis congojas.
Q ¹⁸Mira mi aflicción y mi fatiga
y perdona todos mis pecados;
R ¹⁹mira cuántos son mis enemigos
cuán violento el odio que me tienen.
S ²⁰Protege mi vida y líbrame,
no me avergüence
de haberme acogido a ti.
T ²¹La rectitud y la honradez me custodiarán
porque espero en ti.
²²¡Salva, oh Dios, a Israel
de todos sus angustias!

Salmo alfabético de súplica y confianza con tonalidades sapienciales. El artificio del acróstico hace difícil la delimitación precisa de las estrofas. Salmos como éste fueron compuestos para que el maestro pudiera enseñar a sus alumnos. Así intuimos cómo rezaba un israelita al que no se le ocurría nada nuevo. Es fácil detectar los motivos sapienciales: el camino (4.5.8.9.12) y la enseñanza (4.5. 8. 9.12.14). El maestro humano deja el puesto al divino, que indica el camino (4.8.12) o bien lo enseña (4b.9b), encamina rectamente (9)... Al ámbito sapiencial pertenece también la alianza con sus componentes (10.14), que, por parte de Dios es, entre otros, la lealtad (6.7.10), y por parte del hombre el respeto, la reverencia y la esperanza (2.3.5.12.14.21). En el versículo 14 confluyen Dios y el hombre: Aquel se confía a sus fieles a la vez que les enseña lealmente las estipulaciones de la Alianza. Como complemento de este mosaico el pecado (7ab.8. 11.18) y el perdón (7.11.18). Así no se interrumpe la historia de la Alianza. El Espíritu es el maestro de la nueva sabiduría (cfr. Jn 16,13). La posesión de la tierra (13) está reservada para los mansos (Mt 5,4). Este salmo, acaso escrito para la escuela, nos vale para la vida: para vivir en el día a día el amor con el que Dios nos ama.

Plegaria del inocente perseguido

26 ⁽²⁵⁾ ¹Júzgame, Señor, que obro con honradez,
si confío en el Señor, no vacilaré.
²Escrútame, Señor, ponme a prueba,
aquilata mis entrañas y mi corazón;
³porque tengo ante mis ojos tu amor
y camino con fidelidad a ti.
⁴No me reúno con idólatras,
no tengo trato con los hipócritas;
⁵detesto la banda de malhechores,
y con los malvados no me siento.
⁶Me lavo las manos como inocente
y doy vueltas en torno a tu altar, Señor,
⁷proclamando mi acción de gracias
y contando tus maravillas.
⁸Señor, amo vivir en tu casa,
el lugar donde reside tu Gloria.
⁹No permitas que muera entre pecadores,
ni que perezca entre sanguinarios
¹⁰cuya izquierda está llena de infamia,
y su derecha repleta de soborno.
¹¹Yo en cambio obro con honradez:
sálvame, ten piedad de mí.
¹²Mi pie se mantiene en el camino recto,
en la asamblea bendeciré al Señor.

En el Templo, donde reside la Gloria divina, se narran las maravillas del Señor y se entona la alabanza divina (6-8). A él acude el salmista para someterse al juicio de Dios. La primera palabra del salmo es «júzgame» (1). Quien comparece ante el Juez protesta su inocencia (1.3.11.12), como lo demuestra su conducta. Si existe alguna maldad en lo más íntimo del orante, que el fuego divino, que es purificador, «escrute» y «aquilate» (2). El salmista, desde luego, nada tiene que ver con los malhechores ni con los hipócritas, que

acaso son idólatras (4s). En consecuencia, no ha de morir como uno de ellos (9), llenos como están de infamias y de sobornos (10). Aunque el orante se considera inocente, confía en el Señor (1b), cuenta con el amor y la fidelidad divina (3), pide compasión y liberación (11b). Pablo tiene una experiencia semejante a la descrita por el salmo: Aunque se tenga buena conciencia, no por eso está justificado (1 Cor 4,4). Este salmo no es para quien se gloria de sus propias obras, sino para aquellos otros que se someten a la mirada escrutadora y purificadora de Dios; para quien se fía de Dios.

El Señor es mi luz y salvación, ¿a quién temeré?

27 ⁽²⁶⁾ ¹El Señor es mi luz y mi salvación:
¿a quién temeré?

El Señor es el baluarte de mi vida:
¿de quién me asustaré?

²Si me acosan los malvados
para devorar mi carne,
ellos, mis enemigos y adversarios,
tropiezan y caen.

³Si un ejército acampa contra mí,
mi corazón no teme;
aunque me asalten las tropas,
continuaré confiando.

⁴Una cosa pido al Señor, es lo que busco:
habitar en la casa del Señor
todos los días de mi vida;
admirando la belleza del Señor,
y contemplando su templo.

⁵Él me cobijará en su cabaña
en el momento del peligro;
me ocultará en lo oculto de su tienda,
me pondrá sobre una roca.

⁶Entonces levantaré la cabeza
sobre el enemigo que me cerca.
En su tienda ofreceré sacrificios
entre aclamaciones,
cantando y tocando para el Señor.

⁷Escucha, Señor, mi voz que te llama,
ten piedad de mí, respóndeme.

⁸—Busquen mi rostro.
Mi corazón dice:
Tu rostro buscaré, Señor:

⁹no me ocultes tu rostro.
No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio;
no me deseches, no me abandones,
Dios de mi salvación.

¹⁰Si mi padre y mi madre me abandonan,
el Señor me acogerá.

¹¹Indícame, Señor, tu camino,
guíame por una senda llana,
porque tengo enemigos;

¹²no me entregues a la avidez de mis adversarios,
pues se levantan contra mí testigos falsos,
acusadores violentos.

¹³Yo, en cambio, espero contemplar
la bondad del Señor en el país de la vida.

¹⁴—Espera en el Señor, sé valiente,
iten ánimo, espera en el Señor!

Una confianza a ultranza (1-6) y un miedo inexplicable (7-13) se entrelazan en un poema tan bello y singular como es este salmo. Las dificultades bélicas (2b-3), familiares (10) y sociales —testigos falsos— (12) pueden ser extremas, la confianza prevalece, porque el Señor es «mi luz», «mi salvación», mi «baluarte» (1). De la confianza (3) fluyen actos como los siguientes: «levantar la cabeza» (6), fiarse (13), no temer ni temblar (1), ser valiente y animoso (14). De repente irrumpe el miedo, que da paso a una súplica urgente (7-13), con cinco peticiones positivas y otras cinco negativas. Subraya la búsqueda del rostro divino; si es una invitación divina (cfr. Os

5,15), el orante responde que ya lo está buscando (8a), a la vez que suplica: «No me ocultes tu rostro» (9a); si es una voz que el orante escucha en el fondo de su ser, el salmista se pone en marcha, en búsqueda del rostro divino: que Dios no se lo oculte. La voz anónima del último verso propone y ratifica: en vez del miedo, la valentía; en lugar del desánimo, la esperanza. Esto vale también para el cristiano: ante el peligro suena una palabra de ánimo, por ejemplo en Jn 16,33; Mt 14,26. He aquí una bella oración para cultivar la confianza absoluta del creyente en Dios.

Prerrogativas del justo

- 28**⁽²⁷⁾ ¹A ti, Señor, te invoco.
Roca mía, no te hagas el sordo;
que si enmudeces seré como
los que bajan al sepulcro.
²Escucha mi voz suplicante
cuando te pido auxilio,
cuando levanto las manos
hacia tu templo sagrado.
³No me arrastres con los malvados,
ni con los malhechores:
saludan con la paz al prójimo
y con malicia en el corazón.
⁴Dales lo que merecen sus obras
y la maldad de sus actos,
dales según la obra de sus manos,
devuélveles lo que se merecen.
⁵Como no entienden las proezas de Dios,
ni la acción de sus manos,
¡que él los derribe y no los reconstruya!
⁶¡Bendito sea el Señor
que escuchó mi voz suplicante!
⁷El Señor es mi fuerza y mi escudo:
en él confía mi corazón.
Me socorrió y mi corazón se alegra;
le doy gracias con mi cántico.
⁸El Señor es mi baluarte y refugio,
el salvador de su Ungido.
⁹Salva a tu pueblo, bendice a tu heredad,
guíalos y sostenlos siempre.

¿De qué le servirá al salmista que Dios sea Roca (1a), que tenga ante sí «la obra de las manos divina» (5), si Dios no escucha y enmudece? ¡De nada! Será como quienes bajan al sepulcro (1b). La voz y las manos se elevan hacia lo alto, llamando la atención (2). El corazón del orante no conoce la doblez (3); no puede ser tratado como uno de los malhechores, tergiversadores de la «obra de las manos» de Dios (5). Que éstos reciban la paga de su conducta (5b). A partir de esta petición el poema es más sosegado. Los verbos ya no están en imperativo, sino en tercera persona (6-8). La súplica desemboca en la confianza, en quien, por ser «Roca» (1), es invocado como fuerza y escudo (6), o bien como baluarte y refugio de su Ungido (8). La experiencia del individuo vale para todo el pueblo (9). Esta plegaria del pasado es nueva en los labios cristianos, según lo que leemos en Ef 6,10. Quien se queje del silencio de Dios y continúe creyendo puede orar con este salmo.

Hijos de Dios, aclamen la gloria y el poder del Señor

- 29**⁽²⁸⁾ ¹Hijos de Dios, aclamen al Señor,
aclamen la gloria y el poder del Señor,
²aclamen la gloria del Nombre del Señor,
adoren al Señor en el atrio sagrado.
³La voz del Señor sobre las aguas,
el Dios de la gloria ha tronado,
el Señor sobre las aguas torrenciales.
⁴La voz del Señor es potente,
la voz del Señor es magnífica,
⁵la voz del Señor parte los cedros,
parte el Señor los cedros del Líbano;
⁶hace brincar el Líbano como un novillo,

- el Sarión como cría de búfalo.
⁷La voz del Señor lanza llamas de fuego.
⁸La voz del Señor hace temblar el desierto,
 el Señor hace temblar el desierto de Cades;
⁹La voz del Señor retuerce los robles,
 abre claros en las selvas.
 En su templo todo grita: ¡Gloria!
¹⁰El Señor se sienta sobre las aguas diluviales,
 el Señor está sentado como rey eterno.
¹¹El Señor da fuerza a su pueblo,
 el Señor bendice a su pueblo con la paz.

El poeta tal vez adopta y adapta un antiguo poema cananeo. Celebra al Dios supremo, a quien los «hijos de Dios» le deben la gloria y el poder (1s). La presencia de este Dios lo llena todo: dieciocho veces suena el nombre divino en un poema tan breve. La voz de Dios –el trueno– y su esplendor –el relámpago– resuena y resplandece de arriba abajo, de norte a sur y de este a oeste. La voz divina, potente y majestuosa (4) dobllega la majestuosidad de los cedros del Líbano y convierte a los altos montes –Líbano y Hermón– en juguetonas crías de ganado (5s). También el desierto del sur se contorsiona ante el poderío de la voz divina (7-9). La mirada creyente intuye la presencia del Señor en esta pavorosa tormenta, y se postra adorante en el Templo (2b) para celebrar la gloria del Dios (9a), cuyo trono es estable (10), y recurre al poder para bien de su pueblo (11). Mateo describe la muerte de Jesús en términos de teofanía: la tierra tiembla, Jesús da un fuerte grito, y quienes están al pie de la cruz confiesan (cfr. Mt 27,50-54). El auténtico creyente se estremece ante el misterio de Dios y se deja seducir por Él.

Señor, te pedí auxilio y me sanaste

- 30** ⁽²⁹⁾ ²Te alabaré, Señor, porque me has librado
 y no has dado la victoria a mis enemigos.
³Señor Dios mío, te pedí ayuda y me sanaste.
⁴Señor, me libraste del Abismo,
 me reanimaste cuando bajaba a la fosa.
⁵Canten al Señor, fieles suyos,
 den gracias a su Nombre santo:
⁶Porque su enojo dura un instante,
 su bondad toda la vida;
 al atardecer se hospeda el llanto,
 al amanecer, el júbilo.
⁷Yo pensaba despreocupado:
 ¡No caeré jamás!
⁸Con tu favor, Señor, me sostenías
 más firme que sólidas montañas,
 pero escondiste tu rostro
 y quedé desconcertado.
⁹A ti, Señor, llamé;
 a mi dueño supliqué:
¹⁰¿Qué ganas con mi muerte,
 con que baje a la fosa?
 ¿Te va a dar gracias el polvo
 o va a proclamar tu fidelidad?
¹¹Escucha, Señor, ten piedad,
 ¡Sé tú, Señor, mi protector!
¹²Cambiaste mi luto en danza,
 me quitaste el sayal
 y me vestiste de fiesta.
¹³Por eso mi corazón te canta sin cesar,
 Señor Dios mío, te daré gracias siempre.

La primera acción divina es sumamente plástica. «Me has librado», leemos en la traducción. Con mayor fidelidad al texto Hebreo deberíamos decir: «has tirado de mí». En el preciso momento en el que los sepultureros, ayudados por las cuerdas, están dejando caer el ataúd en el sepulcro, interviene Dios liberando al difunto, ¡vivo...!. La experiencia de la muerte y de la vida, articulada en la polaridad bajada/subida o silencio/cántico, genera un significativo número de expresiones polares: abismo/vida; fosa/vida; cólera/favor; instante/vida; atardecer/ amanecer; desatar/ceñir; llanto/júbilo; desconcierto/firmeza; ocultar el rostro/ favor; luto/danza; sayal/fiesta; callar/cantar. Porque el Señor «ha tirado» del enfermo y lo ha recobrado vivo, se impone la convicción que está en el centro del salmo: sólo el Señor es estable, quien se apoya en él no vacilará (7-9), y desemboca en una incesante acción de gracias (13). Jesús también oró ante su muerte (Mt 26,39), y nos compró al precio de su sangre (cfr. 1 Pe 1,19). Pueden orar con este salmo cuantos se saben acechados por la enfermedad y amenazados por la muerte.

A ti, Señor, me acojo, no quede yo nunca defraudado

- 31** ⁽³⁰⁾ ²En ti me refugio, Señor:
no quede yo nunca defraudado;
por tu justicia ponme a salvo.
- ³Inclina tu oído hacia mí,
ven pronto a librarme,
sé mi roca de refugio,
mi fortaleza protectora;
- ⁴tú eres mi roca y mi fortaleza:
por tu Nombre guíame, condúceme;
- ⁵sácame de la red que me han tendido,
porque tú eres mi protector.
- ⁶En tu mano encomendaba mi vida:
y me libraste, Señor, Dios fiel.
- ⁷Odas a quienes veneran ídolos vanos,
yo en cambio confío en el Señor.
- ⁸Festejaré, celebraré tu fidelidad,
pues te fijaste en mi sufrimiento,
reparaste en mi angustia.
- ⁹No me entregaste en poder del enemigo,
afianzaste mis pies en terreno espacioso.
- ¹⁰Piedad, Señor, estoy angustiado:
se consumen de pena mis ojos,
mi garganta y mis entrañas;
- ¹¹mi vida se gasta en la tristeza,
mis años se van en gemidos,
por mi culpa decae mi vigor
y se consumen mis huesos.
- ¹²Soy la burla de todos mis enemigos,
el asco de mis vecinos,
el espanto de mis conocidos:
me ven por la calle y escapan de mí.
- ¹³□ Me han olvidado como a un cadáver inerte,
soy como un cacharro inútil.
- ¹⁴□ Oigo calumnias de la turba,
–terror por doquier–
mientras, a una, se confabulan contra mí
y traman quitarme la vida.
- ¹⁵Pero yo confío en ti, Señor,
digo: Tú eres mi Dios.
- ¹⁶En tu mano está mi destino:
líbrame de los enemigos que me persiguen.
- ¹⁷Brille tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu amor.
- ¹⁸Señor, que no fracase por haberte invocado;
que fracasen los malvados
y bajen llorando al Abismo.
- ¹⁹Enmudezcan los labios mentirosos
que dicen insolencias contra el justo
con soberbia y desprecio.
- ²⁰¡Qué grande es tu bondad, Señor!
La reservas para tus fieles
y ante todos la muestras
a quienes se acogen a ti.
- ²¹En tu escondite personal los escondes
de las intrigas de los hombres,
los ocultas en tu tienda
de lenguas murmuradoras.

- ²²Bendito el Señor,
que me ha mostrado su ternura
desde la ciudad fortificada.
- ²³¡Y yo que decía a la ligera:
me has echado de tu presencia!,
pero tú escuchaste mi súplica
cuando te pedí auxilio.
- ²⁴Amen al Señor, todos sus fieles,
que el Señor guarda a sus fieles,
pero castiga con creces a los orgullosos.
- ²⁵¡Sean fuertes y valientes
los que esperan en el Señor!

La confianza presente tiene un sólido fundamento: Dios como roca, refugio y fortaleza (2-5). Si otros traman quitarle la vida –han escondido una red (5)–, el orante pone su vida a buen recaudo: la deposita en manos del guardián que es Dios. Ello significa que se fía de Dios y que confía en Él con absoluta confianza (6). Dios no puede tratarlo como a uno de tantos idólatras (7), sino que, lejos de la angustia presente, abrirá espaciosos caminos a los pies del orante (9). Afianzada la confianza, el poeta da rienda suelta a la descripción de su dolor (10-19): tres versos dedicados a las dolencias físicas (10s); cinco a las relaciones con los demás (12-14), y, de nuevo, el retorno a la confianza, con esta heroica confesión: «Tú eres mi Dios» (15). Como los males del salmista han sido causados por otros, pide para sí mismo la protección y para los enemigos el castigo (17-19). La tercera parte del salmo es un cántico gozoso. El poeta celebra ante todo la gran bondad divina (20s). La «bondad» de Dios, mostrada en una acción del pasado –un «prodigio de lealtad» (22)–, ha enseñado al salmista a confiar plenamente en Dios: ¡qué equivocado estaba cuando pensaba que Dios le había echado de su presencia! (23). Dios, más bien, escuchaba y atendía (23b). Que otros aprendan ahora a amar al Señor, a confiar absolutamente en Él (24s). El Cristo agonizante de Lc 23,46 acude a este salmo (6a). Lo mismo hará el primer mártir, Esteban (Hch 7,59). Este salmo tiene tantos matices y tan diversas perspectivas, que quien ore con él puede quedarse donde más a gusto se encuentre. Al finalizar el recorrido del salmo, prevalece el amor.

Dichoso el que está absuelto de su culpa

- 32** ⁽³¹⁾ ¹¡Feliz el que está absuelto de su culpa,
a quien le han enterrado su pecado!
- ²¡Feliz el hombre a quien el Señor
no le imputa el delito
y en cuya conciencia no hay engaño!
- ³Se consumían mis huesos cuando callaba,
cuando gemía sin parar;
- ⁴porque día y noche tu mano
pesaba sobre mí;
se me secaba la savia
con los calores estivales.
- ⁵Te declaré mi pecado,
no te encubrí mi delito;
propuse confesarme
de mis delitos al Señor;
y tú perdonaste
mi culpa y mi pecado.
- ⁶Por eso, que todo fiel te suplique:
si se acerca un ejército,
o crecen las aguas caudalosas,
no lo tocarán.
- ⁷Tú eres mi refugio, me libras del peligro,
me rodeas de cantos de liberación.
- ⁸–Te instruiré, te señalaré
el camino que debes seguir
te aconsejaré, con mis ojos puestos en ti.
- ⁹No sean como caballos o mulos, irracionales,
cuyo brío hay que domar con freno y brida,
sólo así puedes acercarte.
- ¹⁰¡Cuántos son los tormentos del malvado!
Pero, al que confía en el Señor
él lo envuelve con su amor.

**¹¹Alégrense en el Señor, regocíjense los justos,
canten jubilosos los rectos de corazón.**

El salmo 1 declaraba dichoso a quien no tenía nada que ver con el pecado. Este salmo es el de un pecador como nosotros, que conoce el sufrimiento percibido como castigo (4), que reacciona con el silencio o con la queja (3), que decide no encubrir el delito, sino confesarlo ante Dios (5a), que vive la dicha de ser perdonado (1s), que, desde su experiencia, enseña a los demás a que no pequen, o que, tal vez, él mismo es amonestado para que no peque en el futuro (8s)... Un hombre de esa índole vive la dicha indecible del perdón divino. Ahora, tras el perdón, es un ser íntegro, sin engaño alguno en su conciencia (2). ¡Qué lejos está de aquel silencio que no serenaba y de aquel rugido con el que no se desahogaba! El pecador no ha encubierto la culpa, sino que la ha confesado (5), y Dios ha respondido enterrándola (1b) y perdonando al pecador (1a). Quien se obstine en el silencio sufrirá muchas penas (10a); quien confiese su pecado será envuelto en el amor divino (10b) y podrá celebrar fiesta con otros (11). Los versículos 1s son citados por Rom 4,7s. Este salmo es para quien diga de verdad: «Yo, pecador, me confieso ante Dios...».

Bondad y providencia divinas

33⁽³²⁾ ¹Aclamen, justos, al Señor,
que la alabanza es propia de hombres rectos.

²Den gracias al Señor con la cítara,
toquen para él el arpa de diez cuerdas.

³Cántenle un canto nuevo,
toquen bellamente con júbilo.

⁴Que la palabra del Señor es recta
y su actuación es fiable.

⁵Ama la justicia y el derecho
y su amor llena la tierra.

⁶Por la palabra del Señor se hizo el cielo,
por el aliento de su boca las constelaciones.

⁷Encierra en un odre las aguas marinas
y mete en depósitos los océanos.

⁸Honre al Señor la tierra entera,
tiemblen ante él los habitantes del orbe.

⁹Porque él lo dijo, y existió,
él lo mandó, y surgió.

¹⁰El Señor anula el proyecto de las naciones
y frustra los planes de los pueblos;

¹¹el proyecto del Señor se cumple siempre,
sus planes generación tras generación.

¹²¡Feliz la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo que se eligió como heredad!

¹³Desde el cielo se fija el Señor
mirando a todos los hombres.

¹⁴Desde su trono observa
a todos los habitantes de la tierra:

¹⁵él, que modeló cada corazón
y conoce todas sus acciones.

¹⁶No vence un rey por su gran ejército,
no escapa un soldado por su mucha fuerza;

¹⁷de nada sirve la caballería para la victoria,
ni por su gran ejército se salva.

¹⁸Mira el ojo del Señor sobre sus fieles,
que esperan en su amor,

¹⁹para librar su vida de la muerte
y mantenerlos en tiempo de hambre.

²⁰Nosotros aguardamos al Señor
que es nuestro auxilio y escudo;

²¹lo festeja nuestro corazón
y en su santo Nombre confiamos.

²²Que tu amor nos acompañe,
Señor, como lo esperamos de ti.

La naturaleza (6-9) y también la historia (10-15) son obra de la palabra divina y del proyecto de Dios. La palabra, que es un aliento modulado (9), es sumamente eficaz. Situada entre el ser y el no-ser, todo surge ante el poder de la palabra de Dios (9). Así sucede en

el ámbito de la creación: cielo, tierra y mares (6s). En el escenario de la historia existe una pugna entre el «proyecto» de Dios y el plan de los pueblos (10s). La palabra creadora es instantánea; el proyecto necesita un arco temporal de generaciones para cumplirse (11); pero no fracasará, porque el interior humano, que piensa y decide, ha sido objeto de una obra artesana de Dios (15). Lo decisivo, por tanto, no es la fuerza (16s), sino la mirada pendiente de la misericordia de Dios (18s), que llena la tierra (5). El pueblo que así confía es la heredad de Dios (17). Si mira hacia atrás es para cantar «un cántico nuevo» (1-3); si mira hacia el futuro es para afianzar la esperanza, porque la misericordia de Dios le acompaña (20-22). Quizá en el prólogo joánico estén latentes los versículos 6 y 9 de este salmo. La visión creyente del cosmos y de la historia es necesariamente optimista; genera gozo y confianza.

Acción de gracias por la liberación conseguida

34⁽³³⁾

- A** ²Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca.
- B** ³Yo me siento orgulloso del Señor:
que lo escuchen los humildes y se alegren.
- C** ⁴Glorifiquen conmigo al Señor,
todos juntos alabemos su Nombre.
- D** ⁵Consulté al Señor y me respondió
librándome de todos mis temores.
- H** ⁶Mírenlo y quedarán radiantes,
sus rostros no se sonrojarán.
- Z** ⁷Este pobre clamó y el Señor lo escuchó,
liberándolo de todas sus angustias.
- H** ⁸El ángel del Señor acampa
en torno a sus fieles y los protege.
- T** ⁹Gusten y vean qué bueno es el Señor:
¡Feliz quien se refugia en él!
- Y** ¹⁰Respeten al Señor sus consagrados,
que nada les falta a quienes lo respetan.
- K** ¹¹Los ricos se empobrecen y pasan hambre,
los que buscan al Señor no carecen de bienes.
- L** ¹²Vengan, hijos, escúchenme:
les enseñaré a respetar al Señor.
- M** ¹³¿Hay alguien que ame la vida,
y desee días disfrutando de bienes?
- N** ¹⁴—Guarda tu lengua del mal,
tus labios de la mentira;
- S** ¹⁵apártate del mal, obra bien,
busca la paz y sigue tras ella.
- ¹⁶Los ojos del Señor miran a los justos,
sus oídos a sus clamores.
- P** ¹⁷El Señor se encara con los malhechores,
para borrar de la tierra su recuerdo.
- S** ¹⁸Si claman, el Señor los escucha
y los libra de todas las angustias.
- Q** ¹⁹El Señor está cerca de los que sufren
y salva a los que desfallecen.
- R** ²⁰Por muchos males que sufra el justo,
de todos lo libra el Señor;
- S** ²¹él cuida de todos sus huesos,
ni uno solo se quebrará.
- T** ²²La maldad da muerte al malvado;
los que odian al justo lo pagarán.
- ²³El Señor rescata la vida de sus siervos
los que se refugian en él no serán castigados.

La constante bendición y la incesante acción de gracias forman el pórtico de este salmo alfabético (2s). Dios merece ser alabado porque «este pobre clamó y el Señor le escuchó». Cuando otros pasen por la misma experiencia comprobarán el resplandor del rostro divino y advertirán que Dios en persona está junto a ellos (4-8). El respeto reverencial, el sobrecogimiento religioso, tiene sus ventajas.

Entre otras, gozar de la abundancia divina reservada a los pobres y gustar la bondad de Dios (9-11). Un nuevo invitatorio (12) introduce un diálogo sapiencial (13-15) y una exhortación (16-22): Dios, que acampa entre nosotros, tiene su predilección por los atribulados: cuida de ellos, de todos sus huesos. La maldad, en cambio, o la desgracia acaba con los malvados. El versículo 9 del salmo es citado por 1 Pe 2,2s en un contexto bautismal. Los versículos 13-17 son citados en 1 Pe 3,8-12. La enseñanza fluye de la experiencia. Se convierte en «sabiduría», cuando se experimenta el cuidado de Dios hacia los suyos.

Pleitea, Señor, con los que me ponen pleito

- 35**⁽³⁴⁾ ¹Litiga, Señor, contra mis litigantes,
ataca a mis atacantes;
²empuña el escudo y la adarga,
levántate y ven en mi ayuda;
³blande la espada y la pica
contra mis perseguidores;
dime: ¡Yo soy tu victoria!
- ⁴Sufran una derrota vergonzosa
los que me persiguen a muerte,
retrocedan humillados
los que planean mi desgracia;
⁵sean como tamo al viento,
acosados por el ángel del Señor;
⁶sea su camino oscuro y resbaladizo
perseguidos por el ángel del Señor.
⁷Porque sin motivo me tendían redes
sin motivo me cavaban zanjás mortales.
⁸Que los sorprenda una desgracia imprevista,
que los enrede la red que escondieron
y caigan dentro de la zanja.
- ⁹Yo festejaré al Señor
y celebraré su victoria.
¹⁰Todos mis huesos proclamarán:
Señor, ¿quién como tú,
que defiendes al débil del poderoso,
al débil y pobre del explotador?
- ¹¹Comparecían testigos falsos,
me interrogaban de cosas que ni sabía,
¹²me pagaban mal por bien
dejándome desamparado.
¹³Yo en cambio, cuando estaban enfermos,
me vestía sayal,
me afligía con ayunos
y, en mi interior, repetía mi oración.
¹⁴Como por un amigo o un hermano
caminaba de uno a otro lado,
como quien llora a su madre,
andaba triste y abatido.
- ¹⁵Pero cuando tropecé, se alegraron,
se juntaron, se juntaron contra mí.
Me desgarraban por sorpresa,
me desgarraban sin parar.
¹⁶Si caía, los burlones del entorno
rechinaban los dientes contra mí.
- ¹⁷Señor, ¿cuándo vas a fijarte?
Libra mi vida de sus fosas,
mi única vida de los leones.
¹⁸Te daré gracias en la gran asamblea,
ante un pueblo numeroso te alabaré.
- ¹⁹Que no canten victoria
mis enemigos traidores,
que no se hagan guiños

- los que me odian sin razón;
²⁰ porque hablan de paz
 y contra los pacíficos de la tierra
 tramam planes siniestros.
- ²¹ Abren sus fauces contra mí; se carcajean:
 Lo han visto nuestros ojos.
- ²² Tú lo has visto, Señor, no te calles,
 Dueño mío, no te quedes lejos.
- ²³ Despierta, levántate en mi juicio,
 en defensa de mi causa, Dios y Dueño mío.
- ²⁴ Júzgame según tu justicia, Señor Dios mío,
 y no se reirán de mí,
- ²⁵ ni pensarán: ¡Qué bien, lo que queríamos!;
 tampoco dirán: ¡Lo hemos devorado!
- ²⁶ Sean avergonzados y confundidos a una
 los que se alegran de mi desgracia;
 cúbranse de vergüenza e ignominia
 los que se envalentonan contra mí.
- ²⁷ Que se alegren y griten de júbilo
 los que desean mi victoria,
 y digan siempre: Sea enaltecido el Señor,
 que da la paz a su siervo.
- ²⁸ Y mi lengua anunciará tu justicia
 y tu alabanza todo el día.

Súplica individual estructurada en tres movimientos: 1. La imprecación y la promesa de alabanza (1-10) se desarrollan en cuatro tiempos: A. Invocación (1-3). B. Imprecación (4-6). C. Descripción de la situación (7s). D. Alabanza (9s). 2. En la súplica y en la promesa de acción de gracias (11-18) se describe por segunda vez la situación (11s.15s), se confiesa la propia inocencia (13s), se interpela a Dios como liberador (17) y se le da gracias nuevamente (18). 3. Una nueva serie de súplicas y una nueva promesa de acción de gracias (19-28) se desarrollan del modo siguiente: descripción de la situación por tercera vez (19-21), interpelación a Dios juez (22-24), una nueva imprecación (25s) y una acción de gracias final (27s). Tres simbolismos se suceden y superponen a lo largo del salmo: la caza del hombre, considerado pieza de caza mayor; el campo de batalla, con el paladín al frente de sus huestes; el juicio, presidido por el Señor, auténtico litigante. Son imágenes convencionales. El salmista, perseguido e injustamente acusado, pide a Dios que se haga cargo de su causa y que se levante como guerrero invencible y que le diga: «Yo soy tu victoria» (3). «Me han odiado sin motivo», dice el Jesús joánico (cfr. 15,25). He aquí un salmo para quien busque a Dios desde el dolor o desde la injusticia sufrida. Acaso quien ore con este salmo, y en esas circunstancias, vea que Dios no está lejos.

Justicia y providencia divinas

- 36** ⁽³⁵⁾ ² El pecado inspira al malvado
 en lo profundo de su corazón;
 no tiene temor de Dios
 ni siquiera en su presencia.
- ³ Pues Dios lo destruirá con su mirada,
 al descubrir su abominable delito.
- ⁴ Las palabras de su boca son maldad y traición,
 es incapaz de ser sensato y de obrar bien.
- ⁵ Acostado planea el crimen,
 se obstina en el camino,
 no rechaza la maldad.
- ⁶ Señor, tu misericordia viene del cielo,
 tu fidelidad llega hasta las nubes;
- ⁷ tu justicia es como las altas cordilleras,
 tus juicios son un océano inmenso;
 tú socorres a hombres y animales.
- ⁸ ¡Qué inapreciable es tu misericordia, oh Dios!
 Los humanos se refugian
 a la sombra de tus alas,
- ⁹ se sacian con la abundancia de tu casa,
 les das a beber en el río de tus delicias;
- ¹⁰ porque en ti está la fuente de la vida
 y con tu luz vemos la luz.
- ¹¹ Prolonga tu misericordia

sobre los que te reconocen
y tu justicia sobre los rectos de corazón.

¹²Que no me pisotee el pie del soberbio,
que no me destierre la mano del malvado.

¹³Vean cómo caen los malhechores,
derribados, ya no pueden levantarse.

Salmo mixto, compuesto por una reflexión sapiencial sobre el mal o los malvados (2-5), un himno al amor de Dios (6-10) y una súplica escuchada (11-13). El pecado se ha hecho carne, y habita entre nosotros. El malvado, por ello, resume maldad por todos los poros de su ser (2-5). ¡Qué distinto es Dios! Todo Él es misericordia, fidelidad, justicia, lealtad. «¡Que inapreciable es tu misericordia, oh Dios!» (8). Acogido a la sombra de las alas divinas, el ser humano podrá hacer frente el mal, que acecha a quienes reconocen a Dios. Así los malvados no se saldrán con la suya, sino que serán derribados, y no podrán alzarse en lo sucesivo (12s). Pablo cita una frase del versículo 2 en Rom 3,18. Quien necesite ayuda para enfrentarse con el misterio del Pecado hará bien en orar con este salmo. El Amor vencerá al odio.

Certeza de felicidad para los justos

37⁽³⁶⁾

- A** ¹No te enojés por causa de los malvados,
no envidies a los que cometen injusticias,
²porque pronto se secarán como hierba
y como césped verde se marchitarán.
- B** ³Confía en el Señor y haz el bien,
habita en la tierra y sáciate de sus riquezas;
⁴deléitate en el Señor
y cumplirá lo que pide tu corazón.
- G** ⁵Encomienda al Señor tu camino,
confía en él, y él actuará:
⁶Hará brillar tu justicia como la aurora,
tu derecho como el mediodía.
- D** ⁷Descansa en el Señor y espera en él;
no te irrites por el que triunfa,
por el hombre que urde intrigas.
- H** ⁸Refrena la ira, reprime el furor,
no te enojés, que será peor;
⁹porque los malvados serán exterminados,
mas los que esperan en el Señor
poseerán la tierra.
- W** ¹⁰Espera un momento: ya no está el malvado,
fíjate en su sitio: ¡ya no está!
¹¹Pero *los humildes poseerán la tierra*
disfrutarán de abundante prosperidad.
- Z** ¹²El malvado maquina contra el honrado
y rechina sus dientes contra él;
¹³pero el Señor se ríe de él
porque ve que le llega su día.
- H** ¹⁴Los malvados desenvainan la espada
y tensan su arco,
para abatir al pobre y al humilde,
para asesinar a los hombres rectos:
¹⁵pero su espada les atravesará el corazón,
sus arcos se quebrarán.
- T** ¹⁶Más vale la pobreza del honrado
que la opulencia del malvado poderoso;
¹⁷porque los brazos de los malvados
se quebrarán,
mientras que el Señor sostiene a los honrados.
- Y** ¹⁸El Señor se ocupa de la vida de los buenos:
Su herencia durará para siempre.
¹⁹No se marchitarán en tiempo de sequía,
en días de penuria se hartarán.

K ²⁰Pero los malvados perecerán,
los enemigos del Señor
como llama de un pastizal se extinguirán,
como el humo se desvanecerán.

L ²¹El malvado pide prestado y no devuelve,
el honrado se compadece y reparte.
²²*Los benditos poseerán la tierra,
los malditos serán exterminados.*

M ²³El Señor afianza los pasos del hombre
y se ocupa de sus caminos.
²⁴Aunque caiga, no quedará postrado,
pues el Señor lo sujeta de la mano.

N ²⁵Fui joven, ya soy viejo:
Nunca he visto a un justo abandonado
ni a su descendencia mendigando pan.
²⁶A diario se compadece y presta:
Su descendencia es una bendición.

S ²⁷Apártate del mal y haz el bien,
y siempre tendrás una morada;
²⁸pues el Señor ama el derecho
y no abandona a sus fieles,
los protege siempre,
pero *la descendencia de los malvados,
será exterminada.*
²⁹*Los justos poseerán la tierra
y habitarán siempre en ella.*

P ³⁰La boca del justo expone la sabiduría,
su lengua proclama el derecho,
³¹lleva en el corazón la enseñanza de su Dios:
Sus pasos no vacilan.

S ³²Espía el malvado al justo
intentando darle muerte:
³³El Señor no lo entrega en sus manos,
ni permite que lo condenen en un juicio.

Q ³⁴Espera en el Señor, sigue su camino:
*te levantará para poseer la tierra,
y verás el exterminio de los malvados.*

R ³⁵Vi a un malvado lleno de arrogancia,
que se expandía como cedro frondoso:
³⁶Volví a pasar y ya no estaba,
lo busqué y no pude encontrarlo.

S ³⁷Observa al bueno, fíjate en el honrado:
El pacífico tendrá un porvenir;
³⁸mas los impíos serán aniquilados en masa,
el porvenir de los malvados quedará truncado.

T ³⁹La salvación de los honrados viene del Señor,
él es su alcázar en tiempo de angustia;
⁴⁰el Señor los auxilia y los libera,
los libera de los malvados y los salva,
porque se refugian en él.

Salmo alfabético sapiencial. A pesar del artificio del acróstico, es posible distinguir secciones: 1. Imperativos iniciales (1-9). Indicativos de la retribución divina (10-33). 2. Imperativos del final (34-40). Los honrados y los malvados –que son los justos y los injustos, los benditos y los malditos–, forman la trama del salmo. Los honrados tienen una apariencia insignificante, son humildes (11), despreciados y perseguidos (12.14), son pobres (16), etc., pero son los benditos (22), y «poseerán la tierra» (9.11.22.29.34), en la que habitarán siempre (27.29), sin tener que mendigar (25), porque se saciarán de los bienes de la tierra (3.11), etc. Los malvados gozan de buena posición (7.35) y están bien armados (14). No emplean sus recursos para hacer el bien, sino para asesinar (14). Son malditos (22b). Serán exterminados o excluidos de la tierra (9a.22b.28b.34b.38), se desvanecerán como el humo (20). El honrado no responde con violencia a la violencia, sino con una conducta buena (3.27), incluso generosa (21b.26) y, sobre todo, puesta su confianza en el Señor (3.5.7). Dios no permanece inactivo, sino que custodia y cuida a los honrados (5.18.23. 39). Este salmo ha entrado en el Evangelio por la puerta grande de las Bienaventuranzas (Mt 5,4). Es adecuado para todo aquel que vive fuera y lejos de la tierra, a la vez que se convierte en clamor y en denuncia contra los que despojan a otros de ella.

Señor, no me reprendas con ira

38⁽³⁷⁾ ²Señor, no me reprendas con ira,
no me corrijas con furor.

³Tus flechas se me han clavado
y tu mano pesa sobre mí.

⁴No hay parte ilesa en mi cuerpo,
a causa de tu enojo,
no me queda un hueso sano,
a causa de mi pecado.

⁵Mis culpas sobrepasan mi cabeza;
como fardo pesado gravitan sobre mí.

⁶Hieden mis llagas podridas,
a causa de mi insensatez.

⁷Estoy encorvado, profundamente abatido,
todo el día camino sombrío.

⁸¡Tengo las espaldas ardiendo,
no hay parte ilesa en mi cuerpo!

⁹Agotado, totalmente aplanado,
rujo y bramo en mi interior.

¹⁰Señor mío, mis lamentos están ante ti,
no se te ocultan mis gemidos.

¹¹Mi corazón se agita, me abandonan las fuerzas,
y me falta hasta la luz de los ojos.

¹²Mis amigos y compañeros
permanecen ajenos a mi dolencia,
mis familiares se mantienen a distancia.

¹³Me tienden trampas los que quieren matarme,
los que desean mi desgracia me difaman,
todo el día rumorean calumnias.

¹⁴Pero, como un sordo, no oigo,
como mudo, no abro la boca;

¹⁵soy como uno que no oye
ni tiene réplica en su boca.

¹⁶Yo espero en ti, Señor,
tú me escucharás, Señor Dios mío.

¹⁷Me dije: Que no se rían a mi costa
quienes se insolentan contra mí
cuando vacilen mis pasos.

¹⁸¡A punto estuve de caer
mientras perduraba mi pena!

¹⁹Sí, yo confieso mi culpa,
me duele mi pecado.

²⁰Mis enemigos mortales son poderosos,
son muchos mis enemigos traidores.

²¹Los que me devuelven mal por bien
y me atacan cuando procuro el bien.

²²No me abandones, Señor,
Dios mío, no te alejes de mí;

²³ven pronto a socorrerme,
Señor mío, mi salvación.

La antífona inicial (2) anticipa los motivos dominantes en el salmo: pecado, ira de Dios y castigo. El dolor físico, en efecto, tiene una doble causa: «tu enojo» (4b) y «mi pecado» (4d). Será necesario que Dios aplaque su ira (3) y que el pecador confiese su culpa, como hace (5.19) para que su estado físico y anímico deje de ser deplorable (5-11). Mientras no se cumplan ambas condiciones, rugirá y bramará (9), hasta que su Señor se dé por aludido (10). El enfermo, de momento, es abandonado y vilipendiado por propios y extraños. Es como un sordomudo, incapaz de defenderse y de salir a flote del mal que le aqueja. No tiene apoyo alguno (12-15). A punto de caer, expuesto a que otros se rían a su costa, rodeado de enemigos mortales y poderosos, el poeta-orante pone toda su confianza en Dios, que responderá (16); cuándo y cómo, no lo sabemos. En Dios está la salvación. Este salmo se ha convertido en plegaria de todos los pecadores, según lo que leemos en 1 Jn 1,8s. No pocos enfermos y pecadores han encontrado a Dios en el pecado o en las dolencias de la enfermedad.

Señor, que comprenda lo caduco que soy

- 39**⁽³⁸⁾ ²Yo pensé: vigilaré mi proceder
para no ofender con la lengua;
mantendré una mordaza en mi boca
mientras el malvado esté ante mí.
- ³Guardé silencio resignado,
inútilmente me callé,
y mi herida empeoró.
- ⁴Mi corazón ardía en mi pecho;
mis susurros atizaban el fuego
hasta que solté la lengua:
- ⁵Señor, indícame mi fin
y cuántos van a ser mis días,
para que comprenda cuán caduco soy.
- ⁶Me concediste unos palmos de vida,
mis días son como nada ante ti:
El hombre no dura más que un soplo,
- ⁷es como una sombra que pasa;
sólo un soplo son las riquezas que acumula,
sin saber quién será su heredero.
- ⁸Entonces, Señor, ¿qué espero?
Mi esperanza está en ti.
- ⁹De todos mis delitos líbrame,
no me hagas la burla de necios.
- ¹⁰Enmudezco, no abro la boca,
porque tú has actuado.
- ¹¹Aparte de mí tus golpes,
bajo tu mano hostil perezco.
- ¹²Castigando su culpa educas al hombre,
como polilla corroes su belleza.
El hombre no es más que un soplo.
- ¹³Escucha mi súplica, Señor,
atiende a mi clamor,
no seas sordo a mi llanto,
pues yo soy un forastero junto a ti,
un huésped como todos mis padres.
- ¹⁴¡Aparta de mí tu mirada, y me alegraré
antes de que me vaya y ya no exista!

Una vez más la relación entre pecado y enfermedad es estrecha. Si se habla, tal vez se yerra (Ecló 19,16) en presencia de un malintencionado (Prov 6,2); si impone silencio, se siente un fuego interior, como Jeremías (Jr 20,9), que se desahoga en susurro; pero el susurro se convierte en soplo que aviva la brasa (4). ¡Mejor hablar! (4); así el ser humano puede adquirir conciencia refleja de su fragilidad y de su caducidad (5-7). El hombre es «imagen», ya no de Dios (Gn 1,26), sino de la realidad. Sombra, soplo, palmos de vida, afán, caducidad, pequeñez; el ser humano es nada ante Dios y desconoce a sus descendientes (7). Todo esto lo sabe el poeta, pero necesita que Dios se lo muestre patentemente: «Indícame» (5). Pudiera parecer que la esperanza, que es Dios, sea el remedio de los males que acechan al ser mortal (8). Pero Dios ha actuado (10b) de un modo sorprendente y brutal: con golpes y porrazos (11s); también de un modo camuflado: lo construido es corroído por la polilla (12), de modo que llegamos al punto inicial: «Tan sólo un soplo es el hombre» (7.12b). El oído acostumbrado a la paranomasia Hebrea escucha: «todo Adán es Abel». Dios «se fijó» en Abel y murió prematura y violentamente. Si ahora se fija en el hombre –Adán–, también morirá como Abel. Que Dios deje en paz a un ser tan insignificante, es lo que pide Job (Job 7,19), y podrá sonreír antes de morir (14). El salmo se mueve entre la esperanza y la rebeldía. Jesús es más grande que Abel (cfr. Heb 12,24), tras su paso de este mundo al Padre (Jn 14,28; 16,5.16.28), podemos decir con verdad: «Mi esperanza está en ti» (8b). Orar con este salmo es un desafío y una osadía, no menores al desafío y osadía del libro de Job.

El Señor se inclinó a mí y escuchó mi grito

- 40**⁽³⁹⁾ ²Yo esperaba impacientemente al Señor;
él se inclinó a mí
y escuchó mi clamor.
- ³Me levantó de la fosa fatal,
de la charca fangosa.

Asentó mis pies sobre una roca,
afianzó mis piernas.

⁴Me puso en la boca un cántico nuevo,
una alabanza a nuestro Dios.
Muchos al verlo se sobrecogieron
y confiaron en el Señor.

⁵¡Feliz el hombre que ha puesto
su confianza en el Señor,
y no se va con los ídólatras
que se extravían con engaños!

⁶¡Cuántas maravillas has hecho tú,
Señor Dios mío,
cuántos planes en favor nuestro!
¡eres incomparable!
Quisiera anunciarlos, pregonarlos,
pero superan todo número.

⁷Tú no quieres sacrificios ni ofrendas;
me has abierto el oído;
no pides holocaustos ni víctimas

⁸entonces yo digo: aquí estoy,
como en el libro está escrito de mí.

⁹Deseo cumplir tu voluntad, Dios mío,
llevo tu enseñanza en mis entrañas.

¹⁰He proclamado tu justicia
ante la gran asamblea,
no, no he cerrado los labios,
Señor, tú lo sabes.

¹¹No he escondido en el pecho tu justicia,
he anunciado tu fidelidad y tu salvación,
no he ocultado tu amor y tu verdad
a la gran asamblea.

¹²Tú, Señor, no reprimas tu ternura hacia mí,
que tu amor y fidelidad me guarden siempre,

¹³porque me rodean innumerables desgracias,
mis culpas me dan caza y no puedo huir;
son más que los pelos de la cabeza
y me va faltando el coraje.

¹⁴¡Señor, dignate librarme,
date prisa, Señor, en socorrerme!

¹⁵Queden avergonzados y confundidos
los que me persiguen a muerte,
retrocedan y queden abochornados
los que desean mi daño.

¹⁶Queden corridos de vergüenza
los que se carcajean de mí.

¹⁷¡Alégrense y gocen contigo
todos los que te buscan.
Digan siempre: Grande es el Señor,
los que anhelan tu salvación.

¹⁸Yo soy un pobre desgraciado,
pero el Señor piensa en mí.
Tú eres mi ayuda y mi salvador,
¡Dios mío, no tardes!

La súplica escuchada, como respuesta a la espera impaciente (2-4, o 2-6), se convierte en apoyo ante una nueva tribulación y la espera de una nueva liberación (12-18). Acaso los versículos 5s sean el texto del «cántico nuevo» (4): por mucho empeño que ponga el poeta para contar o narrar las maravillas de Dios, siempre habrá un «algo más» o «alguien más» que excede la narración –«eres incomparable» (6)–. La segunda parte del poema (7-11) está encajada entre las dos mencionadas, y se relaciona con ellas. He aquí una serie de correspondencias entre la primera y la segunda parte: tus proezas me desbordan – quiero contarlas y no puedo; no puedo contentarme con los sacrificios preceptuados – porque me has asignado otra tarea. Entre la segunda y la tercera parte constatamos algunas repeticiones: tu fidelidad y tu salvación (11b)/ tu amor y fidelidad (12); amor a tu voluntad (9a)/ Dignate [ten voluntad de] librarme (14a); – no he cerrado mis labios (10b) / no reprimas tu ternura (12a). El centro del salmo es el cumplimiento de la voluntad

divina. No es la mera ley; es la instrucción de Dios, grabada en lo profundo del ser. Es una instrucción «evangelizadora» de anunciar, decir, proclamar, etc., pero no algo aprendido en los libros, sino vivido en la existencia. Heb 10,5-10 cita y comenta los versículos 7-9. El Señor vino a cumplir la voluntad de quien lo envió (Jn 6,38). Quien ha experimentado el amor o la ternura divina se sentirá impulsado a anunciarlo, como grato mensaje, aunque sea a costa de la vida.

Dichoso el que cuida del desvalido

- 41**⁽⁴⁰⁾ ²Feliz el que cuida del desvalido:
el Señor lo librará en el día aciago.
³El Señor lo protegerá y lo conservará vivo,
será dichoso en la tierra,
y no lo entregará
a las fauces de sus enemigos.
⁴El Señor lo sostendrá en el lecho del dolor,
transformará la cama de su enfermedad.
⁵Yo dije: Señor, ten piedad,
sáname, que he pecado contra ti.
⁶Mis enemigos hablan mal de mí:
¿Cuándo morirá y se perderá su apellido?
⁷Si alguien viene a visitarme
su corazón miente y acumula maldad,
sale a la calle y lo comenta.
⁸Los que me odian se reúnen a murmurar de mí,
me achacan la enfermedad que padezco:
⁹Ha contraído una enfermedad mortal;
el que se acostó no se levantará.
¹⁰Incluso mi amigo, en quien confiaba,
y que compartía mi pan
me pone zancadillas.
¹¹Mas tú, Señor, ten piedad, ponme en pie
y les daré su merecido.
¹²En esto conozco que me quieres:
que mi enemigo no cantará
victoria a mi costa.
¹³Tú me sostendrás en mi integridad
y me mantendrás siempre en tu presencia.

* * *

- ¹⁴Bendito sea el Señor Dios de Israel,
desde siempre y por siempre.
Amén, amén.

Quien cuida del desvalido tendrá un buen cuidador, cuando le visite la enfermedad (4). Antes de llegar a ese trance el Señor lo librará, lo guardará, lo conservará, no lo entregará, lo sostendrá. Ya ahora es dichoso y continuará siendo dichoso (2-4). La enfermedad y los pecados –siempre unidos–, el desprecio y los malos deseos, la calumnias de los enemigos y también de los amigos indican que ha llegado el momento de que Dios actúe como cuidador (5-10). «Ten piedad», insiste; es decir: devuélveme la salud, pues yo te he confesado mi pecado. Será una prueba concreta del amor que Dios le tiene. «Me conservarás», dijo al principio de la plegaria, ahora completa: «Me mantendrás siempre en tu presencia» (13). Con la doxología del versículo 14 finaliza el primer libro del salterio. Jn 13,18 pone en labios de Jesús el versículo 10 del salmo. La bienaventuranza de los misericordiosos (Mt 5,7) repite casi a la letra la bienaventuranza del salmo. Podemos orar con este salmo para estimular nuestra solicitud por los demás, para caminar hacia quien es nuestra esperanza, para desahogar nuestros dolores.

Como ansía la cierva corrientes de agua, así te ansío, Señor

- 42**⁽⁴¹⁾ ²Como anhela la cierva corrientes de agua,
así, mi alma te anhela a ti, oh Dios.
³Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo,
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?
⁴Mis lágrimas son mi pan noche y día,
mientras *todo el día me repiten:*
¿Dónde está tu Dios?
⁵Recordándolo, me desahogo conmigo:
¡cómo entraba en el recinto,
cómo avanzaba hasta la casa de Dios,

entre gritos de júbilo y acción de gracias,
en el bullicio festivo!

⁶*¿Por qué estás abatida, alma mía,
por qué estás gimiendo?
Espera en Dios, que aún le darás gracias:
Salvador de mi rostro, ⁷Dios mío.*

Cuando mi alma se angustia,
entonces te recuerdo, pequeña Colina,
desde el Jordán y el Hermón.

⁸Una sima grita a otra sima
con fragor de cascadas:
tus oleadas y tus olas
me han arrollado.

⁹De día el Señor me brinda su amor,
de noche me acompaña su canción,
la canción al Dios de mi vida.

¹⁰Diré: ¡Oh Dios, Roca mía!,
¿por qué me has olvidado?
¿por qué he de andar cabizbajo,
acosado por el enemigo?

¹¹Por el quebranto de mis huesos
se burlan mis adversarios;
todo el día me repiten:
¿Dónde está tu Dios?

¹²*¿Por qué estás abatida, alma mía,
por qué estás gimiendo?
Espera en Dios, que aún le darás gracias:
Salvador de mi rostro, Dios mío.*

Lejos del Templo, de la luminosa presencia de Dios, el salmista vive la sequedad mortal de la ausencia. Su grito lanzado al viento expresa la sed y el anhelo vehemente de volver a ver el rostro divino. De momento ha de alimentarse con el manjar salobre de las lágrimas y acariciar los gozosos recuerdos del pasado, cuando otros hurgan en la herida de la ausencia: «¿Dónde está tu Dios?». El estribillo es un desahogo para el dolor que proporciona la nostalgia (2-6). Las lágrimas son insuficientes para llorar un dolor tan intenso, cuando a la ausencia se añade la impresión de tener a un Dios adverso, convertido en torrenciosa arrolladora. ¡Qué lejana está la pequeña colina de Sión! El alma abatida y los huesos quebrantados inspiran la actual canción del dolor: «¿Por qué me has olvidado?». A esta voz íntima se suman las palabras, que, procedentes del exterior, agravan en la herida: «¿Dónde está tu Dios?». No existe respuesta alguna. Con el estribillo se da cauce al dolor presente (7-12). La mirada hacia el futuro se describe en la tercera estrofa del salmo, que ya es el salmo siguiente.

Hazme justicia, Señor, defiende mi causa

43⁽⁴²⁾ ¹Hazme justicia, oh Dios,
defiende mi causa
contra gente sin piedad,
ponme a salvo
del hombre traidor y malvado.
²*Si tú eres mi Dios y mi protector:
¿por qué me rechazas?
¿por qué he de andar cabizbajo,
acosado por el enemigo?*
³Envía tu luz y tu verdad:
que ellas me escolten
y me conduzcan a tu monte santo,
hasta llegar a tu morada.
⁴Me acercaré al altar de Dios,
al Dios, gozo de mi vida,
y te daré gracias al son del arpa,
Dios, Dios mío.
⁵*¿Por qué estás abatida, alma mía,
por qué estás gimiendo?
Espera en Dios, que aún le darás gracias:*

Salvador de mi rostro, Dios mío.

El dolor de la ausencia tal vez tenga remedio si se pone en manos de Dios y éste responda. Que responda conforme a su «justicia», ya que ningún otro ser es capaz de decirme lo que quiero. El reproche y la queja dan paso a la petición: «Envía tu luz y tu verdad». Escortado por estas dos personalizaciones divinas aún es posible divisar el monte, llegar a la morada, acercarse al altar, dar gracias a Dios, contemplarlo. El estribillo ahora tiene tonalidades de esperanza. La invitación a beber (43,2) la escuchamos en Jn 4,14, y la llamada a la alegría suena en Flp 4,4. Ello nada quita a la tristeza de la despedida, como se aprecia en Jn 14–16. Este salmo, junto con el anterior, con el que forma una unidad, es muy apropiado para vivir la ausencia sentida de Dios y desear ardientemente su presencia.

Lamento por la nación y súplica

(79)

- 44**⁽⁴³⁾ ²Oh Dios, nuestros oídos oyeron,
nuestros padres nos contaron
la obra que hiciste en sus días,
lo que antiguamente ³hizo tu mano:
Desposeíste a los gentiles
y los plantaste a ellos,
pulverizaste a las naciones,
y los hiciste brotar a ellos.
- ⁴No conquistaron la tierra con su espada,
ni su brazo les dio la victoria,
sino tu diestra, tu brazo y la luz de tu rostro,
porque tú los amabas.
- ⁵¡Tú eres mi Rey, oh Dios,
mi soberano, el salvador de Jacob!
- ⁶Con tu auxilio embestimos al enemigo,
en tu Nombre aplastamos al agresor.
- ⁷Porque no confío en mi arco,
mi espada no me da la victoria;
- ⁸Tú nos das la victoria sobre el enemigo
y derrotas a cuantos nos odian.
- ⁹En Dios nos gloriamos cada día,
y celebramos tu Nombre sin cesar.
- ¹⁰Pero ahora nos rechazas, nos avergüenzas
ya no sales con nuestras tropas.
- ¹¹Nos haces retroceder ante el enemigo
y los que nos odian nos saquean.
- ¹²Nos entregas como ovejas de consumo
y nos dispersas entre los paganos.
- ¹³Vendes a tu pueblo por una miseria,
y no te enriqueces con su importe.
- ¹⁴Nos haces el escarnio de nuestros vecinos,
burla e irrisión de los circundantes.
- ¹⁵Nos haces el refrán de los paganos,
el hazmerreír de las naciones.
- ¹⁶Tengo siempre delante mi deshonra,
la vergüenza me cubre la cara,
- ¹⁷al oír insultos e injurias,
al ver al enemigo agresivo.
- ¹⁸Todo esto nos sucede sin haberte olvidado,
ni haber violado tu alianza;
- ¹⁹sin que retrocediera nuestro corazón,
ni se desviarán de tu senda nuestros pasos.
- ²⁰Mas tú nos trituraste
en la guarida de los chacales,
y nos cubriste de sombras mortales.
- ²¹Si hubiéramos olvidado
el Nombre de nuestro Dios
y levantado las manos a un dios extraño,
- ²²¿no lo habría descubierto Dios,

- que penetra los secretos del corazón?
²³Por tu causa nos matan cada día,
 nos tratan como a ovejas de matadero.
²⁴¡Despierta, Señor! ¿Por qué duermes?
 ¡Espabílate! ¡No nos rechaces para siempre!
²⁵¿Por qué nos ocultas tu rostro
 y olvidas nuestra desgracia y opresión?
²⁶Nuestro aliento se hunde en el polvo,
 nuestro vientre está pegado a la tierra.
²⁷¡Levántate, ven a socorrernos,
 rescátanos, por tu misericordia!

El pasado ha sido glorioso (2-9). El presente es calamitoso (10-23). El futuro puede ser espléndido (24-27). Diez versos recuerdan los beneficios del pasado: cinco de ellos refieren experiencias remotas (2-4) y otros cinco mencionan experiencias próximas (5-9). La posesión de la tierra es obra de Dios, «porque tú los amabas» (4b). También las derrotas actuales son acción de Dios (10-17). Dios actúa, pero no ayudándonos, sino rechazándonos y entregándonos en manos del enemigo, que nos ha convertido en manjar para sus mesas. Y Dios no se ha beneficiado en nada con nuestra entrega. Somos nosotros quienes pagamos el precio: escarnio, refrán, hazmerreír, vergüenza, burlas, afrenta... ¿Por qué este cambio? Cuanto ahora sufrimos es «por tu causa», no por nuestra culpa (18-23). Por el hecho de creer en Él somos conducidos al matadero. El dolor teológico o espiritual es más insoportable que el físico o político. Sin embargo, la fe, siempre grandiosa, no duda: Dios puede despertarse y espabilarse, levantarse y ayudar, alzar de la humillación y mostrar su rostro, en vez de ocultarlo. Si así lo hizo con los antepasados, ¿por qué no ha de hacerlo también ahora? Es lo que impone la lógica del amor: «¡Rescátanos por tu misericordia!» (27b). El versículo 23 ha impresionado a Pablo (cfr. Rom 8,36). Podemos orar con este salmo, escuchando en él todo el dolor de la Iglesia, todo el dolor de nuestros hermanos que son tratados como oveja de matadero. Pero existe un Redentor que nos rescatará.

Himno real

- 45**⁽⁴⁴⁾ ²Bulle en mi corazón un tema bello,
 recito mi poema a un rey,
 mi lengua es ágil pluma de escribano.
³Eres el más bello de los hombres,
 de tus labios fluye la gracia,
 porque Dios te bendice para siempre.
⁴Cíñete al flanco la espada, valiente,
 conquista gloria y esplendor;
⁵cabalga invicto en pro de la verdad,
 de la piedad y de la justicia;
 tu diestra te enseñe a realizar proezas.
⁶Tus flechas son afiladas, se te rinden ejércitos,
 se desmoralizan los enemigos del rey.
⁷El Dios eterno e inmortal te ha entronizado:
 cetro de rectitud es tu cetro real.
⁸Ama la justicia y odia la iniquidad,
 pues, entre tus compañeros,
 Dios, tu Dios, te ha ungido
 con perfume de fiesta.
⁹A mirra, áloe y acacia
 huelen tus vestidos,
 desde las salas de marfil
 te deleitan las arpas.
¹⁰Hijas de reyes vienen a tu encuentro,
 la reina, a tu derecha, con oro de Ofir.
¹¹—Escucha, hija, mira, pon atención:
 olvida tu pueblo y la casa paterna,
¹²prendado está el rey de tu belleza;
 póstrate ante él, que es tu señor.
¹³La ciudad de Tiro viene con regalos,
 los hacendados del pueblo buscan tu favor.
¹⁴Entra la princesa, toda esplendorosa,
 vestida de tisú de oro y brocados.
¹⁵Llevarán ante el rey a las doncellas,

- sus amigas la siguen y acompañan;
¹⁶avanzan entre alegría y algazara,
 van entrando en el palacio real.
¹⁷—A cambio de tus padres tendrás hijos,
 que nombrarás príncipes por todo el país.
¹⁸¡Inmortalizaré tu nombre por generaciones,
 así los pueblos te alabarán
 por los siglos de los siglos!

El poeta nos informa sobre el proceso de su composición: en su interior bulle un tema, que se traduce en palabra y se fija por escrito (2). Añade la dedicatoria: al rey bello y elocuente, porque Dios le ha bendecido (3). La espada, el cetro y el trono son simbolismos regios: guerra, gobierno y dinastía, respectivamente. Como guerrero es invencible (5a.6), como gobernante es ideal: piadoso y justo (5b), ama la justicia y aborrece la iniquidad (8a); como dinasta es sucesor, tal como acredita la presencia de la reina madre (10; cfr. 1 R 1,16.28). Esto es porque es el ungido por Dios (8); le ha entronizado el Dios eterno e inmortal (7). El joven monarca está a punto de casarse. Se ha enamorado de una bella princesa (12). El ambiente es festivo: salas lujosas y música, aromas y vestidos suntuosos (9), séquito de doncellas y regalos de magnates (13.15s)... Destaca, claro está, la princesa «toda esplendorosa» (14), que, en lenta procesión, entra en el palacio real (16). La joven princesa ha de olvidar su procedencia y, aceptando al rey (12b), se convertirá en madre de numerosa prole, que, a su vez, un día se convertirán en reyes (17). Es lo que la augura el poeta, que, además, inmortaliza el nombre de la pareja regia con su poema (18). Heb 1,8s cita los versículos 7s del salmo. La belleza, sea de la índole que sea, no cansa nunca; incita a ser contemplada más y más. La belleza salvará al mundo.

Dios, refugio y fortaleza

- 46**⁽⁴⁵⁾ ²Dios es nuestro refugio y fortaleza,
 socorro siempre a punto en la angustia.
³Por eso no tememos aunque tiemble la tierra
 y los montes se hundan en el fondo del mar.
⁴Aunque bramen y se agiten sus aguas,
 y con su oleaje sacudan los montes.
 [El Señor Todopoderoso está con nosotros,
 nuestro alcázar es el Dios de Jacob.]
⁵Un río y sus acequias alegran la ciudad de Dios:
 sacrosanta morada del Altísimo.
⁶Dios está en medio de ella, nunca vacila:
 al despuntar la aurora Dios la socorre.
⁷Braman las naciones, tiemblan los pueblos;
 él alza su voz y se tambalea la tierra.
⁸El Señor Todopoderoso está con nosotros,
 nuestro alcázar es el Dios de Jacob.
⁹Vengan a ver los prodigios del Señor,
 que provoca asombro en la tierra:
¹⁰pone fin a la guerra en todo el orbe:
 rompe los arcos, quiebra las lanzas,
 prende fuego a los carros.
¹¹Ríndanse y reconozcan que soy Dios,
 excelso sobre los pueblos,
 excelso sobre la tierra.
¹²El Señor Todopoderoso está con nosotros,
 nuestro alcázar es el Dios de Jacob.

Himno a Dios que habita en Sión. La tierra, aunque asentada sobre sólidas y firmes bases, puede temblar desde los cimientos y desplomarse. También el mar cercado y encerrado puede desbordarse. La creación entera retorna al caos primordial. Basta la presencia de Dios con nosotros para que la existencia esté a salvo en el refugio y fortaleza que es Dios (2-4). Suponemos la existencia del estribillo (4b). El poeta pasa del posible caos primordial a la paz de Sión. Es la sacrosanta morada del Altísimo (5), quien da consistencia a la pequeña colina de Sión frente a todos los poderes hostiles. Las aguas pierden su bravura destructora y se convierten en ornato de la ciudad. Dios está con nosotros (5-7). Braman, en cambio, los ejércitos enemigos y tal vez atacantes. Pero el fragor de sus voces es dominado por el Señor que obra prodigios, con los que causa asombro en la tierra. El asombro ha de conducir al reconocimiento de Dios: es el único excelso. La victoria confirma que Dios está con nosotros (8-11). Jesús lleva el nombre de «Emmanuel» (Mt 1,23). Nuestra certeza no reposa en el Templo de Dios, sino en el Dios del Templo. Para cultivar esa certeza, que no es falsa seguridad, es bueno orar con este salmo.

Dios, rey de todas las naciones

- 47** ⁽⁴⁶⁾ ²iAplaudan, todos los pueblos,
aclamen a Dios con gritos de alegría!
³Porque el Señor es altísimo y terrible,
emperador de toda la tierra.
⁴Él nos somete los pueblos,
y nos sojuzga naciones.
⁵Él nos eligió nuestra heredad,
orgullo de Jacob, su amado.
⁶Dios asciende entre aclamaciones,
el Señor al son de trompeta.
⁷Canten para Dios, canten,
canten para nuestro rey, canten,
⁸porque es rey de toda la tierra:
canten para Dios con maestría.
⁹Dios reina sobre las naciones,
Dios se sienta en su santo trono.
¹⁰Príncipes paganos se reúnen
con el pueblo del Dios de Abrahán,
pues de Dios son los grandes de la tierra,
¡él es inmensamente excelso!

Himno a la realeza divina en forma de díptico. La perspectiva de la primera parte es universal (2-6): Todos los pueblos son invitados a aplaudir y a lanzar sus gritos de júbilo, aunque el horizonte se restrinja al finalizar la estrofa. El emperador universal, el gran rey, ha elegido a un pueblo como heredad suya. Entre aclamaciones y sonidos de trompera, el rey se encamina hacia el trono para tomar posesión de su reino. En la segunda parte (7-10) se ensancha nuevamente el horizonte. Dios es «rey de la tierra, reina sobre las naciones». Todos los pueblos han de unirse al pueblo «del Dios de Abrahán» para festejar a Dios, que se sienta en su trono sagrado. «¡Él es inmensamente excelso!» Finaliza el salmo con esta aclamación llena de admiración. El Cristo glorioso es el Rey de reyes (1 Tim 6,16; Ap 4,9; 19,6). La liturgia aplica el salmo a la ascensión del Señor (cfr. Ef 4,9s). Mientras expresemos el deseo del Padrenuestro: «Venga a nosotros tu reino», será tiempo de orar con este salmo.

La ciudad del gran rey

(46)

- 48** ⁽⁴⁷⁾ ²iGrande es el Señor
y muy digno de alabanza!
En la ciudad de nuestro Dios
está su monte santo:
³Bella colina, alegría de toda la tierra,
es el monte Sión, confín del norte,
la capital del Emperador.
⁴Dios, desde su palacio,
se muestra como baluarte.
⁵Miren, los reyes se aliaron,
atacaron todos juntos:
⁶al verlo, quedaron aterrados,
huyeron despavoridos.
⁷Los atenazó un temblor,
sí, espasmos de parturienta:
⁸como el viento solano
que destroza los navíos de Tarsis.
⁹Lo que oímos, lo hemos visto
en la ciudad del Señor Todopoderoso,
en la ciudad de nuestro Dios:
el Señor la ha afianzado para siempre.
¹⁰Meditamos, oh Dios, tu misericordia
en medio de tu templo:
¹¹como tu fama, oh Dios, tu alabanza
llega al confín del mundo.

- Tu derecha está llena de justicia:
¹²lo festeja el monte Sión,
 los poblados de Judá se alegran
 de tus sentencias.
- ¹³Den vueltas en torno a Sión,
 cuenten sus torreones,
¹⁴fíjense en sus murallas,
 observen sus palacios,
 para poder contarle a la próxima generación:
¹⁵¡Este es Dios!,
 nuestro Dios eterno e inmortal
 que siempre nos guiará.

Nuevo díptico en el que se canta a Sión victoriosa (2b-8) y litúrgica (10-14). La canción se abre y se cierra con una antifona (2a.15). Entre las dos estrofas, una nueva antifona (9). La grandeza del Señor (2a) queda impresa en la ciudad por Él fundada (9), desde donde Dios guía y guiará a su pueblo para siempre (10). La primera tabla del díptico nos informa sobre lo que pasa en el interior de la ciudad (2b-4) y en el exterior de la misma (5-8). Sión no es la morada de los dioses, sino la ciudad del Gran Rey, a cuyos pies se desvanecen los poderes enemigos. El poeta lo describe con imágenes vigorosas: Dolores de parto, naves desarboladas y hundidas por el huracán... En la segunda tabla (9-14) se medita y celebra el amor de Dios en el interior del Templo (10-12). La contemplación detallada de la magnificencia de la ciudad ha de ser la base de la tradición posterior: Que la generación venidera sepa que la ciudad es así por obra y gracia de Dios. La nueva Jerusalén es espléndida y bellísima (cfr. Ef 5,27); tiene la victoria asegurada (cfr. Mt 16,18). ¿Cuáles son los lugares de la presencia de Dios? ¿Los suburbios de la ciudad?, ¿los campos de los refugiados?, ¿los cuerpos enfermos o mutilados...? Es necesario decir a la siguiente generación dónde está nuestro Dios.

La inconsistencia humana

- 49**⁽⁴⁸⁾ ²Escuchen esto, todos los pueblos,
 escúchenlo, habitantes del orbe;
³tanto los humildes como los poderosos,
 lo mismo el rico que el pobre:
⁴Mi boca hablará sabiamente
 y mi corazón susurrará con sensatez;
⁵prestaré mi oído al proverbio
 expondré mi enigma con la cítara.
- ⁶¿Por qué voy a temer los días aciagos,
 cuando me cerque la maldad de los tramposos,
⁷que confían en su fortuna
 y alardean de sus inmensas riquezas?
⁸iAy, nadie puede librarse
 ni pagar a Dios su rescate!,
⁹es tan caro el precio de la vida,
 que jamás podrán pagarlo.
- ¹⁰¿Podrá vivir eternamente
 sin tener que ver el sepulcro?
¹¹Mira, los sabios mueren
 lo mismo que perecen ignorantes y estúpidos,
 y legan sus riquezas a extraños.
¹²El sepulcro es su morada perpetua,
 su habitación por generaciones,
 aunque hayan dado su nombre a países.
- ¹³El hombre apenas pasa una noche en la riqueza:
 se parece a los animales que enmudecen.
- ¹⁴Éste es el camino de los arrogantes,
 el final de los jactanciosos:
¹⁵como ovejas, son recogidos en el Abismo,
 la Muerte los pastorea,
 bajan derecho a la tumba,
 su figura se desvanece
 y el Abismo es su mansión.
- ¹⁶Pero Dios rescatará mi vida,
 me arrancará de las garras del Abismo.

- ¹⁷No temas si alguien se enriquece
y aumenta el lujo de su casa,
¹⁸cuando muera no se llevará nada,
su lujo no bajará con él.
¹⁹En vida se felicitaba:
¡Te aplauden porque te va bien!,
²⁰se reunirá con sus antepasados
que jamás ven la luz.
²¹El hombre rico no comprende:
se parece a los animales que enmudecen.

Salmo sapiencial. Un nuevo díptico, precedido de un prelude (2-5). Cada tabla, que se cierra con una antifona (13.21), se estructura en dos estrofas: A. La ilusión de las riquezas (6-9). B. La voracidad del abismo (10-12). B'. La voracidad del abismo (14-20). A'. La ilusión de las riquezas (17-20). El autor es consciente de que propone un «proverbio», que es éste: el ser humano «apenas pasa una noche en la riqueza, se parece a las bestias que enmudecen» (13.21). Su enseñanza es también «enigma» (5), que es este otro: ¿Quién podrá pagar lo que vale la vida, de modo que sea rescatada? El tema del rescate es reiterativo (8.9.16). Nacemos desnudos, y morimos sin nada. Las riquezas no pueden ser el rescate de la vida. Existen dos confianzas opuestas: la confianza en las riquezas y la confianza en Dios (6-9). Quien confía en Dios no tiene de qué temer (6.17). Sólo Dios puede pagar el rescate (16). Las riquezas son pura ilusión. Los parabienes que el rico recibía mientras vivía no le evitarán reunirse con sus antepasados (17-20). Para el rescate de la muerte (cfr. Rom 8,21-23) Jesús mismo se da en rescate (Heb 9,12). Este salmo es apropiado para orientar nuestra vida: que no sea pastoreada por la Muerte, sino por el buen Pastor.

El verdadero culto

- 50** ⁽⁵¹⁾ ¹El Dios de los dioses, el Señor habla:
convoca la tierra de oriente a occidente.
²Desde Sión, dechado de belleza,
Dios resplandece;
³viene nuestro Dios y no callará.
Lo precede un fuego voraz,
lo rodea una tempestad violenta.
⁴Desde lo alto convoca cielo y tierra
para juzgar a su pueblo:
⁵—Reúnanse ante él sus fieles,
que sellaron su alianza con un sacrificio.
⁶Proclame el cielo su justicia:
Dios en persona va a juzgar.
⁷—Escucha, pueblo mío, voy a hablar,
Israel, voy a testificar contra ti;
yo soy Dios, tu Dios.
⁸No te reprocho por tus sacrificios
ni por tus holocaustos
que están siempre ante mí.
⁹No tomaré un novillo de tu casa
ni los chivos de tus rebaños,
¹⁰porque son míos todos los animales del bosque,
y las bestias de las altas montañas;
¹¹conozco todas las aves de los montes,
y las alimañas del campo mías son.
¹²Si tuviera hambre, no te lo diría,
porque es mío el orbe y cuanto contiene.
¹³¿Voy a comer carne de toros,
o a beber sangre de chivos?
¹⁴Ofrécele a Dios el sacrificio de tu alabanza,
y cumple tus votos al Altísimo;
¹⁵invócame el día de la angustia,
te libraré y tú me darás gloria.
¹⁶Al pecador le dice Dios:
— ¿Por qué recitas mis mandamientos
y tienes en la boca mi alianza,
¹⁷tú que detestas la corrección
y te echas a la espalda mis mandatos?

- ¹⁸Si ves a un ladrón, disfrutas con él,
con los adúlteros te deleitas.
¹⁹En tu boca fraguas la maldad,
con la lengua urdes engaños;
²⁰te sientas a murmurar de tu hermano
a chismorrear del hijo de tu madre.
²¹Esto haces, ¿y voy a callarme?
¿Crees que soy como tú?
Te acusaré, litigaré contigo.
²²Entiendan bien esto, los que olvidan a Dios,
no sea que los destruya y nadie los libere.
²³El que ofrece un sacrificio de alabanza
me glorifica;
al que enmienda su conducta lo haré gozar
de la salvación de Dios.

Primera parte de un pleito judicial entre Dios y el pueblo. Se abre el salmo con una teofanía, desde la que Dios convoca a la tierra de oriente a occidente (1-3) y se muestra dispuesto a juzgar (4-6). El pleito se desarrolla en dos momentos. El primero se centra en la inutilidad de los sacrificios (7-15), y el segundo en la moral violada (16-23). Dios es el juez. El juicio se celebra en la capital del reino: en Sión (2). Los testigos son cielo y tierra (4). Aparece el juez con toda su magnificencia y poder (3). El acusado es el pueblo de Dios (7). El juez no le reprocha su praxis cultural; pero es otro el sacrificio que Dios quiere: un «sacrificio de alabanza» (14.23); es decir que el acusado cumpla lo estipulado en la alianza. Pero he aquí que el pueblo de Dios es ladrón, adúltero, murmurador... No observa los mandamientos que atañen a la relación con el prójimo, mientras no tiene empacho en recitar los mandamientos divinos, que no tiene ante sí, sino a la espalda (16s). Si el acusado no se convierte, sufrirá un severo castigo (22). El pueblo, para gozar de la salvación de Dios, ha de enmendarse. La respuesta a esta requisitoria la dará el salmo siguiente. Quien ama a Dios y odia a su hermano es un mentiroso (1 Jn 4,20), es un ateo. Mientras oramos con este salmo, escuchemos la pregunta siguiente: «Esto haces, ¿y voy a callarme? ¿Crees que soy como tú?» (21). Que suenen estas preguntas, y honremos a Dios con un sacrificio de alabanza, que pasa por la buena relación con el prójimo.

Misericordia, oh Dios, por tu bondad

(Ez 36,25-28)

- 51**⁽⁵⁰⁾ ³Ten piedad de mí, oh Dios, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa,
⁴lava del todo mi delito
y limpia mi pecado.
⁵Porque yo reconozco mi culpa
y tengo siempre presente mi pecado.
⁶Contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad ante tus ojos;
así serás justo cuando juzgues
e irreproachable cuando sentencies.
⁷Mira, culpable nací,
pecador me concibió mi madre.
⁸Tú quieres la sinceridad interior
y en lo íntimo me inculcas sensatez.
⁹Rociame con el hisopo y quedaré limpio,
lávame y blanquearé más que la nieve.
¹⁰Hazme sentir gozo y alegría,
salten de gozo los huesos quebrantados.
¹¹Aparta de mi pecado tu vista
y borra todas mi culpas.
¹²Crea en mí, oh Dios, un corazón puro,
renueva en mi interior un espíritu firme;
¹³no me arrojes lejos de tu presencia
ni me quites tu santo espíritu;
¹⁴devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con tu espíritu generoso.
¹⁵Enseñaré a los malvados tus caminos,
y los pecadores volverán a ti.
¹⁶Librame de la sangre, oh Dios,
Dios y Salvador mío,

- y mi lengua aclamará tu justicia.
¹⁷Señor mío, ábreme los labios
 y mi boca proclamará tu alabanza.
¹⁸Un sacrificio no te satisface,
 si te ofreciera un holocausto, no lo aceptarías.
¹⁹El sacrificio que te agrada
 es un espíritu quebrantado,
 un corazón arrepentido y humillado,
 oh Dios, no lo desprecias.
²⁰Favorece a Sión por tu bondad,
 reconstruye la muralla de Jerusalén;
²¹entonces aceptarás sacrificios estipulados,
 las ofrendas y el holocausto,
 y sobre tu altar se inmolarán novillos.

El acusado en el salmo anterior responde en este salmo, que se mueve entre la oscura región del pecado (3-11) y la luminosa tierra de la gracia (12-14). Los versículos 20s son adición posterior. La presencia del pecado es envolvente en la primera parte: hasta doce veces se deja constancia de su presencia, recurriendo a distintos nombres. El acusado puede decir con toda verdad: «tengo siempre presente mi pecado» (5b). Aunque los pecados denunciados en el salmo anterior se refieran a la relación con el prójimo, también es verdad este otro: «contra ti, contra ti solo pequé» (6): el pecador ha quebrantado la alianza. El acusado se sabe radicalmente pecador, o, mejor, «culpable» desde su nacimiento (7). Su pecado es mancha, que pide ser lavada (4.9) o deuda que ha de ser condonada (11). Si Dios justo actúa conforme a su justicia salvadora, si se inclina hacia el pecador mostrando piedad (3), el pecador adquirirá una blancura más intensa que la nieve, y con la purificación vendrá la alegría (10). Se anticipa en este versículo el tema de la segunda parte: la luminosidad de la gracia. El Creador recrea mediante la acción del espíritu o aliento, como sucedió en la creación de Génesis. Tres veces es pedido el espíritu (12-14): un espíritu firme y dispuesto, que se convierte en dinamismo de la acción humana. El salmista ofrece como don «un espíritu quebrantado». Es el sacrificio grato a Dios. Recreado y limpio, la lengua del pecador perdonado se desata en alabanzas (17-19). Los versículos añadidos tienen sentido: Una vez que el pueblo ha pagado el doble de lo que merecían sus pecados, en el destierro, es rehabilitado por la justicia divina. Bienvenidos sean ahora los sacrificios exteriores, expresión de la actitud interior. Cristo murió por nuestros pecados (1 Cor 15,3). Surge una nueva creación en virtud del Espíritu que habita en nosotros (Rom 8,9; 2 Cor 5,17, etc.), el amor y el perdón de Dios son la gran novedad (Rom 5,8). Es bueno orar con este salmo cuando nos sentimos abrumados por nuestras culpas, sean contra Dios o contra el hermano y buscamos la bondad de Dios que nos justifica.

¿Por qué te glorías de la maldad, valeroso?

- 52** ⁽⁵¹⁾ ³¿Por qué presumes de tu maldad, valiente?
 ¿Por qué ultrajas a Dios,
⁴tramando crímenes todo el día?
 Tu lengua es navaja afilada,
 autor de fraudes.
⁵Prefieres el mal al bien,
 la mentira a la honradez.
⁶Amas las palabras hirientes,
 lengua embustera.
⁷Pues Dios te destruirá para siempre,
 te sacará, te arrastrará de la tienda,
 arrancará tus raíces del suelo vital.
⁸Al ver esto los justos se asustarán,
 se reirán de él diciendo:
⁹Miren al valiente que no consideró
 a Dios su refugio,
 que confió en sus inmensas riquezas
 y se refugió en su crimen.
¹⁰Pero yo, como verde olivo
 en la casa de Dios,
 confío en la misericordia de Dios
 por siempre jamás.
¹¹Te daré gracias siempre
 porque has actuado;
 proclamaré tu Nombre,
 tan bueno con tus fieles.

Salmo mixto estructurado en tres cuadros: A. Tú: el retrato del impío (3-6). B. Dios y los justos ante el impío (7-9). A'. Yo: el retrato del fiel (10s). El inicio prescinde de Dios para dedicarse a la maldad. La fuerza de este «valiente» (3.9) procede de sus «inmensas riquezas» (9b). El arma que maneja es la lengua mentirosa y las palabras corrosivas (6). Su alcázar inexpugnable es el crimen (9), en vez de hacer de Dios su refugio. No confía en Dios. El poeta, por el contrario sólo tiene una riqueza: confía en la misericordia de Dios (10). El final de estos dos personajes será distinto: el malvado será erradicado del suelo vital (7); el justo, en cambio, será plantado en

la casa de Dios (10). El «valiente» será arrancado de su tienda (7); el orante, en cambio, será acogido en la casa del Señor (10). El orante es una palabra viviente que proclama la bondad de Dios para con sus fieles (11). Las imágenes vegetales del salmo tienen su eco en el Nuevo Testamento (cfr. Mt 15,13; Rom 11,17-24). Donde sea afirmado el poder en detrimento de la dignidad humana, se podrá orar con este salmo, que nos plantea la disyuntiva de confiar en el dinero –poder– o confiar en Dios.

Denuncia de la perversidad universal

(14)

53⁽⁵²⁾ ²Piensa el necio: Dios no existe.
Se han corrompido y pervertido,
no hay quien obre bien.
³Dios se asoma desde el cielo
hacia los hijos de los hombres,
para ver si hay alguno sensato
alguien que busque a Dios.
⁴Todos han apostatado
a una se han obstinado,
no hay uno que obre bien,
ni siquiera uno solo.
⁵—¿No aprenderán los malhechores
que devoran a mi pueblo
que devoran el grano de Dios
que no han cosechado?
⁶¡Véanlos aterrarse sobremanera
sin razón para aterrarse!
Pues Dios dispersa los huesos del sitiador;
tú los derrotas, porque Dios los rechaza.
⁷¡Que venga desde Sión la salvación de Israel!
Cuando el Señor cambie
la suerte de su pueblo,
se alegrará Jacob, hará fiesta Israel.

Este salmo, con escasas y ligeras variantes, es una repetición del salmo 14 a cuyo comentario remito. El terror tiene una motivación en Sal 14,5; en éste se dice lapidariamente: «sin razón para aterrarse» (6). La dispersión del sitiador y su derrota son consecuencia del rechazo divino (6); en el Sal 14,6 se habla tan sólo de bochorno porque Dios es el refugio de los humildes.

Oh Dios, por tu honor sálvame

54⁽⁵³⁾ ³¡Oh Dios, por tu honor sálvame,
con tu poder, defiéndeme!
⁴¡Oh Dios, escucha mi oración,
atiende a mis palabras!
⁵Porque unos arrogantes se levantan contra mí,
unos violentos me persiguen a muerte,
sin tener presente a Dios.
⁶¡Mira, oh Dios, protector mío,
Señor, que sostienes mi vida!
⁷Devuelve el mal a mis difamadores,
por tu fidelidad destrúyelos.
⁸Te ofreceré de buen grado un sacrificio,
Señor, daré gracias a tu Nombre, que es bueno,
⁹porque me libraste de mis adversarios,
y he visto la derrota de mis enemigos.

Salmo de súplica con un prelude (3s) y tres actos: A. Los enemigos (5). B. Dios (6-7). C. El fiel (8s). La petición de ayuda y de defensa se fundamenta en el Nombre y en el poder de Dios (3), y está motivada por la actuación de los enemigos, que son «arrogantes» y «violentos». La arrogancia es patente, puesto que no tienen presente a Dios (5). La violencia les lleva al extremo de perseguir a muerte al suplicante (5b). Conseguirán lo contrario de lo que pretenden: el mal se volverá contra ellos y serán derrotados (7.9), porque Dios, a quien no tienen presente, sostiene la vida del inocente (6). Éste, una vez liberado, ofrecerá gustosa y agradecidamente un sacrificio a Dios, proclamando así su bondad (8s). El reconocimiento del nombre divino, junto con la afirmación de la bondad de Dios abre este salmo al Nuevo Testamento. Si soñamos en un mundo sin injusticias y descubrimos que Dios es bueno, podemos orar con este salmo.

Escucha, oh Dios, mi oración

55

²Escucha, oh Dios, mi oración,
no te cierres a mi súplica,
³atiéndeme y respóndeme.

Me agito en mi ansiedad,
gimo ⁴ante la voz del enemigo,
ante la mirada del malvado,
que descargan falsedades sobre mí,
me difaman a la cara.

⁵Se me retuerce por dentro el corazón,
me asaltan pavores mortales;

⁶me invaden temor y terror,
me cubre el espanto.

⁷Pienso: ¡Quién me diera alas de paloma
para volar y posarme!

⁸Entonces huiría muy lejos,
me hospedaría en el desierto;

⁹me apresuraría a buscar un refugio
ante la tormenta y el huracán.

¹⁰¡Destrúyelos, Señor,
confunde sus lenguas!
Pues veo en la ciudad violencia y discordia,

¹¹día y noche rondan por sus murallas,
en su recinto crimen e injusticia,

¹²en su interior insidias;
no abandonan sus calles
tiranía y engaño.

¹³Si me ofendiera mi enemigo,
lo habría aguantado;

si me atacara mi adversario,
me habría escondido de él;

¹⁴pero eres tú, mi camarada,
mi amigo y confidente,

¹⁵a quien me unía dulce intimidad;
íbamos juntos a la casa de Dios.

¹⁶¡Que los sorprenda la muerte,
que bajen vivos al Abismo,
pues la maldad habita entre ellos!

¹⁷Yo invoco a Dios
y el Señor me salvará.

¹⁸Por la tarde, por la mañana, al mediodía
gimo y suspiro,
él escuchará mi voz:

¹⁹Líbrame de la agresión, sálvame
que son muchos contra mí.

²⁰Que Dios me escuche y los humille,
el que reina desde antiguo,
pues no tienen enmienda
ni respetan a Dios.

²¹Levantán la mano contra su aliado,
violando la alianza.

²²Su boca es más blanda que manteca,
pero su corazón es belicoso;
sus palabras, más suaves que aceite,
pero son puñales.

²³—Encomienda a Dios tus afanes,
que él te sostendrá;

nunca permitirá que el justo caiga.
24—Tú, oh Dios, hundirás en la fosa profunda
a esos sanguinarios y traidores
sin cumplir ni la mitad de sus años.
Yo, en cambio, confío en ti.

Súplica y lamentación individual. A la invocación introductoria (2-3a) sigue el cántico del terror (3b-6). Entre dos soliloquios —el de la evasión (7-9) y el de la invocación (17-20b)—, se inserta el cántico de la traición (10-16). El segundo soliloquio va seguido del cántico de la hipocresía (20c-23). Se cierra el salmo con una antifona de maldición (24). El movimiento del salmo es un constante vaivén: de dentro hacia fuera y de fuera hacia dentro. La situación social y política invitan al poeta a buscar un refugio. Intenta cobijarse en la intimidad, que no es menos turbulenta que el exterior. Pavores mortales, temor y temblor, espanto y agitación..., con los inquilinos de la intimidad (3b-6). Una fuga aérea le lleva al inhóspito desierto (7-10), en el que querría fijar su residencia. Más allá del sueño, se impone la dureza de la ciudad, cuyas murallas, plazas y calles recorre el poeta. Se encuentra con estos extraños vecinos: violencia y discordia, falsedad y mentira, insidias y engaños... (10-16). Lo que más le duele al poeta es la traición del amigo, confidente y compañero de peregrinación (14s). Nada puede hacer el salmista para liberarse de tan molesta y funesta compañía; que actúe Dios: que los confunda (10) y los sorprenda la muerte (16). El orante tiene el recurso de invocar a Dios —con palabras, lágrimas y suspiros— (17s), y de encomendarle los afanes, tal como le aconseja una voz anónima (23). Así llegará a la ribera de la confianza (24). La traición del amigo nos evoca a Judas, que entregó al Señor (Mt 26,23). Sentimientos de turbación en Jesús podemos verlos en Jn 13,21; Mc 14,33, etc. Si queremos afrontar la arremetida del mal, en todas sus variedades —incluida la traición del amigo—, podemos orar con este salmo. Nos vendrá bien clamar, e incluso llorar, con tal de que lleguemos a tener confianza en Dios.

Grito de aflicción y de confianza

56⁽⁵⁵⁾ ²Piedad de mí, oh Dios, que me pisotean;
me atacan y oprimen todo el día;
³mis enemigos me pisotean todo el día,
son muchos los atacantes, oh Altísimo.
⁴Cuando temo, confío en ti.
⁵*En Dios, cuya palabra alabo,
en Dios confío y no temo,
¿qué podrá hacerme un mortal?*
⁶Todo el día tergiversan mis palabras,
sus planes contra mí son malignos.
⁷Acechan, se esconden,
rastrea mis huellas,
como salteadores ávidos de mi vida.
⁸Líbrame de su iniquidad,
oh Dios, derriba con ira a los pueblos.
⁹Anota tú mis andanzas,
recoge mis lágrimas en tu odre,
mis fatigas en tu libro.
¹⁰Si, cuando te invoque,
retroceden y se retiran mis enemigos,
proclamaré: Dios está de mi parte.
¹¹*En Dios, cuya palabra alabo,
en el Señor, cuya palabra alabo;*
¹²*en Dios confío y no temo:*
¿qué podrá hacerme un hombre?
¹³En verdad, cumpliré mis votos,
Dios Altísimo, dándote gracias:
¹⁴Has librado mi vida de la muerte,
alejando mis pies de la caída,
para que camine ante Dios
hacia la luz de la vida.

Súplica de confianza en momentos de peligro. Ya nos es familiar el triángulo: la presencia del enemigo, las penalidades del orante y la actuación de Dios. Los enemigos son fieras agazapadas, ávidas de presa (7); están dispuestos a la agresión (2s.6s) y no dudan en pisotear al suplicante (2s). Éste reacciona con temor (4), manifestado en las andanzas, en las lágrimas y en las fatigas (9), y latente en la proclamación de su confianza (5.12: «no temo»). De hecho, si pide a Dios que se incline —que tenga piedad (2)— es porque teme. Es un temor a la crueldad humana, que puede ensañarse con el acosado, cuya palabra ni siquiera es aceptada y respetada (6). El recurso a Dios, sin embargo, implica confianza en Dios. Es una confianza en la palabra o en la promesa divina (5.11). Dios hace suyas las lágrimas del orante: son tan valiosas que las recoge en su odre (9). El signo concreto de que Dios está con quien le suplica consiste en el retroceso de los enemigos (10). Al saber que Dios está de su parte (10b), el perseguido y pisoteado prorrumpirá en «alabanza» (14). Nada temerá, porque quienes le persiguen son meros mortales (5.11). Eusebio lee el estribillo a la luz de Rom 8,31. Es comprensible el miedo y la huida cuando arrece el peligro y se vive el dolor. Pero también es posible la confianza en la Palabra de Dios, en Dios. Es bueno orar con este salmo ante tantos sufrimientos y tantas lágrimas que no encuentran respuesta humana.

Piedad, oh Dios, que me refugio en ti

- 57**⁽⁵⁶⁾ ²Piedad de mí, oh Dios, piedad,
que me refugio en ti;
me refugio a la sombra de tus alas,
hasta que pasa la calamidad.
- ³Invoco al Dios Altísimo,
al Dios Altísimo, mi vengador.
- ⁴Envíe desde el cielo para salvarme
de los insultos de mis perseguidores,
envíe Dios su amor y su fidelidad.
- ⁵Yo he de acostarme entre leones
que devoran seres humanos;
sus dientes son lanzas y flechas,
su lengua una espada afilada.
- ⁶*Tu grandeza, oh Dios, sobre los cielos,
tu gloria, sobre toda la tierra.*
- ⁷Han tendido una red a mis pasos,
un lazo a mi cuello;
han cavado ante mí una fosa,
icaigan dentro de ella!
- ⁸Mi corazón está firme, oh Dios,
mi corazón está firme:
cantaré y tocaré.
- ⁹¡Despierta, gloria mía!
¡Despierten, cítara y arpa!
Despertaré a la aurora.
- ¹⁰Te daré gracias entre los pueblos, Señor,
tocaré para ti entre las naciones:
- ¹¹por tu amor, que sobrepasa el cielo,
por tu fidelidad, que alcanza las nubes.
- ¹²*Tu grandeza, oh Dios, sobre los cielos,
tu gloria, sobre toda la tierra.*

Súplica en el peligro (2-5) con promesa de acción de gracias (7-11). El estribillo en el medio y al final del salmo (6.12). El tiempo – noche y mañana– caracteriza los dos momentos del salmo. Un contraste: el Dios Altísimo (3) –cuya grandeza supera la altura de los cielos (6a.11a.12a)–, y la postración entre leones (5), que es el lugar desde donde se eleva la súplica repetida: «piedad de mí...» (2). Es decir, se pide que Dios se incline. Antes de que esto suceda, el perseguido ha de pasar la noche en el Templo, a la sombra de las alas de Dios (2b). El Altísimo despacha dos delegados suyos: amor y fidelidad para salvar al perseguido (4). Pero no es suficiente. El orante necesita la presencia divina, que llegará por la mañana. Vendrá el «Vengador». Pero la noche es demasiado larga. Por eso, el perseguido, impaciente, pretende acelerar la llegada de la aurora con su música. Que todo esté en pie y preparado para festejar a la luz liberadora que llega: a Dios. El tema de la grandeza o elevación de Dios late en Jn 8,23.38. Este salmo puede ser la oración de quien espera, con entera confianza, que pase la calamidad. La gloria del Altísimo llena la tierra.

Dios juzga a los gobernantes

- 58**⁽⁵⁷⁾ ²¿De verdad, poderosos,
emiten ustedes setencias justas?
¿Juzgan equitativamente a los humanos?
- ³No, ustedes cometen injusticias a conciencia
imponiendo en la tierra
la violencia de sus manos.
- ⁴Los malvados se pervirtieron
desde el seno materno,
los mentirosos se extraviaron desde el seno.
- ⁵Tienen veneno como veneno de serpientes,
de víbora sorda que cierra el oído,
- ⁶para no oír la voz del encantador,
del experto hacedor de hechizos.
- ⁷Oh Dios, rómpelos los dientes de la boca,

- quiebra, Señor, esos colmillos a leones.
⁸Que se evaporen como agua que fluye,
 que se pudran como hierba que se pisa.
⁹Sean como babosa que se deslíe al deslizarse,
 que, como aborto de mujer, jamás vea el sol.
¹⁰Antes de que echen espinas,
 como la zarza verde o quemada,
 arrebatélos el vendaval.
¹¹Goce el justo viendo la venganza,
 bañe sus pies en la sangre de los malvados;
¹²y la gente comentará:
 ¡El justo cosecha su fruto,
 sí, hay un Dios que hace justicia en la tierra!

Este salmo, tan «escandaloso», es una súplica individual de corte profético. El poeta interpela directamente a quienes debieran impartir justicia y ser modelos de justicia: a los poderosos (2). Lejos de ser justos, son obreros del Mal e incluso la encarnación del Mal. La maldad nació con ellos (4), habita en su mente (3) y la ejecutan sus manos (3b). Son serpientes (5), animal seductor (cfr. Gn 3) y pecado (cfr. Eclo 21,2). Para neutralizar su maldad no es suficiente la actuación de un experto en conjuros, porque son unos malvados consumases, sordos a la voz del encantador (6). ¿Qué hacer con ellos? La impotencia del denunciante estalla en siete terribles maldiciones, con imágenes vigorosas y sugerentes (7-10). Pero el orante no se toma la justicia por su mano, sino que la deja en manos del que juzga justamente (11s). No podemos cerrar los ojos ante el Mal. Si existe es porque hay seres humanos dispuestos a cometer atrocidades. ¿Qué podemos hacer? Formular nuestra oración, sin temer que las palabras sean vehementes. Pedir al Dios justo que intervenga: la manifestación de la ira no está reñida con Jesús (cfr. Mc 3,5). Este salmo puede alimentar el hambre de justicia. No es anticristiano, mientras exista la bienaventuranza de los que tienen hambre y sed de la justicia (Mt 5,6).

Líbrame de mis enemigos, Dios mío

- 59**⁽⁵⁸⁾ ²Líbrame de mis enemigos, Dios mío,
 defiéndeme de mis agresores,
³líbrame de los malhechores,
 sálvame de los sanguinarios.
⁴Mira cómo me están acechando:
 los poderosos conspiran contra mí,
 sin que yo haya pecado ni faltado, Señor,
⁵y ni siquiera exista culpa en mí,
 corren y toman posiciones.
 ¡Levántate, ven a mi encuentro, mira,
⁶tú, Señor Dios Todopoderoso,
 Dios de Israel!
 Despierta para castigar a los paganos,
 no te apiades de los traidores inicuos.
⁷*Vuelven al atardecer,
 aullando como perros,
 merodean por la ciudad.*
⁸Mira, de su boca fluye baba,
 de sus labios espadas:
 ¿Quién nos oirá?
⁹Pero tú, Señor, te ríes de ellos,
 te burlas de los paganos.
¹⁰*Fortaleza mía, por ti velo,
 porque mi alcázar es Dios.*
¹¹Que mi Dios fiel salga a mi encuentro,
 y yo vea la derrota de mis difamadores.
¹²¡No los mates, que mi pueblo no lo olvide;
 que vaguen lejos de su fortaleza,
 humíllalos, Señor, escudo nuestro!
¹³Por el pecado de su boca,
 por el chismorreó de sus labios
 queden atrapados en su orgullo,
 por la mentira y maldición que profieren.
¹⁴¡Destrúyelos con tu furor,

destrúyelos, que dejen de existir!;
y se reconozca que Dios gobierna
desde Jacob hasta los confines de la tierra.

¹⁵*Vuelven al atardecer,
aullando como perros,
merodean por la ciudad.*

¹⁶Vagabundean, buscando comida,
si no se hartan, no se retiran.

¹⁷Yo, en cambio, cantaré tu fuerza,
proclamaré por la mañana tu amor,
porque fuiste mi fortaleza
y un refugio en el día de la angustia.

¹⁸*Fortaleza mía, por ti velo,
porque mi alcázar es Dios, mi Dios fiel.*

Esta lamentación y súplica individual se caracteriza por el doble estribillo (7.15 y 10.18). No son nuevos los imperativos de la introducción (2s), pero sí insistentes, acaso porque los enemigos son «sanguinarios» (3). Para una visión de conjunto, pueden servirnos los ámbitos y personajes: los perros, la ciudad y el atardecer. Los perros, vagabundos y famélicos, babean, y, con la boca abierta, sus colmillos afilados relucen como «espadas». Algo así son los enemigos: no se retirarán hasta que no sacien su sed de sangre. En el trazado de la ciudad descuella la fortaleza o el alcázar en el que la gente puede refugiarse en los momentos de peligro. ¿No es Dios fortaleza y alcázar? El atardecer es la hora de retirarse a la casa o al alcázar. Es también el momento del asedio y del peligro. En este momento preciso se le pide a Dios que «vea» (8), no sólo el babeo de los perros, sino también la espada desenvainada, y que escuche la pregunta blasfema: «¿Quién nos pirá?» (8b). Dios reacciona con la risa despiadada para quien no mostró piedad, pero alcázar y fortaleza para quien se refugia en Él. Cuando llegue la mañana, destruidos ya los agresores (14), el salmista proclamará el amor de Dios (17) y otros reconocerán quién gobierna «desde Jacob hasta los confines de la tierra» (14b). Sólo Jesús puede decir con propiedad de sí mismo los versículos 4s del salmo (cfr. 1 Pe 2,22). Las ciudades están llenas de «perros» y la gente vive en un permanente sobresalto. Es el momento de orar con todos los perseguidos, condenados y asesinados.

Oh Dios, nos has rechazado y destrozado

60⁽⁵⁹⁾ ³Oh Dios, nos has rechazado y destrozado,
estabas airado, ¡vuélvete a nosotros!

⁴Has sacudido la tierra y la has hendido,
¡repara sus grietas, que se desmorona!

⁵Diste a beber a tu pueblo una copa,
nos hiciste probar un vino de vértigo.

⁶Ofrece una señal a tus fieles,
para que escapen de los arcos.

⁷Para que tus amigos sean liberados,
respóndenos y que tu diestra nos salve.

⁸Dios habló desde su santuario:
– Triunfante repartiré Siquén,
parcelaré el Valle de Sucot;

⁹mío es Galaad, mío Manasés.
Efraín es el casco de mi cabeza,
Judá, mi bastón de mando.

¹⁰Moab, una vasija para lavarme,
sobre Edón lanzo mi sandalia,
sobre Filistea, mi grito de conquista.

¹¹¡Quién me llevara a la ciudad fortificada,
quién me condujera a Edón!

¹²Pero tú, oh Dios, ¿no nos has rechazado?,
¿sales aún con nuestras tropas?

¹³Ayúdanos contra el enemigo,
que la ayuda del hombre es vana

¹⁴Con Dios haremos proezas,
él aplastará a nuestros enemigos.

Amarga antifona para comenzar (3). La situación es calamitosa. La nación está desolada: ¿Por un terremoto? ¿Por la guerra? ¿Es una creación poética? Tal vez sea más convincente la segunda hipótesis. El causante de tan grande desgracia es Dios, que ha dado a beber a su pueblo «una copa», un «vino de vértigo» (5): el castigo hasta la ejecución capital (cfr. Is 51,17.22). En este hecho se fundamenta la amplia queja, respetuosa y confiada, de los versículos 3-6. El salmista pide en una nueva antifona la intervención divina (7), a la que sigue un oráculo: Dios es un guerrero que conquista y distribuye el terreno conquistado, aunque se reserve para sí algunos territorios como predio de la corona (8b-10). Pese al oráculo divino, el orante muestra su escepticismo: «¡quién me llevara...!»

(11), a la vez que se interroga e interroga a Dios con confianza (12). La confianza desemboca en la esperanza de la ayuda divina (14). Pese a la evidencia presente, se impone la certeza de la confianza (14), en claro contraste con la antífona inicial. También la Iglesia perseguida se siente derrotada y pide auxilio. He aquí un salmo para orar con ella ante las catástrofes que asolan a la humanidad.

Escucha, oh Dios, mi clamor

- 61**⁽⁶⁰⁾ *2*Escucha, oh Dios, mi clamor,
atiende a mi súplica!
*3*Desde el confín de la tierra te invoco
con el corazón abatido.
Llévame a una roca inaccesible,
*4*porque tú eres mi refugio,
mi fortaleza frente al enemigo.
*5*Quiero hospedarme siempre en tu tienda,
refugiado al amparo de tus alas,
*6*pues tú, oh Dios, escuchaste mis votos,
me diste la heredad de los fieles a tu Nombre.
*7*Añade días a los días del rey,
que sus años sean por generaciones;
*8*que reine siempre en presencia de Dios,
que lealtad y fidelidad le hagan guardia.
*9*Y yo cantaré siempre en tu honor
cumpliendo mis votos día a día.

Se eleva el clamor suplicante (2) desde el confín de la tierra (3a): ¿desde el campo de batalla o desde el destierro? Acaso sea mejor no saberlo y que el salmo permanezca abierto. Quien ora –¿el rey?, ¿un sacerdote?, ¿el poeta sin más?, tampoco lo sabemos– pide un doble refugio: que Dios sea su «roca inaccesible» para el enemigo o su «fortaleza» (3b-4) y también que lo acoja nuevamente en el Templo, a las sombras de sus alas (5). La experiencia del pasado es garantía de la esperanza del presente (6). Inesperadamente se pide por el rey. Acaso el recuerdo de Jerusalén y del Templo atrae por asociación la presencia del soberano –tampoco lo sabemos–. Para el monarca se pide una vida larguísima y, sobre todo, que sea escoltado por dos personificaciones divinas: Lealtad y Fidelidad (7s). La alabanza continua refleja la seguridad del fiel en la respuesta divina (9). Ser huésped en la tienda evoca pasajes del Nuevo Testamento, como Heb 11,13; 2 Cor 5,6; Ef 2,19. Orando con este salmo podemos fomentar el deseo de Dios, de morar junto a Él y con Él.

Sólo en Dios está el descanso

- 62**⁽⁶¹⁾ *2*Sólo en Dios encuentro descanso,
de él viene mi salvación.
*3*Sólo él es mi roca, mi salvación,
mi alcázar: jamás vacilaré.
4¿Hasta cuándo arremeterán contra uno,
para abatirlo todos juntos
como a una pared que cede
o a una tapia que se desploma?
*5*Sólo piensan en derribarme de mi altura,
se complacen en la mentira:
con la boca bendicen,
con el corazón maldicen.
*6*Sólo en Dios encuentro descanso,
de él viene mi salvación.
*7*Sólo él es mi roca, mi salvación,
mi alcázar: jamás vacilaré.
*8*En Dios está mi salvación y mi gloria,
mi roca firme, mi refugio está en Dios.
*9*Ustedes confíen siempre en él,
desahoguen con él su corazón,
que Dios es nuestro refugio.
*10*Sólo un soplo son los plebeyos,
los nobles, mera apariencia,
todos juntos en la balanza
pesarían menos que un soplo.
*11*No confíen en la opresión,

no se ilusionen con el robo;
a las riquezas, si aumentan,
no les entreguen el corazón.

¹²Dios ha hablado una vez,
dos veces le he oído:
Que Dios tiene el poder,

¹³tuya, Señor, es la misericordia;
que tú pagarás a cada uno
según sus obras.

El autor de este salmo es un mensajero de la confianza. El soliloquio de los versículos 2s y 6s conduce a una doble interpelación: a los violentos, que además son mentirosos (4s) y a quienes confían en el dinero (11). Tras una serie de imágenes, el poema presenta un tema metafísico: la contingencia del ser humano. Puede labrarse un poder, apoyándose en «la opresión» (11a), convirtiendo a los demás en plataforma para afianzarse: el robo, la riqueza, la mentira... (11.5). Con ese poder conquistado arremeten contra los demás (4). Pues bien, todos los seres humanos, sean plebeyos o nobles, son una falacia. Todos juntos pesan menos que un soplo (10). El poder le pertenece a Dios en exclusiva (12b). Sólo Él puede ser roca, alcázar y fortaleza (3.7. 8.9), en la que apoyar la existencia el hombre. El ser humano tiene una disyuntiva: apoyarse en su «poder» o el poder divino, confiar en las riquezas o en Dios. Es imposible servir a Dios y al dinero (cfr. Mt 6,19.24). Sobre la confianza en Dios o en las riquezas, cfr. 1Tim 6,17; Sant 4,13s; 5,1-6. Si queremos ser mensajeros de confianza, no debemos hablar de sólo ideas; antes habrá que «experimentar» a Dios como fortaleza y refugio.

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo

63 ⁽⁶²⁾ ²iOh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo:
mi garganta está sedienta de ti,

mi carne desfallece por ti
como tierra seca, reseca sin agua!

³Que así te contemple en el santuario
viendo tu poder y tu gloria.

⁴Porque tu amor vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

⁵Que así te bendiga mientras viva,
alzando las manos en tu Nombre.

⁶Me saciaré como de enjundia y de manteca,
y mi boca te alabará con labios jubilosos.

⁷Si en mi lecho me acuerdo de ti,
en mis vigiliass medito en ti,

⁸porque tú has sido mi ayuda,
y a la sombra de tus alas salto de gozo.

⁹Mi vida está unida a ti
y tu mano me sostiene.

¹⁰Pero los que intentan quitarme la vida
vayan a lo profundo de la tierra;

¹¹sean pasados a filo de espada,
sirvan de pasto a los chacales.

¹²Pero el rey se alegrará en Dios,
el que jura por él se felicitará,
cuando tapen la boca a los mentirosos.

Salmo de confianza, estructurado en tres cánticos: la sed (2-4), el hambre (5-9) y el juicio divino (10-12). La intensa espiritualidad del salmo tiene una densidad corpórea, como detectamos en el desfile de los sentidos: la garganta sedienta y la carne desfallecida (2), la boca que alaba (6), los ojos que desean ver (3), las manos que se elevan (5b), el contacto de las manos (9), el calor del cuerpo adherido (9a), madrugar (2) y acostarse (7)... Y todos los sentidos van más allá de lo sensible; el símbolo es trascendente. El orante vive una aguda sed de Dios (2), toca la mano divina (9b), etc. La sed es tan intensa como la del desierto: tierra «seca, reseca sin agua» (2b). ¡Ojalá que perdure esa intensidad mientras se contempla a Dios en el Templo y a lo largo de la vida! (3.5), mientras se sacia de comida y descansa en el lecho (6s), sencillamente porque «mi vida está unida a ti» (9a). La imprecación queda para quienes «intentan quitarme la vida» (10a). El Jesús de Juan ha hablado del agua y de la sed a lo largo del evangelio (cfr. Jn 4,13-14; 7,37). En la cruz dice: «Tengo sed» (Jn 19,28). El inquieto corazón humano descansará tan sólo cuando descanse en Dios; hasta que llegue ese momento, será oportuno orar con este salmo.

Escucha, Dios, mi voz que se queja

- 64**⁽⁶³⁾ ²Escucha, oh Dios, la voz de mi gemido,
protege mi vida de la banda hostil;
³escóndeme del tropel de los malvados,
de la camarilla de los malhechores.
- ⁴Afilan la lengua como un puñal
y asestan como flechas, palabras envenenadas,
⁵para disparar a escondidas contra el inocente:
le disparan de improviso y sin temor.
- ⁶Se obstinan en su palabra delictiva,
calculan cómo esconder trampas,
y se dicen: ¿Quién nos descubrirá,
⁷y escrutará nuestro crimen perfecto?
Los escruta el mismo que escruta
hasta lo íntimo del hombre
y la profundidad del corazón.
- ⁸Dios les disparará una flecha:
y súbitamente será heridos;
⁹los doblegará a causa de su lengua,
quienes los ven menearán la cabeza.
- ¹⁰Todos los humanos temerán,
anunciarán la obra de Dios
y entenderán su actuación.
- ¹¹Que el honrado festeje al Señor,
que se refugie en él
y los corazones sinceros se feliciten.

En esta súplica individual los enemigos actúan con cobardía y alevosía: se esconden y disparan «de improviso e impávidos» (5b). Su arma es la palabra calumniadora, más mortífera que la espada y los dardos. Son muchos –banda, tropel, camarilla– los malvados contra un inocente. Han tramado tan bien su actuación, que nadie los descubrirá (6b). No cuentan con Aquel que escruta los riñones y el corazón (7b), y llega, por ello, allá donde se preparan las armas: a la profundidad del corazón (7b). El contraataque de Dios es imprevisto (8), como lo había sido el ataque (5b), y es también certero (8b). Los espectadores han visto todo desde el principio. Una vez que han contemplado la actuación divina, se burlan de los enemigos (9b), temen ante la fulminante reacción divina, publican lo que Dios ha hecho, reflexionan y aprenden (10). Los festejos son para el Señor (11). Para las burlas con el movimiento de cabeza, cfr. Mt 27,39; para el temor ante la actuación de Dios, cfr. Mt 27,54. Cuando la vida corre peligro o somos heridos por palabras afiladas, es tiempo de orar con este salmo.

Oh Dios, tú mereces un himno en Sión

- 65**⁽⁶⁴⁾ ²Oh Dios, tú mereces un himno en Sión
y a ti se te cumplen los votos.
- ³A ti, que escuchas la oración,
ha de presentar todo mortal
- ⁴sus acciones pecaminosas.
Innumerables son nuestros delitos
pero tú los perdonas.
- ⁵Dichoso el que tú eliges e invitas
a morar en tus atrios.
Que nos saciemos de los bienes de tu casa,
de los dones sagrados de tu templo.
- ⁶Con portentos favorables nos respondes,
Dios Salvador nuestro,
esperanza de los confines de la tierra
y del océano lejano.
- ⁷Tú afianzas los montes con tu fuerza
ceñido de poder.
- ⁸Tú acallas el estruendo del mar,
el estruendo de las olas
y el tumulto de los pueblos.
- ⁹Los habitantes de los confines

se sobrecogen ante tus signos
y tú haces que canten de júbilo
las puertas de la aurora y del ocaso.

- ¹⁰Tú cuidas de la tierra, la riegas,
la enriqueces sin medida;
La acequia de Dios va llena de agua.
Preparas sus trigales.
Así preparas la tierra:
¹¹empapas sus surcos,
igualas los terrones,
la mulles con lloviznas;
bendices sus brotes.
¹²Coronas el año con tus bienes
y tus rodadas rezuman abundancia;
¹³rezuman los pastos del páramo,
y las colinas se orlan de alegría;
¹⁴las praderas se visten de rebaños
y los valles se cubren de mieses
que aclaman y cantan.

En este himno a Dios que mora en Sión pasamos del microcosmos del Templo (2-5) al cosmos (6-9), y de aquí a la tierra de Israel (10-14). El Templo es lugar de escucha y de perdón, de gozo y de saciedad, de abundancia y de belleza. El fiel cumple en el Templo lo prometido. ¡Dichosos quien es invitado a morar en los atrios, no en el interior del santuario! (5a). Dios escucha y responde con «portentos favorables» (6a): es el Dios liberador de los oprimidos, Señor de la creación y de la historia, ante cuyo poder se acalla cualquier otro poder. Los pueblos que confían en Él viven el sobrecogimiento religioso y el júbilo (6-9). Un Señor tan grande y poderoso no se desentiende de las minucias. El Dios que aploma las montañas allana los terrones (7.11). Se parece al solícito padre de familia que cultiva la tierra para que los suyos tengan de todo. La tierra se viste de colores. Las espigas, movidas por el viento, se yerguen para aplaudir y cantar. La Sión terrena nos remite a la Jerusalén futura (Ap 21s), la tierra nueva. El Señor de la naturaleza y de la historia se ocupa también de nuestras minucias. ¿No es motivo suficiente para entonar este himno a Dios que habita entre nosotros?

Todo el mundo aclame a Dios

- 66** ⁽⁶⁵⁾¹Aclame a Dios toda la tierra,
²canten en honor de su Nombre,
tribútenle una espléndida alabanza.
³Digan a Dios: ¡Qué formidable eres por tus obras,
por tu inmenso poder te adulan tus enemigos!
⁴Que todo el mundo te rinda homenaje
cantando para ti, cantando en tu honor.
⁵Vengan a ver las obras de Dios,
sus hazañas formidables
a favor de los hombres:
⁶Transformó el mar en tierra firme;
a pie cruzaron el río.
¡Venid, alegrémonos con él!
⁷Con su autoridad gobierna por siempre:
sus ojos vigilan a las naciones,
para que no se subleven los rebeldes.
⁸Bendigan, pueblos, a nuestro Dios,
proclamen a voces su alabanza.
⁹Nos conservó entre los vivientes
y no permitió que tropezara nuestro pie.
¹⁰Oh Dios, nos pusiste a prueba,
nos refinaste como se refina la plata.
¹¹Nos metiste en una prisión,
pusiste un cincho en nuestros lomos,
¹²dejaste que los mortales
cabalgaran sobre nosotros,
pasamos por fuego y agua,
pero nos llevaste a la abundancia.

- ¹³Entraré en tu casa con holocaustos
para cumplir los votos
¹⁴que pronunciaron mis labios
y prometió mi boca en la angustia.
¹⁵Te ofreceré holocaustos cebados
con el incienso de carneros,
inmolaré vacas y cabras.
¹⁶Vengan a escuchar, fieles de Dios,
les contaré lo que hizo por mí:
¹⁷Lo invoqué con la boca,
con la lengua lo alabé.
¹⁸Si yo hubiera tenido mala intención,
el Señor no me habría escuchado.
¹⁹Pero Dios me escuchó,
atendió a la voz de mi súplica.
²⁰¡Bendito sea Dios,
que no rechazó mi súplica
ni apartó de mí su misericordia!

Salmo mixto, de alabanza y de acción de gracias. Se entrelazan en este salmo las actuaciones de Dios en el cosmos y en la historia. Todo el mundo, la tierra entera, es invitado a aclamar, cantar, tributar una espléndida alabanza a Dios por su inmenso poder o por sus obras terribles. También los enemigos reciben la invitación de postrarse ante el soberano. Lo harán aunque sea a regañadientes: «te adulan» (3b-4). Venir y ver (5), venir y alegrarse (6b), venir y escuchar (16) son invitaciones escalonadas a lo largo del salmo. Se trata de ver las obras de Dios (6), de ser espectadores del paso del Río o el Mar (cfr. Éx 14), antes de entrar en la tierra de la libertad (6). Quien salvó a su pueblo en otro tiempo, también lo salvará ahora (8s), aunque tenga que ser purificado pasando por el fuego del destierro (10-12). Ya en la abundancia, el pueblo, o el orante en su nombre, cumplirá lo prometido: un holocausto o un sacrificio de comunión (13-15). En vista de lo que Dios ha hecho en el cosmos y en la historia, es el momento de escuchar. El Señor ha escuchado «la voz de mi súplica» (19). Es el gran anuncio. Por eso la alabanza y la bendición (17.20). Sobre el gobierno universal del versículo 7 puede leerse Rom 14,9; el versículo 9 puede remitirnos a Ef 2,5; el versículo 12 a Hch 14,22. Repasemos nuestra historia o la historia de la Iglesia, y veamos cuánto ha hecho Dios por nosotros. Así le adoremos, alabaremos y daremos gracias.

Que te den gracias los pueblos, oh Dios

(Nm 6,22-27)

- 67**⁽⁶⁶⁾ ²Que el Señor tenga piedad y nos bendiga,
que nos muestre su rostro radiante,
³que se reconozca en la tierra tu poderío,
y entre las naciones tu victoria.
⁴*¡Que te den gracias los pueblos, oh Dios,
que todos los pueblos te den gracias!*
⁵Que se alegren y salten de gozo las naciones
porque riges al mundo con justicia,
riges los pueblos con rectitud
y gobiernas las naciones de la tierra.
⁶*¡Que te den gracias los pueblos, oh Dios,
que todos los pueblos te den gracias!*
⁷La tierra ha dado su cosecha:
nos bendice Dios, nuestro Dios.
⁸Que Dios nos bendiga, y que lo respeten
hasta en los confines del mundo.

Bendición en forma imprecatoria, como comentario a Nm 6,24-26; ésta, en boca de los sacerdotes aarónidas; en el salmo en plural: «nos». Es decir, se democratiza la bendición de Números. Todo bien procede de la bondad divina. Si estamos alegres ante Dios, todos los pueblos reconocerán su poderío y su victoria (2-4). El gobierno universal de Dios, es motivo para que todos los pueblos se alegren y salten de gozo (5s). La cosecha abundante es un signo de la bendición divina. Brota de aquí la alegría y el júbilo universal, como se repite rítmicamente en el estribillo (4.6). La bendición sálmica nos lleva al comienzo de la carta a los Efesios (Ef 1,3). Podemos orar con este salmo para dar gracias a Dios por los bienes de la tierra.

Oda patriótica y religiosa

(Jue 5; Hab 3)

68⁽⁶⁷⁾ ²Se levanta Dios y se dispersan sus enemigos,
huyen de su presencia quienes lo odian.

³Como se disipa el humo, los disipas,
como se derrite la cera ante el fuego,
así perecen los malvados ante Dios.

⁴En cambio los justos se alegran,
se alborozan en la presencia de Dios,
y festejan de alegría.

⁵Canten a Dios, toquen en su honor,
ensalcen al jinete de las nubes;
su Nombre es el Señor, salten de gozo ante él.

⁶Padre de huérfanos, protector de viudas
ése es Dios desde su santa morada.

⁷Dios da un hogar a los que están solos,
libera de la prisión a los cautivos;
mas los rebeldes se quedan en el yermo.

⁸Oh Dios, cuando salías al frente de tu pueblo,
cuando avanzabas por el desierto,

⁹la tierra tembló, los cielos se licuaron,
ante Dios, el Dios del Sinaí,
ante de Dios, el Dios de Israel.

¹⁰Tú derramaste, oh Dios, una lluvia generosa,
aliviaste tu heredad extenuada.

¹¹Tu rebaño habitó en la tierra,
que bondadosamente, oh Dios,
habías preparado para los pobres.

¹²Mi Señor pronuncia un oráculo,
y una multitud anuncia la noticia:

¹³Los reyes, los ejércitos huyen, van huyendo,
y las mujeres de la casa reparten el botín.

¹⁴Mientras dormían en los apriscos,
las alas de paloma se cubrían de plata,
y sus plumas de oro amarillo.

¹⁵Cuando el Todopoderoso dispersaba reyes,
nevaba en el Monte Salmón.

¹⁶Montaña altísima es la montaña de Basán,
montaña escarpada es la montaña de Basán.

¹⁷¿Por qué envidian, montañas escarpadas,
al monte que Dios eligió para habitar?
El Señor habitará en él por siempre.

¹⁸Los carros de Dios son miles y miles,
los arqueros, millares:
el Señor marcha del Sinaí al santuario.

¹⁹Subiste a la cumbre llevando cautivos,
recibiste tributo de seres humanos,
aun de quienes se oponían
a la mansión del Señor Dios.

²⁰Bendito sea el Señor día tras día:
Dios, nuestro salvador, nos alivia.

²¹Nuestro Dios es un Dios salvador,
el Señor, mi Dueño, nos libra de la muerte.

²²Dios aplasta la cabeza de sus enemigos,
el cráneo melenudo de los criminales.

²³Dice el Señor: Los traeré de Basán,
los traeré desde el fondo del mar,

- ²⁴ para que bañes tus pies en su sangre
y la lengua de los perros
tenga en tus enemigos su porción.
- ²⁵ Aparece tu cortejo, oh Dios,
el cortejo de mi Dios, mi Rey, al santuario.
- ²⁶ Al frente marchan los cantores,
al final, los arpistas;
en medio, las jovencitas
van tocando panderos.
- ²⁷ En la asamblea bendicen a Dios,
al Señor en la congregación de Israel.
- ²⁸ Miren: los guía Benjamín, el más pequeño,
los príncipes de Judá y sus huestes,
los príncipes de Zabulón,
los príncipes de Neftalí.
- ²⁹ ¡Manda, oh Dios, tu fuerza,
refuerza, oh Dios, lo que hiciste por nosotros
- ³⁰ desde tu templo de Jerusalén!
Que te traigan los reyes su tributo.
- ³¹ Reprime a la Fiera del Cañaveral,
a la manada de Toros,
a los Novillos de los pueblos:
que se sometan con lingotes de plata.
¡Dispersa a los pueblos belicosos!
- ³² Que los mercaderes de Egipto
vengan con regalos,
Etiopía tienda sus manos hacia Dios.
- ³³ Reinos del mundo, canten a Dios,
toquen para nuestro Señor.
- ³⁴ ¡Véanlo cabalgando por los cielos,
los cielos antiguos!
¡Ya lanza su voz,
su voz de victoria!
- ³⁵ Reconozcan la victoria de Dios:
sobre Israel, su majestad,
su poderío, sobre las nubes.
- ³⁶ Dios es terrible en su santuario.
Ciertamente el Dios de Israel
da fuerza y poder a su pueblo.
¡Bendito sea Dios!

Himno al poder divino y a su majestad. El enemigo se dispersa y huye, se disipa como humo y se derrite como cera; el justo se alegra, se alborozza y se alegra. Es el preludio del poema (2s). Viene a continuación el cántico del éxodo y de la tierra (5-11): La tierra se estremece (9) ante el «Jinete de las nubes» (5b), que muestra su poder siendo padre del pobre (6), liberando a los prisioneros (7) y preparando una tierra que será el hogar del rebaño rescatado de Egipto (9.11). El nuevo hogar es una tierra conquistada, tal como se celebra en el cántico siguiente, dedicado a la tierra (12-19). Dios abre la marcha del pueblo hacia la tierra. Los reyes huyen, y dejan tras de sí un rico botín para Israel (14). Las altas montañas del norte se inclinan reverentes ante la humilde colina de Sión, morada elegida por Dios (16s). Los reyes vencidos forman parte del cortejo divino, que llega a su santa morada flanqueado por su ejército (18s). Las gestas del alivio del pueblo, liberado de la muerte, y la derrota de los profesionales de la guerra (22) son celebradas en el culto, como se canta en el interludio (20-22). A partir de aquí, el poema es un cántico procesional hacia Sión (23-34). Los enemigos no tienen salvación: han de comparecer ante el Soberano, aunque se escondan en lo más alto y escarpado o en lo más profundo y remoto (23s). Sucede lo contrario con el pueblo de Dios. Está representado por dos tribus del norte, Zabulón y Neftalí, y por otras dos del sur, Benjamín y Judá (27s). Se dirige hacia el Templo cantando y danzando (27s). Ya en el Templo pide a Dios que derrote a los enemigos de Israel, aludidos con nombres de fieras (29-32), y que todos los reyes vengan a Jerusalén trayendo tributo al Soberano, Auriga de las nubes (33s). Finaliza el salmo con un postludio (35s), en el que se pide que todos reconozcan el poderío de Dios. El versículo 19 es aplicado a la ascensión del Señor por Ef 4,8 (cfr. Hch 2,33); el que subió es el que «bajó» para aplastar la cabeza del enemigo (21). Este salmo es apto para celebrar nuestra liberación, mientras nos encaminamos hacia la tierra prometida.

¡Sálvame, Dios, que me llega el agua al cuello!

(109)

69⁽⁶⁸⁾ ²¡Sálvame, Dios,
que me llega el agua al cuello!

³Me hundo en el fango profundo
y no puedo hacer pie;
he entrado en las aguas sin fondo
y me arrastra la corriente.

⁴Estoy exhausto de gritar,
tengo ronca la garganta,
se me nublan los ojos
esperando a mi Dios.

⁵Más que los cabellos de la cabeza
son los que me odian sin motivo,
más numerosos que mis cabellos
son mis enemigos mentirosos.
¿Es que tengo que devolver
lo que no he robado?

⁶Dios mío, tú conoces mi ignorancia,
no se te ocultan mis culpas.

⁷Que por mi culpa no queden defraudados
los que esperan en ti, Señor Todopoderoso;
que por mi culpa no se avergüencen
los que te buscan, Dios de Israel.

⁸Pues por ti aguanté afrentas,
la vergüenza cubrió mi rostro.

⁹Soy un extraño para mis hermanos,
un extranjero para los hijos de mi madre

¹⁰porque me devora el cielo por tu templo
y las afrentas con que te afrentan
caen sobre mí.

¹¹Si sollozo ayunando, se burlan de mí;

¹²si me visto de sayal, se ríen de mí;

¹³sentados a la puerta cuchichean,
los borrachos me sacan coplas.

¹⁴Pero yo, Señor, a ti dirijo mi oración,
en el momento propicio;
por tu gran amor, respóndeme, oh Dios,
con tu fidelidad salvadora.

¹⁵Sácame del fango, no me hunda,
líbrame de los que me aborrecen
y de las aguas sin fondo;

¹⁶que no me arrastre la corriente,
ni me trague el torbellino,
ni el pozo se cierre sobre mí.

¹⁷Respóndeme, Señor, por tu bondadoso amor,
por tu inmensa ternura vuelve tus ojos a mí.

¹⁸No ocultes tu rostro a tu siervo,
estoy angustiado, respóndeme enseguida.

¹⁹Acércate a mí, rescátame,
líbrame de la guarida del enemigo.

²⁰Tú conoces mi oprobio,
mi vergüenza y deshonra,
ante ti están mis opresores.

²¹El oprobio me parte el corazón
y me siento desfallecer;
espero compasión, y no la hay,
consoladores, y no los encuentro.

- ²²Echaron veneno en mi comida
y en mi sed me dieron vinagre.
- ²³Que su mesa se vuelva una trampa
y sus compañeros, un lazo.
- ²⁴Que se apaguen sus ojos y no vean,
y sus lomos flaquee sin cesar.
- ²⁵Descarga sobre ellos tu enojo,
que los alcance el incendio de tu ira.
- ²⁶Que su campamento quede desierto
y nadie habite sus tiendas,
- ²⁷porque persiguen al que tú heriste
y cuentan las heridas del que laceraste.
- ²⁸Añade culpa a sus culpas,
y no accedan a tu justicia.
- ²⁹Sean borrados del libro de los vivos,
no sean inscritos con los justos.
- ³⁰Pero a mí, pobre y malherido,
tu salvación, oh Dios, me restablecerá.
- ³¹Alabaré el Nombre de Dios con cantos:
proclamaré su grandeza
con acción de gracias:
- ³²le agradará a Dios más que un toro,
más que un novillo con cuernos y pezuñas.
- ³³Mírenlo, humildes, y alégrense,
recobren el ánimo, buscadores de Dios;
- ³⁴porque el Señor escucha a los pobres
y no desprecia a sus cautivos.
- ³⁵Alábenlo, cielo y tierra,
mares y cuanto bulle en ellos.
- ³⁶Pues Dios salvará a Sión
y reconstruirá los poblados de Judá:
la habitarán y la poseerán,
- ³⁷la estirpe de sus servidores la heredará,
los que aman su Nombre vivirán en ella.

La súplica de este salmo se eleva desde lo profundo del dolor. El comienzo (2-5) nos sorprende con un cúmulo de imágenes: Aguas profundas, ciénagas sin fondo, corrientes arrolladoras son otras tantas imágenes del diluvio del mal y causa de la destrucción física. De esta situación brota el grito inicial: «Sálvame, Señor». Los versículos 6-19 reitera la temática, aunque en orden inverso: un cuerpo destruido (6-13) y el diluvio del mal (14-19). Sin duda que el salmista sufre a causa de los pecados personales; pero también por ser fiel a Dios y a su Templo (8-10), por las prácticas penitenciales (11-13). Se ha quedado solo. Ahora puede presentar ante Dios un cuerpo destruido y un espíritu lacerado. ¿A quién dirigirse sino a Dios, que, sin duda, responderá por «su inmenso amor» (14b). A partir de aquí se acumulan los imperativos. El Dios fiel, de inmensa ternura y amor, no puede permanecer indiferente ante tanto apremio; mucho menos cuando Él conoce la necesidad (6). También conoce «mi oprobio, mi vergüenza y mi deshonra» (20), causados por la presencia externa del mal (20-30). Los hombres inmisericordes añaden nuevas aflicciones al dolor íntimo procedente de la mano divina (27). El orante pide que Dios actúe de dos formas: descargando infortunios sobre los inmisericordes: doce improperios (23-26.28-29), hasta borrarlos del libro de la vida (29), y restableciendo al pobre malherido (30). El hecho de que Dios escuche a los pobres inspira un himno de acción de gracias, primero personal (31-34) y después cósmico (35-37), que agrada a Dios mucho más que cualquier sacrificio, según la legislación del Levítico. Son varios los versículos de este salmo citados o aludidos en el Nuevo Testamento: El versículo 5 en Jn 15,25; el versículo 10a en Jn 2,17; el versículo 10b en Rom 15,3; se alude al versículo 13 en Mt 27,27-30; al 22 en Mt 27,34 y en Mc 15,23; los versículos 23s en Rom 11,9; el versículo 26 en Hch 1,20. El registro de los vivos (29) es mencionado en Flp 4,3; Ap 3,5 y 13,8. Con el dolor de nuestros hermanos podemos recomponer el rostro del Cristo roto. Unidos a ellos podemos suplicar: «¡Sálvame, oh Dios, que me llega el agua al cuello!» (2).

¡Oh Dios, ven a libramme!

(40,14-18)

70 ⁽⁶⁹⁾ ²¡Oh Dios, apresúrate a libramme,
Señor, date prisa en socorrerme!

- ³Queden derrotados y humillados
los que me persiguen a muerte,
retrocedan confundidos
los que desean mi daño.
- ⁴Retírense avergonzados
los que se carcajean de mí.

⁵Alégrense y gocen conmigo
todos los que te buscan;
Digan siempre: ¡Dios es grande!,
los que anhelan tu salvación.

⁶Yo soy humilde y pobre,
¡oh Dios, ven pronto a mí!
Tú eres mi auxilio y mi salvador,
¡Señor, no tardes!

Esta súplica individual –que es una repetición de Sal 40,14-18 con pequeñas variantes– está formada por una maldición (3s) y una bendición (5), enmarcadas entre un invitatorio (2) y una conclusión (6). La confusión será para quienes se burlan del salmista; la bendición para quienes confiesan la grandeza divina. La urgencia del comienzo del salmo y la súplica «¡No tardes!» del final se dan la mano. Dios debe apresurarse porque tiene ante sí a un pobre y oprimido. Las burlas del enemigo son las de Mt 27,42s; su retroceso sucede en el huerto (cfr. Jn 18,6). El pobre es aquel que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros (2 Cor 8,9). Cuando deseamos suplicar por nosotros o por los demás podemos recurrir a este salmo.

Que no fracase para siempre, Señor

(90)

71⁽⁷⁰⁾ ¹A ti, Señor, me acojo
nunca quede defraudado.
²Por tu justicia, líbrame y rescátame,
tiende tu oído hacia mí y sálvame.
³Sé mi roca de refugio, siempre accesible,
la que prometiste para liberarme,
pues mi peña y mi alcázar eres tú.
⁴Dios mío, líbrame de la mano perversa,
del puño criminal y opresor.
⁵Tú eres mi esperanza, Señor mío,
y mi confianza, Señor, desde mi juventud.
⁶Desde el seno materno me apoyaba en ti,
desde la entrañas de mi madre me sostenías.
¡A ti la alabanza continua!
⁷Eres un prodigio para muchos,
pues tú eres mi refugio fortificado.
⁸Llena está mi boca de tu alabanza,
de tu elogio todo el día.
⁹No me rechaces ahora en la vejez,
no me abandones, cuando decaen mis fuerzas,
¹⁰porque mis enemigos hablan de mí,
quienes me espían dictaminan:
¹¹Dios lo ha abandonado,
persígalo, aprésenlo,
que no hay quien lo libre.
¹²Oh Dios, no te quedes lejos,
Dios mío, apresúrate a socorrerme.
¹³Sean confundidos y humillados
los que atentan contra mi vida;
cúbranse de humillación y de vergüenza
los que buscan mi daño.
¹⁴Yo en cambio esperaré siempre,
reiterando tus alabanzas.
¹⁵Mi boca anunciará tu justicia
y tu salvación todo el día,
aunque no sepa contarla.
¹⁶Entraré en tu fortaleza, Señor mío,
recordaré tu justicia, Señor, sólo tuya.
¹⁷Me instruiste, Dios mío, desde mi juventud
y hasta hoy he anunciado tus maravillas.

- ¹⁸Ahora, en la vejez y en las canas,
no me abandones, oh Dios,
hasta que anuncie tu poder a la asamblea
y a cuantos entran en tu fortaleza.
- ¹⁹Tu justicia, oh Dios, llega hasta el cielo
porque has hecho cosas grandes:
oh Dios, ¿quién como tú?
- ²⁰Aunque me hiciste pasar
por muchas angustias y desgracias
me devolverás la vida,
y de las simas de la tierra
me sacarás de nuevo.
- ²¹Acrescentarás mi dignidad,
y me rodearás de tu consuelo.
- ²²Te alabaré a plena voz con el arpa,
Dios mío, por tu fidelidad;
tocaré la cítara en tu honor,
Santo de Israel.
- ²³Te aclamarán mis labios
—cantando para ti—
y también mi vida,
la que tú rescataste.
- ²⁴Incluso mi lengua
proclamará tu justicia todo el día.
¡Queden confundidos y humillados
los que buscaban mi daño!

La amargura (2-12) y la esperanza de la vejez (14-24) forman el díptico de este salmo de lamentación y de súplica individual. El bochorno abre y cierra las dos tablas del díptico (1.13.25). El anciano, del que hablan algunos versos de una forma explícita y otros afectados por el contexto, hace un repaso de su vida. Aunque no sea territorio de la memoria, se remonta al nacimiento (6). Recuerda su juventud, y cómo, ya entonces, confiaba en el Señor (6). Recuerda las tribulaciones que ha vivido y los peligros por los que ha pasado (20.23b), también los que ahora debe afrontar (2.4.10). Recuerda la justicia salvadora (16) y la instrucción divina (17). A lo largo de la vida ha contado y narrado, aunque no fuera un experto (15b), lo que Dios ha hecho por él: ha sido y es su «refugio fortificado» (7b) y ha anunciado las maravillas divinas a lo largo de la vida (17b). Ahora, en la vejez y en las canas (18a), aún le queda tarea por delante: esperar y alabar (14), anunciar la justicia y la salvación (15b), y, sobre todo, entrar en la fortaleza divina (16). Cuando flaquean las fuerzas, Dios es fuerza y fortaleza (3.7.18). Este piadoso anciano no será humillado, sino que, rescatado de las simas de la tierra (20b), su voz, sus labios y su vida toda se emplean en la alabanza. La humillación queda para otros (13.24b). El anciano se acogió a Dios a lo largo de la vida, y nunca quedará defraudado (1). Los muchos años no son un signo del abandono de Dios, sino una vida mimada por el cariño del también «Anciano» (Dn 7,9), que «vive para siempre» (Ap 4,10). El anciano es maestro de vida. Aún tiene mucho que decir y mucho más que esperar. Este salmo puede ayudarle en su tarea.

Oh Dios, confía tu juicio al rey

(2 Sm 23,1-7)

- 72**⁽⁷¹⁾ ¹Oh Dios, confía tu juicio al rey,
y tu rectitud al hijo del rey.
- ²Para que gobierne a tu pueblo con justicia,
a tus humildes con rectitud.
- ³Produzcan los montes bienestar
y las colinas, prosperidad para tu pueblo;
- ⁴que él defienda a los humildes del pueblo,
socorra a los hijos de los pobres
y aplaste al opresor.
- ⁵Que dure tanto como el sol,
como la luna, por generaciones.
- ⁶Que baje como lluvia sobre el césped,
como llovizna que empapa la tierra.
- ⁷Que en sus días cunda la prosperidad,
y haya prosperidad hasta que falte la luna.
- ⁸Que domine de mar a mar,
del Río al confín de la tierra.
- ⁹Inclínense en su presencia los beduinos,
y sus enemigos muerdan el polvo.
- ¹⁰Que los reyes de Tarsis y las islas

- le paguen tributo;
que los reyes de Sabá y Arabia
le paguen impuestos.
- ¹¹Que se postren ante él todos los reyes
y que todos los pueblos le sirvan.
- ¹²Si él libra al pobre suplicante,
al humilde y al desvalido;
- ¹³si se apiada del pobre y del débil,
y salve la vida de los pobres;
- ¹⁴si los rescata de la opresión y la violencia,
y considera valiosa su sangre,
- ¹⁵que viva y le den oro de Sabá,
que recen por él continuamente
y todo el día lo bendigan;
- ¹⁶haya en el campo trigo abundante,
que ondee en la cima de los montes;
brote su fruto como el Líbano
y retoñe como hierba del campo;
- ¹⁷que su fama sea eterna,
y su nombre se perpetúe como el sol.
Que se feliciten por él los pueblos,
y lo proclamen dichoso.

* * *

- ¹⁸¡Bendito el Señor Dios de Israel,
el único que hace maravillas!
- ¹⁹¡Bendito por siempre su Nombre glorioso,
que su gloria llene la tierra!
¡Amén, amén!

²⁰*[Terminan las súplicas de David hijo de Jesé]*

Oración por el rey o por el heredero de la corona. En la solemne invocación inicial (1-4) se pide a Dios que haga partícipe de su rectitud y justicia al joven monarca que accede al trono como sucesor. Ha de ser una justicia que defienda a los pobres, que termine con los opresores, y que propicie que todos los súbditos participen de las riquezas de la tierra. Para el rey se pide también una vida tan larga en el tiempo (5), como un reino dilatado en el espacio (8); que sea el suyo un reinado próspero y beneficioso, como la llovizna que es capaz de proporcionar una doble cosecha (6s). La tercera serie de deseos afecta a la política exterior: que se le sometan todos los pueblos, desde los indomables beduinos del desierto hasta los lejanos reyes de Tarsis; que todos acepten al monarca y le paguen tributo (9-11). La concesión de estos deseos o peticiones está condicionada por el comportamiento del monarca (12-14): si cumple las condiciones expresadas en los versículos 12-14, el nombre del rey y su fama serán eternos, los reyes extranjeros le pagarán tributo, la tierra será fecunda (15-17). También este segundo libro del salterio finaliza con una doxología (18s). El Reino de Dios es un reino eterno (cfr. Lc 1,33), universal (Mt 2,2.4.11; Ap 15,4), reino de justicia y de paz (cfr. Mt 5,6.9; Rom 14,17; Sant 3,18). Los opresores serán vencidos (cfr. Lc 11,21s; Ap 18,12). El rey será defensor de los pobres (cfr. Lc 4,18; 7,22), a quienes rescatará o vengará (cfr. Mt 20,28; Tit 2,14; Ap 6,10). Para el deseo de vida duradera cfr. Ap 1,18; Rom 6,9. El rey será universalmente reconocido (Flp 2,10; Ap 14,6s, etc.). No basta con rezar por los gobernantes. Como cristianos hemos de esforzarnos para que nuestra sociedad sea más justa, solidaria e igualitaria. Nos ayudará este salmo.

¡Qué bueno es Dios para el honrado!

- 73** ⁽⁷²⁾ ¹¡Qué bueno es Dios, oh Israel,
para los limpios de corazón!
- ²Pero yo a punto estuve de tropezar,
mis piernas casi llegaron a vacilar,
- ³porque envidiaba a los perversos
viendo prosperar a los malvados.
- ⁴Para ellos no hay sinsabores,
sano y robusto está su cuerpo;
- ⁵no pasan las fatigas de los mortales
ni son vejados por los humanos.
- ⁶Y es que su collar es el orgullo
y se visten un traje de violencia.
- ⁷Sus ojos brillan de felicidad,
de presunción desborda su corazón.
- ⁸Insultan, hablan con malicia,

- altivamente hablan de opresión.
⁹Su boca se eleva contra el cielo
y su lengua se pasea por la tierra.
¹⁰Por eso mi pueblo va tras ellos
y bebe copiosamente de sus aguas.
¹¹Dicen: ¿va a saberlo Dios,
se va a enterar el Altísimo?
¹²Así son los malvados,
que, despreocupados del Eterno,
aumentan sus riquezas.
¹³Entonces, ¿purifiqué en vano mi corazón
y me lavé las manos como inocente,
¹⁴aguanté afrentas todo el día
y fui castigado cada mañana?
¹⁵Si hubiera dicho: Hablaré como ellos,
habría traicionado el linaje de tus hijos.
¹⁶Meditaba yo para entenderlo,
pero me resultaba muy difícil.
¹⁷Hasta que entré en el santuario de Dios
y comprendí el destino de ellos.
¹⁸Es verdad: los pones en el resbaladero,
y los empujas a la ruina;
¹⁹¡Qué pronto se convierten en horror
y acaban consumidos de espanto!
²⁰Como un ensueño al despertar, Señor,
al levantarte desprecias su figura.
²¹Cuando mi corazón se amargaba,
cuando me torturaba en mi interior,
²²yo era un necio y un ignorante,
era sólo un animal ante ti.
²³Pero yo siempre estaré contigo:
me tomas de la mano derecha,
²⁴me guías según tus planes
y me llevas a un destino glorioso.
²⁵¿A quién tengo yo en el cielo?
Contigo nada deseo en la tierra.
²⁶Aunque se consumen mi carne y mi corazón,
Dios es siempre el apoyo
de mi corazón y mi herencia.
²⁷Sí, los que se alejan de ti se pierden,
destruyes a los que te son infieles.
²⁸Pero mi bien es estar junto a Dios,
hacer de mi Dueño, el Señor, mi refugio
y contar todas tus acciones.

Reflexión sapiencial sobre la retribución de los buenos y de los malos. De tejas hacia abajo la pregunta es ésta: ¿Merece la pena persistir en la inocencia sin obtener ninguna ganancia? La prosperidad de los malvados incuba la envidia en los inocentes y pone en crisis su comportamiento, pese a que sabe que Dios es bueno para con los inocentes. (1-3). El retrato del malvado es magnífico: sin penalidades, sin las fatigas del resto de los mortales, orgullosos y violentos, presuntuosos y opresores, rebosantes de felicidad, se burlan de los hombres e incluso de Dios, arrastran tras de sí a otros. Con la última pincelada queda dicho todo: son despreocupados y acumulan riquezas (4-12). ¿Para qué obstinarse en ser bueno? Surge un dilema: si se comporta como los malvados, el inocente traiciona a sus hermanos; si persiste en su conducta, ¿no será un estúpido? (13-16). El poeta se eleva sobre sí mismo y enfoca el problema desde otra perspectiva: desde el santuario de Dios, desde la cercanía a Dios (17). Tras una magnífica fachada, los malvados son pura apariencia transitoria. El atractivo de antaño se convierte en horror; el terror los invade al experimentar el desprecio divino. (18-20). En diálogo con Dios se descubre la necedad de las pasadas cavilaciones. Existe un bien supremo: estar junto a Dios, ser tomados de la mano, conducidos y aun «arrebataados» por Dios. El salmista sale de la crisis intelectual y existencial afianzado en su fe (21-28). Pablo de Tarso nos transmitió su experiencia personal hablando de los opuestos: pérdida/ganancia (cfr. Flp 3,7-9). En una sociedad de consumo como la nuestra un salmo de este tipo nos viene muy bien. Quien ore con él puede preguntarse: ¿dónde está mi felicidad?

¿Por qué, oh Dios, nos tienes abandonados?

(76; Lam 2; Eclo 36,1-22)

74

- ⁽⁷³⁾ ¹¿Por qué, oh Dios,
nos tienes abandonados para siempre
y humea tu cólera
contra las ovejas de tu rebaño?
- ²Acuérdate del pueblo que adquiriste
antiguamente,
que rescataste como tribu de tu propiedad
del monte Sión donde habitabas.
- ³Levanta a tu pueblo de la ruina total,
el enemigo ha destrozado el santuario.
- ⁴Rugían tus adversarios en medio de tu asamblea,
colocaban como señal sus estandartes;
- ⁵se asemejaban a quien se abre paso
a hachazos en la espesa arboleda;
- ⁶todos juntos derribaron las puertas,
las abatieron con hachas y mazas;
- ⁷prendieron fuego a tu santuario,
asolaron y profanaron
la morada de tu Nombre.
- ⁸Dijeron: ¡Quememos, junto a tu linaje,
los templos de Dios en el país!
- ⁹Ya no vemos nuestros estandartes,
ni tenemos un profeta,
ninguno de nosotros sabe hasta cuándo.
- ¹⁰¿Hasta cuándo, oh Dios, te insultará el enemigo,
y el adversario despreciará
sin cesar tu Nombre?
- ¹¹¿Por qué retiras tu mano izquierda
y tienes la derecha escondida en el seno?
- ¹²Mas tú, oh Dios, eres mi rey desde antiguo,
autor de victorias en medio de la tierra.
- ¹³Tú con tu fuerza agitaste el Mar,
quebraste las cabezas del monstruo marino.
- ¹⁴Tú aplastaste las cabezas de Leviatán,
las echaste como pasto a manadas de fieras.
- ¹⁵Tú alumbraste manantiales y torrentes,
tú secaste ríos inagotables.
- ¹⁶Tuyo es el día, tuya también la noche,
tú colocaste la luna y el sol.
- ¹⁷Tú trazaste los límites del mundo,
el verano y el invierno tú los creaste.
- ¹⁸Recuérdalo: el enemigo te afrenta, Señor,
y un pueblo insensato desprecia tu Nombre.
- ¹⁹No entregues al depredador
la vida de tu tórtola,
no olvides para siempre la vida de tus pobres.
- ²⁰Fíjate en la alianza:
que los escondrijos del país
están repletos de focos de violencia.
- ²¹¡No quede defraudado el oprimido,
que el humilde y el pobre alaben tu Nombre!
- ²²¡Levántate, oh Dios, defiende tu causa!,
recuerda las continuas ofensas del insensato,
- ²³no olvides el griterío de tus adversarios,
el creciente vocerío de tus agresores.

La destrucción el Templo, el año 587/ 586 a.C., inspira este salmo, al menos en parte. Comienza, en efecto, con una elegía por el Templo destruido (1-9). Se han desmoronado los antiguos dogmas y las ancestrales seguridades. Los enemigos han destruido con crueldad y saña el Templo de Dios, morada del Altísimo. El profeta Isaías había proclamado que este lugar santo era inviolable. Helo ahora por tierra y saqueado. Estandartes extranjeros y blasfemos presiden la asamblea otrora santa. Era el pueblo elegido por Dios. ¿Por qué, oh Dios, por qué? (1). Sólo cabe una explicación: Dios nos ha rechazado para siempre (1). Cabe, sin embargo una súplica: Acuérdate, rescata, levanta (2s)... Es el rebaño que tú sacaste de Egipto y lo trajiste a la tierra de tu propiedad (2). Continúa el salmo con un himno a Dios rey y creador (10-17): el Señor del tiempo y del espacio, rey desde siempre y autor de maravillas (12), es capaz de actuar. Pero, ¿hasta cuándo permanecerá la situación actual? ¿Hasta cuándo prevalecerá el enemigo? (10) ¿Cuándo pondrá Dios manos a la obra, a la reconstrucción? La tercera parte del salmo es una súplica al Dios de la alianza (18-23): ¿cómo tan gran Señor aguanta la afrenta de un pueblo insensato? Es necesario que retorne al recuerdo (18.22). La alianza no puede haber sido olvidada (20). La vida de los pobres está ante su mirada (19b). A los oídos divinos ha llegado, sin duda, el griterío de los adversarios (23). El pobre y el humilde no pueden quedar defraudados. (21). Dios, Pastor y Rey, Creador todopoderoso ha de cuidar con delicadeza la vida de la tórtola (19a). La salvación está cercana. El llanto de Jesús sobre Jerusalén (cfr. Lc 19,41-44) vincula esta elegía a las lágrimas de Jesús, aunque dejara dicho que de ese Templo no quedaría piedra sobre piedra (cfr. Mt 24,2). El Templo destruido fue reconstruido al tercer día (cfr. Mt 26,61; Hch 6,14). Ahora es mayor y más perfecto que el Templo antiguo, pues ha sido levantado por Dios (Heb 9,12). Jesús acaso hoy lloraría por la humanidad. Las armas de destrucción ya no son el hacha y el martillo, sino los sistemas económicos, por ejemplo. Y toda la humanidad está llamada a entrar en el nuevo Templo. ¿Por qué no orar con este salmo?

Te damos gracias, oh Dios, invocando tu nombre

75⁽⁷⁴⁾ ²Te damos gracias, oh Dios, te damos gracias,
invocando tu Nombre,
contando tus maravillas.

³Cuando elija la ocasión,
yo juzgaré rectamente.

⁴Aunque tiemble la tierra con sus habitantes,
yo he afianzado sus columnas.

⁵Digo a los jactanciosos: No se jacten,
a los malvados: No levanten la frente,

⁶no levanten la frente contra el Excelso,
no hablen insolentemente contra la Roca.

⁷No es el Oriente ni el Occidente,
no es el Desierto ni la Montaña;

⁸es Dios quien gobierna:
a uno humilla, a otro ensalza.

⁹El Señor tiene una copa en la mano,
un vaso lleno de vino espumoso y drogado:
lo verterá, lo sorberán hasta las heces,
lo beberán todos los malvados de la tierra.

¹⁰Yo siempre proclamaré su grandeza
y cantaré para el Dios de Jacob.

¹¹Derribaré el poder de los malvados,
el poderío del justo será exaltado.

Este salmo de acción de gracias bien puede ser una respuesta a los interrogantes del salmo anterior. Se le pedía a Dios que juzgara, ahora juzga (3); se le preguntaba «¿hasta cuándo?», ahora responde: «cuando elija la ocasión» (3). En vez de la batalla cósmica del salmo anterior, la estabilidad (4b). En el salmo 74 dominaba el «Tú», ahora el «Yo»... Es el Yo divino, que pronuncia un oráculo (3-6), posteriormente comentado (7-9). El oráculo va dirigido a la asamblea reunida para dar gracias (2). Ante Dios Juez de nada sirve la altanería humana, simbolizada en la cornamenta de la que habla el original Hebreo. Aunque los poderosos, bravos como toros y fuertes, levanten «su frente» –su testuz o cornamenta–, no se impondrán al Excelso (5s). Sólo Él gobierna y lo hace a su modo: abatiendo el poderío de los malvados y exaltando el poderío del justo (7-11). El tema de Dios Juez suena también en el Nuevo Testamento (cfr. Heb 12,23; Rom 3,6; Sant 4,12; 1 Pe 1,17). La profecía no se calló ante la arrogancia de los poderosos. Orando con este salmo podemos ser legítimos herederos de los profetas, en un mundo que se construye sobre el poder y la opresión.

Dios se manifiesta en Judá

(46; 48)

76⁽⁷⁵⁾ ²Dios se manifiesta en Judá,
su fama es grande en Israel,

³su tienda está en Jerusalén,
su morada en Sión.

⁴Allí quebró los destellos del arco,
el escudo, la espada y la guerra.

⁵¡Tú eres deslumbrante, magnífico
con montones de botín!

- ⁶Fueron despojados los valientes
que dormían su sueño,
a los guerreros les fallaron sus brazos.
- ⁷Ante tu bramido, Dios de Jacob,
se aturdieron el jinete y el caballo.
- ⁸¡Tú eres terrible!, ¿quién se mantendrá
ante ti cuando estás enojado?
- ⁹Desde el cielo proclamarás la sentencia;
la tierra se asustará y enmudecerá,
- ¹⁰cuando te levantes, oh Dios, para juzgar,
para salvar a los oprimidos del mundo.
- ¹¹¡Sí, triturarás la cólera humana,
protegerás a los que sobrevivan a tu cólera.
- ¹²Hagan voto al Señor, su Dios, y cúmplalos
cuantos lo rodean traigan regalos al Terrible,
- ¹³que deja sin aliento a los príncipes
y es Terrible para los reyes del mundo.

Canto de Sión, con dos estrofas: la bélica (2-4.5-7: en Jerusalén y en los montes, respectivamente) y la judicial (8-10; 11-13: en el cielo y en la tierra). Como guerrero, Dios «quiebra los destellos del arco» (4a), «brama» (7), es «deslumbrante y magnífico» (5). Los enemigos no pueden con Él (5-7). Desconcertados y aturdidos, quedan paralizados (6s). Sus pertrechos se convierten en botín del Guerrero (5b). La sentencia es proclamada desde el cielo y ha de cumplirse en la tierra. El Dios «terrible» (8.12b.13) salva a los oprimidos del mundo (10b) y tritura encolerizado la cólera humana, pero protege a quien sobreviva a la Cólera divina (8-13). El vencedor en la batalla juzga. Ap 12 recoge y desarrolla esta imagen bélica. Puede orar con este salmo quien admita que Dios nos sostiene en las luchas y en las conquistas.

Alzo mi voz a Dios gritando

- 77** ⁽⁷⁶⁾ ²¡A voces clamo a Dios,
a voces clamo con insistencia a Dios,
que me escuche enseguida!
- ³En mi angustia te busco, Dueño mío,
te tiendo mis manos sin descanso,
y rechazo todo consuelo.
- ⁴Me acuerdo de Dios entre gemidos,
meditando, mi espíritu languidece.
- ⁵Tú sujetas los párpados de mis ojos,
me agito, sin poder hablar.
- ⁶Considero los días antiguos,
los años remotos ⁷recuerdo.
De noche, tocando la lira,
mi corazón medita
y mi espíritu indaga.
- ⁸¿Es que el Señor nos rechazará para siempre
y dejará de sernos propicio?
- ⁹¿Se habrá agotado para siempre
su misericordia,
se habrá terminado para el futuro su promesa?
- ¹⁰¿Habrá olvidado Dios su bondad
o cerrado con ira sus entrañas?
- ¹¹Y me digo: Éste es mi dolor:
la mano del Altísimo está paralizada.
- ¹²Recuerdo las proezas del Señor,
sí, recuerdo tus antiguos portentos,
- ¹³considero todas tus proezas,
considero todas tus hazañas.
- ¹⁴Dios mío, tu camino es santo,
¿qué Dios es grande como nuestro Dios?
- ¹⁵Tú eres el Dios que obras maravillas
y mostraste a los pueblos tu poder.

- ¹⁶Con tu brazo rescataste a tu pueblo,
a los hijos de Jacob y de José.
- ¹⁷Te vio el mar, oh Dios,
te vio el mar y tembló,
las olas se estremecieron.
- ¹⁸Las nubes descargaron sus aguas,
retumbaron los nubarrones,
tus rayos zigzaguearon.
- ¹⁹Rodaba el estruendo de tu trueno,
los relámpagos deslumbraban el mundo,
la tierra temblaba y retemblaba.
- ²⁰Tu camino discurría por las aguas,
tu sendero por las aguas caudalosas,
y no quedaba rastro de tus huellas.
- ²¹Guiaste a tu pueblo como un rebaño
por la mano de Moisés y de Aarón.

La penosa situación presente (2-11) contrasta con la jubilosa historia del pasado (12-21). Sin embargo no es necesario desdoblar este salmo en dos: el primero como lamentación individual (2-11) y el segundo como himno triunfal (12-21). El recuerdo es el hilo conductor (4.7.10. 12). Pero existe una diferencia: en el presente es un recuerdo nostálgico que acrecienta el dolor. Éste suena con insistencia y con apremio (2). Se incrementa con el recuerdo (4), hasta perder el sueño (6) y convertir las noches en largas viglias de cavilaciones dolorosas (7). Las preguntas retóricas (8-10) desembocan en esta amarga confesión: «Éste es mi dolor: la mano del Altísimo está paralizada» (11). Podemos suponer como fondo de esta amargura la experiencia del destierro. Este recuerdo, tan nostálgico y doloroso, cede el paso a otro tipo de recuerdo: el que evoca las gestas del éxodo. Son patentes los contactos de Ex 15 y el presente salmo. El poeta describe la epopeya del éxodo acumulando visión, sonidos y movimiento (17-20). Ningún poeta bíblico ha hablado de las huellas de Dios. En el salmo es una bella imagen con la que finaliza la descripción. La conclusión de todo el salmo puede ser ésta: también ahora, en la situación presente, el Dios del éxodo guiará nuevamente a su rebaño, con la mano de otro Moisés y de otro Aarón (21). La Pascua es el «paso del Señor». Miramos hacia el pasado y recordamos a Jesucristo, «resucitado de entre los muertos» (2 Tim 2,8); después anunciamos la fuerza arrolladora de su resurrección (cfr. Col 3,1s). Es un salmo para el recuerdo en tiempos de aflicción.

Bondad de Dios e ingratitud de Israel

- 78** ⁽⁷⁷⁾ ¹Escucha, pueblo mío, mi instrucción,
presta oído a las palabras de mi boca:
- ²abriré mi boca a las parábolas,
para evocar los misterios del pasado.
- ³Lo que oímos y aprendimos,
lo que nos contaron nuestros padres
- ⁴no lo ocultaremos a nuestros hijos,
lo contaremos a la siguiente generación:
las glorias del Señor y su poder
y las maravillas que realizó.
- ⁵Pues él hizo un pacto con Jacob
y dio una instrucción a Israel:
él mandó a nuestros padres
que se lo comunicaran a sus hijos,
- ⁶para que lo supiera la generación venidera,
los hijos que habían de nacer;
y se lo contaran a sus hijos,
- ⁷para que pusieran en Dios su esperanza,
no olvidaran las hazañas de Dios
y cumplieran sus mandamientos.
- ⁸Para que no imitaran a sus antepasados:
generación rebelde y obstinada,
generación de corazón inconstante,
de espíritu desleal a Dios.
- ⁹Los hijos de Efraín, diestros arqueros,
retrocedieron el día del combate;
- ¹⁰no guardaron la alianza de Dios
y rehusaron seguir sus instrucciones,
- ¹¹se olvidaron de todas sus hazañas,

- y las maravillas que les mostrara:
¹²los portentos que hizo con sus padres
en territorio egipcio, en la campiña de Soán.
- ¹³Escindió el mar para abrirles paso,
sujetando las aguas como un dique.
- ¹⁴Los guiaba de día con la nube,
de noche con el resplandor del fuego.
- ¹⁵Hendió la roca en el desierto,
les dio a beber raudales de agua.
- ¹⁶Hizo brotar arroyos de una peña
y descender aguas como ríos.
- ¹⁷Mas ellos volvieron a pecar contra él
rebelándose en el yermo contra el Altísimo.
- ¹⁸Tentaron a Dios en sus corazones
exigiendo comida para su apetito.
- ¹⁹Hablaron contra Dios diciendo:
¿podrá Dios preparar una mesa en el desierto?
- ²⁰Verdad es que golpeó la roca,
fluyó el agua y se desbordaron los ríos;
pero, ¿también podrá darnos pan
y proporcionar carne a su pueblo?
- ²¹Lo oyó el Señor y se indignó,
un incendio estalló contra Jacob
y su enojo ardió contra Israel,
- ²²porque no fiaron de Dios
ni confiaron en su auxilio.
- ²³Desde arriba dio orden a las nubes
y abrió las compuertas del cielo;
- ²⁴hizo que les lloviese maná para comer
y les sirvió un trigo del cielo.
- ²⁵El hombre comió pan de héroes,
les mandó provisiones hasta la hartura.
- ²⁶Desde el cielo desencadenó el solano
y desde su fortaleza empujó el siroco.
- ²⁷Hizo que les lloviese carne como polvareda,
y aves como arena de la playa.
- ²⁸Las hizo caer en medio del campamento,
alrededor de sus carpas.
- ²⁹Comieron hasta hartarse,
y les satisfizo su avidez.
- ³⁰Apenas saciada su avidez,
con la comida aún en la boca,
- ³¹la ira de Dios hirvió contra ellos:
dio muerte a los más robustos
y abatió la flor de Israel.
- ³²A pesar de todo, volvieron a pecar
y no se fiaron de sus prodigios.
- ³³Redujo sus días a un soplo
y sus años a un suspiro.
- ³⁴Mientras los mataba, lo buscaban,
se convertían y volvían a Dios;
- ³⁵recordaban que Dios era su Roca,
el Dios Altísimo, su Redentor.
- ³⁶Lo adulaban con la boca,
le mentían con la lengua;
- ³⁷su corazón no fue leal con él
ni fueron fieles a su alianza.
- ³⁸Él, en cambio, enternecido,
perdonaba la culpa y no los destruía;

muchas veces reprimió su enojo
y no excitaba todo su furor,
39 recordando que eran carne,
un aliento que se va y no retorna.
40 ¡Cómo se rebelaron en el desierto!
¡Cuánto lo irritaron en la estepa!
41 Volvían a tentar a Dios,
irritando al Santo de Israel,
42 sin acordarse de aquella mano
que un día los libró de la opresión,
43 cuando hizo signos en Egipto
y portentos en la campiña de Soán.
44 Él convirtió sus canales en sangre
y sus arroyos, para que no bebieran;
45 les mandó tábanos que los picasen
y ranas que los destruyesen;
46 entregó a la langosta su cosecha,
a saltamontes el fruto de su afán;
47 asoló con granizo sus viñedos
y sus sicómoros con la escarcha;
48 entregó sus ganados al pedrisco
y sus rebaños a los rayos;
49 descargó sobre ellos su ira ardiente,
su enojo, su furor, su indignación:
una delegación de siniestros mensajeros,
50 para prepararle el camino.
No salvó su vida de la muerte,
entregó sus vidas a la peste.
51 Hirió a los primogénitos en Egipto,
primicias del vigor en las tiendas de Cam.
52 Sacó como un rebaño a su pueblo,
los guió como un hato por el desierto;
53 los condujo seguros, sin alarmas,
mientras el mar cubría a sus enemigos.
54 Los llevó a su santa montaña,
al monte que su diestra conquistó.
55 Expulsó ante ellos a los pueblos,
a cordel les asignó su heredad,
instaló en sus tiendas a las tribus de Israel.
56 Pero ellos, rebeldes, tentaron al Dios Altísimo,
y no guardaron sus preceptos;
57 desertaron, traidores como sus padres,
se torcieron como un arco mal tensado:
58 lo irritaron con sus altozanos,
con sus ídolos excitaron sus celos.
59 Lo oyó Dios y se indignó,
el Grande rechazó a Israel.
60 Abandonó su morada de Siló,
la tienda plantada entre los humanos.
61 Entregó su fortaleza a los conquistadores
y su ornato a la mano del adversario.
62 Dejó su pueblo a merced de la espada,
indignado con su heredad.
63 El fuego devoró a sus valientes,
y las doncellas no tuvieron cantos nupciales;
64 sus sacerdotes caían a espada
y las viudas no cantaron lamentos fúnebres.
65 Se despertó como de un sueño el Señor,
como soldado aturdido por el vino.

- ⁶⁶Hirió al enemigo por la espalda
los dejó humillados para siempre.
- ⁶⁷Rechazó la tienda de José
y no eligió a la tribu de Efraín;
- ⁶⁸eligió a la tribu de Judá
y el monte Sión, su preferido.
- ⁶⁹Se construyó un santuario como el cielo,
lo cimentó para siempre como la tierra.
- ⁷⁰Eligió a David, su siervo,
sacándolo de los apriscos del rebaño;
- ⁷¹de andar tras las ovejas lo llevó
a pastorear a Jacob, su pueblo,
a Israel, su heredad.
- ⁷²Los pastoreó con corazón íntegro,
los guió con mano experta.

La presente reflexión sobre la historia santa es como una parábola o un misterio. La parábola discurre entre líneas, y se explicita al final: el pueblo es un rebaño sacado de Egipto (52-54) y encomendado a David (70-72). La destrucción del santuario de Siló también es una parábola de otra destrucción, quizás la del reino del norte el año 722 a.C. El salmo es también un misterio, acaso con una doble acepción: el poeta nos presenta la maravillosa y misteriosa actuación de Dios y un pueblo que no entiende. La historia se convierte en paradoja, que acumula rasgos contradictorios en el pueblo y en Dios. ¿No es paradójica la desconfianza del pueblo (7.22.32.), después de haber visto tantos prodigios? ¿Es explicable la idolatría (58) una vez que el pueblo ha llegado a la meta? En la travesía del desierto el pueblo depende de Dios, lo olvidan (11.42), se rebelan (8.17.40.56) o lo tientan/murmuran (18.19.41.56). Ya en la tierra, este pueblo tiene la subsistencia asegurada y excitan los celos divinos (58). ¿Quién comprende este proceder? ¿No es misterioso, paradójico o enigmático? Algo parecido sucede con Dios: reacciona con cólera y accede a la petición (23-32). Se rebelan constantemente, y continúa ocupándose de ellos (13s.23-28.44-51.52-55.65s.68-71). No acaba con el pueblo idólatra, sino que inaugura una nueva era: la de David (70-72). También Dios es ilógico. La razón del proceder divino la hallamos en el centro del salmo (38s). La finalidad de esta meditación histórica es que no se olvide el pasado, sino que sea contado a la presente generación y a la venidera, para que no imiten a la generación «rebelde y obstinada» (8) de los padres, sino que se fíen de Dios y confíen en Él. Los padres no confiaron (22); que los hijos confíen (7). El historiador, por lo demás, ha seleccionado el material. Nada nos dice, por ejemplo, del Sinaí, y relata tan sólo siete plagas (44-51). Compone su poema formando bloques, que siguen a la introducción (1-8). El pueblo olvida (8-11), Dios realiza la maravilla del éxodo (12-16). Es el primer bloque. En el segundo, el pueblo tienta (17-20) y Dios se encoleriza (21-31). Los versículos 32-39 forman un «intermedio». El tercer bloque retorna al olvido de ellos (40-43) y a las maravillas divinas, realizadas ahora en Egipto (44-55). En el cuarto bloque se repite la tentación del pueblo (56-58) y la reacción airada de Dios (59-67). Finaliza el salmo con la elección de Judá y de David (68-72). El poeta pretende, al parecer, que el lector ponga toda su atención en el «intermedio» (la ternura de Dios) y en la conclusión (la elección). El pecado no es el punto final de la historia, sino la gracia. El versículo 2 es citado por Mt 13,35. Para la relectura cristiana del salmo puede servirnos 1 Cor 10,11. Nuestra historia es escuela de vida y de oración. Basta con recordar lo que hemos hecho y lo que Dios hace. Este salmo puede servirnos de ayuda.

Súplica de misericordia por Jerusalén

(44; 74; 102)

- 79**⁽⁷⁸⁾ ¹Oh Dios, los paganos han invadido tu heredad,
han profanado tu santo templo,
han reducido Jerusalén a ruinas.
- ²Echaron los cadáveres de tus siervos
como pasto a las aves del cielo,
la carne de tus leales a las fieras de la tierra.
- ³Derramaron su sangre como agua
en torno a Jerusalén,
sin que nadie los sepultara.
- ⁴Fuimos la irrisión de nuestros vecinos,
burla y oprobio de quienes nos rodean.
- ⁵¿Hasta cuándo, Señor, estarás enojado?, ¿para siempre?,
¿hasta cuando arderán tus celos como fuego?
- ⁶Derrama tu furor, oh Dios,
sobre los paganos que no te reconocen,
y sobre los reinos que no invocan tu Nombre;
- ⁷porque han devorado a Jacob,
han asolado su mansión.
- ⁸No nos imputes los delitos de los antepasados,
que tu ternura se apresure a alcanzarnos,
porque estamos totalmente abatidos.
- ⁹Socórrenos, Dios Salvador nuestro,
por el honor de tu Nombre;

líbranos y perdona nuestros pecados,
en atención a tu Nombre.

¹⁰¿Por qué han de decir los paganos:

Dónde está su Dios?

Que ante nuestros ojos
se muestre a los paganos
la venganza de la sangre
de tus servidores derramada.

¹¹Lleguen a tu presencia

los lamentos de tus cautivos,
con tu inmenso poder
salva a los condenados a muerte.

¹²¡Devuelve siete veces más a nuestros vecinos
la afrenta con que te afrentaron, Señor.

¹³Y nosotros, pueblo tuyo, ovejas de tu rebaño,
te daremos gracias siempre,
y cantaremos tus glorias por generaciones.

Lamentación y súplica comunitaria estructurada en torno a los agentes: A. Ellos, tú, nosotros (1-4). B. Tú, nosotros, ellos (5-9). A'. Ellos, tú, nosotros (10-13). Ellos son los «paganos» (1.6.10) y nuestros vecinos (12). Sus acciones son las siguientes: invadir, profanar, reducir a ruinas, echar en pasto, asesinar, no enterrar, burlarse (1-4), no reconocer a Dios (6), devorar y asolar (7), blasfemar (10), afrentar (12). Dios, el Tú, está enojado (5); que no lo esté para siempre. Se le pide que derrame su ira contra los paganos (6), que no nos impute nuestras culpas ni la de los antepasados (8), sino que nos socorra, libere y perdone (9), que vengue la sangre derramada (10), que oiga el lamento de los cautivos (11), que aplique la ley de Talión (3.10 y 4.12), e incluso que vaya más allá: siete veces más (como Lamec en Gn 4,24), porque el afrentado, en última instancia, es Dios (12). El «nosotros» son siervos de Dios, sus leales (2.10), la irrisión de los vecinos (4), pecadores como sus padres (8s), gente abatida (8), cautivos y muchos de ellos asesinados (10), pueblo de Dios y ovejas de su rebaño (13). Si Dios deja su enojo, responderá conforme a su ternura (8), y nosotros daremos gracias y contaremos su gloria (13). La caída de Jerusalén y el destierro a Babilonia son una buena ambientación del salmo. El Apocalipsis recoge algunos motivos de este salmo (cfr. 6,9: la venganza de la sangre; 11,7-9: los cadáveres insepultos de los testigos). Mientras existan cautivos y se derrame sangre en esta tierra nuestra; cuando se vive bajo el peso de la culpa, es tiempo de orar con este salmo.

Pastor de Israel, escucha

(23; Is 5,1-7)

80⁽⁷⁹⁾ ²Pastor de Israel, escucha,
tú que guías a José como a un rebaño,
entronizado sobre querubines,
resplandece ³ante Efraín, Benjamín y Manasés.
Despierta tu poder
y ven en nuestro auxilio.

⁴*¡Oh Dios, vuélvete a nosotros,
ilumina tu rostro y nos salvaremos!*

⁵Señor Dios Todopoderoso,
¿hasta cuándo te envolverás en humo
pese a la oración de tu pueblo?

⁶Nos diste a comer un pan de llanto,
a beber lágrimas en abundancia.

⁷Nos convertiste
en habladuría de nuestros vecinos,
nuestros enemigos se burlan de nosotros.

⁸*¡Oh Dios Todopoderoso, vuélvete a nosotros,
ilumina tu rostro y nos salvaremos!*

⁹Arrancaste una vid de Egipto,
expulsaste pueblos y la plantaste;

¹⁰desalojaste a sus predecesores
y echó raíces hasta llenar el país.

¹¹Las montañas se cubrieron con su sombra,
y con sus pámpanos, los cedros altísimos;

¹²extendiste sus sarmientos hasta el mar
y sus brotes hasta el Río Grande.

¹³¿Por qué abriste brecha en su cerca
para que la vendimien los viandantes,

- ¹⁴la asolen los jabalíes
y la destrocen las alimañas del campo?
- ¹⁵Dios Todopoderoso, vuélvete,
mira desde el cielo, fíjate,
e inspecciona esta viña:
- ¹⁶cuida lo que tu diestra trasplantó,
el esqueje que hiciste vigoroso.
- ¹⁷Como a la maleza la prendieron fuego:
iperezcan con un bramido tuyo!
- ¹⁸Que tu mano proteja a tu elegido,
al hombre que hiciste vigoroso.
- ¹⁹Y nunca nos alejaremos de ti;
danos vida e invocaremos tu Nombre.
- ²⁰*¡Señor Dios Todopoderoso, vuélvete a nosotros
ilumina tu rostro y nos salvaremos!*

Lamentación y súplica comunitaria. La desgracia del presente contrasta con la dicha del pasado. Ciertamente que quien arrancó una vid de Egipto (9), es el Señor poderoso, sentado sobre querubines (2); pero el humo cubre su rostro (5; cfr. Is 6,4). Los descendientes de José (2) invocan apremiantemente al pastor indiferente a lo largo de la primera estrofa del poema (2-8). Le piden que resplandezca (2b), que ilumine su rostro (4.8), que, una vez que haya despertado de su indiferencia, auxilie (3b), porque el momento es trágico: su pueblo come llanto y bebe lágrimas, mientras los vecinos y los enemigos se burlan de ellos (6-7). Amarga comida y salobre bebida, puesto que es Dios mismo quien se las da (6). ¡Y es el Dios Todopoderoso...! El mismo que en otro tiempo plantó la cepa traída de Egipto; el que dio a esta cepa tal anchura y altura, que con su frondosidad llegó a ser más alta que las montañas y abarcó toda la tierra: desde el mar hasta el Río (9.11s). Que el Todopoderoso mire y contemple qué es ahora de aquella antigua parra: es comida de los animales y pasto de las llamas; manos ajenas recogen su fruto (13-15.17). Sólo queda una solución para la desgracia presente: que Dios todopoderoso ilumine su rostro; así nos salvaremos (4.8.20) y los enemigos perecerán ante un bramido divino (17b). El rostro luminoso de Dios es recordado por Jn 14,9 y por Heb 1,3; también por los evangelios con motivo de la transfiguración (cfr. Mt 17,2 par; cfr. 2 Cor 4,6). La mirada de Dios es salvadora, también en los tiempos actuales.

Aclamen a Dios, nuestra fuerza

(50; Dt 29-31)

- 81**⁽⁸⁰⁾ ²Aclamen a Dios, nuestra fortaleza;
vitoreen al Dios de Jacob.
- ³Canten, toquen el tamboril,
la cítara armoniosa y el arpa.
- ⁴Toquen la trompeta en el novilunio,
en el plenilunio que es nuestra fiesta.
- ⁵Porque es una ley de Israel,
un precepto del Dios de Jacob,
- ^{6a}una norma que impuso a José
al salir del país de Egipto.
- ^{6b}—Oigo un lenguaje desconocido:
- ^{11c}abre la boca, que te la llene.
- ⁷Retiré la carga de sus hombros,
sus manos abandonaron la espuerta.
- ⁸Gritaste en la angustia y te libré,
te respondí desde el refugio tonante,
te probé en las aguas de Meribá.
- ⁹Escucha, pueblo mío, que te amonesto,
¡Israel, ojalá me escucharas!
- ¹⁰No tendrás un dios extraño
ni adorarás un dios extranjero.
- ^{11a}Yo soy el Señor, tu Dios,
- ^{11b}que te saqué de Egipto.
- ¹²Pero mi pueblo no me escuchó,
Israel no me obedeció.
- ¹³Los entregué a su corazón obstinado,
caminaron según sus antojos.
- ¹⁴¡Ojalá me escuchase mi pueblo
y anduviera Israel por mis caminos;

- ¹⁵en un instante humillaría a sus enemigos
y volvería mi mano contra sus adversarios!
¹⁶Los que aborrecen al Señor lo adularían,
y su suerte quedaría fijada para siempre;
¹⁷lo alimentaría con el mejor trigo,
lo saciaría de miel silvestre.

El pueblo es convocado a celebrar una fiesta jubilosa, cuyo motivo inmediato es la ley (5). Acaso sea la fiesta de las Chozas (cfr. Lv 23,33-43), como parecen insinuarlo el sonido de la trompeta y el tiempo: novilunio y plenilunio (3s). Lo que sorprende es la voz de un desconocido. Se dirige a los reunidos quizás con este mensaje: «Abre la boca que te la llene» (11c) –si es que podemos colocar aquí este verso por razones de ritmo y de contenido–. La boca abierta no será colmada de pan, sino de la palabra que sale de la boca de Dios (Dt 8,3). El verbo «escuchar», tres veces repetido (9.12-14), evoca la predicación deuteronomica. Dios, a través de la voz profética, relata cuánto ha hecho por el pueblo (7s); es el «prólogo histórico» de los contratos de alianza. El pueblo ha de escuchar el mandamiento principal: no ha de tener otro dios que no sea el Señor (10s). El pecado capital del pueblo consiste en que no escuchó (12) y se fue tras otros dioses; fueron rebeldes y contumaces (12s). Si escuchara en el futuro, si se portara de modo distinto, gozaría de la bendición divina: comería el mejor trigo y saborearía la mejor miel (17). El mensaje de Jesús es nuevo y «desconocido» (cfr. Jn 3,11s). Este salmo nos insta a escuchar la voz del Señor, porque también hoy existen los ídolos.

Dios juzga a los jueces

- 82**⁽⁸¹⁾ ¹Dios se levanta en la asamblea divina,
rodeado de dioses juzga.
²–¿Hasta cuándo darán sentencias injustas
poniéndose de parte del culpable?
³Defiendan al débil y al huérfano,
hagan justicia al humilde y al necesitado,
⁴salven al débil y al mendigo,
librándolos del poder de los malvados.
⁵No saben, no entienden, caminan a oscuras,
tiemblan hasta los cimientos de la tierra.
⁶Yo declaro: Aunque sean dioses
y todos sean hijos del Altísimo,
⁷morirán como cualquier hombre,
caerán como un príncipe cualquiera.
⁸¡Levántate, oh Dios, y juzga la tierra,
porque tú eres el dueño de todos los pueblos!

Los dioses entre los que Dios juzga nos evoca el mundo religioso cananeo. Pero han sido degradados a la función de «jueces/gobernantes», y han de ejercer su oficio conforme al patrón judicial bíblico: defender al débil, hacer justicia al humilde, salvar al mendigo, librarlo de las manos del malvado (3s). Han hecho todo lo contrario (2) y la tierra se ha cubierto de oscuridad; es decir, pervertido el orden social, se tambalean hasta los cimientos de la tierra (5). La sentencia capital del Juez supremo (6s) pone cada cosa en su sitio. El pueblo que asiste al juicio, y oye la sentencia, pide que Dios sea el único juez y gobernante (8). «Ahora es el juicio de este mundo...», dice el Jesús del cuarto evangelio (Jn 12,31s). Éste es un salmo para los que no están conformes con el caos social, y esperan que alguien haga justicia.

¡Señor, no te estés callado!

(Ez 28; Zac 14,1-3)

- 83**⁽⁸²⁾ ²¡Señor, no te estés callado,
no estés mudo e inactivo, oh Dios!
³Mira que tus enemigos se amotinan
y los que te odian levantan cabeza.
⁴Traman planes contra tu pueblo
y conspiran contra tus protegidos.
⁵Dicen: Vamos a destruirlos como nación,
que nunca se recuerde el nombre de Israel.
⁶Así han decidido unánimemente
concertar un pacto contra ti:
⁷beduinos, idumeos, ismaelitas,
moabitas y agarenos,
⁸Biblos, Amón y Amalec,
filisteos y habitantes de Tiro;
⁹también Asiria se alió con ellos,
prestaron refuerzos a los hijos de Lot.

- ¹⁰Trátalos como a Madián, como a Sísara,
como a Yabín junto al torrente Quisón:
¹¹cuando fueron aniquilados en En-Dor,
y sirvieron de estiércol para el campo.
¹²Trata a sus príncipes como a Oreb y Zeeb,
a sus capitanes como a Zebá y Salmaná,
¹³que arengaban: Conquistemos
estas fértiles praderas.
¹⁴Dios mío, conviértelos en vilanos,
en paja a merced del viento.
¹⁵Como fuego que quema el bosque,
como llama que abrasa los montes,
¹⁶persíguelos así con tu tormenta,
atérralos con tu huracán.
¹⁷Cúbreles el rostro de ignominia,
para que busquen tu Nombre, Señor.
¹⁸¡Desconcertados y confundidos para siempre,
queden humillados y perezcan!
¹⁹Y reconozcan que tu Nombre es el Señor,
el Altísimo sobre toda la tierra.

¡Cómo hiere el silencio de Dios (1), cuando en el escenario de la historia hablan los sables! Los posesivos identifican perfectamente a la víctima: es «tu pueblo», «tus protegidos» (3s), y, por tanto, los agresores son enemigos de Dios (3). La consigna es el exterminio (5). Los pueblos conjurados suman un total de diez naciones, acaso vasallas del soberano de turno (9). El poeta da la lista de las naciones coaligadas contra Israel (6-9). No se refiere a ningún hecho histórico concreto, sino que alude a los enemigos de todos los tiempos. En la situación actual que Dios ha de ver (3-9), escuchamos a continuación doce imprecaciones (14-16). La primera serie tiene colorido histórico (10-13; cfr. Jue 4s; 6-8). Los capitanes de esta serie arengaron a sus tropas para que conquistaran las fértiles praderas (13): la tierra de Israel; como las naciones confabuladas tenían su propia consigna (5). La segunda serie de imprecaciones (14-16) se ciñe a las imágenes de un juicio divino cósmico: que Dios se convierta en fuego para los agresores, y éstos, perseguidos por la tormenta divina, sean sólo paja a merced del viento. Así las diez o doce naciones no borrarán el nombre de Israel (5), sino que buscarán y reconocerán el Nombre del Señor (17-18). El tema bélico adquiere una proyección escatológica en Ez 38 y en Ap 16,14. Para la confesión del Nombre, cfr. Flp 2,11. ¡Cuántos hombres y mujeres, ancianos y niños son hoy víctimas de alianzas internacionales! ¿No podremos orar con este salmo?

¡Qué delicia es tu morada, Señor!

(122)

- 84**⁽⁸³⁾ ²¡Qué amable es tu morada,
Señor del universo!
³Languidece mi ser
y anhela a gritos el atrio del Señor;
mi corazón y mi carne
saltan de gozo por el Dios vivo.
⁴Hasta el gorrión ha encontrado una casa,
y la golondrina un nido
donde poner sus pichones,
junto a tus altares, Señor del universo,
Rey mío y Dios mío.
⁵Dichosos los que habitan en tu casa
alabándote siempre.
⁶Dichosos quienes tienen su refugio en ti,
aquellos cuyo corazón te alaban.
⁷Cuando pasan por el Valle del Llanto,
lo transforman en manantial
y la lluvia lo cubre de balsas.
⁸Caminan de baluarte en baluarte
para ver al Dios de los dioses en Sión.
⁹Señor Dios del universo,
escucha mi súplica,
atiéndeme, Dios de Jacob.
¹⁰Oh Dios, escudo nuestro, mira,
fíjate en el rostro de tu Ungido.
¹¹Vale más un día en tu atrio

- que mil en mi casa;
 prefiero el umbral de la casa de Dios
 a morar en la tienda del malvado.
¹²Porque el Señor es sol y es escudo,
 Dios concede favor y gloria;
 el Señor no niega sus bienes
 a los de conducta intachable.
¹³Señor del universo,
 idichoso quien confía en ti!

Más allá de las múltiples formas, este salmo es un «cántico de Sión». El poeta pasa revista al atrio/la casa del Señor –en la primera y tercera estrofa (2-4.10-13)– y al camino hacia la casa de Dios (5-9). La casa de Dios, que es también refugio o fortaleza (6), es el tema dominante en el salmo. El Templo suscita vehementes deseos que afectan a todo el ser (3). El sentimiento aflora enseguida: ¡Quién fuera como el ave que tiene su casa en los aleros de la casa! (4). Algunos son dichosos porque viven en la casa (5s). Espiritualmente el peregrino ya ha llegado a la meta antes de comenzar la marcha: su encendido deseo le encamina hacia la persona querida y hacia la morada «amable» o «agradable» (2). El poeta se pone físicamente en camino (7s), y todo se transforma: en vez de llanto, lluvias beneficiosas; en vez de los baluartes (8), el refugio deseado y anhelado (6). La peregrinación ética queda para el final: quien se ha acercado a la casa ya no puede continuar siendo igual. El Señor concede el favor y la gloria a los «de conducta intachable» (12). La luz divina (12) ilumina el interior del Templo y también su umbral. Es mejor vivir en el umbral como un mendigo que morar tranquilamente en la casa de los pecadores. Por tercera vez suena la proclamación de la dicha, ahora para el hombre que confía en Dios (13). Es la síntesis del salmo. Hay alguien mayor que el Templo (cfr. Mt 12,6), que resplandece más que el sol (cfr. Mt 17,2). Quien visite el Templo sin gozar del amor de Dios, morador del Templo, y, por ello, sin enmendar su conducta, habrá puesto su confianza en el Templo de Dios, pero no en el Dios del Templo. Este salmo puede acompañarnos en las romerías.

Señor, has sido bueno con tu tierra

- 85**⁽⁸⁴⁾ ²Señor, has sido bueno con tu tierra,
 has cambiado la suerte de Jacob;
³has perdonado la culpa de tu pueblo,
 has cubierto todos sus pecados.
⁴Has reprimido tu enojo,
 has desistido del ardor de tu ira.
⁵Vuélvete a nosotros, Dios salvador nuestro,
 calma tu enojo con nosotros.
⁶¿Vas a estar siempre airado con nosotros,
 o prolongarás tu enojo por generaciones?
⁷¿No vas a devolvernos la vida,
 para que tu pueblo te festeje?
⁸Demuéstranos, Señor, tu amor
 y danos tu salvación.
⁹Voy a escuchar lo que dice Dios:
 el Señor ha prometido bienestar
 a su pueblo, y a sus amigos,
 que confían nuevamente en él.
¹⁰La Salvación ya está cerca de sus fieles,
 y su Gloria habitará en nuestra tierra.
¹¹El amor y la verdad se dan cita,
 la justicia y la paz se besan;
¹²la verdad brota de la tierra,
 la justicia se asoma desde el cielo.
¹³Con una orden el Señor nos dará la lluvia,
 y nuestra tierra nos dará su cosecha.
¹⁴La justicia caminará delante de él,
 la paz seguirá sus pasos.

Se compone este salmo de tres piezas bien definidas: Una acción de gracias (2-4), una súplica (5-8) y un oráculo comentado (9-14). El oráculo puede ser la respuesta a la súplica. Menos clara es la relación de la primera pieza con las otras dos. Es posible que el pueblo esté viviendo una gran sequía (13). En este caso la bondad que Dios mostró con la tierra en otro tiempo (2a) se convierte en garantía para el momento presente. Si la segunda parte del versículo 2 alude al regreso del destierro, éste no fue tan grandioso. En esta situación, la restauración pasada apoya la confianza presente. En cualquiera de las dos hipótesis, entre el pasado y el futuro media la calamidad presente. Entiendo que los interrogantes de la segunda pieza (5-7) son retóricos: la vuelta de Dios hacia el pueblo (5) será una muestra de su amor (8). De hecho, en el presente, Dios dirige su palabra al pueblo, a «quienes confían nuevamente en él» (9b), prometiendo bienestar (9a). El comentario al oráculo (10-14) aclara: Dios es Salvación que se acerca y Gloria que habita en nuestra tierra (10). El cortejo divino está formado por otras personificaciones: unas se citan, otras se besan, alguna brota de la tierra, otra se asoma desde el cielo (11s). Dios visita nuestra tierra y la colma de abundancia (13). Y el Señor continúa caminando por la historia, precedido por Justicia y seguido por Belleza (14). ¿Es la Belleza que salvará al mundo, como apunté en otro momento? También el Nuevo Testamento conoce algunas personificaciones: Salvación (cfr. Lc 2,30; Hch 28,28; Heb 5,9); Paz (Lc 2,14; Ef 2,14; Gál 6,16);

Misericordia (cfr. Tit 3,5; Lc 1,54.78); Justicia (cfr. Rom 14,17); Verdad (cfr. Jn 14,6); Gloria (cfr. Col 1,27; 1Cor 2,8; 2 Cor 4,4). Este salmo nos abre a todo tipo de espera y de esperanza, hasta que llegue el gran día de la manifestación de nuestro Salvador (cfr. 2 Tim 1,10).

Presta oído, Señor, respóndeme

- 86**⁽⁸⁵⁾ ¹Inclina tu oído, Señor, respóndeme,
que soy un pobre desamparado.
²Guarda mi vida, que soy un fiel tuyo,
salva a este tu siervo
que confía en ti, Dios mío.
³Ten piedad de mí, Dueño mío,
que a ti clamo todo el día:
⁴anima la vida de tu siervo,
pues por ti suspiro, Dueño mío.
⁵Tú, Dueño mío, eres bueno e indulgente,
misericordioso con cuantos te invocan.
⁶Escucha, Señor, mi plegaria,
atiende a la voz de mi súplica.
⁷Cuando te invoco angustiado
dígnate responderme.
⁸Ningún dios hay como tú, Dueño mío,
ninguna obra como las tuyas.
⁹Si tú actúas, todas las naciones
vendrán a postrarse ante ti, Dueño mío,
y glorificarán tu Nombre.
¹⁰¡Qué grande eres, autor de maravillas,
sólo tú eres Dios!
¹¹Enséñame, Señor, tu camino
para que camine con fidelidad a ti;
unifica mi corazón
para que respete tu Nombre.
¹²Te daré gracias de todo corazón,
mi Dueño y mi Dios,
honraré siempre tu Nombre,
¹³porque tu amor es grande, oh Altísimo,
y me libraste del Abismo profundo.
¹⁴Oh Dios, gente soberbia se levanta contra mí,
una turba violenta acecha mi vida,
sin tener presente tu Nombre.
¹⁵Pero tú, Dueño mío,
Dios compasivo y piadoso,
paciente, todo amor y fidelidad,
¹⁶vuélvete y ten compasión de mí,
da el triunfo a tu siervo,
salva al hijo de tu esclava.
¹⁷Dame una señal propicia:
que mis adversarios vean, confundidos,
que tú, Señor, me ayudas y consuelas.

La presente súplica (1-7), como tantas otras, brota de la angustia, sin que sepamos el motivo. La primera invocación tiene un matiz de letanía: súplica y motivo. El salmista apela a su humildad y pobreza y aduce la bondad e indulgencia divinas. Confía el salmista en que Dios, así apremiado, tendrá a bien responder. Antes de continuar con la súplica, el poeta dirige su mirada hacia Dios y compone un himno de agradecimiento (8-13). ¡Qué grande es Dios! ¡Qué numerosas e imponderables son sus obras! ¡Nadie hay como Dios! ¡Qué dignidad ser siervo de tan gran Señor! Retorna la petición, pero para ser fiel y leal con Dios, para seguir sus caminos y alabarlos siempre. El amor desmedido de Dios me ayudará y librará. El último motivo de la alabanza (13b) obliga al poeta a retornar a la realidad actual. Comienza una segunda súplica (14-17). La vida del salmista está en peligro. Alguien surge como adversario de los arrogantes: el Dios de ternura y de perdón, como dijo Dios de sí mismo ante Moisés (Éx 34,6). La señal «propicia» que ahora se le pide obligará a los hombres violentos a reconocer que Dios ayuda y consuela. El versículo 9 es citado por Ap 15,4. Quien ora en este salmo se llama a sí mismo «siervo». Jesús es «siervo» (Hch 4,27). Cuando vivamos momentos de angustia, por la causa que fuere, es bueno que nos

desahoguemos con otro, con Dios, cuya presencia en este salmo es confortadora. Quien ore con este salmo, repare en los nombres divinos y en la insistencia con que se repiten.

Sión, hogar de todos los pueblos

- 87** ⁽⁸⁶⁾ ¹¡Por él está fundada entre las santas montañas,
²el Señor prefiere las puertas de Sión
a todas las moradas de Jacob!
³Maravillas se dicen de ti, Ciudad de Dios.
⁴Contaré a Egipto y a Babilonia
entre los que me reconocen;
también filisteos, tirios y nubios
han nacido allí.
⁵Y de Sión se dirá:
Éste y el otro han nacido en ella;
el Altísimo en persona la ha fundado.
⁶El Señor escribirá en el registro de los pueblos:
También éste ha nacido allí.
⁷Y cantarán mientras danzan:
Todas mis fuentes están en ti.

Sión es la ciudad de Dios (1-3) y la madre de todos los pueblos (4-6). El versículo 7 es la conclusión. Jerusalén, ciudad jebusea, en realidad ha sido fundada personalmente por Dios. Es una lectura teológica de la realidad histórica (cfr. Is 14,32). A continuación el mismo Señor elogia a Jerusalén como metrópoli, como ciudad-madre. Los enemigos tradicionales y prototipos de opresión, como son Egipto y Babilonia, se hermanan entre sí y con el pueblo de Dios. Dios mismo inscribe a estos dos pueblos entre los nacidos en Jerusalén. La belicosa Filistea, la opulenta Tiro y la aventurera Nubia, también son inscritos entre los nacidos en Jerusalén. El registro es oficial. El nombre de todos esos pueblos ha sido escrito en «el registro de los pueblos» (6a). ¡Todos los pueblos hermanos en la misma ciudad! Los humillados de otro tiempo celebran la fiesta de la fraternidad (7). La Iglesia es nuestra «metrópoli», madre de todos (cfr. Ef 2,12-19; Gál 4,26). Es éste un buen salmo para celebrar la fraternidad universal o para poner en práctica el ecumenismo.

Señor Dios mío, de día te pido auxilio

- 88** ⁽⁸⁷⁾ ²Señor, Dios salvador mío,
día y noche clamo a ti.
³Llegue hasta ti mi oración,
inclina el oído a mi clamor.
⁴Estoy harto de males
y mi vida, al borde del Abismo.
⁵Estoy censado entre los que bajan a la fosa,
soy como un hombre acabado.
⁶Tengo mi lecho entre los muertos,
como los cadáveres que yacen en el sepulcro,
a quienes ya no recuerdas
pues fueron arrancados de tu mano.
⁷Me has colocado en la fosa profunda,
en las tinieblas abismales.
⁸Tu enojo pesa sobre mí,
me anegas en tus olas.
⁹*Alejaste de mí a mis allegados,
me has hecho un horror para ellos.*
Encerrado, no puedo salir,
¹⁰mis ojos se nublan de dolor.
Te invoco todo el día, Señor.
tendiendo las palmas hacia ti.
¹¹¿Acaso harás milagros por los muertos?,
¿se levantarán ellos para darte gracias?
¹²¿Se narrará en el sepulcro tu amor
o tu fidelidad en la tumba?
¹³¿Se conocerán tus maravillas en las tinieblas
o tu justicia en el país del olvido?
¹⁴Pero yo te pido auxilio, Señor:
con el alba irá a tu encuentro mi súplica.

- ¹⁵¿Por qué, Señor, me rechazas
y me ocultas tu rostro?
¹⁶Soy un desdichado
y muero quejumbroso.
He soportado tus terrores
y estoy aturdido.
¹⁷Tu incendio ha pasado sobre mí,
tus espantos me han aniquilado;
¹⁸me envuelven como agua todo el día,
me cercan todos a la vez.
¹⁹*Alejaste de mí amigos y compañeros,
mi compañía son las tinieblas.*

La inminencia del sepulcro (4-8) y la soledad, es decir el silencio de la tumba y el silencio de Dios (9-19), son los dos motivos de esta súplica individual. El enfermo dirige su clamor patético a Dios salvador (2s). Como Job, es un varón de dolores, que se encuentra en los umbrales de la muerte (4). Más aún ya ha sido inscrito en el libro de los difuntos (5). Nada puede hacer, pero sí recordar a Dios, ya que Dios no se acuerda de él (6). Ha sido Dios precisamente quien ha llevado al enfermo a tan lamentable situación (7). Viene a ser Dios un mar embravecido, cuyas olas han anegado al enfermo a punto de morir (8). La antifona, como sepulturero, nos introduce en la total soledad de la muerte (9.19). Nada gana Dios con la muerte, presente en súplica con variedad de nombres: sombra, sepulcro, tumba, tiniebla, país del olvido... Dios no recuerda a los muertos (6b), y éstos han bajado al país del olvido (13b). Pero antes de hundirse en el silencio absoluto de la muerte, el salmista eleva su clamor esperanzado: «Al alba irá a tu encuentro mi súplica» (14b). Suena la terrible pregunta: «¿Por qué?» (15). La respuesta es el terror divino, que entrega al hombre a la muerte (17b-18). Pese a todo, queda sonando la leve esperanza de la estrofa anterior: «Al Alba...» Este poema va dirigido al Dios salvador. El «¿por qué?» del salmo se oye en la cruz (cfr. Mt 27,46). La respuesta llegará por la mañana (cfr. 1 Pe 3,18; 1 Cor 15,54). Esta súplica de un moribundo puede ser entonada con todos los moribundos o con quienes viven el silencio de Dios. No olvidemos que, al alba, irá a tu encuentro mi súplica.

Cantaré eternamente la lealtad del Señor (44; 74; 2 Sm 7)

- 89**⁽⁸⁸⁾ ²Cantaré eternamente el amor del Señor,
anunciaré su fidelidad por generaciones.
Con mi boca ³afirmo claramente:
Oh Eterno, tu amor edificó los cielos,
más estable que ellos es tu fidelidad.
⁴—Pacté una alianza con mi elegido,
jurando a David mi siervo:
⁵Afianzaré tu linaje para siempre
y consolidaré tu trono por generaciones.
⁶Celébrese tus maravillas en los cielos, Señor,
y tu fidelidad en la asamblea de los Santos;
⁷pues, ¿quién sobre las nubes
es comparable al Señor?
¿quién se asemeja al Señor entre los dioses?
⁸Dios es temible en el consejo de los santos,
es grande y terrible para toda su corte.
⁹Señor Dios del universo, ¿quién como tú?
Eres poderoso, Señor, y tus fieles te rodean.
¹⁰Tú doblegas la soberbia del mar
y acallas su oleaje embravecido.
¹¹Tú trituraste a Rahab como a un cadáver
con brazo potente dispersaste al enemigo.
¹²Tuyos son los cielos, tuya es la tierra;
tú cimentaste el mundo y cuanto contiene.
¹³Tú creaste el Norte y el Sur,
el Tabor y el Hermón
saltan de gozo en tu presencia.
¹⁴Tienes un brazo poderoso;
triunfante es tu izquierda,
sublime tu derecha.
¹⁵Justicia y Derecho sostienen tu trono,
Bondad y Fidelidad marchan ante ti.
¹⁶Dichoso el pueblo que sabe aclamarte,

que camina a la luz de tu rostro, Señor.
¹⁷Tu Nombre será su gozo constante,
y por tu justicia se alegrará.
¹⁸Sí, tú eres nuestra fortaleza gloriosa
y con tu favor nos das la victoria.
¹⁹En verdad el Señor es nuestro Escudo,
el Santo de Israel nuestro rey.
²⁰Un día hablaste en visión
declarando a tus amigos:
He elegido a un muchacho y no a un guerrero,
he encumbrado a un soldado de la tropa.
²¹Encontré a David, mi siervo,
y lo ungué con óleo sagrado.
²²Porque mi mano le dará firmeza,
y mi brazo lo fortalecerá;
²³no lo engañará el enemigo
ni los criminales lo humillarán.
²⁴Trituraré ante él a sus adversarios,
y heriré a los que lo odian.
²⁵Mi fidelidad y amor lo acompañarán,
y por mi Nombre triunfará.
²⁶Extenderé su izquierda hasta el Mar
y su derecha hasta el Río.
²⁷Él me invocará: Tú eres mi padre,
mi Dios, mi Roca salvadora.
²⁸Y yo lo nombraré mi primogénito,
excelso entre los reyes de la tierra.
²⁹Le guardaré mi amor eterno
y mi alianza con él será estable.
³⁰Le daré un linaje perpetuo
y un trono duradero como el cielo.
³¹Si sus hijos abandonan mi ley
y no siguen mis mandamientos,
³²si violan mis preceptos
y no guardan mis mandatos,
³³castigaré a palos sus delitos
y a latigazos sus culpas.
³⁴Pero no les retiraré mi lealtad
ni desmentiré mi fidelidad;
³⁵no violaré mi alianza,
ni cambiaré mis promesas.
³⁶Una vez juré por mi santidad
no faltar a mi palabra con David.
³⁷Su linaje será perpetuo
y su trono como el sol ante mí;
³⁸se mantendrá siempre como la luna,
testigo fidedigno en las nubes.
³⁹Pero tú, enojado con tu Ungido,
lo rechazaste y despreciaste;
⁴⁰anulaste la alianza con tu siervo,
profanaste por tierra su diadema.
⁴¹Destruiste todas sus murallas
y derrocaste sus fortalezas;
⁴²lo saquearon todos los viandantes,
fue la irrisión de sus vecinos.
⁴³Enalteciste la diestra de sus adversarios,
y ensalzaste las manos de sus enemigos.
⁴⁴En tu ira, embotaste el filo de su espada,

- y no lo sostuviste en el combate.
⁴⁵Le quitaste su espléndido cetro,
y su trono por tierra derribaste.
⁴⁶Acortaste los días de su juventud
y lo cubriste de ignominia.
⁴⁷¿Hasta cuándo, Señor,
te ocultarás siempre?
¿Hasta cuándo arderá como fuego tu enojo?
⁴⁸Recuerda, Señor, que mi vida es corta,
¿creaste para nada a los mortales?
⁴⁹¿Quién vivirá sin ver la muerte?,
¿quién escapará de las garras del Abismo?
⁵⁰¿Dónde está, Dueño mío, tu amor de antaño,
el amor fiel que juraste a David?
⁵¹Recuerda, Señor, el ultraje de tus siervos,
cómo aguanta mi pecho
las saetas de los pueblos:
⁵²Así como mis enemigos me insultan, Señor,
también insultan alevosamente a tu Ungido.

* * *

- ⁵³¡Bendito el Señor por siempre!
Amén, amén.

Por la primera palabra del salmo sabemos que estamos ante un himno, que es cósmico (6-19) e histórico (20-38), precedido de su introducción (2-5). En el versículo 39 registramos un giro lingüístico («pero tú...») y temático: a partir de este verso el salmo se torna súplica que continúa hasta el final (39-52). El versículo 53 es añadido, una doxología con la que se cierra el tercer libro del salterio. Puede ser que el momento presente, que es trágico para el rey y para la dinastía, motive la composición del himno. Es decir, aunque sea un mentís a la lealtad de Dios, yo canto y cantaré «por generaciones» el amor de Dios y su fidelidad (2). En claro contraste con el presente, el pasado motiva la presente súplica. Este salmo es, por tanto, un himno al amor fiel de Dios, pese a todo. El lector puede comprobar las veces que se repiten las palabras «amor» y «fidelidad». Forman paralelismo en los versículos 2.3.15.25. 29.34.50. La «fidelidad» se repite tres veces más (6b.9b.38b). Han de relacionarse con la fidelidad: la alianza (4.29. 35.40) y el contenido de esa alianza, que es el trono dinástico (5.15.30.37.45); más concretamente aún, el vasallo beneficiario de esa alianza (4.29.35.40), que es David (4.21.36.50). También la estabilidad (3.5.22.28) y la perpetuidad (2.3.5. 29.37.38) han de interpretarse desde la fidelidad. El Dios fiel nunca engaña (36.50). El ser humano, aunque sea rey, puede ser infiel (31s). En este caso la reacción de Dios es terrible (39-46): en vez de la elección, el rechazo; frente al amor, la cólera; la alianza anulada; la diadema profanada; en vez de honor, ultraje; Dios exaltó antes a un muchacho, ahora enaltece la diestra del enemigo... Basándose en el pasado, sin embargo, el poeta suplica: la situación actual está prolongándose demasiado (47), el ser humano es caduco (48s), el amor de Dios es eterno y su fidelidad dura por siempre (50), los siervos de Dios son ultrajados (51) y los enemigos ultrajan al Ungido de Dios (52). Son los argumentos alegados para que Dios muestre también ahora su amor fiel. Parte del versículo 21 se cita en Hch 13,22; el versículo 28b en Ap 1,5. El título de «Mesías» lo escuchamos en labios de Pedro (cfr. Mt 16,16). El título de Elegido suena en la transfiguración (Lc 9,35); el título de Siervo en Mt 12,18-21, y se hace común en Hechos (cfr. 3,13.26; 4,27.30). He aquí un buen salmo para orar en tiempos de conflictos nacionales o internacionales. Si el ser humano es ultrajado, Dios es ultrajado. El amor de Dios es fiel. Pese a todo, el amor de Dios no tiene vuelta atrás.

Señor, tú has sido nuestro refugio

- 90** ⁽⁸⁹⁾ ¹Señor, tú has sido nuestro refugio
de generación en generación.
²Antes de que naciesen las montañas
y la tierra y el orbe dieran a luz,
desde siempre y por siempre eres tú, oh Dios.
³Tú devuelves al hombre al polvo,
diciendo: ¡Regresen, hijos de Adán!
⁴Sí, mil años para ti son un ayer que pasó,
una vigilia nocturna.
⁵Si tú los arrebatas por la noche,
al amanecer serán hierba segada:
⁶brotó y es cortada por la mañana,
por la tarde se marchita y se seca.
⁷¡Cómo nos ha consumido tu enojo
y nos ha anonadado tu indignación!
⁸Pusiste nuestras culpas ante ti,
nuestros secretos a la luz de tu mirada,
⁹y nuestros días declinan bajo tu enojo,

- agotamos nuestros años como un suspiro.
- ¹⁰Aunque vivamos setenta años
y el más robusto hasta ochenta,
afanarse por ellos es fatiga inútil,
porque pasan aprisa y volamos.
- ¹¹¿Quién comprende el ardor de tu enojo?,
¿quién entiende el ímpetu de tu indignación?
- ¹²Enséñanos la medida exacta de nuestros días
para que adquiramos un corazón sensato.
- ¹³¡Vuélvete, Señor!, ¿hasta cuándo?,
ten compasión de tus siervos.
- ¹⁴Sácianos por la mañana de tu amor,
y toda nuestra vida será alegría y júbilo.
- ¹⁵Alégranos por los días en que nos humillaste,
por los años en que sufrimos desgracias.
- ¹⁶Que tu acción se manifieste a tus siervos
y tus hijos vean tu esplendor.
- ¹⁷Descienda sobre nosotros
la bondad del Señor nuestro Dios.
Que consolide la obra de nuestras manos.
¡Consolide la obra de nuestras manos!

Este salmo es una meditación sobre el tiempo, más que una lamentación y súplica. A la introducción solemne (1s) sigue una elegía sobre lo efímero de la vida (3-10) –tiene dos movimientos (3-6.7-10)–. Una nueva invocación introductoria (11-12) da paso a una súplica para ser liberados de los males de la vida (13-16). El versículo 17 es conclusivo. Que sea una meditación sobre el tiempo parece claro si nos fijamos en el campo semántico de los días (4.9.12.14.15) y de los años (4.9.10.15), así como en las expresiones temporales: «de generación en generación» (1), «desde siempre y por siempre» (2), «vigilia nocturna» (4), por la mañana (6), o en los adverbios o expresiones adverbiales: antes (2), «¿hasta cuándo?» (13), aprisa (10)... Frente a este flujo del tiempo, el verbo de la estabilidad, que se repite dos veces al final del salmo (17b). La pregunta básica es: ¿Qué es el hombre ante Dios o Dios ante el hombre? Dios es el existente «desde siempre y por siempre» (2c), anterior incluso al parto de las montañas, según la concepción mitológica: el mito de la madre tierra y de los montes eternos. Dios está por encima del tiempo; el ser humano, inmerso en el tiempo, es un ser «para la muerte». Tan caduco como la hierba segada (5s), tan efímero como un tercio de la noche (4). Su vida, por larga que sea (4.10), es un mero suspiro (9b). Afanarse por ella es «fatiga y vanidad» (10b). Si Dios nos arrebatara por la noche (5), nosotros volamos (10b). A la condición mortal se añade la pecadora, que suscita la ira divina (7s.11). La grandeza y santidad de Dios abrume y empuje al hombre. Le queda como solución la súplica. No pide el orante perdón por sus pecados, sino sensatez para aceptar su destino (12). No es suficiente. El poeta pide algo más: que Dios muestre su compasión (13), o que compense las penas y los gozos con su amor (14s); y también pide que Dios comience a actuar (16); así adquirirá consistencia la actuación humana para bien del hombre y también para bien de Dios (17b). En definitiva, el hombre será lo que haya hecho: él y Dios en él. Nuestras obras adquieren consistencia (cfr. Flp 2,13) y nos acompañarán (cfr. Ap 14,13). ¿Qué sentido tiene nuestra vida? ¿Cuáles son nuestros valores? No podemos elaborarnos «un mañana» sin contar con Dios. Este salmo puede ayudarnos.

Confianza en Dios

- 91**⁽⁹⁰⁾ ¹El que habita al amparo del Altísimo
y pernocta a la sombra del Todopoderoso,
²diga al Señor: Tú eres mi refugio y mi alcázar,
mi Dios en quién confío.
- ³Sólo Él te libraré de la red
y te defenderá de la peste funesta;
- ⁴te cubrirá con sus plumas,
y bajo sus alas te refugiarás;
su brazo será escudo y coraza.
- ⁵No temerás el espanto nocturno,
ni la flecha que vuela de día,
- ⁶ni la peste que se desliza en las tinieblas,
ni la plaga que acecha a mediodía.
- ⁷Caerán a tu izquierda mil,
diez mil a tu derecha,
a ti no te alcanzarán.
- ⁸Basta con que abras tus ojos,
para ver la paga de los malvados,
- ⁹porque hiciste del Señor tu refugio,
del Altísimo, tu morada.
- ¹⁰No se te alcanzará la desgracia

ni la plaga se acercará tu tienda,

¹¹ porque a sus ángeles ordenará
que te guarden en tus caminos.

¹² Te llevarán en sus palmas,
para que tu pie no tropiece en la piedra.

¹³ Caminarás entre leones y víboras,
pisotearás cachorros y dragones.

¹⁴ Porque me ama, lo libraré,
lo protegeré porque me reconoce.

¹⁵ Me llamará y le responderé,
estaré con él en la angustia,
lo defenderé y honraré.

¹⁶ Lo saciaré de larga vida
y le haré ver mi salvación.

Una voz anónima, acaso la de un liturgo, invita a quien ya vive en el Templo a que manifieste su confianza en Dios como refugio y alcázar (1s). El liturgo continúa hablando al orante. Lo primero que le dice es cómo actuará Dios (3s) y enumerándole los cuatro peligros que le acechan: espanto y flecha, peste y plaga (5s). Unos actúan de noche, otros a plena luz del mediodía. Curiosamente son cuatro, como cuatro son los nombres divinos del comienzo del salmo (1s). No sabemos quiénes caen a diestra y siniestra, si enemigos o flechas. Quizá sean enemigos, a quienes se les da la caída como paga (8). Nada de esto sucederá a quien confía en Dios: no ha de temer (5), porque el Dios en el que confía es refugio y morada (9); su brazo es escudo que empuña y coraza que cubre todo el cuerpo (4c). Existen otros seres hostiles (13), ante los que nuevamente nada ha de temer quien confía en Dios, porque ahora Dios despacha a sus «ángeles»; ellos protegerán al viandante (10-12). Concluye el salmo con una palabra divina. No sabemos si es pronunciada por Dios o por el liturgo (14-16): me conoce y me ama, pues yo lo protegeré. Mt 4,5s y Lc 4,9-11 citan los versículo 11s del salmo. Conviene orar con este salmo para ratificar y purificar nuestra confianza en Dios, precisamente cuando nos acechen los peligros.

Poder y justicia de Dios

92 ⁽⁹¹⁾ ² Es bueno dar gracias al Señor
y cantar en tu honor, oh Altísimo,
³ proclamar por la mañana tu amor
y durante la noche tu fidelidad,
⁴ con arpas de diez cuerdas y laúdes,
con arpegios de cítaras.
⁵ Pues me alegro, Señor, con tus acciones,
y salto de gozo con las obras de tus manos.
⁶ ¡Qué magníficas son tus obras, Señor,
qué insondables tus pensamientos!
⁷ El ignorante no lo entiende,
ni el necio lo comprende.
⁸ Aunque broten como hierba los malvados
y florezcan todos los malhechores,
⁹ serán destruidos para siempre.
Mas tú, Señor, eres excelso por siempre.
¹⁰ Mira, Señor, tus enemigos,
mira, tus enemigos perecerán,
los malhechores se dispersarán.
¹¹ Pero a mí me das la fuerza de un búfalo,
y me empapas con aceite tonificante.
¹² Mis ojos descubrirán a mis espías,
mis oídos percibirán a los insurrectos.
¹³ El justo florecerá como palmera,
crecerá como cedro del Líbano,
¹⁴ plantado en la casa del Señor,
crecerá en los atrios de nuestro Dios.
¹⁵ Aun en la vejez dará fruto,
estará lozano y frondoso,
¹⁶ para proclamar que el Señor es recto:
Roca mía, en quien no hay falsedad.

Con un pie en la canción y el otro en la enseñanza, el autor de este salmo no sabe proclamar la bondad del Señor sin desembocar en la retribución (3). Las acciones del Señor, obra de sus manos (5), son piedra de escándalo. El justo las entiende y ensalza, aunque

se les escape su grandeza y profundidad (6); por eso las proclama ininterrumpidamente (3), acompañado de distintos instrumentos musicales (4) y con diversos tonos de voz. El necio, por el contrario, las rechaza, atrapado como está en sus muchas riquezas (8). Es lo que mostrará su destino final (9s). El destino del justo es muy distinto. Es admitido como comensal de Dios. Por eso se le unge con aceite tonificante (11), que relaja los músculos fatigados. Confortado, puede descubrir a sus enemigos, aunque se oculten sigilosamente (12). Ya en la casa del anfitrión, la vida del justo es comparada a una palmera, cuyo fruto es constante (13-15). Así puede proclamar lo que el poeta se proponía al comenzar su composición: la fidelidad de Dios (3b), en el que no existe falsedad (16). Unicamente los «hombres de espíritu» pueden comprender (1 Cor 2,11) la necesidad y el escándalo de la muerte del Señor (1 Cor 1,23). Oramos con este salmo para dar gracias a Dios por sus grandes acciones.

Majestad de Dios

93⁽⁹²⁾ ¹El Señor reina, vestido de majestad,
el Señor, vestido y ceñido de poder;
así el orbe está firme y no vacila.
²Tu trono está firme desde siempre,
desde siempre existes tú.
³Levantán los ríos, Señor,
levantan los ríos su estruendo,
levantan los ríos su fragor.
⁴Más poderoso que las aguas estruendosas,
más imponente que el oleaje del mar,
más imponente en el cielo es el Señor.
⁵Tus decretos son totalmente estables,
la santidad es el ornato de tu casa,
a lo largo de los días, Señor.

Himno a la realeza divina. El cuerpo himnico (3s) está enmarcado entre dos aclamaciones (1s. 5). El orbe tiene firmeza y consistencia, como la tiene el trono regio de Dios (1s). También los decretos divinos gozan de estabilidad (5). Aunque el caos se levante contra la creación o contra la palabra divina, nada podrá, porque la voz de Dios es mucho más poderosa que el estruendo de las aguas (3s). La batalla cósmica de los versículos 3s puede ser un símbolo de las batallas histórica (cfr. Sal 65,8). Los evangelios relatan el poder de Jesús sobre las aguas (cfr. Mt 8,24.26s). El Señor de la historia y de la naturaleza es mucho más fuerte que los imponentes conflictos históricos.

Dios, abogado del justo

94⁽⁹³⁾ ¹Dios justiciero, Señor,
Dios justiciero, resplandece.
²Álzate, Juez de la tierra,
da su merecido a los soberbios.
³¿Hasta cuándo, Señor, los malvados,
hasta cuándo triunfarán los malvados,
⁴verterán palabras altaneras,
se jactarán los malhechores?
⁵Pisotean, Señor, a tu pueblo
y oprimen a tu herencia.
⁶Asesinan a viudas y emigrantes,
degüellan a huérfanos;
⁷y comentan: el Señor no lo ve,
el Dios de Jacob ni se entera.
⁸Comprendan, estúpidos del pueblo,
necios, ¿cuándo aprenderán?
⁹El que implantó el oído, ¿no va a oír?,
el que formó el ojo, ¿no ha de ver?,
¹⁰el que educa a los pueblos, ¿no corregirá?,
el que instruye al hombre, ¿no conocerá?
¹¹Conoce el Señor los pensamientos humanos
y sabe que sólo son un soplo.
¹²Dichoso el hombre a quien educas, Señor,
a quien instruyes en tu ley,
¹³aliviándole tras los días duros,
mientras cavan una fosa al malvado.
¹⁴Pues el Señor no dejará a su pueblo
ni abandonará su herencia.

¹⁵El tribunal del justo restaurará en derecho,
tras él irán los rectos de corazón.

¹⁶¿Quién se pondrá de mi parte
contra los malvados?,
¿quién se pondrá de mi parte
contra los malhechores?

¹⁷Si el Señor no me hubiera auxiliado,
yo habitaría ya en el silencio.

¹⁸Si pienso: mis pies no vacilan
tu amor, Señor, me sostiene;

¹⁹si se multipliquen mis preocupaciones,
tus consuelos me deleitan.

²⁰¿Te aliarás con un tribunal corrupto
que dictamina injusticia
en nombre de la ley?

²¹Se confabulan contra la vida del justo
y condenan a muerte al inocente.

²²Pero el Señor será mi baluarte,
Dios, mi Roca de refugio.

²³Les pagará su iniquidad,
los aniquilará por sus maldades;
el Señor nuestro Dios los aniquilará.

La presente súplica tiene un colorido de demanda judicial: apelación al juez, acusación de los culpables, petición de la pena; y un vocabulario frecuente en la literatura sapiencial: entender, insensatos, necios, instruir, reprender, educar, enseñar... El comienzo del salmo es una apelación a la justicia divina (1s). Sigue una primera lamentación, en la que escuchamos el clamor de la sangre derramada. Es urgente que Dios haga justicia, que sea el vengador de esa sangre, porque los criminales piensan arrogantemente que Dios no lo ve ni se entera (3-7). Tras esta lamentación, una primera lección (8-11): la mirada de Dios es tan profunda que penetra los pensamientos del hombre; son un soplo que se desvanece enseguida. La segunda lección (12-15) es una proclamación de dicha para el instruido en la ley. Es la finalidad que tiene el castigo: instruir. El pueblo de Dios, su heredad, será aliviado, y verá cómo el Justo restablece la justicia quebrantada en la tierra. Con la segunda lamentación (16-21) retornamos a la corte de justicia. Dios defiende a su pueblo. De no haber sido así, hace tiempo que el salmista sería un habitante del silencio. Pero el amor de Dios lo sostuvo, le prodigó sus consuelos, pese a que los pies del salmista ya se tambaleaban. El Juez pagará la iniquidad de los jueces corruptos y será baluarte del justo. El versículo 11 es citado en 1 Cor 3,20. 2Cor 1,3-6 glosa el consuelo del que habla el versículo 19. No es infrecuente en nuestra sociedad que aparezcan jueces corruptos, que condenan al inocente y absuelven al culpable. Existe un Dios justiciero que nada tiene que ver con la corrupción judicial. ¿No es actual este salmo?

Vengan, aclamemos al Señor

(Heb 3,7–4,10)

95⁽⁹⁴⁾ ¹Vengan, aclamemos al Señor,
vitoreemos a la Roca salvadora;
²entremos a su presencia dándole gracias,
vitoreándolo con cánticos.

³Porque el Señor es el gran Dios,
el gran Rey de todos los dioses:

⁴tiene en sus manos las simas de la tierra,
son suyas las cumbres de los montes;

⁵suyo es el mar porque él lo hizo,
y la tierra firme que modelaron sus manos.

⁶Entremos, inclinémonos y postrémonos,
arrodillémonos ante el Señor, Creador nuestro,

⁷porque él es nuestro Dios
y nosotros el pueblo que apacienta,
el rebaño que cuida.
¡Oh, si escuchasen hoy su voz!

⁸No endurezcan su corazón como en Meribá,
como el día de Masá en el desierto:

⁹donde sus antepasados me pusieron a prueba
y me tentaron, aunque habían visto mis obras.

¹⁰Durante cuarenta años
detesté a aquella generación,

y dije: Son un pueblo de corazón extraviado
que no reconoce mi camino;
¹¹por eso juré indignado:
No entrarán en mi descanso.

Se compone este salmo de un himno (1-7c) y de un oráculo profético (7d-11). El himno se articula en dos pequeños himnos paralelos (1-5. 6-7c), con su invitación (1s.6) y cuerpo himnicos (3-5.7). Las invitaciones a la alabanza tienen sus motivaciones: Dios es nuestra Roca (1), el Gran Rey (3), el Creador y dueño de todo: simas y crestas, mar y tierra firme (4s). Todo ha sido modelado por las manos divinas (5), que sostienen todo. Todo el cuerpo ha de ser un himno de alabanza: inclinación, postración profunda, rodilla en tierra (6) ante nuestro Creador y Pastor (6s). La postración profunda es acto de sumisión y de obediencia. Evoca los momentos de desobediencia: la «querella» con Dios (Meribá, cfr. Éx 17,7) y el lugar de la «tentación» (Masá). Que la generación presente no imite a los antepasados. La permanencia en la tierra, en el descanso divino, depende de la obediencia del pueblo. Los versículos 7-11 tienen su comentario homilético en Heb 3,12-4,11. Al orar con este salmo, escuchemos el siguiente deseo: «¡Oh, si escuchasen hoy su voz...!». El cumplimiento del deseo pende también hoy de la obediencia.

El Señor, rey y juez

(98)

96⁽⁹⁵⁾ ¹Canten al Señor un cántico nuevo,
canta al Señor, tierra entera;
²canten al Señor, bendigan su Nombre,
pregonen día tras día su victoria.
³Cuenten a los gentiles su gloria,
sus maravillas a todos los pueblos.
⁴Porque el Señor es grande
y muy digno de alabanza;
más temible que todos los dioses.
⁵Pues los dioses de los gentiles son nada,
mas el Señor hizo los cielos.
⁶Honor y Majestad están en su presencia,
Fuerza y Belleza en su santuario.
⁷Tributen al Señor, familias de los pueblos,
tributen al Señor la gloria y el poder;
⁸tributen al Señor la gloria de su Nombre,
entren en sus atrios trayéndole ofrendas.
⁹Póstrense ante el Señor
en el atrio sagrado,
tiemble en su presencia toda la tierra.
¹⁰Digan a los gentiles: ¡El Señor es rey!
El orbe está afianzado y no vacila;
el Señor gobierna a los pueblos con rectitud.
¹¹Alégrense los cielos, salte de gozo la tierra,
retumbe el mar y cuanto contiene.
¹²Salte de gozo la campiña y cuanto hay en ella,
aclamen gozosos los árboles del bosque
¹³delante del Señor, que llega,
que ya llega a regir la tierra;
regirá el orbe con justicia
y a los pueblos con lealtad.

Un nuevo himno a la realeza divina. En él han desaparecido los momentos de lucha, aunque los percibamos en los gritos de victoria prorrumpidos por los árboles del bosque (12) y en la firmeza del orbe que ya «no vacila» (10b). El reino de Dios afecta a «todo», e implica a los seres humanos (7-9) y a todo lo creado (11). La invitación a la alabanza y a la fiesta es muy nutrida: en total diecinueve formas volitivas, entre imperativos y yusivos. El motivo de tanta alegría, y de que el cántico sea nuevo, es la siguiente aclamación: «¡El Señor es Rey», (10a); los dioses no existen, son nada (5a). El cortejo de tan gran Rey está formado por Honor y Majestad; Fuerza y Belleza. Estas cuatro personificaciones están en el palacio del Gran Rey, en su Templo (6). Todos los pueblos han de presentarse y postrarse obedientemente ante tan grande Rey (7-9), cuando aparezca en santidad (9b), y reconocer que la gloria y el poder le corresponden sólo a El. El tema del reinado de Dios Padre es abundante en el Apocalipsis (cfr. 11,17; 12,10; 19,6); el reinado de Jesucristo en Ap 11,15 (cfr. 1 Cor 15,23; Col 1,13). Mientras sigamos expresando nuestro deseo de que venga el Reino de Dios, podemos orar con este salmo.

El Señor reina, la tierra goza

- 97** ⁽⁹⁶⁾ ¹El Señor reina, salte de gozo la tierra,
alégrense las islas innumerables.
- ²Nubes y nubarrones lo rodean,
Justicia y Derecho sostienen su trono.
- ³Delante de él avanza fuego,
que llamea también a su espalda.
- ⁴Sus relámpagos iluminan el mundo,
y al verlo, la tierra se estremece.
- ⁵Los montes se derriten como cera
en presencia del Señor,
ante el Dueño de toda la tierra.
- ⁶Los cielos proclaman su justicia
y todos los pueblos contemplan su gloria.
- ⁷Se sonrojan los que adoran estatuas
y los que se glorían en sus nulidades;
ante él se postran todos los dioses.
- ⁸Lo oye Sión y se alegra,
se regocijan las poblaciones de Judá,
por tu actuación providencial, Señor,
- ⁹porque tú Señor,
eres el Altísimo sobre toda la tierra,
muy por encima de todos los dioses.
- ¹⁰El Señor ama a quienes odian el mal,
preserva la vida de sus fieles,
los libra de la mano del malvado.
- ¹¹Despunta la luz para los justos
y la alegría para los rectos de corazón.
- ¹²Festejen, justos, al Señor,
den gracias a su Nombre santo.

En este nuevo himno a la realeza divina asistimos al juicio de los idólatras y de los malvados. La proclamación «Dios reina» (1) pone en movimiento el salmo. Toda la tierra y las islas del Mediterráneo son invitadas a entonar la alabanza. Dios se presenta como soberano majestuoso en medio de nubarrones y envuelto en fuego (2s), mientras la tierra se convulsiona (4), como en las teofanías clásicas (cfr. Dt 4,11; Miq 3,1-7). Los cielos actúan de testigos notariales (6). La reacción de los idólatras es de bochorno, pues sus dioses son nulidades (7). El único Altísimo sobre toda la tierra es Dios (9). Las poblaciones de Judá se alegran por ello, y también porque Dios protege a sus fieles o les preserva la vida (10). A la alegría de Judá se añade el gozo de los justos (12). Heb 1,6 cita el versículo 7c, según la traducción de los LXX. La competencia del juicio se le atribuye a Cristo (cfr. Jn 5,25; 9,35-38; Hch 10,42). Hoy día no han desaparecido ni los ídolos ni los idólatras. El mal continúa siendo odiado por Dios. En este contexto bien podemos orar con este salmo.

El rey victorioso y juez justo

(96)

- 98** ⁽⁹⁷⁾ ¹Canten al Señor un canto nuevo
porque ha hecho maravillas;
su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo.
- ²El Señor da a conocer su victoria,
a la vista de los pueblos revela su justicia.
- ³Se acordó de su amor y lealtad
hacia la Casa de Israel;
los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
- ⁴iAclama al Señor, tierra entera,
griten, vitoreen, canten!
- ⁵Toquen la cítara para el Señor;
la cítara y los demás instrumentos;

- ⁶con clarines y al son de trompetas
aclamen al Señor que es Rey.
- ⁷Brame el mar y cuanto contiene,
el mundo y sus habitantes.
- ⁸Batan palmas los ríos,
los montes aclamen al unísono,
- ⁹delante del Señor, que llega,
que ya llega a regir la tierra.
- ¹⁰Regirá el mundo con justicia,
y a los pueblos con rectitud.

Himno al Rey y Señor universal. Se inicia con una solemne invitación a la alabanza (1-3). Un nuevo invitatorio (4) introduce un grandioso coro de voces y de instrumentos (5s. 7s). Se reserva el último verso para la proclamación de la justicia escatológica (9). Si la victoria de Dios se refiere a la salida de Egipto o el retorno de Babilonia, se convierte en paradigma de todas y de cada una de las victorias de Dios. Ésta ha sido realizada a la vista de todos (2b). El Dios de Israel no es el derrotado, sino el rey vencedor que está a punto de entrar solemnemente en la capital de su reino (9). La invitación a la alabanza al Rey vencedor adquiere sonoridad instrumental (5-8). En Ap 15,3 suena el cántico de Moisés y el cántico del Cordero. Ap 5,9s cita un «cántico nuevo», que en Ap 14,2s está acompañado por el sonido de la cítara y el estruendo del océano. Conviene orar con este salmo cuando queremos celebrar la justicia de Dios.

El Señor reina, tiemblen las naciones

(Is 6,3)

- 99** ⁽⁹⁸⁾ ¹El Señor reina, tiemblen las naciones,
entronizado sobre querubines, vacile la tierra.
- ²El Señor es grande en Sión,
excelso sobre todos los pueblos.
- ³Confiesen su Nombre, grande y terrible:
Él es Santo.
- ⁴Oh Rey poderoso, que amas el derecho,
tú has establecido la rectitud;
tú administras en Jacob
la justicia y el derecho.
- ⁵Exalten al Señor, nuestro Dios,
póstranse ante el estrado de sus pies:
Él es Santo.
- ⁶Moisés y Aarón entre sus sacerdotes,
Samuel entre los que invocaban su Nombre:
invocaban al Señor y él les respondía.
- ⁷Dios les hablaba desde la columna de nube;
ellos cumplían sus órdenes
y la ley que les entregó.
- ⁸Señor Dios nuestro, tú les respondías;
eras para ellos un Dios de perdón,
aunque castigabas sus delitos.
- ⁹Exalten al Señor, nuestro Dios,
póstranse en su monte santo:
Santo es el Señor nuestro Dios.

Un nuevo himno, el último, a la realeza y santidad de Dios. El estribillo separa estrofas: 1. Dios reina en Sión (1-3). 2. La justicia de Dios (4s). 3. La revelación de Dios (6-9). Las tres estrofas tienen la misma factura: Afirmación sobre Dios, invitación a la alabanza y aclamación final. En la primera estrofa se afirma la imponente realeza divina, que provoca el estremecimiento de los pueblos. Que todos le alaben diciendo: «Santo». Las virtudes que ama entrañablemente el Rey poderoso son la justicia y la rectitud. Que todos se postren ante él y proclamen: «Santo». Dios se manifestó a su pueblo, a quien entregó la ley como palabra suya. Se establece una religión del diálogo ante el Dios cercano; diálogo que se ejemplifica en Moisés, Aarón y Samuel. Que todo su pueblo se postre en el Templo y diga: «Nuestro Dios es santo», el título del Dios de la Alianza. El trisagio suena en Ap 4,8, y los cánticos resuenan en la sección de las plagas (cfr. Ap 15,3,4; 6,5). La santidad no es huida del mundo, sino compromiso con el mundo. Quien ora con este salmo desea que el Nombre de Dios sea santificado y el mundo transformado por la santidad divina.

Tierra entera vitorea al Señor

- 100** ⁽⁹⁹⁾ ¹Aclame al Señor, la tierra entera,
²sirvan al Señor con alegría,
entren a su presencia con vítores.

³Reconozcan que el Señor es Dios,
que nuestro Dios es poderoso,
nosotros somos su pueblo
y ovejas de su rebaño.

⁴Entren por sus puertas dándole gracias,
por sus atrios con himnos,
denle gracias, bendigan su Nombre:

⁵El Señor es bueno, su amor es eterno,
su lealtad perdura por generaciones.

Himno de alabanza y de acción de gracias (siete imperativos), estructurado en dos partes paralelas y bastante simétricas (1-3; 4s). La primera estrofa destaca tres motivos para alabar a Dios: es Dios, creador y aliado con su pueblo. La segunda añade otros tres: la bondad, el amor y la fidelidad divina. Hch 17,26 se fija y ensancha la confesión: «él nos hizo». Para el tema del Pastor y del rebaño, cfr. Jn 10. Oramos con este salmo dando gracias a Dios y alabándole con todo el mundo.

Voy a cantar tu bondad y justicia, Señor (72; 2 Sm 23,1-7)

101 ⁽¹⁰⁰⁾ ¹Voy a cantar la bondad y la justicia:
tocaré para ti, Señor;

²cantaré tu perfecto proceder:
¿cuándo vendrás a mí?

Quiero obrar con rectitud
dentro de mi palacio.

³No pondré ante mis ojos
nada abominable;
odiaré al fabricante de ídolos,
jamás se juntará conmigo.

⁴Lejos de mí un corazón perverso,
no protegeré al malvado.

⁵Al que en secreto habla mal de su prójimo
lo haré callar;
ojos altaneros, corazones arrogantes,
los destruiré.

⁶Me fijaré en los leales del país,
para que vivan conmigo;
el que procede honradamente
estará a mi servicio.

⁷Jamás habitará en mi palacio
el que actúa con engaño,
el mentiroso no aguantará ante mis ojos.

⁸Cada mañana haré callar
a los malvados del país,
eliminando de la Ciudad de Dios
a todos los malhechores.

Este salmo ha sido llamado «espejo de príncipes» o discurso de la corona. El príncipe heredero o el joven monarca anuncia las líneas programáticas de su gobierno. La vida ejemplar que se propone es, en definitiva, una canción al amor y a la justicia del Señor. Con su vida coreará el perfecto proceder del Señor (1-2a). Quien se propone cuanto dice en el programa no es más que un vasallo, que invita al Soberano a que le visite: «¿cuándo vendrás a mí?» (2b). La conducta del príncipe o del monarca será íntegra (2c), semejante a la del Señor. No soportará a los idólatras ni a los fabricantes de ídolos (3); su corazón íntegro no tolerará junto a sí un corazón perverso (4); acabará con los difamadores y con los arrogantes (5), también con los malvados y con los malhechores (8); sus servidores serán los leales y quienes proceden honradamente (6), no los engañadores ni los mentirosos (7). Sueña con una ciudad ideal, en la que no quepan los malvados ni los malhechores, por ser la ciudad del Señor (8). Jesús vino a servir y quiso rodearse de servidores (Mc 10,41-45), a la vez que proclamó la bienaventuranza de los pobres y de los perseguidos (Mt 5,3. 10). Éste es un buen salmo para afrontar nuestras responsabilidades en la Iglesia y en la sociedad.

Señor, escucha mi súplica (33; 74; 79)

102 ⁽¹⁰¹⁾ ²Señor, escucha mi oración,
y mi clamor llegue a ti.

³No me escondas tu rostro
el día de mi angustia,
tiende tu oído hacia mí,
respóndeme pronto
el día en que te invoco.

⁴Que mis días se desvanecen como humo
y mis huesos arden como brasas.

⁵Mi corazón se seca como heno segado,
me olvido hasta de comer mi pan.

⁶Al son de mis gemidos,
se me pega la piel a los huesos.

⁷Me asemejo a una lechuza de la estepa,
soy como un búho entre ruinas.

⁸Estoy desvelado y soy como un pájaro
que pía en el tejado ⁹todo el día.
Me afrentan mis enemigos,
que se burlan de mí y me maldicen.

¹⁰En vez de pan como ceniza,
mezclo mi bebida con llanto,

¹¹a causa de tu cólera y enojo,
pues me alzaste y me arrojaste.

¹²Mis días declinan como una sombra,
y yo me voy secando como el heno.

¹³Tú, en cambio, Señor, reinas siempre,
tu Nombre pasa de una a otra generación.

¹⁴Te levantarás y te compadecerás de Sión,
pues ya es hora de que te apiades de ella,
iya ha se ha cumplido el plazo!

¹⁵¡Cómo aman tus siervos sus piedras
y se apiadan hasta de su polvo!

¹⁶Los paganos respetarán tu Nombre, Señor,
todos los reyes del mundo, tu gloria,

¹⁷cuando el Señor reconstruya Sión
y aparezca en su gloria,

¹⁸se vuelva a las súplicas de los indefensos
y no desdeñe su oración.

¹⁹Escríbase esto para la generación futura,
y el pueblo recreado alabará al Señor:

²⁰se ha asomado desde su excelso santuario,
desde el cielo el Señor ha mirado la tierra,

²¹para escuchar los lamentos de los cautivos
y librar a los condenados a muerte;

²²para proclamar en Sión la fama del Señor
y su alabanza en Jerusalén,

²³cuando se reúnan unánimes los pueblos
y los reinos para servir al Señor.

²⁴Él debilitó mi fuerza en el camino
y acortó el número de mis días.

²⁵Yo dije: Dios mío,
no me arrebatas en la mitad de mis días,
tú que vives por generaciones.

²⁶Al principio afirmaste la tierra,
el cielo es obra de tus manos:

²⁷ellos perecerán, tú permaneces,
se gastarán como la ropa,
como un vestido los mudas y se van.

²⁸Tú, en cambio, eres aquél
cuyos años no se acabarán.

29 Los hijos de tus siervos tendrán una morada,
y su descendencia perdurará ante ti.

Lamentación individual con súplica colectiva de confianza. En medio de la lamentación individual (4-12. 24-28) se ha insertado una súplica nacional (13-23); el himno se abre con una invocación inicial (2s). Tanto el poeta como la ciudad están en un grave aprieto: aquél es un mar de penas (4-12); ésta, un cúmulo de ruinas (13-23). La vida humana es transitoria y muy finita; limita con la enfermedad y con la muerte. Un conjunto de comparaciones expresan con lirismo los males de la existencia, sobre todo las dolencias (4-6) y la soledad (7s). Tras estas dolorosas experiencias está la mano de Dios, su ira (11), y el poeta llega a la conclusión de que su vida es tan breve y seca como la del heno (12). Esta experiencia del dolor y de la soledad se agranda y ensancha cuando se contempla la ciudad reducida a polvo, del que se apiada el poeta (15). ¿No deberá compadecerse también Dios, cuya vida no se mide por años, sino que es eterno? (13s). «¡Se ha cumplido el plazo!» (14c). Llega el tiempo del consuelo y de la reconstrucción (17). Cuando esto suceda, cuando Dios se incline desde el cielo (20), para escuchar y actuar, ha de ponerse por escrito la actuación divina (19). Otros leerán lo escrito, respetarán el Nombre del Señor (16), servirán al Señor (23)... En fin, el tiempo y lo eterno, la dimensión individual y la colectiva forman el zurcido de este salmo, que finaliza con una confesión de esperanza (29). Heb 1,10-12 cita los versículos 26-28 del salmo (según los LXX) para exaltar la dignidad del Hijo de Dios. Ante el caos social y ante una muerte prematura podemos orar con este salmo, ratificando nuestra esperanza: «Los hijos de tus siervos tendrán una morada» (29).

Bendice, alma mía, al Señor

(Eclo 18,8-14)

- 103**⁽¹⁰²⁾ ¹Bendice, alma mía, al Señor,
y mi ser a su santo Nombre;
²bendice, alma mía, al Señor
y no olvides sus beneficios.
³Él, que perdona todas tus culpas,
y sana todas tus enfermedades,
⁴que rescata tu vida de la fosa
y te corona de amor y de ternura
⁵sacia de bienes tu vejez,
y rejuveneces como el águila.
⁶El Señor obra justamente,
y defiende a los oprimidos.
⁷Mostró sus caminos a Moisés
y sus hazañas a los israelitas.
⁸El Señor es compasivo y clemente,
lento a la ira, rico en amor.
⁹No está siempre litigando,
ni guarda rencor perpetuo.
¹⁰No nos trata según nuestros pecados
ni nos paga conforme a nuestras culpas.
¹¹Pues como se eleva el cielo sobre la tierra,
así prevalece su amor sobre sus fieles.
¹²Como dista la aurora del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.
¹³Como un padre se enternece con sus hijos,
así se enternece el Señor con sus fieles.
¹⁴Pues él conoce nuestra hechura,
recordando que somos barro.
¹⁵La vida del hombre es como la hierba,
florece como la flor campestre;
¹⁶el viento la azota, y ya no existe,
ni siquiera su casa lo recuerda.
¹⁷Pero el amor del Señor a sus fieles
dura desde siempre hasta siempre;
su justicia pasa de hijos a nietos,
¹⁸para los que guardan la alianza
y se acuerdan de cumplir sus mandatos.
¹⁹El Señor asentó en el cielo su trono,
con su soberanía gobierna el universo.
²⁰Bendigan al Señor, ángeles suyos,
milicia valerosa que cumple sus órdenes,
obediente al sonido de su palabra.

- ²¹Bendigan al Señor, todos sus ejércitos,
siervos suyos que cumplen su voluntad.
²²Bendigan al Señor, todas sus obras,
en todos los lugares de su imperio.
¡Bendice, alma mía, al Señor!

Acción de gracias a la misericordia de Dios, muy cercana al himno. El salmo se inicia (2s) y se cierra (20-22) con una bendición, y se articula en dos secciones: 1. Cántico del amor y del perdón (4-10). 2. Cántico del amor y de la fragilidad (11-19). Cada sección se compone de tres estrofas (4s.6s.8-10//11-13.14-16. 17-19). Son invitados a bendecir el mismo salmista (1s) y las criaturas celestes, junto con todas las obras del Señor (20-22). Los motivos para agradecer son las acciones y la actividad divina (3-6), así como el modo de comportarse que tiene Dios (8-10). Se benefician de la misericordia divina primero una persona, y, a partir del 10, la comunidad. La misericordia o el amor de Dios tiene dimensiones cósmicas (11s) y una intensidad superior a la que es propia de un padre (13). Nuestra fragilidad y nuestra condición caduca le enternecen (14-17). Es un amor que no retrocede, sino que lo manifiesta generación tras generación (17), sobre todo con su propio pueblo, que guarda la alianza (7s.17s). Dios es Padre lleno de ternura. ¿Es necesario citar algún texto del Nuevo Testamento? Valga el del hijo pródigo (Lc 15,11-32) o la oración de Jesús en la cruz (Lc 23,34), o Rom 8,31-34. Bendigamos a Dios, junto con todo lo creado, en los momentos de alegría y también en las horas de tristeza, mientras tengamos fuerzas o cuando vivimos nuestra fragilidad.

Himno al creador

(Eclo 43)

104⁽¹⁰³⁾ ¹Bendice, alma mía, al Señor:
Señor Dios mío ¡qué grande eres!
Te revistes de belleza y esplendor.

- ²Te vistes de luz como de un manto,
despliegas los cielos como una tienda.
³Construyes sobre las aguas tus salones,
las nubes te sirven de carroza
y paseas sobre las alas del viento.
⁴Los vientos te sirven de mensajeros,
el fuego ardiente, de ministro.
⁵Asentaste la tierra sobre su cimiento
para que nunca más vacile;
⁶la cubriste con el océano como un manto,
y las aguas persistían sobre los montes,
⁷pero ante tu bramido huyeron,
ante tu voz tonante se precipitaron,
⁸escalando montañas, descendiendo valles,
hasta el puesto asignado;
⁹trazaste una frontera infranqueable,
para que nunca más aneguen la tierra.
¹⁰Haces brotar fuentes en los valles,
que fluyen por las quebradas,
¹¹para que se abreen las bestias del campo,
y apacigüen su sed los asnos salvajes.
¹²A su vera habitan las aves del cielo,
y *entre su fronda entonan su canto*.
¹³Desde tus salones riegas las montañas,
la tierra se empapa con tu acción fecunda.
¹⁴Haces brotar hierba para el ganado
y vegetales para el cultivo del hombre:
¹⁵para que saque trigo de la tierra
y vino que le alegra el corazón;
aceite para abrillantar su rostro,
y pan que lo fortalece.
¹⁶Se sacian los árboles del Señor,
los cedros del Líbano que él plantó.
¹⁷En ellos anidan los pájaros,
en su copa pone su casa la cigüeña.
¹⁸Los riscos son para los rebecos,
las peñas, madrigueras de tejones.
¹⁹Actúa la luna según sus fases

- y el sol conoce su ocaso.
²⁰Caen las tinieblas y viene la noche,
y rondan las fieras de la selva.
²¹Los cachorros rugen por su presa
reclamando a Dios su comida.
²²Al brillar el sol se retiran
para tumbarse en sus guaridas.
²³Sale el hombre a su tarea,
a su trabajo hasta el atardecer.
²⁴¡Cuántas son tus obras, Señor,
todas las hiciste con sabiduría:
la tierra está llena de tus criaturas!
²⁵Aquí está el mar: ancho y dilatado,
en él se agitan innumerables
animales pequeños y grandes;
²⁶lo surcan las naves, y el Leviatán
que hiciste para jugar con él.
²⁷Todos ellos esperan de ti
que les des comida a su tiempo.
²⁸Se lo das y lo atrapan,
abres la mano y se sacian de bienes.
²⁹Escondes el rostro y se anonadan,
les retiras el aliento y expiran,
y vuelven al polvo.
³⁰Envías tu aliento y los creas
y renuevas la faz de la tierra.
³¹¡Gloria al Señor por siempre
goce el Señor con sus obras!
³²Cuando mira la tierra, ella tiembla,
toca las montañas, y echan humo.
³³Cantaré al Señor mientras viva,
tocaré para mi Dios mientras exista.
³⁴Suba hasta él mi poema,
y yo me alegraré con el Señor.
³⁵¡Desaparezcan de la tierra los pecadores,
que los malvados nunca más existan!
Bendice, alma mía, al Señor.
Aleluya.

Himno al Creador. Comienza con un invitatorio (1a), al que siguen tres grandes secciones: cielo (1b-4), tierra (5-24) y mar (25s). Todo está en las manos de Dios (27-30). El versículo 31 es la conclusión, que se alarga al versículo 32. Finaliza el poema con una dedicatoria (33s) y con una alusión a las sombras que afean lo creado. El último estrofo (35b) forma inclusión con el primero (1a). El poeta contempla la creación, y descubre en ella la actuación divina. Ha ido distribuyendo las criaturas de la creación de Gn 1 a lo largo del poema. La primera criatura mencionada es la luz, pero aquí como manto de Dios (2a). Los versículos 2b-3 presentan a la segunda criatura de Gn, pero aquí el cielo es una tienda con sus salones. Los versículos 5s están reservados para la tierra firme; el abismo (océano) ya no es caótico, sino el vestido de la tierra. La tierra fértil y cultivada también aparece al tercer día; el poema dedica a esta obra los versículos 13-15. La luna y el sol, que marcan el paso de la noche al día y las estaciones, aparecen al cuarto día; aquí en los versículos 19-20. Los animales del quinto y sexto día están repartidos por ámbitos: celeste (16), terrestre (17.20s) y acuático (24). El mar es inmenso (24a), bullen en él animales innumerables (como en Gn 1,20s), y, un dato nuevo, ofrece su dorso para que naveguen los navíos, a la vez que es el lugar pensado para que juegue en él el Leviatán o Dios mismo juegue con el Leviatán (26). Todos los animales dependen de Dios para comer (11) y piden a Dios su comida (21). El hombre, la última obra de la creación, es presentado como «homo faber», como labrador (14s.23). La vida de todos los vivientes depende de Dios (29s). Todos tienen su continuidad en la especie (30b). ¡Todo es bello!, como rubrica el autor de Génesis, o todo es gozoso (31b). Todos han de tener en cuenta que cuando contemplan la creación están viendo al rostro divino. ¿Cómo no estremecerse ante Dios? (31). El poeta dedica su canción al Creador, que Él se complazca en esta ofrenda (33s). Lo único que afea la belleza de la creación es la maldad humana: que desaparezca esa maldad (35) y todo será «muy bello». El poeta ha sabido captar lo invisible de Dios a través de lo creado (cfr. Rom 1,20). Los cristianos esperamos una «creación nueva» (cfr. Rom 8,19-23; Col 1,15-17; 2Cor 5,17; Ap 21,1-5). Este salmo nos invita a una oración contemplativa y a respetar todo lo creado. Es un buen salmo para esta época ecológica en la que vivimos.

Den gracias al Señor, invoquen su nombre

105 ⁽¹⁰⁴⁾ ¹Den gracias al Señor, invoquen su Nombre,
divulguen sus hazañas entre los pueblos.
²Canten, toquen para él,

reciten todas sus maravillas.
³Gloríense de su Nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.
⁴Recurran al Señor y a su poder,
busquen siempre su rostro.
⁵Recuerden las maravillas que hizo,
sus prodigios y las sentencias de su boca.
⁶¡Estirpe de Abrahán, su siervo,
hijos de Jacob, su elegido!
⁷El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra.
⁸Se acordó de su alianza eterna,
del pacto establecido por generaciones,
⁹el que concertó con Abrahán
y el que juró por sí mismo a Isaac;
¹⁰el que confirmó como ley para Jacob,
como alianza eterna para Israel:
¹¹Te daré el país cananeo
como tu lote hereditario.
¹²Cuando eran poco numerosos,
poquísimos y emigrantes en el país;
¹³cuando iban de pueblo en pueblo,
de un reino a otra nación,
¹⁴a nadie le permitió oprimirlos,
y por ellos castigó a reyes:
¹⁵No toquen a mis ungidos,
no maltraten a mis profetas.
¹⁶Trajo el hambre sobre aquel país,
tronchando los tallos del trigo.
¹⁷Envió por delante a un hombre,
a José, vendido como esclavo.
¹⁸Le trabaron los pies con grillos,
metieron su cuello en la argolla;
¹⁹hasta que se cumplió su predicción,
y la palabra del Señor lo acreditó.
²⁰El rey ordenó que lo soltaran,
el soberano que lo librarán.
²¹Lo nombró administrador de su casa
y señor de todas sus posesiones,
²²para que a su gusto instruyera a los nobles
y aleccionara a los ancianos.
²³Entonces Israel entró en Egipto,
Jacob emigró al país de Cam.
²⁴Dios hizo a su pueblo muy fecundo
y más poderoso que sus opresores
²⁵a quienes cambió el corazón,
para que odiaran a su pueblo
y usaran malas artes con sus siervos.
²⁶Envió a Moisés, su siervo,
y a Aarón, su elegido,
²⁷que realizaron sus signos en el desierto
y sus prodigios en el país de Cam.
²⁸Envió las tinieblas, y entenebreció,
pero ellos no reconocieron su obra.
²⁹Convirtió sus aguas en sangre
y dio muerte a todos sus peces.
³⁰Hizo que la tierra bullera de ranas,
hasta en los aposentos reales.

- ³¹Ordenó que vinieran tábanos,
mosquitos por toda su comarca.
- ³²En vez de lluvia les dio granizo
y rayos por todo el territorio.
- ³³Dañó sus higueras y viñas
y tronchó los árboles de su comarca.
- ³⁴Ordenó que viniera la langosta,
saltamontes innumerables,
- ³⁵que devoraron el forraje del territorio,
y devoraron los frutos de sus campos.
- ³⁶Hirió a los primogénitos del territorio:
primicias de su virilidad.
- ³⁷Los sacó cargados de oro y plata,
y, de entre sus tribus,
ni uno solo flaqueó.
- ³⁸Egipto se alegró de su marcha,
porque el terror los sobrecogió.
- ³⁹Tendió una nube que los cubriese
y un fuego que los alumbrara de noche.
- ⁴⁰Pidieron, y les envió codornices
y los sació con pan del cielo.
- ⁴¹Hendió la roca y brotaron las aguas,
que fluyeron como río por los sequedales,
- ⁴²porque se acordó del pacto santo
hecho con Abrahán, su siervo.
- ⁴³Sacó a su pueblo con alegría,
a sus escogidos con aclamaciones.
- ⁴⁴Les asignó las tierras de los paganos,
y poseyeron el sudor de las naciones,
- ⁴⁵para que guarden sus mandamientos
y observen sus leyes. ¡Aleluya!

Himno a Dios salvador, a continuación del himno al Creador. Se inicia con un largo invitatorio (1-7) y, a continuación, despliega un gran credo histórico en cinco cuadros: Los patriarcas (8-15), José (16-22), las plagas de Egipto (23-36: cuatro estrofas: 23-27.28-30.31-33 y 34-36), el éxodo y el desierto (37-43), y el don de la tierra (44s). El gran protagonista de esta historia es Dios, a cuyo cargo corren la casi totalidad de las acciones a partir del versículo 11: da órdenes que se cumplen (31.34), envía personajes (17), hiere y golpea (33.36)... La acción humana es muy limitada a lo largo del poema. La dinámica del salmo se pone en marcha con el recuerdo de la «alianza» o del «pacto», que forma una inclusión (8.42). No es la alianza bilateral del Sinaí, que obligaba al pueblo a cumplir determinados preceptos, sino la «alianza» unilateral de Dios con Abrahán; es una alianza «eterna» (8a) o un «pacto santo» (42). Es más una promesa que una alianza. El contenido de la promesa se explicita en el versículo 11: «Te daré el país cananeo como tu lote hereditario». El recorrido por toda la historia santa tiende hacia el cumplimiento de esa promesa, que acaece en el versículo 44: entrada en la tierra y posesión de la misma. El final añade la tarea: ahora es cuando el pueblo liberado de Egipto ha de cumplir las cláusulas de la alianza dada en el Sinaí, acontecimiento que ni siquiera se evoca en el salmo. La promesa hecha a los padres continúa vigente (cfr. Rom 4,16). Pablo clarifica a quién se hizo la promesa: a «tu estirpe» en singular (cfr. Gál 3,16s.26-29). Somos los continuadores y beneficiarios de esta historia santa. Aún estamos de camino hacia la tierra. Al orar con este salmo podemos unir nuestra historia a la historia santa, y recordar que, si bien la alianza es tarea, también es Palabra de Dios, y por ello es una alianza eterna y santa. Si somos infieles, Dios es fiel.

Fidelidad divina e infidelidad de Israel

- 106** ⁽¹⁰⁵⁾ ¹*Aleluya.*
Den gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterno su amor.
- ²¿Quién contará las hazañas del Señor
o proclamará todas sus alabanzas?
- ³¡Dichosos los que respetan el derecho
y practican siempre la justicia!
- ⁴Acuérdate de mí, Señor,
por amor a tu pueblo,
visítame con tu salvación,
- ⁵para que goce de la dicha de tus elegidos,
comparta la alegría de tu pueblo
y me gloríe con tu nación.
- ⁶Hemos pecado como nuestros padres,

- hemos cometido maldades e iniquidades.
- ⁷Nuestros padres en Egipto
no comprendieron tus maravillas;
no se acordaron de tu inmenso amor,
se rebelaron contra el Altísimo
junto al Mar Rojo.
- ⁸Pero él los salvó por el honor de su Nombre,
para manifestar su poder.
- ⁹Increpó al Mar Rojo, y se secó;
los condujo por las profundidades
como si fueran un páramo.
- ¹⁰Los salvó de la mano adversaria,
los rescató de la mano hostil.
- ¹¹Las aguas anegaron a su opresores,
ni uno solo quedó vivo.
- ¹²Entonces creyeron sus palabras
y cantaron su alabanza.
- ¹³Bien pronto se olvidaron de sus obras
y no dieron fe a su proyecto.
- ¹⁴Ardieron de avidez en el desierto
y tentaron a Dios en la estepa.
- ¹⁵Él les concedió lo que pedían,
y de sus vidas abolió la flaqueza.
- ¹⁶Envidiaron a Moisés en el campamento,
y a Aarón, consagrado al Señor.
- ¹⁷Se abrió la tierra y se tragó a Datán
y cubrió a la cuadrilla de Abirán.
- ¹⁸Un fuego abrasó a su banda,
una llama consumió a los malvados.
- ¹⁹En Horeb fabricaron un becerro
y se postraron ante una imagen fundida.
- ²⁰Cambiaron su gloria por la imagen
de un toro que come hierba.
- ²¹Se olvidaron de Dios, su salvador,
que había hecho prodigios en Egipto,
- ²²maravillas en el país de Cam,
portentos junto al Mar Rojo.
- ²³Había pensado exterminarlos,
pero Moisés, su elegido,
se mantuvo en la brecha frente a él
para apartar su ira destructora.
- ²⁴Despreciaron una tierra envidiable
no creyeron en su palabra.
- ²⁵Murmuraron en sus tiendas,
no escucharon la voz del Señor.
- ²⁶Él, con la mano alzada,
juró abatirlos en el desierto.
- ²⁷dispersar su estirpe entre los pueblos,
esparcirlos entre las naciones.
- ²⁸Se aparearon con Baal-Fegor
y comieron sacrificios de muertos.
- ²⁹Lo irritaron con sus acciones,
y una plaga descargó sobre ellos.
- ³⁰Se levantó Pinjás para juzgar,
y la plaga cesó.
- ³¹Esto se le apuntó a su favor,
por generaciones sin término.
- ³²Lo enojaron junto a las aguas de Meribá,

y por su causa le fue mal a Moisés:
³³lo amargaron el ánimo
y sus labios desvariaron.
³⁴No exterminaron a los pueblos
como el Señor les había ordenado;
³⁵se emparentaron con los paganos
e imitaron sus costumbres;
³⁶adoraron sus ídolos,
que les sirvieron de trampa;
³⁷inmolaron sus hijos
y sus hijas a demonios;
³⁸derramaron sangre inocente,
la sangre de sus hijos e hijas,
inmolados a los ídolos de Canaán
y con la sangre profanaron la tierra.
³⁹Se contaminaron con sus obras
y se prostituyeron con sus acciones.
⁴⁰La ira del Señor se encendió contra su pueblo
y aborreció su herencia.
⁴¹Los entregó en manos de paganos
y sus adversarios los sometieron;
⁴²sus enemigos los tiranizaron
y los doblegaron bajo su poder.
⁴³Repetidas veces los liberó,
más ellos, obstinados en sus planes
se hundieron en su iniquidad.
⁴⁴Pero él se fijó en su angustia,
al escuchar sus clamores.
⁴⁵Recordó su pacto con ellos,
y se compadeció por su gran amor;
⁴⁶y les mostró gran misericordia
ante los que los habían deportado.
⁴⁷Sálvanos, Señor Dios nuestro,
reúnenos de entre los paganos,
daremos gracias a tu Nombre santo,
y alabarte será nuestra gloria.

* * *

⁴⁸Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
desde ahora y por siempre.
Responda todo el pueblo:
¡Amén! ¡Aleluya!

Lamentación colectiva: una plegaria penitencial en forma de memorial histórico. A lo largo del salmo, tras la alabanza y súplica inicial (1-3.4s), desfilan los siete pecados de Israel cometidos de una a otra frontera: Desde Egipto hasta los límites con la tierra: El pecado junto al Mar Rojo (6-12), en el desierto (13-15), en el campamento (16-18), adoración del becerro (19-23), murmuraciones en las tiendas (24-27), los cultos de la fertilidad (28-31), en Meribá (32s). Ya en la tierra continúa la historia del pecado (34-46), articulada en cuatro estrofas (34-37.38s.40-43.44-46). Termina el salmo con una súplica y alabanza (47s), formando inclusión con el comienzo. La historia del pecado iniciada por los padres se continúa en la generación de los hijos. Son pecados cometidos fuera de la tierra y también en la tierra. Contaminada por el pecado la tierra de Dios, la única solución es sufrir las consecuencias. Pero la última palabra no la tiene el pecado, sino la gracia: «Daremos gracias a tu Nombre, y alabarte será nuestra gloria» (47b). El cuarto libro del salterio finaliza con una nueva doxología (48), cuyo autor es el redactor final del libro. También nuestra Iglesia es pecadora. Recordemos, por ejemplo, los desórdenes de la Iglesia de Corinto (1 Cor 5s). Ni siquiera la celebración eucarística se libra de los reproches paulinos (1 Cor 11,17-22); «pero cuanto más se multiplicó el pecado, más abundó la gracia» (Rom 5,20). Con este salmo nos confesamos pecadores ante Dios, pecadores como nuestros padres, y esperamos ser salvados por la gracia.

Canto de acción de gracias

107 ⁽¹⁰⁶⁾ ¹Den gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterno su amor.
²Que lo digan los rescatados por el Señor,
los que rescató del poder enemigo;
³los que reunió de distintas naciones:

del este y oeste, del norte y sur.

⁴Erraban por un desierto desolado,
no encontraban el camino
hacia una ciudad habitada;

⁵pasaban hambre y sed,
se apagaba su aliento.

⁶*Pero clamaron al Señor en su angustia,
y los libró de sus congojas.*

⁷Los guió por un camino llano
para llegar a una ciudad habitada.

⁸*Den gracias al Señor por su amor,
por las maravillas en favor de los humanos,*

⁹porque sació la garganta jadeante
y llenó de bienes la garganta famélica.

¹⁰Habitaban en lúgubres tinieblas,
encadenados con hierros torturantes,

¹¹por desafiar las órdenes de Dios
y despreciar el plan del Altísimo.

¹²Doblegó su terquedad con fatigas,
sucumbían y nadie los socorría.

¹³*Pero clamaron al Señor en su angustia
y los salvó de sus congojas.*

¹⁴Los sacó de las lúgubres tinieblas,
y rompió sus cadenas.

¹⁵*Den gracias al Señor por su amor,
por las maravillas a favor de los humanos,*

¹⁶porque quebró las puertas de bronce
y trituro los barrotes de hierro.

¹⁷Embotados por su proceder pecador,
eran atormentados por sus iniquidades.

¹⁸Les repugnaba cualquier alimento,
y ya tocaban las puertas de la muerte.

¹⁹*Pero clamaron al Señor en su angustia
y los salvó de sus congojas.*

²⁰Envió su palabra para sanarlos,
para arrancarlos de la fosa.

²¹*Den gracias al Señor por su amor,
por las maravillas a favor de los humanos.*

²²Ofrézanle sacrificios de acción de gracias
y proclamen sus obras con aclamaciones.

²³Se hicieron a la mar en sus navíos,
comerciando por aguas caudalosas,

²⁴contemplaron las obras de Dios,
sus maravillas en alta mar.

²⁵Él mandó alzarse un ventarrón borrascoso,
que encrespaba las olas;

²⁶subían a los cielos, bajaban al abismo,
su aliento se entrecortaba por el peligro;

²⁷danzaban y se tambaleaban como borrachos,
pues su pericia se había desvanecido.

²⁸*Pero clamaron al Señor en su angustia
y los sacó de sus congojas.*

²⁹Redujo la borrasca a susurro
y enmudeció el oleaje del mar.

³⁰Se alegraron de aquella bonanza,
y los condujo al puerto ansiado.

³¹*Den gracias al Señor por su amor,
por las maravillas a favor de los humanos.*

³²Aclámenlo en la asamblea del pueblo,

alábenlo en el consejo de los ancianos.

- ³³Transformó los ríos en desierto,
y los manantiales en sequedal;
³⁴la tierra fértil en marisma,
por la maldad de sus habitantes.
³⁵Transformó el desierto en estanques
y erial en manantiales.
³⁶Asentó allí a los hambrientos,
para que fundaran una ciudad habitable.
³⁷Sembraron campos, plantaron viñas,
y cosecharon un fruto copioso.
³⁸Los bendijo y se multiplicaron sobremanera
y su ganado nunca menguó.
³⁹Después menguaron y fueron abatidos,
por la opresión, la desventura y el dolor.
⁴⁰El que vierte desprecio sobre los príncipes
y los descarría por un desierto sin caminos,
⁴¹levanta a los pobres de la miseria
y multiplica sus familias como rebaños.
⁴²Los rectos lo ven y se alegran,
y los malvados cierran la boca.
⁴³¿Quién es sabio? ¡Recuerde todo esto,
y medite sobre el amor del Señor!

Himno comunitario de acción de gracias y epílogo sapiencial. Comienza con una invitación a la alabanza (1-3). A continuación cuatro cánticos: el de los caravaneros (4-9), el de los prisioneros (10-16), el de los enfermos (17-22) y el de los marineros (23-32), fieles a la misma estructura: situación, invocación, liberación y acción de gracias. El epílogo sapiencial está formado por tres estrofas: el cántico del éxodo (33-35), el de la tierra, (36-39) y el del exilio/retorno (40-42). El verso conclusivo es sapiencial (43). La penosa situación origina el clamor; éste fuerza la intervención divina, que, una vez experimentada, induce a los liberados o salvados a alabar el amor eterno de Dios. Si nos fijamos en los estribillos, toda la historia santa es un entretejido, cuya urdimbre está formada por el clamor y la liberación (6.13.19.28: la liberación es presentada con distintos sinónimos). La palabra final de cada una de las etapas es la acción de gracias al Señor por la manifestación de su amor (8.15.21.31). A partir del versículo 33 comienza una reflexión, que en clave histórica implica la expulsión de los habitantes anteriores (40) y la transformación de los elementos naturales. En clave teológica, el autor se remonta al plan de Dios, Señor de la naturaleza y de la historia. El colofón (43) afecta a todo el salmo. No basta con hablar del pasado y contarlo, sino que la actuación divina, muestra de su amor, induce a una meditación constante sobre el amor divino. Los evangelios nos presentan situaciones parecidas a las que ha descrito el salmo: el pueblo hambriento, alimentado por Jesús (cfr. Mc 6,30-46); el endemoniado en los sepulcros, con «grillos y cadenas», liberado por Jesús (cfr. Mc 5,1-20); diversas clases de enfermedades sanadas (cfr. Mc 6,53-56 y 7,24-37); la tempestad calmada (cfr. Mc 4,35-41)... Quien ore con este salmo adquirirá la sabiduría, que se nutre del recuerdo y no cesa de meditar sobre el amor que Dios nos muestra a lo largo de la historia y de la vida. Es un excelente doctorado.

Canto de victoria

(Sal 57,8-12; 60,7-14)

108 ⁽¹⁰⁷⁾ ²Mi corazón está firme, oh Dios,
cantaré y tocaré con toda mi alma:

- ³Despierten, cítara y arpa,
despertaré a la aurora.
⁴Te daré gracias entre los pueblos, Señor,
tocaré para ti entre las naciones:
⁵por tu amor, que sobrepasa el cielo,
por tu fidelidad, que alcanza las nubes.
⁶*¡Tu grandeza, oh Dios, sobre los cielos,
y tu gloria, sobre la tierra!*
⁷Para que tus predilectos sean liberados
sálvanos con tu diestra y respóndenos.
⁸Dios habló desde su santuario:
–Triunfante repartiré Siquén,
parcelaré el Valle de Sucot,
⁹mío es Galaad, mío Manasés,
Efraín es casco que cubre mi cabeza,
Judá, mi bastón de mando,

- ¹⁰Moab, una vasija para lavarme,
sobre Edom lanzo mi sandalia,
sobre Filistea mi grito de conquista.
- ¹¹¡Quién me llevara a la ciudad fortificada,
quién me condujera a Edom!,
¹²pues tú, oh Dios, ¿no nos has rechazado?,
¿sales aún con nuestras tropas?
- ¹³Ayúdanos contra el enemigo,
que la ayuda del hombre es vana.
- ¹⁴¡Con Dios haremos proezas,
él aplastará a nuestros enemigos!

Salmo mixto de confianza y súplica comunitaria, compuesto con dos mitades de otros salmos: Sal 57,8-12 y 60,7-14 (1-6 y 7-14, respectivamente). Unidas ambas piezas, adquieren un significado nuevo. El poeta se encuentra entre los pueblos y naciones, en la diáspora. Pese a su situación, aún tiene fuerzas para cantar al Señor con toda su alma (2b). Él y la comunidad abrigan la ilusión de la llegada de un nuevo día, iluminado por la gloria del Señor. Como respuesta a su canción matinal, el poeta añade un antiguo oráculo (8-10), comentado ya por generaciones anteriores (11-13). Al final sale robustecida la confianza (14). Es un salmo, pues, que actualiza piezas antiguas y las acomoda a un nuevo momento. Podemos actualizar este salmo oyendo en él la voz de un pueblo que suplica en medio de los conflictos y de las opresiones.

Dios de mi alabanza, no te hagas el sordo

- 109** ⁽¹⁰⁸⁾ ¹Dios de mi alabanza, no te hagas el sordo,
²que bocas malvadas y fraudulentas
se abren contra mí,
y me hablan con lengua mentirosa.
- ³Me cercan con palabras odiosas
y me combaten sin motivo.
- ⁴En pago de mi amor me denuncian
aunque yo rezaba por ellos;
- ⁵Me devuelven mal por bien
y odio a cambio de amor.
- ⁶Nombra contra él un malvado,
que un acusador se ponga a su derecha.
- ⁷Cuando sea juzgado, salga culpable,
y su apelación se resuelva en condena.
- ⁸Que sus días sean pocos
y su empleo lo ocupe otro.
- ⁹Que sus hijos queden huérfanos
y su mujer viuda.
- ¹⁰Vagabundeen sus hijos mendigando
y pidan lejos de sus ruinas.
- ¹¹Que un acreedor se apodere de sus bienes
y extraños se adueñen de sus sudores.
- ¹²¡Jamás le brinde nadie su favor,
ni se apiade de sus huérfanos!
- ¹³Que su posteridad sea exterminada
y en una generación se borre su apellido.
- ¹⁴Recuerde Dios, el Señor, la culpa de su padre
y no borre el pecado de su madre:
- ¹⁵estén siempre ante el Señor
y borre de la tierra su memoria.
- ¹⁶Porque que no se acordó de actuar con amor,
persiguió al pobre desgraciado
y al atribulado, hasta matarlo;
- ¹⁷ya que amó la maldición, irecaiga sobre él!,
despreció la bendición, ¡aléjese de él!
- ¹⁸Se vistió de maldición cual manto,
que penetre como agua en sus entrañas,
y como aceite en sus huesos;
- ¹⁹sea cual vestido que lo cubre,

- como un cinturón que lo ciñe siempre.
- ²⁰ Así pague el Señor a los que me acusan,
a los que me calumnian.
- ²¹ Tú, en cambio, Señor, Dueño mío,
trátame conforme a tu Nombre,
líbrame por tu bondadoso amor.
- ²² Porque soy humilde y pobre,
y mi corazón ha sido traspasado;
- ²³ me desvanezco
como una sombra que declina,
me espantan como a la langosta;
- ²⁴ se me doblan las rodillas por el ayuno,
y, sin grasa, enflaquece mi carne.
- ²⁵ Soy la burla de ellos,
al verme menean la cabeza.
- ²⁶ Ayúdame, Señor, Dios mío,
sálvame según tu amor.
- ²⁷ Sepan que tu mano hizo esto,
que tú, Señor, lo hiciste.
- ²⁸ Maldigan ellos, que tú me bendecirás;
levántense y sean confundidos,
que tu siervo se alegrará.
- ²⁹ Vístanse de oprobio mis acusadores,
que su infamia los cubra como un manto.
- ³⁰ Daré gracias al Señor, el Grande, con mi boca,
y en medio de los ancianos lo alabaré,
- ³¹ porque se puso a la derecha del pobre
para salvar su vida de los jueces.

Es claro el planteamiento judicial, no sólo por la presencia del verbo «juzgar» (7.31), también por la actuación del fiscal que acusa ante el tribunal (6.20.29), y por el puesto que ocupa: a la derecha (6); por la acusación, condena y apelación (7), por la confusión y la infamia, como consecuencia de la derrota (29). Los versículos 21-25 son más propios de la súplica. La articulación del material puede ser la siguiente: presentación de la causa (1-5), imprecaciones de los acusadores (6-15), réplica del acusado (16-20), súplica tradicional (21-25.26-29) y recapitulación (30-31). La demanda es presentada por un hombre bueno que ha sido acusado injustamente. Acaso a continuación se deja constancia del discurso del acusador ante el tribunal (6-15): son veinte terribles impresiones. Resulta hiriente que se pida a Dios, el juez, que nombre a un malvado como acusador. Equivale a pedirle a Dios que sea cómplice. Tal vez sea posible entender el versículo 6 como expresión de un odio atroz por parte del acusador. Las imprecaciones, en este caso, afectan al acusado y a su descendencia, a su vida y sus bienes... Un quiebro sintáctico (16) introduce el alegato del inocente acusado, pidiendo para el acusador la aplicación de la ley de Talión. Que Dios mismo aplique la pena pedida (20). Un nuevo cambio sintáctico abre el poema a la súplica (21). Ahora el poeta se dirige directamente a Dios, con el recurso al triángulo clásico: tú (21.27.29), yo (22.25), ellos (28). Porque el salmista está seguro de que Dios no se ha hecho el sordo ante el himno que acaba de recitarle, se dispone ya a darle gracias. Dios es el abogado y el salvador de los pobres. El versículo 8 es aplicado a Judas por Hch 1,20. Jesús, el acusado, se puso en las manos del que juzga justamente (1Pe 2,23). Si existen jueces corruptos, otros lo pagan. Con este salmo apelamos al tribunal supremo, al Grande, que se pone a la diestra del pobre (31).

El Mesías, rey y sacerdote

(2; 45; 89)

- 110**⁽¹⁰⁹⁾ ¹ Dijo el Señor a mi señor:
Siéntate a mi derecha
hasta que haga a tus enemigos
estrado de tus pies.
- ² El Señor extenderá desde Sión
el poder de tu reinado:
idomina entre tus enemigos!
- ³ Tu pueblo está dispuesto
para el día de la movilización,
cuando aparezcas majestuoso;
desde el seno de la aurora
tuya es la flor de la juventud.
- ⁴ El Señor lo ha jurado y no se arrepiente:
Tú eres sacerdote del Eterno,

al modo de Melquisedec.

⁵El Señor está a tu derecha:
exterminará a los reyes
el día de su cólera;

⁶sentenciará a los reyes,
amontonará cadáveres,
aplastará cabezas sobre la ancha tierra.

⁷En el camino beberá del torrente
y así levantará su cabeza.

Salmo real, estructurado en un díptico: realeza (1-3) y sacerdocio (4-7). Cada tabla del díptico sigue el mismo modelo: oráculo (1 y 4) y comentario (2-3. 5-7). Los oráculos pueden ponerse en boca de un sacerdote o de un profeta de la corte. En el oráculo el Señor (Dios) comunica a «mi señor» (el rey) su rango casi divino: «Siéntate a mi derecha», y la asistencia que prestará al monarca en tiempos de guerra: hasta que los enemigos sean convertidos en estrado de los pies del rey de Judá. El comentarista añade cómo el rey de Judá extenderá los territorios de su reino. Para ello cuenta con la ayuda divina y también con la colaboración voluntaria de lo mejor del pueblo, el rocío [«flor» en la traducción] de la juventud. Cuando el rey aparezca majestuoso, «el día de la fuerza» (que puede ser la movilización o la vista militar, como acto previo al combate), contará con una juventud presta a enrolarse entre la tropa que sirve al rey desde el primer momento de su reinado: «Desde el seno de la aurora», que es símbolo de vida y de luz, alude a una nueva era. El segundo oráculo va dirigido también al rey, que es simultáneamente sacerdote, como lo era el rey jebuseo de Jerusalén. La dinastía davídica, asentada en Jerusalén, tiene las antiguas prerrogativas propias del rey cananeo de la ciudad. El salmista comenta el segundo oráculo vinculándolo con el primero. Ahora proclama ante Dios lo que ya se ha dicho: «Mi señor (el rey) está a tu derecha». Añade algo nuevo: de la relación que tiene el monarca con Dios dimana su fuerza casi divina; por ello, extermina enemigos, sentencia, amontona cadáveres, aplasta cabezas. Si su esfuerzo en el combate le lleva casi al agotamiento, un torrente providencial, del que bebe abundantemente, permite reponerse y proseguir la campaña. Son numerosas las citas de este salmo en el Nuevo Testamento. El versículo 1 aparece en los evangelios (cfr. Mt 22,41-46; Mt 26,64; Mc 16,19; Hch 2,34s; Rom 8,34, etc.). El versículo 4 en Heb 5,6.10; y sobre todo Heb 7. Podemos orar con este salmo evocando la conciencia política de la autoridad. Una lectura cristiana pide que el salmo sea despojado de la violencia. Cristo es rey y sacerdote, pero rey de «justicia, de amor y de paz»; sacerdote que entró en el santuario a través de su propia sangre, y nos ha abierto el camino de acceso al santuario. Oremos por el pueblo de Dios, que es un pueblo de reyes y de sacerdotes.

Alabanza por las obras del Señor

111⁽¹¹⁰⁾

¹¡Aleluya!

A Doy gracias al Señor de todo corazón
B en la reunión de los justos, en la asamblea.

G ²Grandes son las obras del Señor,
D ponderadas por quienes las aprecian.

H ³Su actuación es magnífica y espléndida,
W su justicia dura por siempre.

Z ⁴Dejó un memorial de sus proezas:
H el Señor es bondadoso y compasivo.

T ⁵Dio el alimento a sus fieles,
Y acordándose siempre de su alianza.

K ⁶Mostró a su pueblo la eficacia de sus obras
L dándole la heredad de los paganos.

M ⁷Sus obras son verdad y justicia,
N todos sus preceptos, fiables,

S ⁸válidos por siempre jamás,
, se han de cumplir fiel y rectamente.

P ⁹Envió la redención a su pueblo,
S ratificó para siempre su alianza,
Q su Nombre es santo y temible.

R ¹⁰Principio de la sabiduría
es respetar al Señor,
S son inteligentes los que lo practican.

T ¡La alabanza del Señor
permanezca para siempre!

Himno acróstico de alabanza. A la acción de gracias (1-3), sigue el cuerpo del himno (4-9), que finaliza con una máxima sapiencial (10). El poeta insiste en las obras del Señor, cuya grandeza se esfuerza en dimensionar (2). Su intención es proclamarlas ante la comunidad reunida (1). Las obras son ponderadas (2), esplendorosas, majestuosas (3), duraderas (3b)... Son una manifestación del amor compasivo de Dios, y, por ello un memorial que nos remite a ese amor (4). El don de la tierra (6), el alimento diario (5), los preceptos (7b-8), el rescate del pueblo y la ratificación de la alianza (9) son obras concretas de Dios. Todas ellas suscitan la alabanza (1) y conducen al reconocimiento del nombre divino (9b). Lucas cita el versículo 9c en el Magnificat (1,49) y el versículo 9a en el Benedictus (1,68). Alabar a Dios por todo es la palabra última de la creación, el «aleluya» final, al que unimos nuestra voz cuando oramos con este salmo: «La alabanza del Señor permanezca para siempre».

La felicidad del fiel

112⁽¹¹¹⁾

¹¡Aleluya!

A Feliz el hombre que respeta al Señor
B y ama con pasión sus mandatos.
G ²Su linaje será numeroso en la tierra,
D la estirpe de los justos será bendita.
H ³En su casa habrá riquezas y abundancia,
W su generosidad durará por siempre.
Z ⁴En las tinieblas clarea la Luz para los rectos:
H el Compasivo, Clemente y Justo.
T ⁵El bueno es dadivoso, compasivo y atento,
Y y administra rectamente sus asuntos:
K ⁶porque el justo jamás vacilará,
L será eterna su memoria.
M ⁷No temerá las malas noticias;
N con firme corazón confía en el Señor.
S ⁸Su corazón seguro no temerá,
' hasta que vea la derrota de sus adversarios.
P ⁹Da con largueza a los pobres,
S su generosidad dura por siempre,
Q alzará la frente con dignidad.
R ¹⁰El malvado al verlo se irritará,
S rechinará los dientes hasta consumirse.
T ¡Los deseos de los malvados se frustrarán!

Nuevo salmo alfabético de estilo sapiencial. El poeta constata la dicha de quien respeta al Señor (1-6) y describe su conducta confiada y generosa (7-9). El versículo 10 añade un esbozo del rostro de los malvados. El justo se caracteriza, ante todo, por respetar al Señor y por amar apasionadamente sus mandatos (1). La bendición de los versículos 2s son una consecuencia del respeto y del amor. El justo tiene ante sí un espejo en el que mirarse: la luz (Dios), con tres atributos (4), que encuentran su réplica en las tres cualidades del hombre bueno (5). Pueden llegar malas noticias a los oídos del justo, pueden levantarse los enemigos, el justo no vacilará (6) y persistirá en su generosidad. Si así se comporta, su fama será imperecedera (7-9) y eterna su memoria (6b). El rostro del malvado aparece desfigurado por la ira. Pues bien, sus deseos se frustrarán. Pablo cita el versículo 9ab al emprender la colecta a favor de la Iglesia de Jerusalén (cfr. 2 Cor 9,6-9). También nuestra sociedad actual necesita testigos que teman a Dios y sean amantes apasionados de sus mandatos; necesita hombres y mujeres que reflejen los destellos de la Luz, porque son dadivosos, compasivos y atentos. Quien quiera ser testigo de Dios en nuestro tiempo puede orar con este salmo.

El Dios de los humildes

(1 Sm 2; Lc 1,46-53)

113⁽¹¹²⁾

¹¡Aleluya!

Alaben, siervos del Señor,
alaben el Nombre del Señor.
²Bendito sea el Nombre del Señor
ahora y por siempre.
³Desde la salida del sol hasta su ocaso,
alabado sea el Nombre del Señor.
⁴El Señor es excelso sobre todos los pueblos,
su gloria sobre los cielos.
⁵¿Quién como el Señor, Dios nuestro,
que está entronizado en lo alto
⁶y se inclina para mirar
desde cielo a la tierra?
⁷Levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
⁸para sentarlo con los nobles,
con los más nobles de su pueblo.
⁹Pone al frente de su casa
a la estéril, madre feliz de hijos.

¡Aleluya!

Himno de alabanza del Nombre de Dios (1-3), cuya trascendencia cósmica (4-6), no le impide la actuación en la historia (7-9). Dios y el hombre ponen nombre a las criaturas (Gn 1s). Sólo Dios puede comunicar su nombre personal, y con ello se expone al uso y al abuso, si bien el abuso está protegido con un mandamiento. Conocido el Nombre de Dios, el hombre lo invoca, respeta y ama. En este salmo lo alaba a lo largo del tiempo (2) y en lo ancho del espacio (3). La alabanza surge ante la grandeza del Señor y ante el hecho insólito de que el Excelso se abaje para mirar hacia la tierra (4-6). Es una bajada operativa: levanta del polvo al humilde, que puede ser muy bien el pueblo estéril por estar desterrado (9). Por todo ello, «Alabad al Señor». El salmo evoca el himno de Flp 2,6-11. Nuestro Dios no permanece aislado en su cielo. Ha bajado hasta la tierra. Se ha hecho uno de tantos, se identifica con los desvalidos. Ensalcemos el Nombre del Señor, grande y sublime, con el presente salmo.

La salida de Egipto

114⁽¹¹³⁾ ¹Cuando Israel salió de Egipto,
Jacob de un pueblo bárbaro,
²Judá fue su santuario,
Israel fue su dominio.
³El mar al verlos huyó,
el Jordán retrocedió.
⁴Los montes brincaron como carneros,
las colinas como corderos.
⁵¿Qué te pasa, mar, que huyes,
a ti, Jordán, que retrocedes?
⁶¿A ustedes montes, que saltan como carneros,
colinas, que triscan como corderos?
⁷Estremécete, tierra, ante el Señor,
en presencia del Dios de Jacob,
⁸que transforma la roca en estanques,
en fuente el pedernal.

Himno por la liberación de Egipto. La salida de Egipto y la llegada a la tierra son simultáneas (1s); el poeta prescinde de las plagas y de las lentas marchas por el desierto. Para el poeta, los dos reinos están indivisiblemente unidos (2). En vez de la tienda móvil del desierto, el santuario es Judá –también Israel– y la tierra, dominio del Señor (2). Simultáneos son también el comienzo y el final: el paso del Mar y el paso del Jordán (3). Entre ambos extremos de la epopeya el poeta alude a la teofanía del Sinaí (4). El poeta domestica lo terrorífico del Sinaí (cfr. Ex 19,18), y lo convierte en un animal entre pequeño y asustadizo (4). El poeta pregunta con apóstrofe: «¿qué les pasa...?» (5s). Él mismo, a la vez que responde, invita a toda la tierra a estremecerse ante la presencia de un Dios tan poderoso, y tan cercano que transforma lo árido en fuente de vida (8). La tierra sufre ahora dolores de parto (Rom 8,19-22) desde que se estremeciera al morir Jesús en la cruz (cfr. Mt 27,45-53). La salida de Egipto y la entrada en la tierra es el credo fundamental de Israel. Con este himno podemos celebrar el núcleo de nuestra fe: el paso, la pascua del Señor.

¡No a nosotros, Señor, no a nosotros!

(135; Is 46,1s)

115⁽¹¹⁴⁾ ¹No por nosotros, Señor, no por nosotros,
sólo por tu Nombre muestra tu gloria,
por tu amor y tu fidelidad.
²¿Por qué han de decir los paganos:
Dónde está su Dios?
³–Nuestro Dios está en los cielos,
hace cuanto quiere.
⁴Sus ídolos son plata y oro,
hechura de manos humanas.
⁵Tienen boca y no hablan,
tienen ojos y no ven,
⁶tienen orejas y no oyen,
tienen nariz y no huelen,
⁷tienen manos y no tocan,
tienen pies y no andan,
sus gargantas ni susurran.
⁸¡Sean como ellos sus fabricantes,
cuantos confían en ellos!
⁹Israel, confía en el Señor:
él es tu ayuda y escudo.

- ¹⁰Casa de Aarón, confía en el Señor:
él es su ayuda y escudo.
- ¹¹Fieles del Señor, confíen en el Señor:
él es su ayuda y escudo.
- ¹²El Señor nos recuerde y nos bendiga:
bendiga a la Casa de Israel,
bendiga a la Casa de Aarón,
- ¹³bendiga a los fieles del Señor,
a todos: pequeños y grandes.
- ¹⁴Que el Señor los multiplique
a ustedes y a sus hijos;
- ¹⁵bendecidos del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.
- ¹⁶El cielo pertenece al Señor,
confió la tierra a los humanos.
- ¹⁷Los muertos ya no alaban al Señor
ni los que bajan al silencio;
- ¹⁸pero nosotros bendeciremos al Señor
desde ahora y para siempre.
¡Aleluya!

Salmo de confianza. La primera parte es una catequesis sobre el verdadero Dios. Se compone de tres estrofas: 1. Declaración positiva sobre nuestro Dios (1-3). 2. Declaración negativa: los ídolos (4-8). 3. Declaración positiva sobre el fiel del Señor (9-11). La segunda parte es una bendición solemne, con las siguientes estrofas: A. Introducción coral (12s). B. Bendición sacerdotal (14s), C. Himno coral conclusivo (16-18). Los desterrados en Babilonia no tienen Templo ni santuario; su Dios no admite figura ni representación alguna, y, además, es un Dios vencido. Los poderosos dioses babilónicos ahí están. ¿Dónde está el Dios de Israel? Es urgente que Dios actúe por el honor de su Nombre (1), y por los desterrados, cuya fe es injuriada. La respuesta es contundente: nuestro Dios está en el cielo y ha hecho la tierra; los dioses de ustedes están en la tierra, pero son nada, como describen las siete negaciones de los versículos 5-7. El Dios que nos creó nos hizo a su imagen y semejanza (Gn 1,26), los fabricantes de ídolos sean conforme a su hechura: nada y vacuidad (8). En momentos tan poco propicios para creer se yergue majestuosa la confianza del pueblo, del sacerdocio y de los fieles (9s). Al triple acto de confianza corresponde una triple bendición (12), que ha de llegar a todos (13) y ha de mostrarse en la fecundidad (14s). El Dios del cielo no comparte su morada con ningún otro dios. La tierra sí que se la ha dado a los seres humanos y el abismo es la residencia de los muertos (16-19), con una posible alusión a quienes ahora viven la muerte del destierro. «Glorifica tu Nombre», pidió Jesús (Jn 12,28). El Padre lo escuchó (cfr. Jn 13,31s; 17,1-4). «Creo en Dios, aunque no lo veo» escribió un judío en el gueto de Varsovia. En épocas poco propicias para la fe es bueno que oremos con este salmo.

Liberación del peligro de muerte

(30)

- 116**⁽¹¹⁵⁾ ¹Amo al Señor porque escucha
mi voz suplicante,
²porque tiende su oído hacia mí
en cuando lo invoco.
- ³Me apretaban las redes de la muerte,
me alcanzaban los tormentos del Abismo,
preso de angustia y de congoja,
- ⁴invoqué el Nombre del Señor:
¡Por favor, Señor, salva mi vida!
- ⁵El Señor es clemente y justo,
nuestro Dios es compasivo.
- ⁶El Señor guarda a los sencillos:
estaba yo agotado y me salvó.
- ⁷¡Alma mía, recobra la calma,
que el Señor fue bueno contigo!
- ⁸Arrancó mi vida de la muerte,
mis ojos de las lágrimas,
mis pies de la caída.
- ⁹Caminaré en presencia del Señor
en la tierra de los vivientes.
- ¹⁰Tengo fe, aun cuando dije:
¡Qué desgraciado soy!;
- ¹¹aunque dije espantado:

- Los humanos son mentirosos.
- ¹²¿Cómo pagaré al Señor
todo el bien que me ha hecho?
- ¹³*Alzaré la copa de la salvación
invocando el Nombre del Señor.*
- ¹⁴*Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo.*
- ¹⁵Costosa es a los ojos del Señor
la muerte de sus amigos.
- ¹⁶¡Por favor, Señor, que soy tu siervo,
siervo tuyo, hijo de tu esclava,
rompe mis cadenas!
- ¹⁷*Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando el Nombre del Señor.*
- ¹⁸*Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo,*
- ¹⁹en los atrios de la casa del Señor,
en medio de ti, Jerusalén.
¡Aleluya!

Esta acción de gracias se abre con una invocación (1s), a la que siguen tres estrofas: Dios salva al postrado (3-6), soliloquio (7-12); un estribillo (13s) une la estrofa segunda con la tercera: acción de gracias en el Templo (15-19); esta estrofa incluye el estribillo (17s. 13s). El género pide el recuerdo de las desgracias. Se mencionan: peligro de muerte (3ab.8), aflicción interior (3c), situación social de desvalimiento (10b) y esclavitud (16). Quizás la esclavitud es tan sólo una metáfora alusiva a las tres desgracias anteriores. Dios escuchó la voz suplicante (2) y libró a quien clamaba (8). Es el momento de dar gracias a Dios y de cumplir los votos (14.18) formulados en tiempos de infortunio. He de subrayar la intensidad y movilidad del sentimiento. La angustia y la congoja alcanzan y aprietan (3). El poeta se desdobra, y en diálogo consigo mismo recuerda lo que pensaba y decía (10.11). De la impaciencia y del apremio queda constancia en los versículos 4b y 16a: «¡Por favor...!». El amor (1a) —en el texto Hebreo sin complemento— y la fe/confianza (10) tienen un puesto destacado. El salmo se abre con el verbo «amar», y coloca la composición entera en el ámbito del amor a Dios. La fe se ratifica aun después de haber pensado y dicho sobre sí mismo (10b) y sobre los demás (11b). 2 Cor 4,13 cita el versículo 10a. El versículo 11b es citado por Rom 3,4. Podemos orar con este salmo cuando hemos superado peligros mortales o solucionado conflictos personales. Es bueno que todo quede en el ámbito del amor a Dios, en quien creemos.

Alabanza de la creación al Todopoderoso (Rom 15,11)

- 117** ⁽¹¹⁶⁾ ¹Alaben al Señor, todas las naciones,
aclámenlo, todos los pueblos.
- ²Pues grande es su amor con nosotros,
la fidelidad del Señor es eterna.
¡Aleluya!

Himno de alabanza a Dios. La motivación es nacional (2) y la invitación universal (1). Pablo lo cita en Rom 15,11, refiriéndose al alcance universal del Evangelio. Podemos orar con este salmo teniendo en el corazón la causa ecuménica.

Canción litúrgica de acción de gracias

- 118** ⁽¹¹⁷⁾ ¹Den gracias al Señor, porque es bueno,
porque es eterno su amor.
- ²Diga la Casa de Israel:
es eterno su amor.
- ³Diga la Casa de Aarón:
es eterno su amor.
- ⁴Digan los fieles del Señor:
es eterno su amor.
- ⁵Desde mi prisión clamé al Señor,
me respondió desde su inmenso cielo.
- ⁶El Señor está de mi parte: no temo
lo que pueda hacerme el hombre.
- ⁷El Señor está de mi parte, es mi defensor:
así veré la derrota de mi enemigo.
- ⁸Es mejor refugiarse en el Señor
que confiar en el hombre,

- ⁹mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los poderosos.
- ¹⁰Todos los pueblos me cercaban:
en el Nombre del Señor los derribé.
- ¹¹Me cercaban y me acorralaban:
en el Nombre del Señor los derribé.
- ¹²Me cercaban como abejas,
crepitaban cual fuego en zarzal:
en el Nombre del Señor los derribé.
- ¹³Empujaban con fuerza para derribarme,
pero el Señor fue mi auxilio.
- ¹⁴El Señor es mi fortaleza y protección,
él fue mi salvador.
- ¹⁵Se oyen voces de júbilo y de victoria
en las tiendas de los vencedores:
La diestra del Señor hace proezas,
- ¹⁶la diestra del Señor es sublime,
la diestra del Señor hace proezas.
- ¹⁷—No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
- ¹⁸Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte.
- ¹⁹¡Ábranme las puertas del triunfo,
entraré para dar gracias al Señor!
- ²⁰—Ésta es la puerta del Señor,
los vencedores entrarán por ella.
- ²¹—Te doy gracias porque me escuchaste,
y fuiste mi salvación.
- ²²—La piedra que rechazaron los albañiles
es ahora la piedra angular.
- ²³Es el Señor quien lo ha hecho
y nos parece un milagro.
- ²⁴Éste es el día en que actuó el Señor:
¡vamos a festejarlo y a celebrarlo!
- ²⁵¡Sálvanos, Señor, por favor!
¡Por favor, danos éxito, Señor!
- ²⁶—El que entra sea bendito
en Nombre del Señor!
Los bendecimos desde la casa del Señor.
- ²⁷El Señor es Dios, él nos ilumina.
—Inicien una procesión con ramos
hasta los ángulos del altar.
- ²⁸—Tú eres mi Dios, te doy gracias,
Dios mío, yo te ensalzo.
- ²⁹—Den gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterno su amor.

Liturgia de acción de gracias. La invitación a la alabanza (1-4) va seguida de un primer himno en las tiendas de los justos, en Jerusalén (5-18). El segundo himno suena en el Templo (19-29). El primer himno tiene tres estrofas: A. Declaración de confianza (5-9). B. Exposición del caso (10-14). C. Cantos de victoria y acción de gracias (15-18). El segundo himno tiene dos estrofas: A. Entrada en el Templo (19-25). B. Procesión litúrgica (26-29). En ambos himnos van alternándose distintas voces. El personaje central del salmo es un individuo, no sabemos si el rey o alguien que represente al pueblo repatriado, que, liberado de un peligro mortal acude al Templo a dar gracias a Dios, porque «es eterno su amor» (1-4), porque «me escuchaste y fuiste mi salvación» (21). El personaje salvado clamó desde la prisión (5), mientras estaba rodeado de enemigos (10-14). Era una piedra desechada por los albañiles, pero el Señor le convirtió en piedra angular (22). Todo el pueblo tiene como suya la liberación del individuo, y saca su enseñanza sapiencial (8s) o ensalzan la mano liberadora (15b-16), o bien participa en la procesión y se beneficia de la bendición (27). La aventura del individuo o de la comunidad ha estado bajo el control de Dios (17s). Dios ha intervenido de un modo singular y ha convertido el tiempo de su intervención en el «día del Señor» (24), que queda abierto a posibles intervenciones posteriores del Señor. De ahí la petición apremiante del versículo 25. El salmo es, en definitiva, un reconocimiento de Dios y de su actuación (28). La «piedra angular» es Cristo (cfr. Mc 12,10s; Hch 4,11; 1Pe 2,7). Los tres sinópticos, y también Juan, citan los versículos 25-26a con motivo de la entrada de Jesús en Jerusalén (cfr. Mt 21,9; Mc 11,9s; Lc 19,38; Jn 12,13). Mt. 23,39 cita nuevamente el versículo 26a en el lamento por Jerusalén (cfr. Mt 23,39). La Iglesia nos invita a orar con este salmo en el tiempo pascual, a la luz de la muerte y resurrección del Señor. Es el día del Señor.

Este larguísimo salmo es una meditación sapiencial centrada en la Ley. El autor recurre a todos los artificios del lenguaje para confesar su amor a la Ley. Veintidós estrofas, tantas como las letras del alfabeto Hebreo. Cada estrofa tiene ocho versos, con ocho sinónimos de la Ley. El número siete indica ya plenitud. Si se añade una unidad más (7+1), más no puede decirse, es la perfección suma. Los versos de cada estrofa comienzan con la misma letra. De modo que de la primera a la última letra del alfabeto Hebreo, todo el vocabulario humano está al servicio de un amor que excede a cualquier otro amor: el amor a la Ley de Dios, o mejor, el amor al Dios de la Ley. El lector encontrará en este salmo una sucesión ininterrumpida de géneros literarios: Meditaciones, súplicas, breves lamentaciones, declaraciones de confianza y de inocencia, acción de gracias, alabanza, etc. Dios es el constante interlocutor del salmista; se dirige a Él en segunda persona. Las repeticiones son inevitables. El artificio literario del acróstico forzará algunas estrofas. Encontraremos expresiones tópicas, presentes en otros salmos; pero también pasajes de gran belleza literaria y alta inspiración poética. Muchos títulos, símbolos y privilegios de este salmo son aplicados a Cristo: Luz, agua de la roca, camino. La gran enseñanza/revelación (Torá) de Dios es Jesús. Podemos poner su nombre donde leemos la ley o sus sinónimos.

Pascal comenzaba su jornada orando con una estrofa de este salmo. Así confesaba su amor a Dios. Es lo que nos propone la Iglesia en la Liturgia de las Horas: cada día, mediado el trabajo, nos ofrece una estrofa de este salmo. Con esa estrofa proclamamos nuestro amor al Dios de la Ley, y su Palabra definitiva: el Señor, que es la ratificación de las promesas divinas.

Elogio a la ley divina

119⁽¹¹⁸⁾

- A** ¹Dichosos los de conducta intachable,
que siguen la voluntad del Señor.
²Dichosos los que guardan sus preceptos,
y lo buscan de todo corazón;
³los que, sin cometer iniquidad,
andan por sus caminos.
⁴Tú mandaste que tus decretos
se observen exactamente.
⁵Ojalá estén firmes mis caminos
para cumplir tus órdenes.
⁶Entonces no quedaré defraudado
al fijarme en tus mandatos.
⁷Te daré gracias con sincero corazón
cuando aprenda tus justos mandamientos.
⁸Quiero cumplir tus órdenes
¡No me abandones,
oh Dios grande e inmortal!

Elogio a la ley divina:

Dichosos los de conducta intachable

Esta primera estrofa es programática. El verbo «aprender» (7) aparecerá otras dos veces en el salmo (71.73); el verbo «observar» es persistente (4.5.8.9.17.34. 44.57.60.63.67.88.101.106.134.136.146.158.167.168); el sustantivo «corazón/ mente» retornará quince veces a lo largo del salmo (2.7.10.11.32.34.36.58.69. 70.80.111.112.145.161); el tema del camino/conducta es frecuente (en esta primera estrofa hasta tres veces)... Desde el comienzo del salmo se proclama la bienaventuranza de quien ajusta su vida a la Ley. La consecuencia de este proceder llega en el versículo 6. El «tú» divino entra en el versículo 4. Todo el salmo está bajo la proclamación de la dicha inicial y es una incesante profesión de amor al Dios de la Ley, cuya compañía es necesaria para caminar según su divino querer: «¡No me abandones, oh Dios grande e inmortal!» (8b).

- B** ⁹¿Cómo limpiará un joven su sendero?
—Observando tu palabra.
¹⁰Te busco de todo corazón:
no me desvíes de tus mandatos.
¹¹Guardo en mi corazón tu promesa
para no pecar contra ti.
¹²¡Bendito eres, Señor!,
enséñame tus normas.
¹³Mis labios recitarán
todo lo que manda tu boca.
¹⁴En el camino de tus preceptos disfruto
más que con cualquier fortuna.
¹⁵Voy a meditar tus decretos
y a fijarme en tus senderos.
¹⁶Me complazco en tus órdenes:
no me olvido de tus palabras.

Elogio a la ley divina:

¿Cómo limpiará un joven su senda?

Los mandatos proceden de la «boca» de Dios (13b), se han adentrado en lo más profundo de la intimidad humana, en el corazón (11), que busca a Dios y su ley como en la estrofa anterior (2.10). Han venido a la lengua como susurro (15) y son contados por los

labios (13a). Así se limpia el sendero (9), que se convierte en sendero divino (15b) y se disfruta la felicidad interior (14.18). ¡Bendito seas, Señor!

- G** ¹⁷Cuida de tu servidor y viviré
para cumplir tu palabra.
¹⁸Abre mis ojos y contemplaré
las maravillas de tu ley.
¹⁹Soy peregrino en la tierra:
no me ocultes tus mandatos.
²⁰Mi vida se consume deseando
siempre tus mandamientos.
²¹Amonesta a los malditos soberbios
que se apartan de tus mandatos.
²²Retira de mí el insulto y el desprecio,
porque guardo tus preceptos.
²³Aunque los poderosos conspiren contra mí,
tu siervo medita tus órdenes.
²⁴También tus preceptos son mi delicia,
son mis consejeros.

Elogio a la ley divina:

Cuida de tu siervo

El «siervo» que está al servicio de tan gran señor es un peregrino en demanda de asilo. Medita la ley ante Dios (nótese la presencia de los imperativos). En otros lugares del salterio se dice «no me ocultes tu rostro»; aquí, «no me ocultes tu ley», que es consejero íntimo como en Sal 16,7 lo es Dios. En este clima sereno se hacen presentes enemigos, arrogantes y murmuradores. El siervo reacciona meditando las órdenes divinas.

- D** ²⁵Estoy abatido en el polvo:
reanímame según tu palabra.
²⁶Te conté mis andanzas y me respondiste:
enséñame tus estatutos.
²⁷Indícame el camino de tus decretos,
y meditaré tus maravillas.
²⁸Mi cuerpo se encorva por la tristeza,
sostenme con tu palabra.
²⁹Aléjame del camino de la mentira
y dame la gracia de tu voluntad.
³⁰He escogido el camino de la lealtad,
he elegido tus mandamientos.
³¹Me adhiero a tus preceptos, Señor,
no me defraudes.
³²Por el camino de tus mandatos correré
cuando me ensanches el corazón.

Elogio a la ley divina:

Mi aliento está pegado al polvo

Bella oración es contar a Dios nuestras andanzas. El piadoso, que está en camino, se halla postrado en grave enfermedad: está pegado al polvo. Pero su adhesión es más profunda. En realidad está pegado/adherido a los preceptos divinos. Así el camino, mencionado tres veces en esta estrofa, es un camino luminoso.

- H** ³³Muéstrame, Señor,
el camino de tus estatutos
y lo seguiré hasta el final.
³⁴Enséñame a cumplir tu voluntad
y a observarla de todo corazón.
³⁵Encamíname por la senda de tus mandatos,
porque en ella me deleito.
³⁶Inclina mi corazón hacia tus preceptos
y no a ganancias injustas.
³⁷No dejes que mis ojos se fijen en la mentira,
reanímame en tu camino.
³⁸Mantén a tu siervo la promesa
porque te reverencio de verdad.
³⁹Aleja el ultraje que me aterra;
pues tus mandamientos son buenos.
⁴⁰Mira cómo deseo tus decretos;

con tu justicia dame vida.

Elogio a la ley divina:

Enséñame, Señor, el camino de tus estatutos

El salmista pide y Dios actúa. Dios, en efecto, es el sujeto de los verbos con los que se inician siete versos de esta estrofa. La mala inclinación del corazón humano (cfr. Jr 22,17) es enderezada por Dios. Así el hombre no buscará el lucro ni sus ojos se fijarán en los ídolos (en la Mentira). Guiado por Dios, el hombre llegará a la vida, vinculada con el camino (cfr. 37; Prov 4,10-27).

w ⁴¹Señor, lleguen hasta mí tu amor
y tu salvación, según tu promesa,
⁴²así responderé al que me insulta
que confió en tu palabra.
⁴³No apartes de mi boca la palabra veraz
—oh Dios, grande e inmortal—,
pues espero en tus mandamientos.
⁴⁴Que cumpla tu voluntad, Dios eterno,
por siempre jamás;
⁴⁵y camine en libertad,
buscando tus decretos.
⁴⁶Que hable de tus preceptos ante reyes
sin sentir vergüenza,
⁴⁷y me deleite en tus mandatos
que tanto amo.
⁴⁸Alzaré las palmas
hacia tus amados mandatos
y meditaré tus normas.

Elogio a la ley divina:

Que me llegue tu misericordia, Señor

Aunque esta estrofa parece que resalta el protagonismo del hombre, al menos formulando propósitos, en realidad está encabezada por el amor y la salvación divina, en el versículo 43 retorna el vocativo de la primera estrofa: «Oh Dios grande e inmortal», y en el versículo 44 otro vocativo: «Dios eterno». Los mandatos, amados y deleite del salmista, le dan libertad al orante (como en el versículo 32), ahora para dirigirse a los reyes y hablarles.

z ⁴⁹Recuerda la palabra dada a tu siervo,
de la que hiciste mi esperanza.
⁵⁰Éste es mi consuelo en la aflicción:
que tu promesa me da vida.
⁵¹Los soberbios me insultan,
—oh Dios, grande e inmortal—,
pero no me aparto de tu voluntad.
⁵²Recordando tus antiguos mandamientos,
Señor, quedé consolado.
⁵³Me enfurezco contra los malvados
que abandonan tu ley.
⁵⁴Tus normas eran mi música
en tierra extranjera.
⁵⁵De noche recuerdo tu Nombre, Señor,
en las vigiliass, tu voluntad.
⁵⁶Ésta es mi tarea:
observar tus decretos.

Elogio a la ley divina:

Recuerda la palabra que diste a tu siervo

Destaca en esta estrofa el recuerdo. Dios recuerda su palabra para cumplirla. El salmista recuerda la ley constantemente. Se reitera el vocativo, «oh Dios grande e inmortal» ahora ante los insolentes. Con la cercanía de tan gran Dios, el enamorado de la ley podrá mantenerse en su camino, enfurecerse contra los malvados y cantar en el destierro.

h ⁵⁷He resuelto, Señor, que mi herencia
sea observar tus palabras.
⁵⁸Busco denodadamente tu rostro,
apiádate de mí según tu promesa.
⁵⁹He examinado mi proceder,
para retornar a tus preceptos.
⁶⁰Me doy prisa, no difiero
la observancia de tus mandatos.

⁶¹Los lazos de los malvados me envolvían,
pero no olvidé tu ley.

⁶²A media noche
me levanto para darte gracias
por tus justos mandamientos.

⁶³Soy amigo de quienes te respetan,
de los que guardan tus decretos.

⁶⁴Señor, de tu amor está llena la tierra:
enséñame tus normas.

Elogio a la ley divina:

Mi porción es el Señor

El tema más destacado de esta estrofa es el amor. El amor divino llena la tierra. Dios es la heredad del salmista, como lo es del levita. El amor es presuroso. El salmista también se apresura a guardar los mandamientos divinos. El amor sufre por la ausencia de la persona amada: el salmista quiere «congraciarse» con Dios, retornando a Él; el amor une a quienes son semejantes: «Soy amigo de quienes te respetan».

T ⁶⁵Trataste bien a tu siervo,
Señor, según tu palabra.

⁶⁶Enséñame a discernir y entender,
porque confío en tus mandatos.

⁶⁷Antes de la humillación, erraba
pero ahora cumplo tu instrucción.

⁶⁸Tú, que eres bueno y bienhechor,
enséñame tus leyes.

⁶⁹Unos soberbios me difaman con mentiras;
pero yo guardo de corazón tus decretos.

⁷⁰Como grasa se ha embotado su corazón,
pero yo me deleito en tu voluntad.

⁷¹Me vino bien haber sido humillado,
así aprendí tus órdenes.

⁷²Es más valiosa la ley de tu boca
que mil monedas de oro y plata.

Elogio a la ley divina:

Trataste bien a tu siervo

Dios es bueno y bienhechor. Cuanto procede de Él, aunque sea el castigo correccional, es bueno. Los orgullosos, por el contrario, «embadurnan» a los demás con sus mentiras y son incapaces de hacer el bien, pues tienen un corazón obstinado. En definitiva, la ley es mejor, o más valiosa que la mucha riqueza.

Y ⁷³Tus manos me hicieron y me plasmaron,
instrúyeme y aprenderé tus mandatos.

⁷⁴Me miran
los que te respetan y se regocjan,
porque he confiado en tu palabra.

⁷⁵Señor, bien sé
que tus mandamientos son justos,
que con razón me humillaste.

⁷⁶Que tu amor sea mi consuelo
según prometiste a tu siervo.

⁷⁷Que me alcance tu compasión, y viviré,
porque tu ley es mi delicia.

⁷⁸Sean confundidos
los orgullosos que me calumnian,
yo meditaré tus decretos.

⁷⁹Vuelvan a mí los que te honran:
que conozcan tus preceptos.

⁸⁰Sea mi corazón íntegro en tus normas,
así no quedaré avergonzado.

Elogio a la ley divina:

Tus manos me hicieron y me afirmaron

Dios es creador del hombre y con él está comprometido. Lo primero que hace es enseñarle; si se extravía, le mostrará su misericordia y compasión; si la fidelidad le aflige (74s), la compasión divina le hará revivir. Retornan los «fieles» y los «insolentes». Los primeros son amigos del salmista (cfr. 63). Los insolentes quedarán avergonzados.

κ ⁸¹Mi vida desfallece por tu salvación,

espero en tu palabra.

⁸²Mis ojos languidecen por tu promesa:
¿cuándo me consolarás?

⁸³Aunque era como un odre ahumado,
no olvidaba tus leyes.

⁸⁴¿Cuántos serán aún los años de tu siervo?
¿Cuándo juzgarás a mis perseguidores?

⁸⁵Me han cavado una fosa los soberbios,
que no están de acuerdo con tu ley.

⁸⁶Todos tus mandatos son verdaderos;
sin causa me persiguen, socórreme.

⁸⁷Casi me eliminaron de la tierra,
pero no abandoné tus decretos.

⁸⁸Por tu amor dame vida
y guardaré la instrucción de tu boca.

Elogio a la ley divina:

Tu palabra, Señor, está firme por siempre

Se vuelve densa la presencia de los enemigos, que persiguen, ponen trampas y casi logran lo que pretenden. El salmista tiene otros «dolores» o preocupaciones más íntimos: Desfallecimiento por la salvación, languidez por la promesa. Espera que el amor divino le dé vida: la que está amenazada por los enemigos y aquella por la que él suspira.

L ⁸⁹Tu palabra, Señor, es eterna,
más estable que el cielo;
⁹⁰tu fidelidad, por generaciones,
afianzaste la tierra y está firme:
⁹¹por tu disposición se mantienen hasta hoy,
pues todo está a tu servicio.
⁹²Si tu voluntad no fuera mi delicia,
habría perecido en mi aflicción.
⁹³Jamás olvidaré tus decretos,
pues con ellos me vivificas.
⁹⁴Tuyo soy, sálvame,
que busco tus normas.
⁹⁵Me acechan los malvados para perderme,
pero yo medito tus preceptos.
⁹⁶He visto límites en todo lo perfecto,
pero, ¡qué inmenso es tu mandato!

Elogio a la ley divina:

Tu palabra, Señor, está firme por siempre

Esta es la estrofa de la estabilidad y de la eternidad en contraste con la condición caduca del hombre. Estable y eterna es la palabra del Señor, estable en la tierra y duradera en el cielo. El hombre, por el contrario perece por el sufrimiento y por la persecución de los enemigos. Necesita que Dios lo salve y lo mantenga en vida. Con este auxilio nunca olvidará los decretos divinos. La eternidad celebrada conduce al salmista hasta la inmensidad de Dios: «¡Qué inmenso es tu mandato!».

M ⁹⁷¡Cómo amo tu voluntad!,
la medito todo el día.
⁹⁸Tus mandatos me hacen
más hábil que mis enemigos,
siempre van conmigo.
⁹⁹Soy más sagaz que todos mis maestros,
porque medito tus preceptos.
¹⁰⁰Soy más sabio que los ancianos,
ya que observo tus decretos.
¹⁰¹Alejo mis pies de toda senda mala,
para observar tu palabra.
¹⁰²No me aparto de tus mandamientos
porque tú me has instruido.
¹⁰³¡Qué dulce es tu promesa al paladar,
más que miel a la boca!
¹⁰⁴Reflexiono sobre tus decretos,
por eso odio toda senda falsa.

Elogio a la ley divina:

Cómo amo tu voluntad

La meditación asidua de la ley proporciona al salmista más sabiduría que la que tienen los enemigos. Ha de ser una sabiduría que se manifieste en la práctica, en la conducta, hasta odiar el camino de la mentira.

N ¹⁰⁵ Lámpara es tu palabra para mis pasos,
luz en mis senderos.
¹⁰⁶ He jurado, y lo ratifico:
cumpliré tus justos mandamientos.
¹⁰⁷ Estoy sumamente afligido,
vivifícame, Señor, según tu palabra.
¹⁰⁸ Acepta, Señor, las ofrendas de mi boca
y enséñame tus mandamientos.
¹⁰⁹ Mi vida está siempre en mis manos,
pero no olvido tu ley.
¹¹⁰ Los malvados me ponen trampas,
yo no me desví de tus decretos.
¹¹¹ Tus preceptos son mi herencia perpetua,
son el gozo de mi corazón.
¹¹² Inclino mi corazón a cumplir tus normas,
que son mi recompensa eterna.

Elogio a la ley divina:

Tu palabra es lámpara para mis pasos

El camino oscuro se ilumina con la luz de la palabra divina. Esta nueva luz puede inducir al «disparate»: a la ofrenda de la boca, que susurra constantemente la Ley divina y no se revela, y a la ofrenda de la vida, permanentemente en las manos en actitud oferente. El piadoso conoce el riesgo de la fe: rodeado de trampas y de enemigos, de todos se libra gracias a la ley: es su herencia perpetua; se la pasará a sus hijos. En el amor a la Ley ya tiene su recompensa.

s ¹¹³ Detesto a los inconstantes
y amo tu voluntad.
¹¹⁴ Tú eres mi refugio y mi escudo:
confío en tu palabra.
¹¹⁵ Apártense de mí, perversos,
y cumpliré los mandatos de mi Dios.
¹¹⁶ Sostenme con tu promesa y viviré,
no defraudes mi esperanza.
¹¹⁷ Respáldame y estaré a salvo
y me fijaré siempre en tus normas.
¹¹⁸ Repudias a quienes
se apartan de tus normas,
porque falaz es la astucia.
¹¹⁹ Rechazas como escoria
a todos los malvados de la tierra,
por eso amo tus preceptos.
¹²⁰ Mi cuerpo tiembla aterrorizado por ti
y me estremecen tus mandamientos.

Elogio a la ley divina:

Detesto a los que se han desgajado

Dios es refugio, escudo y apoyo en el que confía el salmista. Dios no defraudará esta confianza. Quienes se apartan de los estatutos divinos, por el contrario, serán despreciados. El salmista vive el estremecimiento ante la santidad divina.

、 ¹²¹ Practico la justicia y el derecho:
no me entregues a mis opresores.
¹²² Sal fiador por tu siervo,
que no me opriman los soberbios.
¹²³ Mis ojos se languidecen por tu salvación
y por tu promesa de justicia.
¹²⁴ Trata a tu siervo según tu amor
y enséñame tus normas.
¹²⁵ Soy tu siervo, instrúyeme,
y comprenderé tus preceptos.
¹²⁶ Es hora de actuar, Señor,
han quebrantado tu ley.
¹²⁷ ¡Oh Dios altísimo y fiel,

yo amo tus mandatos
más que el oro puro!
¹²⁸¡Oh Dios altísimo y fiel,
considero rectas todas tus normas
y detesto toda senda engañosa!

Elogio a la ley divina:

Practico la justicia y el derecho

Esta es la estrofa de la actuación. El salmista ha actuado conforme al derecho: Dios responde no entregando a su siervo, sino saliendo fiador por él. Ya es hora de actuar, se le recuerda al Señor. Una ha de ser la actuación a favor de su siervo: que lo enseñe, lo instruya el Dios altísimo y fiel, y el siervo aprenderá. Distinto ha de ser el obrar divino con aquellos que han transgredido la Ley de Dios.

P ¹²⁹Tus preceptos son admirables:
por eso los guarda mi alma.
¹³⁰La explicación de tu palabra ilumina,
instruye a los inexpertos.
¹³¹Jadeo con la boca abierta,
anhelando tus mandatos.
¹³²Vuélvete a mí con piedad,
como haces con quienes te aman.
¹³³Afirma mis pasos según tu promesa,
que no me domine maldad alguna.
¹³⁴Líbrame de la opresión de los hombres,
y guardaré tus decretos.
¹³⁵Haz brillar tu rostro sobre tu siervo
y enséñame tus leyes.
¹³⁶Ríos de lágrimas vierten mis ojos
porque no se guarda tu ley.

Elogio a la ley divina:

Admirables son tus preceptos

Vuelve el símbolo de la luz. La palabra de Dios ilumina y el rostro divino resplandece sonriente. De esta luz se llena la vida y el alma, como los pulmones se llenan de aire, cuando la vida necesita aliento. El poder del mal no puede enseñorearse sobre el hombre. Mientras existan los malvados, que no guardan la ley divina, el salmista llorará, sea con llanto vicario o bien de compasión por los desgraciados.

S ¹³⁷Tú eres justo, Señor,
y recto en tus juicios.
¹³⁸Justamente prescribes preceptos,
sumamente estables.
¹³⁹Me consumo de celo
porque mis enemigos olvidan tus palabras.
¹⁴⁰Purísima es tu promesa,
y tu siervo la ama.
¹⁴¹Soy pequeño y despreciable,
mas no olvido tus decretos.
¹⁴²Tu justicia es justicia eterna,
y tu ley es auténtica.
¹⁴³Aunque me alcancen
la angustia y la opresión,
tus mandatos son mi delicia.
¹⁴⁴Tus preceptos son justos por siempre;
instrúyeme y viviré.

Elogio a la ley divina:

Justo eres tú, Señor

Esta es la estrofa de la justicia. Justo es el Señor, rectos sus juicios, eterna su justicia. Esta repetición de la justicia atrae otros sinónimos: Recto, auténtico, fiel. La justicia de Dios y sus preceptos son eternos. Es la justicia mostrada con los pequeños. Acaso desde aquí puede explicarse el extraño versículo 143.

Q ¹⁴⁵Clamo de todo corazón,
respóndeme, Señor,
y guardaré tus normas.
¹⁴⁶Te invoco, sálvame,
y observaré tus preceptos.
¹⁴⁷Me adelanto a la aurora pidiendo auxilio,

esperando tus palabras.

¹⁴⁸Mis ojos se adelantan a las vigili-
as, meditando tu promesa.

¹⁴⁹Por tu amor escucha mi voz,
Señor, vivifícame según tu justicia.

¹⁵⁰Me cercan los seguidores de los ídolos,
y se alejan de tu ley.

¹⁵¹Tú, Señor, estás cerca
y todos tus mandatos son auténticos.

¹⁵²Desde hace tiempo estableciste
tus preceptos para siempre.

Elogio a la ley divina:

Clamo de todo corazón

La estrofa se vuelve suplicante: Llamar y responder, llamar y salvar, gritar y escuchar, pedir auxilio y esperar. La causa de este movimiento dialogal puede ser que los idólatras se acercan al perseguido pero se alejan de la Ley divina. Dios no sólo se acerca, está cerca, permanentemente cerca, como permanentes son sus preceptos.

R ¹⁵³Mira mi aflicción y líbrame,
pues no olvido tu voluntad.
¹⁵⁴Defiende mi causa y rescátame,
vivifícame conforme a tu promesa.
¹⁵⁵Tu salvación está lejos de los malvados,
porque no buscan tu ley.
¹⁵⁶Grande es tu ternura, Señor,
vivifícame según tu justicia.
¹⁵⁷Muchos son
mis perseguidores y adversarios,
pero yo no me aparto de tus preceptos.
¹⁵⁸Veo a los renegados y siento asco,
porque no observan tus instrucciones.
¹⁵⁹Mira cómo amo tus decretos;
Señor, vivifícame según tu amor.
¹⁶⁰El compendio de tu palabra es la verdad,
son eternos tus justos mandamientos.

Elogio a la ley divina:

Mira mi aflicción y líbrame

La mirada tiene una importancia destacada en esta estrofa. Dios mira la aflicción, para defender la causa, vivificar y conceder la salvación, porque son muchos los perseguidores. Dios ha de mirar también el amor que el salmista tiene a los preceptos divinos. También el salmista mira y ve a los renegados, hacia quienes siente asco. La síntesis, compendio, de cuanto se viene celebrando y meditando es ésta: Tu palabra es la verdad y eternos tus mandamientos.

S ¹⁶¹Los poderosos me persiguen sin motivo;
mi corazón tiembla por tus palabras.
¹⁶²Yo me alegro de tu promesa,
como el que obtiene un rico botín.
¹⁶³Detesto y aborrezco la mentira,
amo tu voluntad.
¹⁶⁴Siete veces al día te alabo
por tus justos mandamientos.
¹⁶⁵Mucha paz tienen los que aman tu ley,
nada los hace tropezar.
¹⁶⁶Espero tu salvación, Señor,
y cumplo tus mandatos.
¹⁶⁷Yo observo tus preceptos,
los amo intensamente.
¹⁶⁸Guardo tus preceptos y decretos,
todos mis caminos están ante ti!

Elogio a la ley divina:

Unos príncipes me persiguen sin motivo

La observancia nace del amor y se realiza con amor. A ese amor corresponde la paz y se contrapone a la mentira y a la falsedad. El salmista siente ante «la palabra» temor y gozo; es un gozo semejante al que se experimenta ante un rico e inesperado botín. El versículo 166 une la espera y la acción.

T ¹⁶⁹Llegue mi clamor a tu presencia, Señor,
instrúyeme con tu palabra.
¹⁷⁰Llegue mi súplica a tu presencia:
líbrame según tu promesa.
¹⁷¹Brote de mis labios la alabanza,
pues me enseñaste tus normas.
¹⁷²Proclame mi lengua tu promesa
pues todos tus mandatos son justos.
¹⁷³Que tu mano me auxilie,
pues he elegido tus decretos.
¹⁷⁴Anhelo tu salvación, Señor,
tu voluntad es mi delicia.
¹⁷⁵Que yo viva para alabarte;
que tu mandamiento me auxilie.
¹⁷⁶Si me extravié como oveja descarriada,
busca a tu siervo.
¡No. No olvido tus mandatos!

Elogio a la ley divina:

Llegue mi clamor a tu presencia, Señor

La estrofa final y todo el salmo está dominado por el «clamor, la petición y la alabanza». Lo que pide el orante es «enseñanza, liberación, salvación, auxilio, vida». Pese a todo el empeño por ser fiel, el salmista puede haberse extraviado. Que Dios busque a esta oveja descarriada, porque al menos no ha olvidado sus mandamientos.

Lamentación confiada del justo

120 ⁽¹¹⁹⁾ ¹En mi angustia clamé al Señor
y él me respondió.

²Señor, líbrame del labio mentiroso,
de la lengua embustera.

³¿Qué te dará y qué te añadirá,
lengua embustera?

⁴—Flechas de arquero afiladas
y brasas de retama.

⁵¡Ay de mí, emigrado cerca de Masac,
acampado junto a las tiendas de Cadar!

⁶Habito demasiado cerca
de quien odia la paz.

⁷Yo, ¡cómo proclamo la paz!
¡y ellos prefieren la guerra!

Esta súplica individual, con la que se inicia la serie de «cánticos de las subidas» (120–135), nos presenta al salmista —al pueblo— lejos de su tierra, como emigrante entre gente bárbara y belicosa. Masac es un pueblo mercader (cfr. Ez 27, 13) y Cadar comercia con ganado menor. No sabemos si el destierro es real o ficticio. En todo caso, es gente violenta, tanto de palabra (2s) como de obra (7). El orante clama desde la angustia del destierro (1). El Dios invocado librá al suplicante y dará su merecido a los opresores (3s). Existe la bienaventuranza dirigida a los pacíficos (Mt 5,9) y el saludo y despedida de Jesús: «La paz os dejo, mi paz os doy» (Jn 14,27). La paz entre los hermanos es recomendada por Rom 12,18; 1 Cor 7,15; 2 Cor 13,11; Heb 12,14, etc. Es un buen salmo para orar con él en los momentos de movimientos migratorios.

Dios cuida de su pueblo

121 ⁽¹²⁰⁾ ¹Levanto los ojos a los montes:
¿de dónde me vendrá el auxilio?

²El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.

³No dejará que tropiece tu pie,
no duerme tu guardián.

⁴No duerme, ni dormita
el guardián de Israel.

⁵El Señor es tu guardián,
el Señor es tu sombra,
el Altísimo está a tu derecha;

- ⁶de día el sol no te hará daño
ni la luna de noche.
⁷El Señor te guarda de todo mal,
él guarda tu vida.
⁸El Señor guarda tus entradas y salidas
ahora y por siempre.

Este salmo de confianza se compone de una proclamación inicial (1s) y de una canción al centinela divino (3-8). Domina el tema de Dios como guardián. Seis veces oímos el vocablo, sea como verbo o como sustantivo. Hay que añadir la «sombra» protectora (5b) como título divino y la vigilancia permanente de quien no duerme ni dormita (4a). Las polaridades, por otra parte, son características de este salmo: sol y luna; día y noche, abarcando todo el tiempo (Gn 1); entradas y salidas como definición de toda la vida y actividad humana; ahora y por siempre: en el presente y en el futuro. En todos estos ámbitos actúa Dios como guardián. Su tutela es eficaz por ser el creador del cielo y de la tierra (2). El creyente no tiene por qué dirigir la mirada a los montes, morada de los dioses, en busca de protección. Jesús pide al Padre que Él mismo nos guarde (cfr. Jn 17,11), como se lo pedimos en el Padrenuestro. Somos guardados y protegidos para una herencia imperecedera (cfr. 1 Pe 1,4). La confianza total, como es la proclamada por este salmo, es madura cuando persiste en medio de las dificultades y a pesar de los conflictos. En circunstancias como éstas podemos orar con este salmo.

¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor!

(Sal 84)

122 ⁽¹²¹⁾ ¹Me alegré con quienes me dijeron:
¡Iremos a la casa del Señor!

²Nuestros pies se detienen
ante tus puertas, Jerusalén.

³¡Jerusalén!, edificada como ciudad
totalmente armoniosa,

⁴adonde suben las tribus,
las tribus del Señor;
según la ley de Israel,
a dar gracias al Nombre del Señor.

⁵Allí reside el tribunal de justicia,
el tribunal del palacio de David.

⁶Pidan la paz para Jerusalén:
Vivan tranquilos los que te aman;

⁷haya paz en tus murallas,
tranquilidad en tus palacios.

⁸Por mis hermanos y compañeros
quiero decir: La paz contigo.

⁹Por la casa del Señor nuestro Dios
quiero pedir: El bien para ti.

Esta canción de Sión se compone de tres partes: Peregrinación (1s), alabanza a Jerusalén (3-5), y bendiciones (6-9). Tras el anuncio de un futuro, tal vez inminente, el salmista ya se ve ante las puertas de la Ciudad Santa, donde se yergue la casa del Señor. El anuncio de este futuro ya es causa de alegría (1s). La visión de la ciudad fascina al peregrino. Es una ciudad impresionante por su solidez, hechizadora por su belleza, bulliciosa por la multitud de peregrinos, tutora del derecho y de la justicia. Es la ciudad santa en la que se alaba al Señor y se administra justicia (3-5). El nombre de Jerusalén lleva consigo ecos de paz: paz dentro de las murallas, paz para los amigos, paz para cuantos habitan en Jerusalén. Junto a la paz, la prosperidad y el bien, como frutos de la paz (6-9). La belleza de Jerusalén impresionó también a Jesús; pero la Ciudad Santa no supo reconocer la llegada de Paz (Lc 19,41-44). Al orar con este salmo es bueno preguntarse: ¿Son nuestras ciudades lugar de encuentro o se pasean por ellas el miedo y la violencia? ¡Ojalá construyamos la Jerusalén terrena, mientras suspiramos por la Jerusalén celeste!

A ti levanto los ojos

123 ⁽¹²²⁾ ¹A ti levanto mis ojos,
a ti, entronizado en el cielo.

²Como los ojos de los esclavos
miran la mano de sus señores,
como los ojos de la esclava
miran la mano de su señora,
nuestros ojos miran al Señor, Dios nuestro,
hasta que se apiade de nosotros.

³¡Piedad, Señor, ten piedad!,
que estamos hartos de desprecios,

⁴estamos demasiado hartos

del sarcasmo de los insolentes,
del desprecio de los orgullosos.

El poema se mueve entre la altanería y la humildad, entre el desprecio y la piedad. Los orgullosos (4) son altaneros: miran hacia lo alto, tratando de conquistar mayor grandeza, aunque sea anulando a otros, despreciándolos (3b-4). Quien está postrado como esclavo o esclava dirige una mirada confiada a la mano de su señor o señora. Es una mano que no amenaza, sino que concede favores. La mirada del esclavo va más allá: levanta lo ojos a quien está entronizado en el cielo (1). De él espera confiadamente que se incline y tenga piedad (3). La mujer cananea pide a Jesús que tenga piedad (Mt 15,22-25). El publicano no se atrevía a levantar los ojos al cielo (Lc 18,10-14). Aún existen demasiados esclavos en nuestra tierra, que nos invitan a orar con este salmo.

Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte

124⁽¹²³⁾ ¹Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte,
—que lo diga convencido Israel—,
²si el Señor no hubiera estado de nuestra parte,
cuando nos asaltaban los hombres,
³nos habrían tragado vivos,
ardiendo en cólera contra nosotros;
⁴nos habrían arrollado las aguas,
el torrente nos habría anegado;
⁵nos habrían anegado
las aguas ondeantes.
⁶Bendito sea el Señor,
que no nos entregó
como presa a sus dientes.
⁷Salvamos la vida como un pájaro
de la red del cazador:
la red se rompió,
y nosotros escapamos.
⁸Nuestra auxilio es el Nombre del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.

En este salmo se suceden los peligros del pasado (1-5) y acción de gracias presente (6-8). El yo del poema acaba de superar un peligro grave, descrito con imágenes. El asalto humano (2b) es semejante a la agresión de fieras que desgarran (6b) o la red del cazador que atrapa a la presa (7). Se parece también a aguas que arrollan y anegan (4s). Como el Abismo se habrían tragado vivo (3a) al orante y a todos los suyos. No sabemos a qué peligro concreto alude el poeta. Lo cierto es que Dios ha intervenido con su gracia, y ahora Israel ha de decir con total convicción (1b) que ha sido obra del Señor. Es obligado bendecir y alabar (6a) al Creador del cielo y de la tierra (8). «Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?», pregunta Pablo (Rom 8,31). Cuando vivimos en el límite de nuestra pequeñez, surge el liberador de nuestra vida: Dios como auxilio. Él nos sostiene. A Él le damos gracias.

Los que confían en el Señor son como el monte Sión

125⁽¹²⁴⁾ ¹Los que confían en el Señor
son como el monte Sión:
no tiembla, está asentado para siempre.
²¡Jerusalén, rodeada de montañas!
Así rodea el Señor a su pueblo
ahora y por siempre.
³Jamás reposará el cetro del malvado
sobre el lote de los justos,
siempre que los justos no tiendan
su mano a la maldad.
⁴Señor, favorece a los buenos,
a los rectos de corazón.
⁵A los que se desvían por sendas tortuosas
que los conduzca el Señor
con los malhechores.
¡Paz a Israel!

La confianza (1s) se da la mano con la súplica (4s) en momentos de opresión (3). Una buena circunstancia histórica puede ser la época de los Macabeos. La sociedad está dividida. Por una parte están «Israel (5), su pueblo (2) y quienes confían» (1); por otra, «los malvados (3), los malhechores (5) y algunos justos» que tienden su mano a la maldad (3b). Quienes se deciden por la fe y mantienen la confianza tienen la estabilidad de la montaña santa, de Sión, que está firme para siempre. El símil geográfico es elocuente: así como Jerusalén está rodeada de montañas, así el Señor rodea a su pueblo «ahora y por siempre» (2). Es un abrazo de protección y de paz,

en tiempos de persecución y de guerra. El abrazo cariñoso de Dios a su pueblo se convierte en presencia permanente del Señor en su Iglesia (Mt 28,20). Confiando en el Señor podemos estar seguros aun en medio de los conflictos.

Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, creíamos soñar

126 ⁽¹²⁵⁾ ¹Cuando el Señor cambió la suerte de Sión,
nos parecía estar soñando.

²La boca se nos llenaba de risas,
la lengua de cantos alegres.
Hasta entre los paganos se comentaba:
El Señor ha estado grande con ellos.

³—El Señor ha estado grande con nosotros.
¡Estamos alegres!

⁴Cambia, Señor, nuestra suerte,
como los torrentes del Negueb.

⁵Los que siembran con lágrimas
cosechan con cantos alegres.

⁶Al ir iba llorando
llevando el saco de la semilla;
al volver vuelve cantando
trayendo sus gavillas.

La repatriación, sea el retorno del destierro o bien en tiempos de Nehemías, explica el «cambio de suerte». No vale aquí aquella apreciación «los sueños, sueños son»: este sueño es una realidad que motiva una doble reacción; el comentario de los paganos (2d) y el canto jubiloso de los que regresan (2a.5b). Dos imágenes recogen la realidad. La lluvia torrencial caída en los secos cauces del sur (el Negueb) da vida al desierto (cfr. Job 38,25-27). Si la cosecha había sido exigua, la sementera implicaba quitarse el pan de la boca, en espera de una buena cosecha. Algo así fue el destierro y el retorno: los caminos que conducen a la tierra se llenan de gente; la sementera en Babilonia no fue estéril; ahí está la cosecha. Todo se debe a que el Señor ha hecho proezas con nosotros (2d.3a). Jn 16,20-22 habla del paso del llanto a la risa y de la tristeza al gozo. Si queremos transformar el sufrimiento en esperanza, las lágrimas en canciones, podemos orar con este salmo.

Si el Señor no construye la casa

127 ⁽¹²⁶⁾ ¹Si el Señor no construye la casa,
en vano trabajan los albañiles;
si el Señor no cuida la ciudad,
en vano vigila la guardia.

²Es inútil que os levantéis temprano,
y retraséis el descanso
los que coméis el pan de los ídolos,
el Dios fiel da el éxito a su amigo.

³Mirad: la herencia del Señor son los hijos,
su salario el fruto del vientre.

⁴Como saetas en manos de un guerrero
son los hijos de la juventud.

⁵¡Dichoso el hombre que llena
con ellas la aljaba!
No será humillado, al alejar
de la puerta a sus enemigos.

Salmo de confianza con matices sapienciales. «Vano» es cuanto se hace sin contar con Dios. Ni el trabajo afanoso ni la vigilia nocturna, ni madrugar o trasnochar, ni recurrir a otros dioses distintos al Dios verdadero dará su fruto (1s). Uno de los dones divinos, su «salario», son los hijos, fruto de la bendición divina. Los hijos, por lo demás, son ayuda, defensa y apoyo para los padres en distintas situaciones; sobre todo en aquellas en las que el padre es impugnado en la sede judicial: a las puertas de la ciudad (3-5). «Sin mí no pueden hacer nada», leemos en Jn 15,5. Es necesario que el cristiano se implique en la construcción de la ciudad terrestre, pero sin dejar a Dios al margen.

¡Dichoso el que teme al Señor!

128 ⁽¹²⁷⁾ ¹¡Dichoso el que respeta al Señor
y sigue sus caminos!

²Comerás del trabajo de tus manos,
¡dichoso, tú, que te irá bien!

- ³Tu mujer, como una vid fecunda,
en la intimidad de tu casa,
tus hijos como brotes de olivo
en torno a tu mesa.
- ⁴Así bendecirá el Dios fiel
al varón que respeta al Señor.
- ⁵Que el Señor te bendiga desde Sión,
disfruta del bienestar de Jerusalén,
todos los días de tu vida.
- ⁶Goza de los hijos de tus hijos.
¡Paz a Israel!

Celebra este salmo de las subidas la dicha de la vida familiar, como es patente por el doble «dichoso» (1a.2b), por la doble bendición (4a.5a), por el doble bien o bienestar (2b.5b) y por la paz final (6b). El trabajo del hombre no es «en vano», como en el salmo anterior, sino que lleva la bendición de Dios, porque cuenta con Dios. Todos están ocupados: el padre en el trabajo, la mujer en la casa y la familia reunida en torno a la mesa. Las imágenes vegetales (3) sugieren la fecundidad y el crecimiento. Los dos símbolos aluden a Israel. El salmo propicia un paso de la familia a Jerusalén, madre de Israel. El simbolismo matrimonial es referido a Cristo y a la Iglesia en Ef 5,21-32. Podemos orar con este salmo unidos a la pequeña familia en la que nacimos o que formamos y también en vinculación con la gran familia, la Iglesia, reunida en torno a la mesa del Señor.

Protección divina a los fieles

- 129** ⁽¹²⁸⁾ ¹Cuánta guerra me han hecho
desde mi juventud
—que lo diga claramente Israel—,
²cuánta guerra me han hecho
desde mi juventud
pero no pudieron conmigo.
³Roturaron mi espalda los aradores,
trazaron sus largos surcos.
- ⁴Rompa el Señor, el justo,
las correas de los malvados.
⁵Retrocedan derrotados
los que odian a Sión:
⁶sean como hierba de la azotea,
que se seca antes de arrancarla;
⁷que no llena la mano del segador,
ni la brazada del gavillador,
⁸ni los transeúntes pueden decir:
¡Que el Señor los bendiga!
Los bendecimos en el Nombre del Señor.

Acción de gracias (1-3) con súplica (4-8). El orante mira hacia el pasado y da gracias a Dios porque lo ha liberado. Mira también a los causantes del mal y pide que Dios haga justicia. No sabemos si la imagen del labrador alude al pueblo que es tratado como si fuera un buey atado al arado y molido a latigazos o al lucro que se obtiene de los esclavos: los largos surcos harían referencia a la codicia de los amos. En cualquier caso, los opresores no pudieron con Israel, como se ha de proclamar «claramente» (1b). El Justo ha de salir en defensa de su pueblo y tratar a los opresores como hierba de azotea (6s), a la vez que rompe las correas con las que azotan a los oprimidos (4). Los oprimidos desde la juventud son bendecidos por Dios (8). Porque nuestros hermanos aún son oprimidos, oramos con este salmo.

Desde lo hondo te grito, Señor

- 130** ⁽¹²⁹⁾ ¹Desde lo hondo a ti clamo, Señor,
²Dueño mío, escucha mi voz.
Estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica.
- ³Si recuerdas los delitos, Señor,
¿quién resistirá, Dueño mío?
- ⁴Pero el perdón es cosa tuya,
para que seas respetado.
- ⁵Yo espero al Señor,
lo espero anhelante,

yo aguardo su palabra;
⁶Mi vida aguarda a mi Dueño,
más que el centinela la aurora.

¡Más que el centinela la aurora!
⁷Aguarde Israel al Señor,
que en el Señor sólo hay amor
y su redención es generosa:

⁸Él redimirá a Israel
de todos sus delitos.

Súplica individual, con una introducción (1s) y en tres movimientos: el Tú divino (3s), el Yo orante (5s) e Israel (7s). La espera y el perdón son correlativos. Primero es Dios quien vigila atento cualquier infracción para castigarla (3; cfr. Job 7,19s; 13,27). Después es el hombre quien vigila o aguarda anhelante la llegada de la aurora, que es el momento propicio para obtener misericordia (5s). Finalmente es Israel quien espera la llegada del Señor, en el que sólo hay amor, y por tanto perdón (7s). El perdón es cosa de Dios (4a). El pecador puede clamar desde «lo hondo» (1): desde la situación trágica o desde su condición humana. El Dios de perdón ha de ser respetado con suma reverencia (4b). Rom 7 describe la situación patética del pecador. Heb 4,16 nos invita a acercarnos al trono de la gracia. Con este salmo clamamos a Dios desde lo hondo de nuestra conciencia pecadora o desde lo profundo de nuestra condición humana, porque sabemos que en Dios sólo hay amor.

Señor, mi corazón no es ambicioso

131 ⁽¹³⁰⁾ ¹Señor, mi corazón no es engreído,
ni mis ojos altaneros;
no persigo grandezas
ni prodigios que me superan.

²Calmo y silencio mi anhelo
como un niño junto a su madre,
como un niño junto al Señor.

³¡Espere Israel en el Señor,
ahora y por siempre!

Salmo de confianza en negativo (1) y en positivo (2). El versículo 3 une este salmo con el anterior. La renuncia a la altanería, a las aspiraciones desmedidas, es un signo de la absoluta confianza en Dios. Como el niño se aquieta junto a su madre, algo así le sucede al creyente que se calma junto al Señor. Que Israel aprenda a confiar y a esperar en Dios. Jesús abraza a un niño y se identifica con él (cfr. Mc 9,36s). La máxima aspiración del cristiano es ser «un niño» (cfr. Mt 18,3-5; Mc 10,13-15; Lc 9,46-48). La oración de Carlos de Foucauld, «Padre, me pongo en tus manos...», es una bella glosa de este salmo.

Oración por la casa de David

(2 Sm 6)

132 ⁽¹³¹⁾ ¹Tenle en cuenta, Señor, a David
todos sus afanes,

²cuando prometió al Señor
e hizo voto al Defensor de Jacob:

³No entraré en la tienda, en mi casa,
ni subiré al lecho de mi descanso;

⁴no concederé sueño a mis ojos
ni descanso a mis párpados,

⁵hasta que encuentre un lugar para el Señor,
una morada para el Defensor de Jacob.

⁶Mirad: oímos que el arca estaba en Efrata,
la encontramos en los campos del Yaar.

⁷¡Entremos en su morada,
postrémonos ante el estrado de sus pies.

⁸¡Avanza, Señor, hacia tu reposo,
ven con el arca de tu poder!

⁹Que tus sacerdotes se vistan de gala
y tus amigos canten alegres.

¹⁰En atención a tu siervo David,
no rechaces el rostro de tu Ungido.

¹¹El Señor juró a David
una promesa que jamás revocará:

Un fruto de tus entrañas
pondré en tu trono.

¹²Si tus hijos guardan mi alianza
y los preceptos que les enseñé,
también sus hijos, por siempre,
se sentarán en tu trono.

¹³El Señor ha elegido a Sión,
la quiere como residencia suya:

¹⁴Ésta es mi mansión para siempre,
aquí habitaré, porque la quiero.

¹⁵Bendeciré generosamente sus provisiones
y saciaré de pan a sus pobres.

¹⁶Vestiré a sus sacerdotes de gala,
y sus amigos cantarán alborozados.

¹⁷Allí renovaré el poderío de David,
prepararé una lámpara para mi Ungido.

¹⁸Cubriré de ignominia a sus enemigos,
mas sobre él brillará su diadema.

Este poema real, acaso de la época del Cronista, presenta un díptico, en el que el poeta recrea el oráculo de Natán a David. Ambas tablas del díptico comienzan con un juramento: el juramento de David (1-5) y el juramento de Dios (11s). Un coro reacciona tras cada uno de esos juramentos (6s.8-10//13-18). Cada tabla del díptico finaliza con la mención de David-ungido (10//17s). La casa en su doble acepción: morada/Templo y dinastía es el eje del salmo. No será David quien construya la casa/Templo para que en él habite el paladín de Jacob (3-5), sino que será el Señor el constructor de la casa/dinastía de David (11). El Templo es impensable sin los sacerdotes y sin el culto; es el lugar en el que habita el Señor y al que acude el pueblo en las fiestas prescritas. En el Templo se rendirá adoración al antiguo habitante del Arca (7). Del Templo, lugar elegido por el Señor (13), procede la bendición, que es fecundidad y vida (15). Los sacerdotes se visten de fiesta y el pueblo prorrumpe en aclamaciones gozosas (9.16). La casa/dinastía de David tendrá futuro. Es un futuro incondicional para el primer sucesor (11b); un futuro condicionado para los siguientes (12). El poema, por el tiempo en que se compone, es una proyección del presente hacia el pasado fundacional. La sociedad del Cronista gira en torno al Templo, al culto y al sacerdocio. El versículo 11 es citado en Hch 2,30; el versículo 5, en el discurso de Esteban (cfr. Hch 7,45-47). Se presta este salmo para asumir la realidad presente, sin olvidar que somos herederos de una historia santa. Oramos con este salmo en unión con el Ungido, que es a la vez el Sacerdote del nuevo Templo edificado sobre la carne del Señor.

Vean qué grato convivir los hermanos reunidos

133 ⁽¹³²⁾ ¹Vean: ¡qué bueno, qué grato
convivir los hermanos unidos!

²Es como ungüento exquisito en la cabeza,
que baja por la barba;
la barba de Aarón, que baja
hasta el cuello de su vestimenta.

³Es como rocío del Hermón
que baja sobre las colinas de Sión,
pues allí envía el Señor su bendición:
la vida para siempre.

Salmo con tonalidades sapienciales. Celebra la belleza de la fraternidad. El aceite de la unción baja hasta la barba; ésta hasta el cuello de la vestimenta; el rocío del Hermón, elevado monte norteño, baja hasta las colinas sureñas de Sión. El perfume del ungüento penetra por los sentidos. La suavidad sedosa de la barba es una caricia. El rocío del Hermón impregna las tierras secas de Sión. Algo así es la fraternidad. Es una bendición que es vida, y vida perdurable. Los cristianos somos hermanos. Nuestra misión es difundir el buen olor de Cristo (cfr. 2 Cor 2,14s). Oramos con este salmo y soñamos con una fraternidad en casa, en la comunidad, y en el mundo entero. Todos somos hijos del único Dios y Padre.

Alabanza nocturna

134 ⁽¹³³⁾ ¹Y ahora, bendigan al Señor,
todos los siervos del Señor,
que pasan la noche
en la casa del Señor.

²Levanten las manos hacia el santuario
y bendigan al Señor.

³El Señor te bendiga desde Sión,
el que hizo el cielo y la tierra.

Breve liturgia de bendición. El peregrino invita a los sacerdotes a que bendigan –alaben– al Señor durante la noche. Éstos le responden implorando la bendición divina, prenda de todos los favores materiales sobre el peregrino. El cristiano puede añadir la bendición de Ef 1,3. Al orar con este salmo, encomendamos a los sacerdotes que presiden nuestras asambleas litúrgicas.

Alabanza al Dios vivo

(115)

135⁽¹³⁴⁾ ¹¡Aleluya!
¡Alaben el Nombre del Señor,
alábenlo, siervos del Señor,
²los que están en la casa del Señor,
en los atrios de la casa de nuestro Dios!
³Alaben al Señor, que el Señor es bueno,
canten en su honor, porque es amable.
⁴Porque el Señor eligió a Jacob,
a Israel como su propiedad.
⁵Bien sé que el Señor es grande,
nuestro Dueño más que todos los dioses.
⁶El Señor hace cuanto quiere
en el cielo y en la tierra,
en los mares y en los abismos.
⁷Levanta las nubes en el confín de la tierra,
con relámpagos desata la lluvia,
suelta los vientos de sus silos.
⁸Hirió a los primogénitos de Egipto,
hombres y animales.
⁹Envío señales y prodigios
en medio de ti, Egipto,
contra el Faraón y sus ministros.
¹⁰Hirió a pueblos numerosos,
mató a reyes poderosos:
¹¹incluso a Sijón, rey amorreo,
también a Og, rey de Basán
y aún a todos los reyes de Canaán.
¹²Y entregó su tierra en heredad,
en heredad a Israel, su pueblo.
¹³Señor, tu renombre es eterno,
Señor, tu recuerdo por generaciones.
¹⁴El Señor hace justicia a su pueblo
y se compadece de sus siervos.
¹⁵Los ídolos de los gentiles son plata y oro,
hechura de manos humanas:
¹⁶tienen boca y no hablan,
tienen ojos y no ven,
¹⁷tienen oídos y no oyen,
ni siquiera hay aliento en su boca.
¹⁸¡Sean como ellos sus fabricantes,
los que confían en ellos!
¹⁹Casa de Israel, bendice al Señor,
casa de Aarón, bendice al Señor,
²⁰casa de Leví, bendice al Señor,
fieles del Señor, bendigan al Señor.
²¹¡Bendito sea el Señor en Sión,
el morador de Jerusalén!
¡Aleluya!

Himno a la grandeza divina con su invitación himnica (1-4), cuerpo del himno (5-18) y conclusión (19-21). El cuerpo del himno tiene tres estrofas: el Creador (5-7), el Redentor (8-14), el Viviente (15-18). Los sacerdotes, como en el salmo anterior, son los encargados de entonar la alabanza (1s). La bondad divina, el renombre de Dios, la elección del pueblo (Jacob e Israel) y la donación de la tierra son los motivos para alabar al Señor (3s). Los tres ámbitos de la creación: cielo, tierra y abismo, son obra suya (6), como en sus manos está el gobierno del universo (7). Es el Señor de la historia, sintetizada en cuatro verbos: «hirió..., envió... hirió... entregó»

(8.9.10.12). Así fue como el Señor hizo justicia a su pueblo y se compadeció de sus siervos (14). Los dioses no existen (5.15-18; cfr. 115,4-8). Son nuevos motivos para bendecir al Señor. Termina el salmo como comenzó, invitando a los sacerdotes (aaronidas y levitas) a que bendigan al Señor, el morador de Jerusalén (19-21). Dios nos muestra su bondad cada día, nos da a conocer su Nombre. Por ello podemos continuar la bendición, iniciada en el Templo de Jerusalén, orando con este salmo.

Himno a la misericordia eterna

136⁽¹³⁵⁾ ¹Den gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterno su amor.

²Den gracias al Dios de los dioses,
porque es eterno su amor.

³Den gracias al Señor de señores,
porque es eterno su amor.

⁴Al único que hace grandes maravillas,
porque es eterno su amor.

⁵Al que hizo el cielo con maestría,
porque es eterno su amor.

⁶Al que asentó la tierra sobre las aguas,
porque es eterno su amor.

⁷Al que hizo las grandes luminarias,
porque es eterno su amor.

⁸El sol, para regir el día,
porque es eterno su amor.

⁹La luna y estrellas, para regir la noche,
porque es eterno su amor.

¹⁰Al que hirió a los primogénitos egipcios,
porque es eterno su amor;

¹¹y sacó Israel de entre ellos,
porque es eterno su amor;

¹²con mano fuerte, con brazo extendido,
porque es eterno su amor.

¹³Al que partió en dos partes el Mar Rojo,
porque es eterno su amor;

¹⁴e hizo pasar por en medio a Israel,
porque es eterno su amor;

¹⁵y hundió en él al Faraón y a su ejército,
porque es eterno su amor.

¹⁶Al que guió a su pueblo por el desierto,
porque es eterno su amor.

¹⁷Al que hirió a reyes poderosos,
porque es eterno su amor;

¹⁸y dio muerte a reyes famosos,
porque es eterno su amor;

¹⁹incluso a Sijón, rey amorreo,
porque es eterno su amor;

²⁰también a Og, rey de Basán,
porque es eterno su amor.

²¹Y entregó su tierra en herencia,
porque es eterno su amor;

²²en herencia a Israel su siervo,
porque es eterno su amor.

²³Al que en nuestra humillación
se acordó de nosotros,
porque es eterno su amor;

²⁴y nos libró de nuestros opresores,
porque es eterno su amor.

²⁵Él da alimento a todo viviente,
porque es eterno su amor.

²⁶¡Den gracias al Dios del cielo,
porque es eterno su amor!

Himno en letanías. Comienza con una invitación a la alabanza (1-3). A continuación se proclama el credo de Israel a lo largo de tres estrofas: La creación (4-9), el éxodo (10-20) y la tierra (21-25). Termina el salmo con una nueva invitación a la alabanza (26). La creación del cielo, de la tierra y de las aguas es una muestra del amor del Señor. La alternancia del día y de la noche, también es manifestación del amor divino. Los distintos capítulos de la historia que se forjó desde Egipto hasta la tierra están rubricados por el amor de Dios. El que nos mira en el momento presente nos muestra todo su amor. El amor suscita amor y gratitud: «Dad gracias al Dios del cielo, porque es eterno su amor». El prólogo joánico describe a Jesús lleno de amor y de verdad (Jn 1,14). Ahora sí que podemos decir que es eterno el amor de Dios hacia nosotros. Este salmo ha de ir completándose con las nuevas muestras del amor divino en nuestra vida.

Junto a los canales de Babilonia

- 137** ⁽¹³⁶⁾ ¹Junto a los canales de Babilonia
nos sentamos, y lloramos
con nostalgia de Sión.
²En los sauces de sus orillas
colgábamos nuestras cítaras.
³Allí mismo los que nos deportaron
nos pedían canciones,
nuestros opresores, canciones alegres:
Cántennos una canción de Sión.
⁴¡Cómo cantar un canto del Señor
en tierra extranjera!
⁵Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha,
⁶que se me pegue la lengua al paladar
si no me acuerdo de ti,
si no exalto a Jerusalén
como colmo de mi alegría.
⁷A los idumeos, Señor, tenles en cuenta
el día de Jerusalén,
cuando incitaban: ¡Desnúdenla,
desnúdenla hasta los cimientos!
⁸¡Capital de Babilonia, destructora,
Dichoso el que te pague
el mal que nos has hecho!
⁹¡Dichoso el que agarre y estrelle
a tus hijos contra la peña!

Lamentación comunitaria en tres estrofas: Los canales de Babilonia (1-4), el recuerdo de Jerusalén (5s), e imprecaciones, más súplica (7-9). Si ambientamos esta elegía en Babilonia, el poema es un cántico de resistencia: ¡Jerusalén por encima de todo! Si fue compuesto por quienes retornaron, es un recuerdo de las penalidades del destierro. En cualquier caso, el poema está lleno de sentimiento dolorido y nostálgico. La postura del que está sentado es una traducción corporal del llanto o del espíritu postrado por la nostalgia. La cítara, que nació para ser pulsada, ha de permanecer muda, pendiente en las ramas de árboles que tienen la copa caída, por los suelos. Cantar canciones de Sión en tierra extranjera sería una afrenta e incluso una blasfemia: el nombre de la pérdida Jerusalén y el sacrosanto Nombre de Dios no han de ser mancillados en una tierra llena de sangre. Jerusalén, el colmo de la alegría, se ha tornado en vértice de la tristeza, y, pese a todo, Jerusalén continúa siendo la ciudad amada; mucho más amada que la lengua o que la mano. La primera puede paralizarse y la segunda enmudecer porque la cítara continuará silenciosa. Si los opresores quieren una canción, vaya para ellos una bienaventuranza sarcástica (9). Tampoco los idumeos han de irse de vacío. Ellos alentaron a los babilonios a desnudar a Jerusalén hasta los cimientos. Quien así alentaba a dejar desnuda a la Dama amada, no ha de quedar impune: que el Señor se lo tenga en cuenta. El amor apasionado a Jerusalén y al Señor está por encima de todo. Ap 14,8; 16, 19; 17,5; 18,2.10.21 acepta el eje del salmo Jerusalén/Babilonia para referirlo a la nueva Jerusalén y a la «gran ciudad», símbolo del mal. ¿Nos duele la fe? ¿Sudamos sangre por mantener un amor fiel al Señor? ¿A quién amamos con todo nuestro ser, aun a costa de nuestra integridad física? Oramos con este salmo unidos a todos los que aman a Dios por encima de todo.

Te doy gracias de todo corazón, Señor

- 138** ⁽¹³⁷⁾ ¹Te doy gracias de todo corazón;
frente a los dioses cantaré para ti.
²Me postraré hacia tu santuario,
dando gracias a tu Nombre,
por tu amor y tu fidelidad;
porque tu promesa supera a tu fama.
³Cuando te llamé, me escuchaste,
fortaleciste mi ánimo.
⁴Te darán gracias, Señor, los reyes de la tierra
al escuchar las palabras de tu boca.

- ⁵Cantarán la soberanía del Señor:
 ¡qué grande es tu gloria, Señor!
- ⁶Excelso es el Señor y mira al humilde,
 desde lejos conoce al soberbio.
- ⁷Si camino entre peligros, me conservas vivo:
 ante la furia de mis enemigos
 extiendes tu izquierda
 y tu derecha me salva.
- ⁸Que el Señor me defienda mientras viva.
 ¡Señor, tu Nombre es eterno,
 no abandones la obra de tus manos!

Acción de gracias del creyente (1s), de los reyes (4-6) y para el futuro (7s). El creyente que entona su acción de gracias se halla en un pueblo extranjero, lejos del santuario y rodeado de dioses. Su mirada se dirige al Templo lejano y su fe es firme: se postra en dirección al santuario y da gracias a Dios aun encontrándose entre otros dioses (1-2a). Los motivos son clásicos: el amor y la fidelidad de Dios (2b) y la invocación escuchada (3). Supone el poeta que los oráculos de Dios se oyen en todo el mundo. Al escuchar la Palabra de Dios, los reyes de los pueblos darán gracias a Dios y reconocerán su singular grandeza, que consiste en que el Excelso mira al humilde (4-6). El orante no sabe cómo será su propio futuro. Está seguro, sin embargo, de que si los peligros son grandes, la mano de Dios es salvadora y su amor es eterno. Dios no puede abandonar la obra de sus manos. La acción de gracias tiene futuro. Oramos con este salmo para dar gracias a Dios por su actuación a favor nuestro y de nuestro pueblo.

Señor, tú me sondeas y me conoces

139⁽¹³⁸⁾

¹Señor, tú me sondeas y me conoces.

- ²Sabes cuando me siento o me levanto,
 de lejos percibes mis pensamientos;
- ³disciernes mi camino y mi descanso,
 todas mis sendas te son familiares.
- ⁴Aún no ha llegado la palabra a mi lengua,
 y ya, Señor, la conoces toda.
- ⁵Me estrechas por detrás y por delante,
 apoyas sobre mí tu palma.
- ⁶Tanto saber me sobrepasa,
 es sublime y no lo alcanzo.
- ⁷¿Adónde me alejaré de tu aliento?,
 ¿adónde huiré de tu presencia?
- ⁸Si subiera al cielo, allí estás tú;
 si me acostara en el abismo, allí estás;
- ⁹si me remontara con las alas de la aurora
 para instalarme en el confín del mar,
- ¹⁰aun allí me guiaría tu izquierda
 y tu derecha me aferraría.
- ¹¹Si dijera: Que me encubra la tiniebla
 y la luz se haga noche en torno a mí,
- ¹²ni la tiniebla es tenebrosa para ti,
 aun la noche es luminosa como el día:
 la tiniebla es como la luz del día.
- ¹³Tú formaste mis entrañas,
 me tejiste en el seno materno.
- ¹⁴Te doy gracias porque eres prodigioso:
 soy un misterio, misteriosa obra tuya;
 y tú me conoces hasta el fondo,
- ¹⁵no se te oculta mi osamenta.
 Cuando en lo oculto era formado,
 entretejido en lo profundo de la tierra,
- ¹⁶tus ojos veían mi ser informe.
 En tu libro estaban escritos
 todos mis días, ya planeados,
 antes de llegar el primero.

- ¹⁷¡Qué insondable me resultan tus pensamientos,
oh Dios, qué incalculable su suma!
- ¹⁸Si los cuento, son más que granos de arena;
y aunque terminara aún me quedarías tú.
- ¹⁹Si mataras, oh Dios, al malvado
y se alejasen de mí los sanguinarios,
- ²⁰pues hablan de ti dolosamente,
y tus adversarios cuchichean en vano.
- ²¹¿No odiaré a quienes te odian, Señor?
¿No detestaré a quienes se levantan contra ti?
- ²²Los odio con odio sin límites,
los tengo por enemigos.
- ²³Oh Dios, sondéame y conoce mi corazón,
examíname y conoce mis pensamientos.
- ²⁴Mira, si mi camino es errado
y guíame por el camino recto.

Esta meditación sapiencial sobre el conocimiento y la presencia de Dios acaso tuvo su «incipit» ante la presión de los malvados (19-22): alguien ha sido acusado injustamente, quizás de idolatría y apela a Dios. En este ambiente compone su poema, que está formado por una breve introducción (1) y cuatro estrofas: A. El conocimiento divino (2-6). B. La presencia de Dios (7-12). A'. El conocimiento/poder divino (13-16). C. El fiel y el rechazo de los ídolos (17-22). Los versículos 23s forman la inclusión con el versículo 1. Decir que Dios conoce es lo mismo que afirmar que Dios se dona amorosamente. Es un amor que abarca todo el ser humano, comprendido en las expresiones polares: sentarse y levantarse, camino y descanso, silencio y palabra, por detrás y por delante... Los verbos que se refieren a la actuación divina son de esta índole: conocer y discernir, saber y estrechar, apoyar la palma y saber... El conocimiento/amor de Dios resulta inefable e inenarrable (1-6). Dios está por doquier y nada impide su presencia: arriba y abajo, en la aurora y en ocaso, en la tiniebla primordial y en la oscuridad nocturna... (7-12). Todo queda iluminado por la presencia divina (12). Su presencia en nuestra vida se remonta a los tiempos de nuestra gestación en el seno materno (13). No se contenta con estar presente, es activo: nos formó y entretejió (15), como fue entretejido el paño que cubría el Arca: con bordados y recamados. La arquitectura humana es tan divina que lleva la huella de Dios en la carne. El ser humano es un «misterio, misteriosa obra de Dios» (14). Las andanzas de esta maravillosa obra de Dios que es el ser humano son cariñosamente cuidadas por la solicitud divina (16). ¿Puede comprenderse que alguien hable dolosamente de Dios? ¿No es irracional que alguien odie al Señor, si todo bien nos viene de Él? Irrastreables son los caminos de Dios, su sabiduría es un abismo (cfr. Rom 11,33). Dios nos estrecha y abraza no para condenarnos, sino para orientar nuestros pasos hacia su amor. Si queremos saborear el amor divino y apreciar la dignidad del hombre nos vendrá bien orar con este magnífico salmo.

Líbrame, Señor, del malvado

- 140** ⁽¹³⁹⁾ ²Líbrame, Señor, del hombre malvado,
cuidame de los hombres violentos,
- ³que planean trampas en su corazón,
a diario provocan discordias.
- ⁴Afilan la lengua como serpientes,
con veneno de víboras tras los labios.
- ⁵Defiéndeme, Señor, de la mano perversa,
guárdame de los hombres violentos
que planean hacerme caer;
- ⁶los soberbios me tienden lazos,
los villanos extienden una red,
me ponen trampas al borde del sendero.
- ⁷Yo digo: oh Señor, tú eres mi Dios,
escucha, Señor, mis gritos de socorro.
- ⁸Señor, dueño mío, mi fuerza salvadora,
protege mi cabeza el día del combate.
- ⁹¡No secundes, Señor, los deseos del malvado,
no favorezcas sus proyectos, oh Excelso!
- ¹⁰Cubra la cabeza de quienes me cercan
la iniquidad de sus labios.
- ¹¹Descarguen sobre ellos carbones encendidos,
caigan en el abismo, y no se levanten.
- ¹²No arraigue en la tierra el deslenguado,
el mal persiga al violento hasta desterrarlo.
- ¹³Sé que el Señor defiende al humilde,
hará justicia a los pobres.

14 Sí, los honrados darán gracias a tu Nombre,
los rectos habitarán en tu presencia.

Súplica individual, desdoblada en dos (2-6//7-12), que finaliza con una confesión de fe (13s). Cada una de las súplicas tienen dos estrofas (2-4.5s//7-9.10-12). El poema, a estas alturas del salterio, nos resulta convencional. Es lo que se deduce de la descripción de la persecución: violencia (2), contiendas (3) trampas y lazos (6)... Tópicas son también las peticiones: líbrame (2), defiéndeme (3), guárdame (5)... Conocidas son las invocaciones del acto de confianza: mi Dios (7), mi Dueño, mi fuerza salvadora... (7-9). «El día del combate» (8b) Dios actúa como yelmo que cubre la cabeza de quien le suplica, la cabeza de los enemigos, sin embargo, está desprotegida (10a): que recaiga sobre ella el mal que tramaron (10-12). Los desprotegidos –humildes y pobres (13)– son protegidos especialmente por Dios: habitarán en presencia del Señor (14b), que es una clara alusión al Templo. Rom 3,13 cita el versículo 4. Hay víctimas porque aún existen verdugos. Al orar con este salmo escuchamos el clamor de los creyentes perseguidos, que todavía tienen fuerza para decir «Tú eres mi Dios».

Señor, te estoy llamando, ven deprisa

141 ⁽¹⁴⁰⁾ **1** Señor, te estoy llamando, ven deprisa,
escucha mi voz cuando te llamo.

2 Sea mi oración como incienso en tu presencia,
mis manos levantadas,
como ofrenda vespertina.

3 Coloca, Señor, un guardián en mi boca,
vigila, oh Altísimo, la puerta de mis labios.

4 No dejes que mi corazón se incline al mal,
a perpetrar acciones criminales
con hombres malhechores.

¡No seré comensal en sus banquetes!

5 Que el justo me golpee y el leal me reprenda,
mi cabeza no brillará con ungüento exquisito,
pues continuaré orando en sus desgracias.

6 Sus gobernantes caigan en manos de la Roca,
y oigan cuán suaves son sus palabras:

7 Como rueda molar que se estrella en el suelo,
así se esparzan sus huesos a la boca del abismo.

8 A ti, Señor, Dueño mío, se vuelven mis ojos,
en ti me refugio, no me destruyas.

9 Guárdame del cepo que me han puesto,
de la trampa de los malhechores.

10 Caigan en sus redes los malvados
al tiempo que yo escapo ileso.

Súplica individual, que se desdobra en una «gran súplica» (1-7) y en una mini súplica (8-10). Ambas comienzan con una invocación (1-2//8). ¿Qué hacer cuando acecha la maldad y se encubre en formas de fraternidad como pueden ser los banquetes (4d; cfr. Prov 1,8-18) y los agasajos (5b)? El justo puede caer en la trampa y pecar de palabra y de pensamiento (3s). El yo del salmo dirige su mirada en una triple dirección: hacia sí mismo, hacia Dios y hacia los malvados. El orante no quiere tener nada en común con los malvados: no participará en sus banquetes, ni permitirá ser ungido con perfumes refinados (5); en vez de eso, orará por los demás (5c) y por sí mismo (2). Su oración será incesante: estará siempre ante la presencia divina como lo está el incienso de la ofrenda vespertina (2). Está dispuesto a sufrir la reprensión y los golpes procedentes de los justos (5a), pero que la maldad de los malvados no le contamine. Es consciente, sin embargo, de la propia debilidad. Aquí ha de intervenir Dios. El orante dirige su súplica a Dios: que él sea el centinela, vigilante de los labios que pronuncian las palabras y también del corazón donde nace la palabra (3-4a); que le guarde y no le destruya (9). Para los malvados, por el contrario, que sea una Roca puntiaguda contra la que éstos se estrellen, a la vez que escuchan unas palabras «amables» de la Roca (7), dicho no sin ironía. Los malvados están en lo suyo: comenten iniquidades, camufladas en banquetes amigables o bien en cepos y en trampas hábilmente escondidos (9-10a). Que Dios intervenga, y haga caer a los malhechores en sus propias redes y trampas, que sean destruidos (8b.10a). En definitiva es Dios quien ha de vérselas con el inocente y con los malvados. Podemos orar con este salmo cuando vemos que la maldad nos rodea y no quisiéramos pecar, ni herir a nadie con nuestras palabras. Con este salmo pedimos a Dios que nos arranque del mal.

A voces grito al Señor

142 ⁽¹⁴¹⁾ **2** A voces clamo al Señor,
a voces suplico al Señor.

3 Desahogo ante él mi congoja,
expongo ante él mi angustia,

4 mientras se apaga el aliento.

Pero tú conoces mis senderos,
en el camino por el que marchó
me han escondido una trampa.

- ⁵Mira a la derecha y observa:
ni uno me reconoce.
Me he quedado sin refugio,
nadie se ocupa de mí.
- ⁶A ti clamo, Señor, te digo:
Tú eres mi refugio,
mi lote en la tierra de los vivos.
- ⁷Atiende a mi clamor,
pues estoy del todo agotado;
líbrame de mis perseguidores,
que son más fuertes que yo.
- ⁸Sácame de la prisión
para dar gracias a tu Nombre.
Me rodearán los justos
cuando me brindes tu favor.

Destaca en esta súplica individual, pronunciada «mientras se apaga el aliento» (4a) la voz o el clamor, que es intenso en la súplica inicial (1) y reiterativo (6a.7a) en el cuerpo de la súplica (4b-7). En la conclusión del salmo es una voz de alabanza (8a). El código espacial domina la composición. El orante avanza por un sendero abruptamente cortado por una trampa (7b). No puede avanzar ni volver hacia atrás, porque le persiguen (7b). Si mira hacia la derecha, nadie le reconoce (5a). Eleva la mirada hacia arriba y advierte que se ha quedado sin refugio (5b). Tiene la sensación de hallarse aprisionado (8a) y se experimenta agotado (7a.4a). No tiene escapatoria en el espacio. La única salida está todavía más arriba, allá donde eleva su grito: Dios será su refugio y su lote (6). Al finalizar el salmo el orante se encuentra en el «cerco» de los justos, con los que dará gracias a Dios. Jesús se declara «Camino» (Jn 14,6), que conduce a la tierra de los vivientes (cfr. Jn 14,2). Oramos con este salmo en unión con cuantos están de camino, y también con aquellos que se sienten agotados por las fatigas del mismo.

Señor, escucha mi oración

- 143** ⁽¹⁴²⁾ ¹Señor, escucha mi oración:
oh Dios, atiende a mi súplica,
por tu fidelidad y justicia, respóndeme.
- ²No entres en pleito con tu siervo,
pues ningún ser vivo es justo ante ti.
- ³El enemigo me persigue a muerte,
ya aplasta mi vida contra el suelo,
me confina en las tinieblas
como a los muertos de antaño.
- ⁴Ya se me apaga el aliento,
dentro de mí se estremece mi corazón.
- ⁵Recuerdo los tiempos antiguos,
medito todas sus acciones,
considero la obra de tus manos.
- ⁶Extiendo hacia ti las manos
y mi garganta como tierra reseca.
- ⁷Respóndeme enseguida, Señor,
que me falta el aliento.
Si me escondes tu rostro,
seré como los que bajan al sepulcro.
- ⁸Por la mañana hazme sentir tu amor,
porque confío en ti.
Indícame el camino que debo seguir,
Pues a ti confío mi vida.
- ⁹Líbrame de mis enemigos, Señor,
ya que me refugio en ti.
- ¹⁰Enséñame a cumplir tu voluntad,
pues tú eres mi Dios.
Tu espíritu bondadoso me guíe
por una tierra llana.
- ¹¹Por tu Nombre, Señor, vivifícame,
por tu justicia, líbrame de la angustia;
- ¹²por tu amor destruye a mis enemigos,
destruye a mis agresores,

pues siervo tuyo soy.

Funciona en esta súplica individual la relación entre el soberano y el vasallo. Entre ambos reina una relación de amor o de lealtad (8a.12a). Dios ha cumplido sus compromisos con toda justicia (1b.11b). El vasallo no es inocente (2b), no ha sido fiel. Dios podía querellarse contra él (2) e incluso romper definitivamente la relación de amor: ocultándole su rostro (7b). Los enemigos serían los ejecutores de este castigo. Pero no es el momento. El vasallo se encuentra en una situación extrema: perseguido a muerte (3), con taquicardias y casi sin aliento (4), al borde de la muerte (3), cuyo sabor a polvo ya gusta anticipadamente (6b)... La muerte es una pesadilla (3-6) y el sepulcro también (7-10). El cuerpo entero del orante es una súplica a la justicia divina: que ha de ser necesariamente piadosa y clemente, porque ningún ser vivo «es justo ante ti» (2b). La luz del alba es el tiempo propicio para que Dios, el soberano, muestre nuevamente su amor al vasallo (8a). Sabe muy bien que no es inocente, pero también sabe que Dios es bondadoso (10b). Por eso implora que lo guíe en el futuro (8.10) de modo que pueda cumplir su voluntad y caminar por un camino llano (10). Si Dios ha de recurrir a la justicia vindicativa que sea con los enemigos, pero no con el vasallo que se declara siervo de Dios (12). Caer muy bien el título de «Siervo» en labios de Jesús. En cuanto a nosotros, que Dios no entre en pleito con nosotros, pese a nuestra infidelidad, Dios permanece fiel (cfr. 2 Tim 2,13). Al orar con este salmo, caemos en cuenta de nuestra infidelidad, pero también de la fidelidad de Dios: pese a todo, por la mañana nos permitirá sentir su amor.

Oración después de la victoria

(18)

- 144**⁽¹⁴³⁾ ¹Bendito sea el Señor, mi Roca,
que adiestra mis manos para el combate,
mis dedos para la batalla.
- ²Mi aliado y mi alcázar,
mi baluarte donde me pongo a salvo,
mi escudo y mi refugio,
él me somete los pueblos.
- ³Señor,
¿qué es el hombre para que acuerdes de él,
el ser humano para que pienses en él?
- ⁴El hombre se asemeja a un soplo,
sus días a una sombra que pasa.
- ⁵Señor, inclina tus cielos y desciende;
toca los montes y que humeen.
- ⁶Fulmina tus rayos y dispérsalos,
lanza tus flechas y desbarátalos.
- ⁷Alarga tu mano desde lo alto,
defiéndeme y líbrame
de las aguas caudalosas,
de la mano de extranjeros,
- ⁸*cuya boca profiere falsedades,*
y su diestra es engañosa.
- ⁹Oh Dios, te cantaré un canto nuevo,
tocaré para ti el arpa de diez cuerdas,
- ¹⁰tú que das la victoria a los reyes,
y libras a David, tu siervo,
de la espada inicua.
- ¹¹*Defiéndeme y líbrame*
de la mano de extranjeros,
cuya boca profiere falsedades
y su diestra es engañosa.
- ¹²Sean nuestros hijos como plantío,
exuberante desde la juventud;
sean nuestras hijas columnas esculpidas,
estructura de un palacio;
- ¹³nuestros graneros estén rebosantes
de productos de toda especie.
Nuestros rebaños a millares
se multipliquen en nuestros prados;
- ¹⁴que nuestros bueyes vengan cargados.
No haya brechas ni boquetes,
ningún lamento en nuestras plazas.

15 ¡Dichoso el pueblo al que así le sucede,
dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor!

Es muy difícil clasificar este salmo. Tiene piezas de todos los colores y citas de otros salmos. Por ejemplo, Sal 18 está citado en los versículos 1.2.5a.6.7.10. En el versículo 3 se cita el Sal 8,5. El versículo 4 combina Sal 39,6 con Job 14,2... Pese a todo, el salmo tiene su coherencia interna procedente de la figura de David. Claro está que no se trata del David histórico, puede ser el David mesiánico, del que hablan otros libros bíblicos (cfr. Am 9,11; Miq 5,1; Ez 37,23s; Zac 12,8). La secuencia de guerra y de victoria, con la consiguiente prosperidad del pueblo (12-14), está vinculada a la figura y actuación del rey mesías. Él es el portador de las esperanzas mesiánicas; es una figura ejemplar: así como libró a David (10), del mismo modo libraré a su pueblo (7-8.11). «¡Dichoso el pueblo al que esto le sucede!» (15). El cielo nuevo y la tierra nueva nos llevan más allá del salmo (cfr. Ap 21,1-4; 2 Pe 3,13; Rom 8,19-23). El pueblo de Dios que espera el nuevo reino se va formando en el seno de la historia. Será bueno que no olvidemos las vidas ejemplares; nos darán aliento, y sobre todo que pongamos nuestra mirada en el Señor que es el iniciador y consumidor de nuestra fe.

Grandeza y bondad de Dios

145⁽¹⁴⁴⁾

- A** ¹Te alabaré, Dios mío, mi Rey,
bendeciré tu Nombre por siempre jamás;
- B** ²todos los días te bendeciré,
alabaré tu Nombre por siempre jamás.
- G** ³Grande es el Señor, muy digno de alabanza,
su grandeza es insondable.
- D** ⁴Cada generación pondera tus obras a la otra
y le cuenta tus hazañas;
- H** ⁵alaban ellos tu esplendorosa majestad,
y yo recito tus maravillas;
- W** ⁶relatan ellos tus terribles proezas
y yo narro tus grandezas;
- Z** ⁷celebran la memoria de tu inmensa bondad
y aclaman tu victoria.
- H** ⁸El Señor es clemente y compasivo,
lento a la ira y rico en amor;
- T** ⁹el Señor es bueno con todos,
tierno con todas sus criaturas.
- Y** ¹⁰Que todas tus criaturas te alaben, Señor,
que te bendigan tus fieles.
- K** ¹¹Proclamen la gloria de tu realeza,
que cuenten tus grandezas,
- L** ¹²explicando tus proezas a los hombres,
el glorioso esplendor de tu realeza.
- M** ¹³Tu reinado es un reinado eterno,
tu gobierno por todas las generaciones.
- N** [Fiel es Dios en sus palabras
y amoroso en sus acciones].
- S** ¹⁴El Señor sostiene a los que caen,
y levanta a los que se doblan.
- ¹⁵Los ojos de todos te están aguardando:
tú les das la comida a su tiempo;
- P** ¹⁶tú abres la mano y colmas
de bienes a todo viviente.
- S** ¹⁷El Señor es justo en todos sus caminos,
fiel en todas sus acciones.
- Q** ¹⁸El Señor está cerca de los que lo invocan,
de los que lo invocan sinceramente.
- R** ¹⁹Satisface los deseos de sus fieles,
escucha sus clamores y los salva.
- S** ²⁰El Señor guarda a quienes lo aman,
destruye a todos los malvados.
- T** ²¹Proclame mi boca la alabanza del Señor,

todo viviente bendiga
su santo Nombre por siempre jamás.

Es el último salmo acróstico del salterio. El autor, mas artesano que poeta, paga tributo a la forma y acarrea materiales de otros lugares bíblicos. La repetición y la reiteración son los principales recursos del poeta. La alabanza a Dios por sus proezas pasa de una a otra generación: ha llegado hasta el poeta y él ha de transmitirla a las generaciones sucesivas (4-7); así de una forma ininterrumpida (1b.2b). Son motivo de alabanza tanto los atributos divinos (8s.17), cuanto sus acciones (4-7.14-16 y 10.18-20). Digno de alabanza es sobre todo el reino-reinado de Dios (11-13). Los sujetos de la alabanza se ensanchan más y más: desde el yo del poeta (1s) hasta todo viviente (21), pasando por las generaciones (4), los fieles (10s), quienes lo aman (20). Aunque se unan muchos a alabar al Señor a lo largo de la historia, nunca ponderarán suficientemente la grandeza divina, que es insondable (3b), ni su bondad, que es inmensa (7a). Es necesario, por ello, que todas las criaturas (10), que todo viviente bendiga el santo Nombre de Dios por siempre jamás (21). El puesto céntrico del «reino de Dios» une este salmo con el núcleo de la predicación de Jesús: «El reino de Dios» (cfr. Mc 1,14s), que ha de continuar creciendo en nuestra sociedad; por eso es necesario orar con este salmo, a la vez que pedimos: «Venga tu Reino».

Confianza solo en Dios

146 ⁽¹⁴⁵⁾ ¹iAleluya!
Alaba, alma mía, al Señor
²alabaré al Señor mientras viva,
cantaré para mi Dios mientras exista.
³No confíen en los poderosos,
en un hombre incapaz de salvar:
⁴exhala su aliento y vuelve a la tierra,
ese día acaban sus planes.
⁵Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob:
su esperanza es el Señor su Dios,
⁶que hizo el cielo y la tierra,
el mar y cuanto hay en ellos;
que mantiene su fidelidad perpetuamente,
⁷que hace justicia a los oprimidos;
da pan a los hambrientos;
el Señor libera a los cautivos;
⁸el Señor da vista a los ciegos;
el Señor endereza a los encorvados;
el Señor ama a los honrados;
⁹el Señor protege a los emigrantes;
sustenta al huérfano y a la viuda
y anula el poder de los malvados.
¹⁰El Señor reina eternamente,
tu Dios, Sión, de edad en edad.
iAleluya!

Este himno a Dios, creador del universo y defensor del pobre, contrapone la fe en el hombre (3s) con la fe en Dios (5-10). Comienza con una introducción (1s) y a lo largo de la segunda estrofa desfilan «doce» bellísimos títulos divinos. Es una fe operante, que da paso a la esperanza. Nada podemos esperar del ser humano; por muy poderoso que sea, es incapaz de salvar (3); es tan efímero como nosotros. Dios, por el contrario, tiene recursos para todo. Tenerlo como protector es una auténtica dicha (5). Es el Dios fiel y justo, eterno y duradero, sus proyectos no son caducos, porque su amor es eterno. Muestra la fidelidad de su amor con todos los que son débiles y pudieran buscar su salvación en los poderosos. Quienes están en situación de inferioridad por causa de otros (oprimidos, hambrientos y cautivos) o por enfermedad (ciegos y desfallecidos) o por circunstancias de la vida (emigrantes, huérfanos y viudas) se benefician de la fidelidad amorosa de Dios. También a los justos llega el amor de Dios. La realidad divina suscita una reacción alborozada: «Alabad al Señor» (iAleluya!). El discurso programático de Jesús en la sinagoga de Nazaret (cfr. Lc 4,17-22) actualiza la temática de este salmo. Los proyectos humanos pueden ser ambiciosos y desafiantes; no por ello anularán el proyecto divino. Si confiamos totalmente en Dios, si de verdad creemos en Él, podemos orar con este salmo.

Alabanza a Dios por el cuidado de los suyos

147 ⁽¹⁴⁶⁾ ¹iAleluya!
¡Qué bueno es cantar a nuestro Dios!
¡Qué delicia entonarle la alabanza!
²El Señor reconstruye Jerusalén
y reúne a los deportados de Israel.
³Él sana los corazones destrozados,
y venda sus heridas.
⁴Cuenta el número de las estrellas,
llama a cada una por su nombre.

- ⁵Grande y poderoso es nuestro Dueño,
su sabiduría no tiene medida.
- ⁶El Señor levanta a los humildes,
y abate por tierra a los malvados.
- ⁷Entonad la acción de gracias al Señor,
toquen la cítara para nuestro Dios,
- ⁸que cubre el cielo de nubes,
prepara la lluvia para la tierra
y hace reverdecer las montañas;
- ⁹que dispensa alimento al ganado
y a las crías de cuervo que graznan.
- ¹⁰No aprecia el brío de los caballos
ni estima los músculos del hombre.
- ¹¹El Señor quiere a sus fieles
y a los que anhelan su amor.
- ¹²¡Glorifica al Señor, Jerusalén,
alaba a tu Dios, Sión!,
- ¹³que refuerza los cerrojos de tus puertas
y bendice a tus hijos dentro de ti;
- ¹⁴que da prosperidad a tu territorio
y te sacia en el mejor trigo;
- ¹⁵que envía su mensaje a la tierra
y su palabra corre veloz;
- ¹⁶que extiende la nieve como lana
y esparce la escarcha como ceniza;
- ¹⁷que arroja el granizo como migas,
ante su helada, ¿quién resistirá?
- ¹⁸Envía una orden y se derrite,
sopla su aliento y fluyen las aguas.
- ¹⁹Anuncia su mensaje a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel.
- ²⁰Con ninguna nación obró así
ni les dio a conocer sus mandatos.
¡Aleluya!

Este poema está entre la acción de gracias y el himno. Ateniéndonos a las invitaciones (1.7.12) prevalece la acción de gracias. Se da gracias a Dios o se alaba al Señor de la historia (1-6) y del cosmos (7-11), en cuyas manos está el dominio de la naturaleza (12-20). Estamos en los tiempos de la repatriación de los desterrados y de la reconstrucción de la ciudad (1s). Las heridas del destierro aún son recientes (3). Atrás queda el culto astral de Babilonia: Dios pone nombre a las estrellas, aunque sean innumerables, porque es Señor de ellas (4). Realmente nuestro Dueño es grande; tan grande que ha abatido a los ímpios y sustenta a los humildes (6). Tanto poder es digno de una alabanza gozosa (1). Infantería y caballería han sido barridas (10), porque el Señor se deleita en sus fieles, a quienes ama (11), como lo muestra el sustento diario de los animales (8s). Es necesario entonar la acción de gracias (7). Dentro de la ciudad está el pueblo de Dios, sin sacerdotes ni reyes; son simples ciudadanos. No han de temer la llegada del invierno, porque los meteoros hostiles son domesticados: la lana es blanca y protectora; la ceniza, restos del fuego del hogar; las migajas, sobras de la comida... Es decir, es un pueblo cuidado, aun cuando arrecie el frío, y alimentado con el mejor trigo (14). El mayor don es la ley divina que no se comparte con otros pueblos, sino que es monopolio de este pueblo (19). Porque Dios ha actuado de tal modo sólo con este pueblo, es preciso que la ciudad celebre y alabe (12). El pueblo de Dios, en otro tiempo desterrado y disperso, ahora ha sido rescatado y reunido. Desde el salmo es posible acudir al himno joánico (Jn 1,1-14) y desde éste retornar al salmo. Somos el pueblo de Dios, que peregrina por esta tierra y se reúne en la Iglesia. Oramos con este salmo de acción de gracias, porque es justo y necesario dar incesantes gracias a Dios, por medio de Jesucristo.

Alabanza universal

(Dn 3,52-90)

- 148** ⁽¹⁴⁷⁾ ¹¡Aleluya!
Alaben al Señor desde los cielos,
alaben al Señor en las alturas;
- ²alábenlo, todos sus ángeles,
alábenlo, todos sus ejércitos;
- ³alábenlo, sol y luna,
alábenlo, estrellas lucientes;
- ⁴alábenlo, espacios celestes
y aguas que están sobre los cielos.
- ⁵Alaben el Nombre del Señor,

sólo él lo mandó y fueron creados;
⁶los fijó para siempre jamás
y les impuso una ley que no pasará.
⁷Alaben al Señor desde la tierra,
monstruos del mar y abismos todos;
⁸fuego, granizo, nieve y humo,
viento huracanado que cumple sus órdenes;
⁹montes y todas las colinas;
árboles frutales y cedros;
¹⁰fieras y animales domésticos,
reptiles y aves que vuelan;
¹¹reyes y pueblos del mundo,
príncipes y jefes de la tierra,
¹²los jóvenes y también las muchachas,
los ancianos junto con los niños;
¹³alaben el Nombre del Señor,
el único Nombre sublime;
su majestad sobre el cielo y la tierra.
¹⁴Él aumenta el vigor de su pueblo.
A él la alabanza de todos sus fieles,
de Israel, su pueblo cercano.
¡Aleluya!

La presente alabanza universal a Dios transcurre en dos escenarios: en los cielos (1-6) y en la tierra (7-14a). El versículo 14bc es el colofón del himno. El director del coro lanza siete imperativos hacia el cielo y uno hacia la tierra. Siete son las voces celestes invitadas a entonar la alabanza y veintidós o veintitrés las criaturas que forman el coro de alabanza en la tierra. Los motivos para alabar a Dios se reparten en los versículos 5-6 y 13-14: creación por la palabra, nombre y majestad, exaltación de su pueblo. El hombre que pone nombre a las criaturas les presta voz, para que todos alaben al Señor en armoniosa polifonía. De este modo las criaturas son conducidas ante el Creador. Toda la creación (cielos, tierra y abismo) ha de doblar su rodilla y alabar el «Nombre-sobre-todo-nombre» (Flp. 2,9s). Para orar con este salmo es necesario tener un corazón ecuménico y ecológico, en el que quepan todos y todo. Desde el cielo y desde la tierra se entonará la alabanza a Dios en un solo coro polifónico.

Canten al Señor un cántico nuevo

149 ⁽¹⁴⁸⁾ ¹¡Aleluya!
Canten al Señor un canto nuevo,
su alabanza en la asamblea de los fieles.
²Alégrese Israel por su Creador,
salten de gozo los hijos de Sión por su Rey;
³alaben su Nombre con danzas,
tocando tambores y cítaras;
⁴porque el Señor ama a su pueblo
y corona con su victoria a los humildes.
⁵Que los justos celebren su gloria
y lo aclamen aun en sus lechos:
⁶con vítores a Dios en su garganta,
y espadas de dos filos en las manos,
⁷para tomar venganza de las naciones,
y aplicar el castigo a los pueblos;
⁸para atar a sus reyes con cadenas
y a sus nobles con esposas de hierro;
⁹para aplicarles la sentencia escrita:
iqué honor para todos sus fieles!
¡Aleluya!

Ya conocemos los himnos de alabanza a Dios creador y rey, después de haber recorrido todo el salterio. También nos resulta familiar el «cántico nuevo»; sólo que aquí no es una expresión convencional, sino que el cántico es realmente nuevo, tanto por quienes lo entonan cuanto por su contenido. Lo entonan los «justos» o los «leales» (1.5.9), que están dispuestos a jugarse la vida por el Nombre de Dios. El cántico es una acción bélica, previamente escrita como sentencia dictada por el juez justo (9a). Los justos o «los leales» bien puede ser un grupo combativo del tiempo de los Macabeos. En efecto, «la asamblea de los leales» sólo aparece aquí y en 1Mac 2,42, a lo largo de toda la Biblia. Es un grupo que no acepta a ningún monarca extranjero ni cuenta con un rey davídico. Es un grupo devoto y combativo. Expresa su devoción de un modo riguroso. Se oponen a la violencia injusta con la violencia justa. Ejecutan la sentencia dictada por Dios, y lo tienen por algo honroso. Nos vale su entusiasmo religioso y su fe en Dios creador y Señor, porque el evangelio nos pide que no respondamos a la violencia con la espada (Mt 26,52-54). Nuestra batalla ha de ser contra «los dominadores

del mundo tenebroso» (Ef 6,12). El mal y el pecado que hay en nuestro mundo son una afrenta al Creador; el dolor de los humildes es el dolor del Señor. Oramos con este salmo en unión con cuantos tienen hambre y sed de la justicia. Son bienaventurados.

Aleluya final

150⁽¹⁴⁹⁾ ¹¡Aleluya!
Alaben al Señor en su templo,
alábenlo en su augusto firmamento.
²Alábenlo por sus magníficas proezas,
alábenlo por su inmensa grandeza.
³Alábenlo al son de trompetas,
alábenlo con arpas y cítaras.
⁴Alábenlo con tambores y danzas,
alábenlo con cuerdas y flautas.
⁵Alábenlo con címbalos sonoros,
alábenlo con címbalos vibrantes.
⁶¡Todo ser que alienta alabe al Señor!
¡Aleluya!

Doxología final del salterio. Es un himno a toda orquesta. Enmudece la palabra y surge la música. Ella traduce los mejores y más profundos sentimientos del creyente ante Dios. Diez fueron las palabras creadoras de Gn 1. Diez son los imperativos de este último salmo. Se alaba a Dios por todas las obras descritas en el libro que ahora concluimos y que fueron realizadas a lo largo de la historia santa. Se le alaba por su inmensa grandeza. Todo ser creado y redimido ha de unirse a este coro universal de alabanza. Todos los instrumentos musicales han de prestar su sonido para esta solemne alabanza final. La palabra última de todo lo creado y redimido es ésta: «¡Aleluya!». Hemos entrado en la celebración eterna, en el júbilo eterno. Este salmo nos remite a Ap 19,1-10, a los cánticos triunfales en el cielo. Nuestra comunidad, nuestro pueblo anticipa el «Aleluya» celeste cuando entona su alabanza a Dios en la tierra.